



BRIAN FREEMAN

MARCAADO

A FUEGO

Lectulandia

A los diez años Glory Fisher bajó a los infiernos. Escondida en un granero, fue testigo del incendio de la casa de los Bone, en el que casi toda la familia murió. Aunque escapó por los pelos, cualquiera en Door County diría que el destino ha acabado finalmente por alcanzarla cuando seis años después, aparece su cuerpo sin vida en una playa de Florida. La presencia en ese mismo lugar de Mark Bradley, un profesor de su instituto que supuestamente mantuvo relaciones impropias con Tresa, la hermana de Glory, hace que recaigan en él las primeras sospechas. Si bien el crimen se ha cometido a kilómetros de distancia, los habitantes de Door County ya han dictado sentencia inapelable: Mark Bradley es culpable.

Sólo hay tres personas que, en un grado u otro, dudan de su culpabilidad: su esposa Hilary, Tresa y Cab Bolton, el detective de Florida asignado al caso que, acaso por deformación profesional, confía más en las pruebas que en la opinión de los lugareños. Sin embargo, nada más llegar a Door County, Bolton se siente imbuido por una sensación extraña, como si una atmósfera de secretismo envolviera aquel remoto rincón de Wisconsin, la sensación de que todo el mundo tiene algo que ocultar... como él mismo. Porque Bolton presiente que cada paso que da lo acerca a una verdad escalofriante que empieza a quemarle como si se estuviera aproximando demasiado a las crepitantes llamas del infierno.

Lectulandia

Brian Freeman

Marcado a fuego

ePub r1.0

brusina 23.04.14

Título original: *The Bone House*

Brian Freeman, 2010

Traducción: Nua Velascoso

Editor digital: brusina

Diseño de portadilla: orhi

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



*Para Marcia
y en memoria de Gail Foster*

«Seré el juez, seré el jurado»,
dijo el viejo Canning Fury.
«Juzgaré la causa entera
y os condenaré a muerte».

LEWIS CARROLL

Prólogo

SEIS AÑOS ATRÁS

Glory Fischer estaba tendida sobre un colchón en el suelo, con los ojos castaños abiertos, mientras espantaba los mosquitos que se posaban en su cara y escuchaba el frenético batir de alas de las polillas contra la mosquitera. Tenía una película de sudor sobre la piel y el camisón se le pegaba a las escuálidas piernas debido a la humedad. Esperaba, mordiéndose las uñas, a que la casa se sumiera en el silencio. A la una de la madrugada decidió que ya era seguro escabullirse, del mismo modo en que lo había hecho las cinco últimas noches.

Nadie la oiría marcharse. Nadie la oiría volver.

Su madre dormía sola en una habitación en la otra punta del pasillo, con un ventilador eléctrico que rechinaba junto a su almohada y ahogaba sus ronquidos. Su hermana Tresa y la mejor amiga de ésta, Jen, por fin se habían dormido también. Las dos niñas se habían quedado despiertas hasta tarde, representando en voz alta historias de una revista de vampiros. Era un martes de mediados de julio, y los horarios para irse a la cama pronto porque al día siguiente había escuela quedaban muy lejos. Por lo general, a Glory no le gustaba que Jen se quedara a pasar la noche, pues el follón del otro lado de la pared no la dejaba dormir. Pero hoy no le importaba, pues de todos modos tenía que mantenerse despierta.

Jen vivía en la casa del otro lado de la carretera, pero Glory no creía que la amiga de su hermana supiera lo que había escondido en el altillo encima de su garaje. Nadie lo sabía. Ni la madre de Jen, Nettie, que ahora estaba postrada en una silla de ruedas y casi nunca salía de casa. Ni su padre Harris, que se pasaba la mayor parte del tiempo viajando en coche por las carreteras de Wisconsin a causa de su trabajo. Ni tampoco sus dos hermanos mayores. En especial ellos dos. Si lo hubieran sabido, habrían reaccionado con crueldad, porque eso es lo que eran: niños crueles.

Glory se sentó con las piernas cruzadas, el camisón rosa arremangado por encima de las rodillas. El cálido viento sopló por debajo de la cortina e inundó la habitación de olor a cerezas, que en aquella época del año cubrían las carreteras del condado, aplastadas como manchas de pintura roja, Glory se inclinó, abrió el último cajón de su cómoda y buscó debajo de su ropa interior el alijo que había guardado allí antes: un cartón de leche templada, sin abrir, y una bolsa de papel llena de patatas fritas desmenuzadas, semillas de girasol, plátano chafado y huevo duro.

La niña de diez años se puso en pie e introdujo sus pies descalzos en las deportivas. Era hora de irse. Tiró de la mosquitera rota de su ventana hasta que pudo introducir una pierna y luego la otra. Sujetó la bolsa de papel con los dientes y apretó

el cartón de leche bajo el brazo. Saltó con torpeza y aterrizó en el suelo, un metro y medio más abajo. Su boca se abrió en un sonoro ¡uf!, la bolsa cayó y su contenido se desparramó. La recogió y miró en su interior: aún quedaba mucha comida.

Glory se mordió el labio y contempló las malas hierbas del jardín y el bosque cercano. El mundo parecía muy grande y ella, muy pequeña. El cielo sin luna estaba punteado de estrellas. Los pinos se balanceaban como gigantes y se susurraban unos a otros. Glory hizo de tripas corazón y echó a correr entre la alta hierba. Imaginaba que si corría lo bastante rápido, las garrapatas y los insectos que se aferraban a los brotes verdes no aterrizarían sobre ella. Movía rítmicamente los brazos mientras su largo pelo flotaba tras ella, y al final alcanzó la carretera de tierra, rizada de huellas de tractores, y se detuvo respirando hondo en el aire sofocante.

El camino rural estaba solitario. No había coches ni farolas, apenas una hilera torcida de postes de teléfono junto al mismo, que sujetaba un hilo abombado como una cuerda de saltar. La casa de dos plantas se alzaba al otro lado, custodiada por los robles que se extendían por el largo camino de entrada. Glory echó a correr de nuevo pero aminoró el paso al acercarse. La pintura desconchada y las contraventanas descolgadas le produjeron un escalofrío, y al soplar el viento, la casa suspiró. En una ocasión le había preguntado a su madre si la casa de los Bone estaba encantada. Una expresión extraña había cruzado su rostro y le había dicho que los fantasmas y los monstruos no existían, que sólo había personas infelices.

Glory se acercó al garaje, que se alzaba en medio de un campo de hierba. La puerta lateral estaba cerrada con un candado oxidado. Sabía dónde guardaba la llave el señor Bone: colgada de un gancho oculto bajo el alféizar de la ventana. Abrió el candado, dejó de nuevo la llave en el gancho y empujó la puerta. Siempre que entraba allí, se le hacía un nudo en el estómago. De los estantes que había junto a la puerta cogió la pesada linterna, cuyas pilas crepitaron al encenderla, y consiguió dibujar un pequeño círculo de luz anaranjada en el suelo. Había cagadas de ratón desperdigadas bajo sus pies y, frente a ella, una furgoneta con la parte trasera cubierta por una lona sucia. En la parte posterior del garaje, una escalera de madera llevaba al altillo.

—Soy yo —dijo en voz baja—. Estoy aquí.

Glory avanzó de puntillas hacia la escalera. La madera podrida de los escalones se combó a su paso, mientras se le clavaban astillas en los dedos. A tres metros de altura, se arrastró por el suelo del altillo, cubierto de latas de pintura y mantas mohosas. Los clavos sobresalían entre las tejas del tejado, y bajo el alerón crecía lo que parecía un enorme trozo de papel arrugado, que en realidad era un nido de avispa.

—Eh —llamó—. ¿Dónde estás?

Oyó unas uñas que raspaban y un débil gemido. Al enfocar la linterna hacia el sonido, vio los grandes y curiosos ojos del gatito, que parpadeaban mientras salía de

su escondite. Cogió al pequeño animal en brazos y fue recompensada con un sonoro ronroneo que resonó con fuerza en sus oídos. El pelaje erizado del cachorro estaba veteado en canela y negro, con rayas atigradas.

—Mira qué te traigo —dijo Glory.

Vertió la leche en la tapa de un bote de cristal sucio, desparramó la comida de la bolsa de papel por el suelo y dejó que el gatito la atacara con voracidad. Le acarició el lomo mientras comía ruidosamente y luego lo cogió con una mano y lo depositó cerca de la leche, donde bebió hasta que la boca le quedó mojada y blanca. Una vez hubo terminado, el cachorro trepó por sus piernas desnudas con pasos vacilantes y ella volvió a dejarlo sobre el suelo del altillo. Mientras Glory lo contemplaba alegremente, el cachorro entraba y salía del haz de luz golpeando un escarabajo negro con sus diminutas patas delanteras.

Glory estaba tan fascinada con las travesuras del gatito, tan encantada con él, que tardó en darse cuenta de que ya no estaba sola.

Entonces se le disparó el corazón en el pecho: había oído pasos en la grava del exterior del garaje.

Glory contuvo la respiración, cubrió la luz y se apartó del borde del altillo. «No entres, no entres, no entres», suplicó mentalmente, pero enseguida oyó el ruido de la placa metálica de la cerradura, mientras la puerta lateral se abría bajo ella. Alguien entró sigilosamente en el garaje. Había alguien con ella, moviéndose en la oscuridad del modo en que lo haría un fantasma, o un monstruo.

Apretó el gatito contra su pecho y se aplastó contra una manta sobre el suelo. El cachorro se retorció y maulló entre sus brazos. Glory intentó ahogar el sonido presionando aquel pequeño cuerpo contra el suyo, pero quienquiera que estuviera abajo oyó algo entre las vigas y se detuvo. Hubo un momento de silencio terrible, y luego el haz de luz de una linterna atravesó la oscuridad, barrió como un reflector las esquinas del garaje y rastreó la pared del altillo, justo por encima de la cabeza de Glory, buscándola entre las telarañas.

Pensó en gritar. Quienquiera que fuese se sorprendería, pero se reirían al encontrarla aquí. No había razón para tener miedo. Aun así, mantuvo los labios apretados con fuerza. Ni siquiera quería respirar. Era más de medianoche; nadie debería estar allí.

De algún modo, el vacío que sentía en el estómago resultaba elocuente: algo malo estaba ocurriendo.

La luz se apagó. Oyó una respiración agitada debajo de ella, mientras el desconocido arrastraba un objeto pesado de los estantes metálicos. Escuchó un extraño eructo de plástico y el siseo del aire. Algo rebotó contra el suelo con el sonido de la chapa de una botella, y el intruso no se molestó en recogerlo. Mientras Glory escuchaba petrificada por el miedo, oyó como se abría la puerta exterior. El

candado repiqueteó, y el garaje se sumió de nuevo en una profunda calma. Se había acabado. Estaba sola.

Esperó, con la sensación de que el tiempo no corría. No sabía cuánto llevaba tendida en el altillo, sin moverse, preguntándose si era seguro escapar. Finalmente, al sentir los insectos treparle por las piernas desnudas, agarró al gatito con una mano y descendió por la temblorosa escalera. Cubrió con un salto el último medio metro hasta el suelo y avanzó a ciegas con pasos vacilantes hacia la ventana, para poder echar un vistazo al exterior. Espió a través del oscuro cuadrado de cristal, que se abría hacia la pared oeste de la casa de los Bone. El marco le quedaba por encima de la cabeza, y tenía que ponerse de puntillas para mirar afuera.

El cristal estaba lleno de agujeros producto de los perdigones que disparaban los chicos Bone. El aire soplaba a través de las grietas. Antes de asomarse por encima de la repisa, percibió un olor que era a un tiempo empalagosamente dulce y penetrante.

Gasolina.

Una ola de gasolina dispuesta a empaparla y ahogarla.

Glory no entendía nada, pero el intenso olor le provocaba deseos de correr. Correr muy rápido, con el gatito protegido entre sus brazos. Correr a casa y meterse en la cama. Huir.

Asomó los ojos por encima del marco de la ventana. Al hacerlo, tuvo que taparse la boca con la mano para no gritar. Una silueta negra se erguía al otro lado del cristal, a sólo unos centímetros. No podía distinguir su rostro, pero cerró los ojos con fuerza y se quedó inmóvil, como si convirtiéndose en una estatua pudiera volverse invisible. La nariz se le inundó de los vapores de la gasolina, y tuvo que reprimir un estornudo. Al ver que nadie se acercaba corriendo, se atrevió a mirar entre sus párpados. La persona no se movía. Oyó una respiración ruidosa, como la de un animal jadeante. Antes de que su cerebro pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, distinguió un pequeño trozo de mano, piel desnuda, y la minúscula erupción de una llama.

Una cerilla.

La mano la encendió y la dejó caer. La llama descendió hacia el suelo con un destello de luz, igual que una estrella fugaz. Un acto muy sencillo: alguien que encendía un cigarrillo y luego pisaba la cerilla con los pies.

Pero no había ningún cigarrillo.

El mundo de Glory estalló en pedazos. La llama alcanzó la tierra y un chorro de fuego salió despedido, cubriendo la ventana y empujándola hacia atrás como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho. Se protegió los ojos con la mano, y observó entre sus dedos llenos de cortes cómo el fuego brincaba igual que un acróbata circense hacia la casa de los Bone. Las llamas avanzaban velozmente por los senderos chamuscados e interconectados, lamiendo con avidez las paredes antes de alzarse hacia el cielo. En segundos, el fuego se había apoderado de la escena y

consumía la estructura de la casa, como si no fuera más que un montón de astillas apiladas bajo una parrilla. Percibió el olor a madera quemada y oyó pequeñas explosiones, como si alguien hiciese crujir sus nudillos. A través de las ventanas de la casa distinguía el resplandor amarillo de las llamas extendiéndose por el interior, y pronto ya no pudo ver la casa en absoluto: había desaparecido tras una torre de fuego y humo. El calor era tan salvaje, tan próximo, que se le empezaron a chamuscar las manos y la cara. Retrocedió entre arcadas mientras el humo tóxico se colaba por la ventana e inundaba el garaje.

Llorando y tosiendo, Glory trató de escapar por la puerta, pero estaba cerrada por fuera. Las bisagras rechinantes se negaron a ceder. Al tocar el pomo, se quemó los dedos con el metal ardiente y soltó un grito.

En el garaje reinaba ahora la misma claridad que en pleno día, pero la nube de humo blanco que flotaba en el aire era tan impenetrable como la oscuridad. Glory echó a correr hacia la gran puerta del automóvil, tratando de huir del fuego; tiró de la manija pero no consiguió moverla. Apenas podía respirar. El humo se le metía en los ojos y los pulmones. Cayó de rodillas y se echó a llorar mientras un dragón naranja crepitaba a través de la pared y comenzaba a devorar el garaje. El ruido era tremendo y terrorífico, un bramido, un bufido, peor que cualquier monstruo que ella hubiera imaginado que habitase allí.

Glory retrocedió, rascándose las rodillas con el suelo hasta sangrar. Se pertrechó en la esquina más distante, y cuando ya no pudo alejarse más, se encogió sobre sí misma. Apretó el gatito contra su mejilla, besó su cara una y otra vez y le susurró al oído:

—Tranquilo, tranquilo...

Cerró los ojos al tiempo que el fuego la cubría y la atacaba con su malvada lengua, como un demonio siseante.

Rezó del modo en que su padre le había enseñado que debía rezarse antes de morir.

Rezó para que Dios la alzara entre Sus brazos y la llevara de vuelta a casa, donde se despertaría sobre su colchón en el suelo de su cuarto. La húmeda noche volvería a estar en calma, los mosquitos zumbarían en sus oídos y el gatito ronronearía en sus brazos.

Rezó.

Incluso cuando una pared se derrumbó a su alrededor en una cascada de chispas y escombros, y dejó un agujero enorme por el que poder escapar, Glory rezó.

Incluso cuando se arrastró al exterior sobre un reguero de brasas ardientes hasta alcanzar la seguridad de la hierba, con el gatito acurrucado contra su pecho, rezó.

Quedó tendida y se cubrió las orejas con las manos, pero no pudo protegerse de aquel desagradable estruendo. Por encima del aullido del fuego oyó los angustiosos

gemidos de los que morían dentro de la casa de los Bone, y en medio de su desesperación rezó para que Dios hiciera que aquella noche no fuese real. Que la hiciera desaparecer para siempre. Que limpiara su memoria hasta que lo olvidase todo, incluso sus peores pesadillas.

«Por favor, Dios, déjame olvidarlo todo», rezó Glory.

Olvidarlo todo.

Olvidarlo todo.

Primera parte

LA PUERTA DE LA MUERTE

1

La chica del bikini hizo una pirueta sobre la arena mojada.

Se encontraba a unos cien metros, y todo lo que podía ver Mark Bradley era el brillo de su piel desnuda a la luz de luna. Bailaba como un espíritu del agua, con la cabeza echada hacia atrás, la melena cayéndole por la espalda y los brazos extendidos como si fuesen alas. Las oscuras aguas del golfo estaba tan en calma como un espejo, y apenas lamían la orilla. La chica salpicaba y chapoteaba, metiéndose de vez en cuando en las cálidas aguas hasta alcanzarle las rodillas.

Pudo oírla cantar para sí misma. Tenía una voz dulce, pero no afinaba del todo. Reconoció la canción; recordaba haberla puesto en su walkman mientras hacía jogging en Gran Park, en el centro de Chicago, de adolescente. Para la chica de la playa el tema debía de ser un viejo éxito, propio de la generación de su madre. La escuchó cantar el estribillo una y otra vez.

Era «We Didn't Start the Fire», de Billy Joel.

Mientras se acercaba a la chica de la playa, Mark no pudo evitar admirarla. Su cuerpo era maduro, y las finas tiras de su bikini rojo lo dejaban al descubierto, pero aún tenía el andar desgarbado de una adolescente, toda brazos y piernas. Era más una niña que una mujer, con aquella inocencia para mostrarse casi desnuda en público. Se hallaba todavía demasiado lejos para poder ver su rostro, pero Mark se preguntó si su mujer, Hilary, la conocería. Daba por hecho que era una de las niñas que habían participado en el torneo de danza del hotel y que, ahora que la competición había terminado, disfrutaba de unos momentos de insomnio en la playa antes de regresar a casa.

Mark tampoco podía dormir. Sentía pavor ante la idea de volver a Wisconsin. Las vacaciones en Florida habían constituido un paréntesis de una semana, y ahora tendría que enfrentarse a la realidad de su situación en casa. Aislado. Sin trabajo. Enfadado. Hilary y él habían evitado el tema durante casi todo el año anterior, pero no podían seguir haciéndolo durante mucho tiempo más. Iban justos de dinero, así que debían tomar una decisión: quedarse o irse. Mark no quería renunciar a su sueño, pero no tenía ni idea de cómo recomponer las piezas de su vida.

Las cosas no tenían que haber ido así. Habían abandonado Chicago para irse al campo, a Door County, porque deseaban una vida más tranquila en un lugar donde formaran parte de una comunidad y pudieran criar a sus hijos. En lugar de eso, todo se había convertido en una pesadilla para Mark. Ahora las sospechas le seguían a todas partes. Estaba marcado con una letra escarlata. D de depredador, y todo por culpa de Tresa Fischer.

Se dio un golpe con el puño en la palma de la otra mano. A veces, su propia furia le superaba. No culpaba a Tresa, al fin y al cabo sólo era una chica enamorada. Pero

los demás —los profesores, los familiares, los padres, la policía, la junta escolar— habían ignorado sus negativas y habían hecho pedazos su vida y destrozado su carrera. Tenía sed de venganza por aquella injusticia. Tenía ganas de hacer daño a alguien. No era un hombre violento, pero a veces se preguntaba qué haría si se encontrara con el director de la escuela en un parque desierto, donde nadie pudiera verle ni pudiera saber nunca qué había hecho.

Mark se detuvo en la playa, cerró los ojos y respiró hondo hasta que su ira se disipó. Las olas iban y venían, y notaba la arena cosquilleándole bajo los pies. La tranquilidad del agua le calmó, que era la razón por la que había ido ahí. Aspiró el aroma salobre a pescado del golfo. El aire suave y húmedo resultaba un tónico comparado con el clima frío de su hogar, donde las temperaturas en marzo apenas superaban los cero grados.

Le habría gustado quedarse allí para siempre, pero nada duraba para siempre. Sabía que era hora de volver al hotel. Hilary se había quedado sola, y si estaba despierta se preguntaría adónde habría ido. Al constatar que no podía dormirse, Mark se había deslizado fuera de la cama, se había puesto el bañador y una camiseta sin mangas amarilla y había salido por la puerta del patio, por donde se llegaba directamente a la llana franja de arena que quedaba más allá de las palmeras. El mar le había ayudado a aclarar sus pensamientos, pero el alivio era temporal, como siempre. Las cosas no cambiaban. Sólo empeoraban.

Mark volvió a oír la voz. «We Didn't Start the Fire».

La chica se movía sin rumbo fijo cerca de él. Tenía una botella de vino en la mano, y bebía de ella como si fuera Gatorade. Al verla tambalearse sobre la playa se dio cuenta de que estaba borracha. Ahora se encontraba a sólo unos veinte metros de él, con la piel bronceada y húmeda. Tiró de la parte superior de su traje de baño para ajustárselo, sin ser consciente del gesto. El pelo mojado le caía por encima de la cara; al apartárselo, sus ojos se encontraron. Los de ella estaban desenfocados y mostraban una expresión salvaje.

Mark sabía quién era.

—Oh, hija de puta —murmuró entre dientes.

Era Glory Fischer. La hermana de Tresa.

Miró instintivamente a un lado y a otro de la playa. Estaban solos. Eran casi las tres de la madrugada. Echó un vistazo a la torre del hotel; en las pocas habitaciones donde había luz, no distinguió la silueta de nadie que mirara hacia fuera. Odiaba que su primer pensamiento hubiera sido protegerse, pero se sentía culpable y expuesto tan cerca de una chica. En especial de esta chica.

Ella tardó un rato en percatarse de quién era, pero al reconocerlo le dedicó una sonrisa burlona.

—Eres tú —dijo.

—Hola, Glory. ¿Estás bien?

La chica ignoró la pregunta y murmuró por lo bajo.

—¿Me has seguido? —preguntó.

—¿Seguirte? No.

—Apuesto a que me has seguido. No pasa nada.

—¿De dónde has sacado el vino? —preguntó él.

—¿Quieres un poco? —Miró la botella y se percató de que estaba vacía. Al volverla bocabajo, unas cuantas gotas rojas cayeron sobre la arena—. Mierda. Lo siento.

—No deberías estar aquí fuera —observó él—. Deja que te acompañe al hotel.

Glory le señaló con el dedo y su torso se tambaleó, inestable.

—A Tresa no le gustaría, ¿verdad? Vernos juntos. A Troy tampoco. Se pone muy celoso. Si quieres montártelo conmigo, tendrá que ser aquí. ¿Quieres hacerlo conmigo?

Mark se puso tenso. Sabía que no debía estar ahí. Tenía que largarse antes de que la cosa se pusiera más fea, antes de que alguien los viera juntos.

—Venga, vamos —le pidió a Glory—. No quiero que te quedes sola en la playa. No es seguro. Has bebido.

—¿Cuál es el problema? Tú me protegerás, ¿no? Eres grande y fuerte; nadie se meterá contigo.

Mark alargó la mano para cogerla del brazo, pero ella se escabulló. Él se pasó la mano por el corto pelo en un gesto de desesperación.

—No voy a dejarte aquí sola.

—Pues no te vayas. Quédate. Me gusta estar aquí contigo.

—Es tarde. Deberías estar en la cama.

Glory sonrió y le sacó la lengua.

—¿Ves? Sabía que eso era lo que querías.

—Estás borracha. No quiero que te hagas daño.

Ella volvió a tararear por lo bajo la misma canción de Billy Joel.

—Tresa te vio el viernes —dijo después.

—¿Qué?

—Os vio a Hilary y a ti en el auditorio, por eso se equivocó durante la actuación. Se disgustó mucho. No podía concentrarse sabiendo que estabas ahí.

—No se acaba el mundo por no ganar.

—Sí, ya lo sé. —A Glory no parecía preocuparle el fracaso de Tresa. Su cara aparecía cubierta de un brillo de ebriedad, como si estuviera ahogando sus penas—. Eh, una vez leí un poema que decía que el mundo acabaría ardiendo en llamas.

—Robert Frost —dijo él.

—¿Lo conoces? Uh, sí, claro, el pro fe de Lengua inglesa... —Le miró como si

fuera un juguete roto—. Bueno, quiero decir que antes lo eras. Tresa lamenta mucho lo que ocurrió.

—Vámonos, Glory.

—Tresa nunca pensó que harían algo así.

—Deberíamos volver al hotel —insistió él mientras le tendía la mano.

Glory la cogió entre las suyas, pero luego deslizó uno de sus húmedos brazos alrededor de su cintura, le acercó la cara al cuello y alzó la barbilla hacia él. El aliento le apestaba a alcohol y tenía los dientes manchados por el vino.

—Bésame —dijo.

Él se llevó la mano a la espalda para desprenderse de ella. Miró por encima del hombro de nuevo en dirección al hotel y le embargó una sensación incómoda, como si le observaran desde la oscuridad. O a lo mejor alguien le estaba poniendo a prueba.

—Para.

—Tresa dice que tus labios son suaves —susurró Glory.

Mark le apartó las manos y dio un rápido y vacilante paso hacia atrás sobre la arena. Cuando Glory alargó las manos para abrazarlo, descubrió que estaba demasiado lejos, trastabilló y cayó de rodillas. El pelo castaño le cubría el rostro. Su piel estaba pálida, y Mark vio en su mirada que parecía desorientada.

—¿Estás bien? —preguntó.

Glory no dijo nada.

Mark se agachó frente a ella. Las lágrimas le cubrían la cara y se secó la nariz con el dorso de la mano. Allí de rodillas, llorando, de nuevo parecía una hermosa chica perdida. La típica adolescente con granos en la frente. Una niña intentando actuar como una adulta. Mark alargó la mano para tocarle el hombro pero la apartó enseguida, como si su piel estuviera en llamas.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué estás aquí fuera, sola?

—No quiero ir a casa —respondió ella.

—¿Por qué no?

Ella meneó la cabeza.

—No sé qué hacer.

Mark empezó a presionarla para que le diera más detalles, pero se dio cuenta de que se estaba dejando arrastrar a la vida de esa chica y sus problemas. Ésa había sido siempre su debilidad. Era un solucionador de problemas.

—Te llevaré al hotel —murmuró.

La cogió del codo y la ayudó a ponerse en pie. Las piernas de la joven flojearon y se cogió a él para mantener el equilibrio, agarrándole del cuello con tanta fuerza que le clavó las uñas. Él la guió hacia la arena seca con un brazo alrededor de su cintura, pero ella se liberó y volvió a dirigirse al agua con unos saltitos inestables. La arena se le pegó a las rodillas y los muslos. Abrió los brazos en dirección a él.

—Vamos a bañarnos —propuso.

—Creo que no.

—Un baño rápido; luego nos vamos.

—No.

—Oh, venga. —Había vuelto a ponerse coqueta. Sus estados de ánimo cambiaban como nubes cruzando delante de la luna—. No muerdo. A menos que te guste.

—Sal del agua —la conminó con severidad—. Estás borracha. Podrías hacerte daño.

—Creo que me tienes miedo —dijo ella—. Me deseas.

—Deja de jugar, Glory.

—Crees que soy demasiado joven, pero no es así.

—¿Cuántos años tienes, dieciséis?

—¿Y qué? Todo lo que tiene que funcionar funciona.

Mark no se sentía vulnerable, pero recordó lo que Hilary le había dicho acerca de su trabajo como profesor de adolescentes: «Crees que son niñas, y no lo son». Quería terminar con ese encuentro. Deseó no haber abandonado nunca la cama y no haber ido a dar un paseo por la playa. Nada bueno iba a salir de quedarse allí con Glory.

—Está bien jugar con fuego —dijo la chica.

—Me voy.

Glory se arrastró fuera del agua, echó a correr en su dirección y se quedó de pie frente a él, goteando. Volvió a adoptar un tono infantil.

—No te vayas.

—Los dos nos vamos adentro.

—¿Por qué no quieres enrollarte conmigo? —quiso saber ella—. ¿Es por Tresa? No se lo contaré.

—Oh, por el amor de Dios, Glory —masculló él, exasperado.

—No soy virgen —continuó ella—. Troy ni siquiera fue el primero. ¿Sabes cómo me llaman los chicos de la escuela? ¿Mi apodo? Glory, Glory, aleluya.

—No deberías alardear de eso —replicó él antes de poder contenerse.

No deseaba echarle un sermón ni verse arrastrado a una discusión acerca de su sexualidad; sólo quería dar media vuelta y marcharse. Las cosas se estaban saliendo de madre.

Vio como ella fijaba la mirada en unas palmeras por encima de su hombro y se estremeció. Se volvió esperando encontrarse a alguien observándolos. Sabía que si les descubrían, se repetiría lo del año anterior. Sospechas. Acusaciones. «Eres un acosador», dirían. Instintivamente buscó formas de explicar su comportamiento, de defenderse, aunque no había hecho nada malo.

Sin embargo, no había nadie. Estaban solos. ¿Verdad?

—Me marchó, Glory —insistió.

—Si te vas, le diré igualmente a todo el mundo que nos hemos acostado —dijo ella—. ¿A quién piensas que creerán? Si te quedas, puede ser nuestro secreto.

Glory se llevó las manos hacia atrás. Mark no sabía qué estaba haciendo pero cuando volvió a ver las manos éstas sujetaban las tiras de la pieza superior del bikini, que se balancearon por encima de sus caderas. Entonces manipuló el nudo de la nuca hasta deshacerlo, encogió el tronco y dejó que el top rojo se despegara de su piel y cayera al suelo. Su mirada traslucía seriedad y confianza mientras se cogía con las manos los pechos desnudos.

—Nadie lo sabrá nunca —susurró.

2

—Estás muy callado esta mañana —le dijo Hilary Bradley a su marido.

Estaban sentados a una mesa junto a la piscina, con los platos llenos del bufé de desayuno del hotel. Era temprano, aún no habían dado las siete, y la terraza de la cafetería se encontraba casi vacía. A ellos les gustaba madrugar. Hilary se bebió el zumo de naranja y observó a su marido, cuya mirada perdida vagaba por la amplia franja de playa y las plácidas aguas del golfo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó al ver que él no contestaba.

Mark volvió la cabeza hacia ella.

—Oh, lo siento. Aún no estoy despierto del todo.

—Bébetelo el café.

Él sorbió de una taza de porcelana y no dijo nada más.

—¿Estás bien? —inquirió ella.

—Sí. Claro.

Hilary no insistió. Probó los huevos revueltos con jalapeños, que estaban picantes y deliciosos, y cogió una loncha de beicon crujiente con los dedos. El desayuno del bufé suponía que al día siguiente tendría que correr una hora más en la cinta, pero el esfuerzo bien merecía la pena. Hilary era alta, y nunca estaría delgada. Ni siquiera cuando bailaba había estado flaca; es más, su físico musculoso había sido una ventaja para ganar competiciones. Hacía mucho tiempo de eso. Ahora le faltaban sólo dos años para cumplir los cuarenta, y se veía obligada a mantener una batalla diaria para mantener un peso que le permitiera mirarse al espejo sin hacer una mueca. La batalla se endurecía cada año, pero no tenía intención de morir de hambre.

Escrutó con la mirada a su marido, que había demostrado una sorprendente fuerza de voluntad esa mañana en el bufé. Mark era un hombre de facciones marcadas, de esos que hacen que las mujeres vuelvan la cabeza a su paso. A Hilary la llenaba de satisfacción pensar en su cuerpo torneado, pero también despertaba sus celos y su preocupación. Él se mantenía en su peso sin problemas, aunque tenía la ventaja de ser tres años menor que ella. Era un hombre, y había sido deportista toda su vida. Si ganaba cuatro kilos durante las vacaciones, añadía media hora a su rutina de ejercicios y los kilos desaparecían milagrosamente al cabo de dos días.

Daba bastante rabia.

Hilary siguió la mirada de Mark hacia la playa, donde vio a un grupo numeroso de gente a medio kilómetro de distancia, cerca del agua. No iban vestidos con bañador. Pensó que parecían policías.

—Me pregunto qué pasará —dijo.

—No lo sé. —Mark sonaba distraído.

Ella se inclinó hacia atrás en la silla, se apartó el largo cabello rubio de la cara y

se ajustó las gafas de sol. Incluso a aquella hora de la mañana, hacía calor en la terraza. Trató de leer la mente de su marido y descifrar qué era lo que le preocupaba.

—Si tenemos que mudarnos, nos mudamos —dijo—. Lo hemos hecho antes.

—¿Qué? —preguntó él.

—Casa. Dinero. Sé que estás preocupado. Yo también lo estoy, pero ¿qué es lo peor que puede pasar? Lo embalamos todo y nos vamos a otra parte.

Mark apartó la mirada del mar. Se frotó la barbilla, cubierta por una barba de dos días; aún no se había afeitado. Cogió un tenedor para comerse el desayuno y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—¿Quién dice que sería tan fácil? Cualquier instituto del condado mira con lupa a un profesor despedido después de dos años, ¿y qué es lo que piensan? Conducta inapropiada.

—No necesariamente.

Mark depositó con ímpetu la taza sobre la mesa de cristal.

—No nos engañemos, Hil.

—Sólo digo que en todas partes hay ajustes en el presupuesto. Estamos saliendo de una gran recesión en un distrito pequeño; a la gente se le da la posibilidad de irse. No tienen por qué dispararse las alarmas.

Mark negó con la cabeza.

—¿Crees que los directores no hablan entre ellos? «¿Qué pasa con Mark Bradley?». «Olvídate de él; acosó a una de sus alumnas». Asímelo: a dondequiera que vayamos, estaré en la lista negra.

—No puedes saberlo.

—Diablos, lo sé.

Hilary vio aparecer el resentimiento en el rostro de Mark, el cual había crecido y se había hecho más profundo durante el último año —que había pasado en el paro— hasta convertirse en un rasgo de su mirada. No podía culparlo. Le habían tratado mal, condenado sin juicio ni apelación. Su situación era insostenible, y estaba enfadado por ello. El problema era que su enfado no cambiaba la realidad ni la mejoraba; sólo generaba una sombra entre ambos. Cuando estaban juntos, cuando estaban en la cama, su enfado siempre estaba con ellos.

Alargó un poco el silencio y luego cambió de tema.

—¿Has visto el boletín en la pizarra del recibidor? El equipo de Amy Leigh, de Green Bay, lo hizo muy bien. Han quedado segundas en la categoría de grupos pequeños.

—Bien por ella.

—Ojalá hubiera visto la actuación final, pero fue el día que fuimos a Tampa. Amy era una de mis favoritas en Chicago. Una niña llena de vida, muy dulce.

—La recuerdo.

Hilary había sido la profesora de baile de Amy Leigh durante cuatro años, mientras enseñaba en el suburbio de Highland Park, en Chicago. Amy no tenía gracia natural pero compensaba esa carencia con práctica y entusiasmo. Se habían hecho amigas. El apellido de Hilary antes del último curso de Amy había sido Semper, no Bradley, y Amy se contaba entre las alumnas que manifestaron una mayor emoción cuando Hilary anunció que se iba a casar.

—He llamado a la habitación de Amy para felicitarla —dijo Hilary—, pero el autobús de Green Bay se marchó pronto. Ya se había ido.

—Puedes escribirle en el muro de Facebook cuando volvamos —dijo Mark.

—Sí. —Hilary bostezó y deshizo la contractura de su cuello estirando los brazos—. Espero dormir en el avión. Aún estoy muy cansada. Tú también debes de estarlo.

—¿Por qué lo dices?

—No has dormido bien, ¿verdad? Me desperté en plena noche y no estabas en la cama.

—Ah —dijo Mark—. No, tienes razón. No podía dormir. Lo siento, estaba pensando otra vez en el trabajo. Ya sé que tú crees que debería pasar del tema.

—Nunca he dicho eso. Lo único que quiero es que no destruya nuestras vidas, ¿vale? Mira, volveremos a casa y entonces podrás concentrarte en otra cosa. Puedes pintar.

—Así no voy a ganar mucho dinero.

—¿Quién sabe? En esa galería de Ephraim hablaron de vender tus cuadros. Ahora mismo, cualquier cosa sería de ayuda. —Frunció el ceño al ver la expresión de Mark. Debía de pensar que le estaba regañando. Intentó arreglarlo, pero sólo consiguió empeorarlo—: También podrías dar clases de golf este verano. Muchas mujeres buscan a un profesional sexy que les ayude a mejorar el *swing*. Y muchos hombres.

—Ya hemos hablado de esto.

—Lo sé, lo sé. Era por decir.

Dejó que el tema muriera. En algunos aspectos, Mark era tan tozudo que resultaba imposible hacerle cambiar de opinión. El golf era unos de esos temas. Cuando tenía veinte años había jugado varias temporadas en el circuito profesional, subiendo escalones y ganando cada vez más dinero, hasta que una lesión en el hombro acabó con su carrera. Como ex profesional, podría haberse ganado la vida decentemente dando clases o trabajando en el negocio, pero Mark siempre adoptaba la actitud del todo o nada. Si no podía ser competitivo como jugador, no quería formar parte del juego. Hilary no había sido capaz de ayudarlo a superarlo.

Aun así, no se podía quejar. Al dejar el golf, Mark tomó otro camino y decidió dedicarse a la enseñanza. Así fue como se conocieron, mientras él hacía una sustitución en Highland Park. Si nunca se hubiera lesionado, habría salido por el Canal Golf y probablemente aún seguiría soltero. Así que a lo mejor había sido el

destino. Por otra parte, Hilary sabía que para Mark eso sólo empeoraba su situación actual, porque significaba que le habían arrebatado una segunda carrera por circunstancias que se escapaban a su control.

—¿Y qué hiciste? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando no podías dormir. ¿Adónde fuiste?

Mark vaciló.

—Fui a dar un paseo.

—¿Por la playa?

—Sí.

—Debía de estar increíble. Ayer, la noche era preciosa.

—Sí —dijo él.

—¿Cuánto rato estuviste fuera?

—No lo sé. Tal vez una hora.

Hilary echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Voy a servirte más zumo de naranja. ¿Quieres algo?

Mark negó con la cabeza. Había picoteado algo, pero la mayor parte de su comida seguía en el plato. La hacía sentir culpable por habérselo comido todo. Si estuviera sola, probablemente se habría servido otra cucharada de huevos revueltos, pero en lugar de eso deambuló hacia el bufé para servirse un segundo zumo con hielo.

Ella volvió a fijarse en el grupo de policías de la playa. El puñado de clientes de la cafetería los miraba con curiosidad; algunos se habían puesto en pie y hacían visera con la mano para tener una mejor visión de lo que acontecía cerca del agua. Un camarero con uniforme blanco pasó junto a Hilary con una bandeja de fruta cortada, y ella le sonrió.

—¿Sabe qué pasa? —le preguntó.

El camarero se encogió de hombros mientras depositaba la fruta en el bufé.

—Alguien me ha contado que han encontrado un cuerpo.

—¿Un cuerpo? ¿Cómo ha sido?

—Ni idea. Es todo lo que he oído. Alguien ha muerto.

—¿Sabe quién era?

—Creo que un cliente del hotel.

—¿De aquí? ¿De este hotel?

—Supongo que sí.

Se metió la bandeja vacía bajo el brazo y se marchó sin contestar más preguntas. Hilary miró a su alrededor para ver si conocía a alguien, pero no reconoció a nadie entre los clientes madrugadores. Estaba preocupada: Mark y ella habían ido a Florida esa semana en concreto para asistir a la competición de baile, en la que participaban varias de sus antiguas alumnas en Chicago. Tenía buenas amigas entre las bailarinas y

las entrenadoras, y esperaba que todas estuvieran sanas y salvas.

Llevó el zumo a la mesa y Mark vio la inquietud reflejada en su rostro.

—¿Algo va mal? —preguntó.

—Esos policías de la playa. El camarero dice que han encontrado a un huésped del hotel muerto.

Mark reaccionó de inmediato.

—¿Muerto? ¿Quién es?

—No lo sé. —Vio como los ojos de él se dirigían hacia el agua y preguntó—: ¿Viste algo anoche?

—¿Qué, un cuerpo? Por supuesto que no.

—Bueno, me preguntaba si deberías hablar con alguien.

—¿Para contarles qué? No vi nada.

Hilary se encogió de hombros. Al abrirse las puertas de cristal situadas al otro lado de la cafetería, reconoció a la mujer que salía del vestíbulo del hotel. Era Jane Chapman, la madre de una de las bailarinas de Chicago. La saludó con la mano, y Jane se dirigió directamente a su mesa. Parecía consternada.

—Hilary, es terrible, ¿te has enterado? —preguntó sin aliento—. No puedo creerlo.

—He oído que ha muerto alguien del hotel. ¿Sabes quién era?

Jane asintió.

—Una chica joven. La han asesinado.

—¿Una de las bailarinas?

—Creo que no. Por lo que he oído, vive por tu zona. En Door County.

—¿Quién es? —preguntó Hilary, embargada por una oleada instintiva de náuseas y miedo.

—Una entrenadora me ha dicho que la chica muerta se llamaba Glory Fischer.

Hilary se quedó sin aire y el mundo empezó a dar vueltas. Oyó a Jane preguntarle si estaba bien, pero la voz de la mujer se hallaba al final de un largo túnel, ahogada y distante. Hilary trató de hablar y no pudo. Lo sabía. De algún modo, sin haber mirado a Mark, sin decir una palabra, sabía que ese acontecimiento era un tornado que la engulliría a ella y a su marido. Volvió lentamente la cabeza para poder mirarle. No deseaba ver la verdad, pero sus ojos se encontraron y la expresión de Mark confirmó todos sus miedos. Distinguió en su cara emociones que nunca antes había visto. Pánico. Terror. Culpa.

«Mark, ¿qué has hecho? ¿Qué pasó anoche?».

Detestaba que su primer pensamiento no tuviera nada que ver con la confianza en él. Detestaba que su primer pensamiento no tuviera nada que ver con protegerle. No importaba que ella no creyera ni por un momento que Mark Bradley fuera capaz de hacer daño a otro ser humano. No importaba que ella tuviera fe en la buena voluntad

de Mark para resistir la tentación y alejarse de ella. Su primer pensamiento no tuvo nada que ver con su inocencia.

En lugar de ello, contempló al hombre al que amaba y su único pensamiento fue: «Otra vez no».

3

El detective Cab Bolton no se percató de que la marea del golfo subía hasta que notó el agua salada lamiendo sus mocasines Hugo Boss de doscientos dólares. La ola se encaramó por su tobillo como un margarita en una batidora y empapó el interior de sus zapatos antes de que le diera tiempo a apartarse. Mientras el agua retrocedía, se agachó sobre la arena, se quitó los mocasines y luego los calcetines mojados. Meneó la cabeza en un gesto exagerado de consternación.

—Siempre que me compro unos zapatos nuevos, al día siguiente tenemos un cadáver en la playa —se lamentó.

Cab se arremangó los pantalones de su traje azul marino. Con los tobillos desnudos y su cuerpo de dos metros sustentado sobre sus pies del 48, parecía una enorme garza azul. El cuello largo, el pelo rubio de punta y el trampolín de saltos de esquí de su bronceada nariz contribuían a configurar la imagen de un pájaro zancudo.

Lala Mosqueda, la analista jefe del escenario del crimen, no se mostró muy comprensiva.

—Estamos en Florida, Cab. ¿Has oído hablar de las chanclas?

—Dentro de poco llevaré unas Crocs —replicó él.

El cuero ya estaba dañado, pero se sacó un pañuelo del bolsillo del pecho, despegó la arena de sus zapatos y secó el exceso de agua. Luego se los colgó de los dedos de la mano derecha. Con la otra, se sacó las gafas de sol de concha y entornó los ojos hacia la torre del hotel.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Quinientas habitaciones? —reflexionó Cab—. Tal vez más. Debía de haber alguien ahí arriba mirando hacia la playa a las tres de la madrugada. Alguien vio algo.

Lala negó con la cabeza.

—Imposible. Demasiado lejos, demasiado oscuro.

Cab señaló con un dedo largo y huesudo a los ventanales, donde al menos una docena de mirones seguía las actividades que se desarrollaban junto al agua.

—Mira la cantidad de prismáticos que ahora mismo nos está observando. Los mirones de las playas andan siempre a la caza de personas que se desplomen en el agua en mitad de la noche.

—Tenemos agentes uniformados interrogando a los clientes en el vestíbulo —le informó Lala—. Es domingo y la mitad está haciendo el *check out*. Hemos intentado interceptar a la gente mientras dejaba el hotel.

—Bien. —Cab contempló la estrecha franja de arena de la costa del golfo, que se alargaba por la orilla del agua como una cinta a lo largo de varios kilómetros en ambas direcciones. Incluso a aquella hora de la mañana, había ya bañistas bronceándose aquí y allá—. Si estrangularas a alguien en el agua, ¿qué harías

después? —le preguntó a Lala.

—Caminaría por el agua y saldría a la playa donde hubiera muchas huellas en la arena —respondió ella.

—Exacto. Odio los cuerpos en la playa. —Volvió a colocarse las gafas de sol sobre sus ojos azul cielo—. Veamos, Mosquito, ¿qué sabemos hasta ahora?

Cab vio la irritación en los ojos oscuros de Lala. Él sabía cuánto detestaba que usara su mote, pero era incapaz de resistirse a pincharla. Nunca había sido un maestro de las buenas maneras, y su boca deslenguada siempre le metía en problemas. Ésa era una de las razones por las que había pasado del FBI a la policía, de ahí a la investigación privada y de nuevo a la policía, en media docena de ciudades en el transcurso de los últimos doce años. A sus colegas también les molestaba su estilo típico de Los Ángeles. A diferencia de la mayoría de los polis, que trabajaban para conseguir una pensión, él disponía de un boyante fondo de inversiones creado gracias a su madre de Hollywood, y se dedicaba a lo que se dedicaba sólo porque disfrutaba, y no porque necesitase una paga. Eso no era muy bien aceptado por la mayoría de los polis, y en particular en Naples, una población turística bañada en sol y atestada de residentes temporales forrados y universitarios disfrutando de sus vacaciones de primavera. Si tenías dinero, se suponía que debías estar al otro lado del muro social.

Aun así, no pretendía tomarle el pelo a Lala con sus bromas. Su intención era guardar las distancias deliberadamente, y ella lo sabía. No hacía mucho habían tenido una relación que había sido el equivalente a una supernova: sobrecargada y cegadoramente brillante, se destruyó con un *big bang*. Su atracción no había desaparecido, pero entre ellos quedaba ahora un agujero negro cuya fuerza de atracción ambos combatían.

—Veamos, *señorita Mosqueda*, ¿qué sabemos hasta ahora? —le preguntó.

Lala tenía un hermoso rostro cubano, pero en ese momento, definitivamente, no irradiaba luz alguna. Un agujero negro.

—Un corredor ha encontrado el cuerpo antes del amanecer —le explicó ella—. Estaba tendida bocabajo sobre el agua, desnuda de cintura para arriba y con la pieza superior del biquini enrollada alrededor del cuello. La ha sacado del agua y ha intentado reanimarla haciéndole el boca a boca, pero ya llevaba un tiempo muerta. La hora estimada de la muerte es entre las dos y las cuatro. Por las marcas de ataduras del cuello y los moretones en la parte de atrás de los hombros, parece que alguien la sujetó y la estranguló bajo el agua. El forense aún no está seguro de las causas de la asfixia, si las tiras del biquini o la misma agua.

—¿Y no puede ser que se emborrachara y las olas la revolcaran?

—No; no hay duda de que alguien la ayudó. Aunque la chica había bebido. Encontramos una botella de Yellow Tail cerca del cuerpo, y tenía los dientes y la lengua teñidos del vino tinto. No sabremos cuánto hasta que nos envíen los resultados

de la analítica. Tal vez estaba borracha o tal vez no.

—¿Había mantenido relaciones? —quiso saber Cab.

—Aún llevaba la pieza inferior del bikini —respondió Lala en tono monocorde —, y el tejido no había sido rasgado ni manipulado de ningún modo. No había hematoma, sangre ni heridas externas que indiquen violación vaginal o anal, al menos tras un primer reconocimiento visual.

Cab no estaba convencido.

—Estamos hablando de una adolescente que ha bebido, medio desnuda en la playa. Sin duda, huele a que el sexo tuvo algo que ver.

—No estoy diciendo que no mantuviera relaciones, pero todavía no hay pruebas de agresión sexual.

—Parece razonable. Lo pillo. ¿Habéis encontrado algo más cerca del cuerpo?

Lala abarcó con un gesto de frustración toda la extensión de la playa.

—Estamos rastreando la arena, pero por aquí pasan miles de personas cada día. Guardaremos y analizaremos lo que encontremos, pero no confíes mucho.

—¿Qué hay del cuerpo? —pregunto Cab.

—Buscamos ADN debajo de las uñas, pero ha tenido las manos sumergidas en el agua. Aunque hubiera opuesto resistencia, no estoy segura de que encontremos nada.

—¿Lo ves? Por eso odio los cuerpos en la playa —repitió Cab.

Lala abrió la boca como si tuviera algo más que contarle, pero él alzó una mano para detenerla mientras dejaba que los detalles se aposentaran en su mente. Tenía un método propio para enfrentarse a una investigación: superponer capas de hechos en su cerebro, como capas de pintura. Le gustaba dejar que una capa se secase antes de aplicar la siguiente. Lala era distinta, prefería soltar de golpe todo el informe y encajar luego las piezas del rompecabezas.

Lala iba vestida toda de negro. Camiseta negra, tejanos negros, sandalias negras, todo a juego con su melena negra, que le caía hasta los hombros. Tenía treinta y tantos años, como Cab, y había trabajado toda la vida en la policía de Naples. Se tomaba muy en serio todo lo que Cab no. Su familia cubana. Su política cubana. Su herencia católica. Su trabajo. Su humor. Ella era fuego; él era agua, siempre fluyendo colina abajo, siempre escapando. Aun así, era prácticamente la única policía de Florida a la que consideraba su amiga.

Aunque no era algo que fuera a decirle.

—¿Cab? —preguntó ella con impaciencia.

—Sí, vale, seguid trabajando. ¿Sabemos quién es la chica?

—Hemos tenido suerte con eso. Se llama Glory Fischer. Dieciséis años.

Cab dejó escapar un suspiro de consternación.

—Es sólo una niña.

—Hoy en día, a los dieciséis son más mayores de lo que crees.

—Sí, ya. Los trece son los nuevos dieciocho, los dieciséis los nuevos veintiuno. ¿Cómo la hemos identificado?

—La hermana y el novio de Glory la estaban buscando por los jardines del hotel cuando los hemos encontrado. La hermana ha dicho que Glory no estaba en su habitación, y cuando se han enterado de lo del cuerpo les ha dado un ataque. La hermana confirmó la identidad de Glory con una fotografía. Ahora están con una agente. Un psicólogo viene de camino.

—¿Padres?

Lala negó con la cabeza.

—Las chicas son del Wisconsin rural, de una zona llamada Door County. La madre está en casa; el padre, muerto. La hermana ya ha llamado a la madre y le ha dado la noticia. Hoy mismo llegará en avión.

—Wisconsin —repitió Cab—. Refréscame la memoria, eso está al norte de Michigan, ¿verdad?

—No, lo que hay encima de Michigan es Canadá, Cab.

—Tanto da. ¿Qué hacían estas chicas aquí?

—El hotel está lleno de bailarinas —le explicó Lala—. Esta semana se celebraba una competición con equipos de estudiantes llegados de todo el país. La hermana (se llama Tresa, T-r-e-s-a) estudia en la Universidad de Wisconsin en River Falls. Vino aquí en autocar con sus compañeras de equipo. Su madre no pudo venir, y por lo que parece Glory y su novio (se llama Troy Geier) llegaron por su cuenta en coche para animar a Tresa durante la actuación. Se suponía que hoy volvían todos a casa.

—La víctima, Glory, ¿no tomaba parte en el torneo?

Lala negó con la cabeza.

—No.

—¿Te dieron la hermana o el novio más información sobre Glory? ¿Tienen alguna idea de qué estaba haciendo en la playa ayer por la noche?

—Dicen que no.

—¿Les crees? —preguntó Cab.

—Si alguno de ellos está involucrado, son unos excelentes actores. Normalmente, a los chicos se les nota cuando mienten.

—Por lo general, yo asumo que todo el mundo miente —replicó Cab.

Eso formaba parte de su herencia por haber vivido con una madre actriz. Si alguien movía los labios en Los Ángeles, lo más probable es que estuviera mintiendo. El hecho de convertirse en policía no había alterado en absoluto su convicción de que, en el fondo, la gente era deshonesto. Había aprendido esa lección a golpes.

—¿Cuánto años tiene la hermana, Tresa? —añadió.

—Diecinueve. Es su primer año en River Falls.

—¿Qué hay del novio? ¿Has descubierto algo de su relación con Glory?

—Nada sobre Glory —respondió Lala, pero él vio la sonrisa de autosuficiencia que se dibujaba en su rostro dorado. Sabía algo. Estaba deseando decírselo desde el principio.

—Suéltalo, Mosquito —dijo Cab—. ¿Qué te ha contado el novio?

Esta vez Lala no parpadeó al oír el apodo.

—Troy me ha acompañado para que pudiéramos hablar en privado. No quería que Tresa escuchara lo que tenía que decir, porque no le habría dejado hablar sobre ello.

—¿Sobre qué?

—Por lo visto este fin de semana se aloja en el hotel otra pareja de la misma zona de Wisconsin. Sus nombres son Mark y Hilary Bradley. Lo he comprobado, y es cierto. Tienen una habitación que da directamente a la playa. No está ni a doscientos metros de donde se cometió el asesinato.

—Bien —dijo Cab, y esperó a que siguiera hablando.

—Troy me ha dicho que teníamos que hablar con el marido antes de que se fuera. Asegura que si hay alguien en el hotel capaz de haberle hecho algo así a Glory, es Mark Bradley.

Cab arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué se basa? ¿Ese tipo tiene alguna relación con Glory?

—No con Glory —dijo Lala—, sino con su hermana. Según Troy, en Door County todo el mundo conoce a Mark Bradley. Era profesor del instituto hasta que el año pasado le hicieron desaparecer debajo de una manta. La policía no pudo presentar cargos por violación, porque Tresa no dijo una palabra contra él en las declaraciones oficiales. Pero el caso es que se acostaba con ella.

Hilary Bradley permanecía inmóvil, sentada en el sofá de su habitación del hotel, mientras Mark entraba y salía del rayo de luz moteado de polvo que penetraba por la terraza. No habían hablado. Escrutó la expresión de inquietud en el rostro de su marido, que respiraba muy deprisa y haciendo mucho ruido; estaba asustado. Era como retroceder al año pasado, cuando se sentaron juntos en su casa de Washington Island y se enfrentaron a los rumores sobre Mark y Tresa.

«Otra vez no».

No hacía falta que se dijeran nada para saber lo que iba a ocurrir. Hilary podía verlo con claridad diáfana. Las acusaciones estaban a punto de llover sobre Mark en forma de tormenta. Una llamada a la puerta. Preguntas. Sospechas. Esta vez sería incluso peor que el año anterior, porque el nombre de Mark ya estaba relacionado con las adolescentes y el sexo; y porque esta vez había ocurrido algo malo de verdad. Este año no habría lugar para los «ella dijo» y «él dijo».

Había una chica muerta en la playa. Alguien la había matado.

Mark se detuvo en el centro de la alfombra. Había cerrado la puerta de cristal que daba a la playa, y el aire de la habitación era frío y aséptico. Sus ojos se encontraron. Ella vio cómo la ira y la preocupación pugnaban en su rostro. Mark dio dos pasos con sus largas zancadas y se arrodilló frente a ella, la tomó de las manos y se las apretó con fuerza.

—Tengo que decir algo.

Hilary estaba tranquila.

—Dilo.

—Yo no lo he hecho —le aseguró Mark—. Nunca pensé que tendría que volver a pedírtelo, pero necesito que tengas fe en mí. Tienes que creerme.

—Te creo.

Él volvió a ponerse en pie, aliviado, y ella esperó que no dudara de su sinceridad ni se preguntara si su expresión ocultaba algo. No estaba mintiendo.

Un año antes, sus amigos la habían tachado de ingenua cuando les contó que no creía que Mark se hubiese acostado con Tresa Fischer. Él lo negaba; ella le creía. Ambos se habían comportado como unos estúpidos al dejar que Tresa se acercara a ellos más que sus otros estudiantes, lo cual era un error que Hilary siempre había jurado no cometer cuando fuera profesora. Pero Mark y ella eran nuevos en Door County y deseaban encajar en la vida de la pequeña localidad. Tresa era sincera, lista, sosegada; era bonita, pero de ella no emanaba una carga sexual o salvaje como de su hermana pequeña Glory. Le habían prestado atención, y Tresa, que no recibía mucha en casa, se dejó querer.

Hilary se dio cuenta enseguida de que Tresa se estaba enamorando como una

adolescente de su marido. No era la primera vez. Las mujeres, jóvenes y mayores, se sentían atraídas por Mark, pero él nunca mostraba inclinación alguna a coquetear. No había considerado que las emociones de Tresa constituyeran una amenaza, porque la conocía demasiado bien y no la creía capaz de fingir sus sentimientos. Su afecto por Tresa la había llevado a olvidar la primera regla de las adolescentes: no eran niñas que estuvieran convirtiéndose en mujeres; eran mujeres vestidas de niña. Tampoco esperaba que las fantasías de Tresa por sí solas pudieran causarle problemas a su marido.

Y entonces la madre de Tresa, Delia, encontró el diario de su hija.

Cuando no bailaba, Tresa siempre estaba escribiendo. Mark era su profesor de Lengua y de Arte. La había animado a escribir relatos cortos, y Hilary y él habían leído algunas de sus historias, protagonizadas por una detective adolescente que se parecía mucho a ella. Sin embargo, ninguno de los dos se había dado cuenta de que, al mismo tiempo, Tresa estaba escribiendo otras historias. Se había inventado un diario imaginario en su ordenador en el que relataba los detalles de su apasionada aventura sexual con su profesor. Era erótico y explícito. Describía sus citas, el modo en que él la tocaba, cómo respondía su cuerpo, las cosas que él le decía, las cosas que ella le decía a él.

Era el despertar sexual de Tresa reflejado en las páginas de su diario, y era lo bastante convincente para ser real. Cuando Delia Fischer lo encontró en el ordenador de Tresa, llegó a la conclusión obvia: Mark Bradley se estaba acostando con su hija de diecisiete años.

Delia se enfrentó a Tresa, pero la negativa evasiva de ésta la convenció de que estaba encubriendo la relación. No fue a ver a Mark para hablar con él; se dirigió directamente al director, la junta escolar, la policía y los periódicos. Frente a las alegaciones de conducta inadecuada, sexualmente criminal, las negativas de Mark no tenían ningún peso. Nadie le creyó. Los detalles íntimos reflejados en el diario hablaban por sí solos. Lo único que le salvó de la imputación y la cárcel fue la terca insistencia de Tresa en que el diario era una fantasía y que nunca había mantenido una relación sexual con Mark. Sin su testimonio, no había caso que llevar ante el tribunal.

Aun así, los desmentidos de Mark y Tresa no cambiaron la opinión de muchos habitantes de Door County sobre qué había pasado en realidad entre ellos. Cuando Tresa hablaba de Mark, cualquiera que escuchara se daba cuenta de que estaba enamorada de él. Para su madre, y para las autoridades escolares, eso sólo podía tener un significado: lo estaba protegiendo.

Mark consiguió librarse sin cargos, pero el director, los profesores y los padres del instituto Fish Creek no tenían intención de dejarlo al frente de una clase. Según el convenio sindical, como profesor de segundo año sin contrato fijo no tenía ningún

derecho. Al terminar el curso, ocurrió lo que estaba esperando.

El hacha cayó. La excusa oficial fueron los recortes de presupuesto, pero toda la península conocía la verdadera razón. Todos sabían qué clase de persona era Mark Bradley, y nadie iba a dejar que se aprovechara de otra adolescente.

Tras el despido de Mark, el primer impulso de Hilary fue dimitir, pero eso les habría dejado sin ingresos. Tampoco quería dar a nadie de la escuela la satisfacción de verles esconder la cola entre las piernas y echar a correr, como si de algún modo eso justificara la hostilidad hacia ellos, como si con esa reacción admitieran su culpa. Se quedó. Pero desde entonces, había transcurrido un largo año de rechazo. Se acercaba el final de su tercer año en el distrito, y sabía que la decisión sobre su propio contrato se acercaba. Aunque se lo mantuvieran, Mark y ella se estaban planteando seriamente la posibilidad de marcharse. Él no tenía perspectivas de trabajo. Ella estaba harta de vivir bajo una sospecha constante.

La razón que les ataba era que amaban su hogar en Washington Island. Les encantaba Door County. Se habían mudado de Chicago a la península porque era el lugar exacto donde querían vivir. Pero Hilary no sabía si era posible quedarse en un sitio donde nunca serían bienvenidos.

Luego estaban las dudas, las preguntas. La seguían a todas partes. Incluso con el puñado de amigos que aún le quedaban se producían a veces silencios incómodos, como si le dijeran: «¿Estás segura?».

¿Estás segura de que es sólo una fantasía? ¿Has leído el diario? Era tan detallado, tan preciso, tan explícito sobre sus encuentros sexuales... ¿Y si había ocurrido de verdad?

Ésa era una pregunta que Hilary se negaba a plantearse. Ni siquiera permitía que penetrara en su mente. Conocía a su marido; si él decía que no había existido ninguna aventura, no había existido. Pero también sabía que Mark tenía miedo de que al final ella acabara por creerse las mentiras. Entonces ambos serían absorbidos por la nube de los juicios.

Por esa razón, el primer día ella le había dicho cómo se sentía. Nunca más. Si tienes que decirlo más de una vez, ya no es de corazón.

«Confío en ti».

—Explícame lo que pasó —le pidió Hilary.

Mark meneó la cabeza.

—Hil, no lo sé. Ojalá lo supiera.

—Empieza por el principio. ¿Viste a Glory en la playa?

Él asintió.

—Sí.

—¿Hablaste con ella?

—Sí, pero fueron sólo un par de minutos.

—¿Por qué no me lo has contado durante el desayuno? —le preguntó controlando el tono de voz. No quería que él percibiera ningún matiz de acusación.

Mark vaciló.

—Debería haberlo hecho, pero no estaba preparado para desenterrarlo todo de nuevo. Por ti, o tal vez por mí. No creía que fuera importante, porque no pasó nada. La vi, y luego me marché. Por lo que yo sé, ése fue el final de la historia. No tengo ni idea de quién la mató.

—¿Qué ocurrió entre vosotros dos?

Mark se sentó a su lado en el sofá y se quedó mirando la alfombra.

—Glory estaba borracha. No me pareció seguro que anduviera por ahí fuera en ese estado, así que intenté convencerla para que volviese al hotel conmigo. No me hizo caso.

Hilary captó la tensión en el modo en que su marido se mantenía erguido. Tenía el cuerpo rígido como si fuera un muelle. Había algo que no quería contarle, y ella aventuró de qué se trataba:

—Glory se te insinuó, ¿verdad?

Mark dejó escapar un sonoro suspiro.

—Oh, mierda.

—Cuéntamelo.

—Sí. No paraba de pedirme que nos acostáramos. Le dije que no.

—Vale —dijo Hilary—. Mira, los dos sabemos que comparada con Tresa, Glory es la desmandada. Estoy segura de que le atraía la idea de seducir al hombre del que estaba enamorada su hermana.

—No pasó nada —insistió él.

—Ya lo has dicho.

—Estuvimos hablando casi todo el rato, aunque sí hizo una cosa: se quitó la pieza superior del biquini.

Hilary cerró los ojos.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada. Fin de la historia. Dejé de intentar convencerla para que volviera al hotel conmigo. Me marché. —Y añadió—: La cosa se estaba descontrolando, Hil. Tenía que largarme.

—No te culpes —le pidió.

—Lo hago. Debería haberle dicho a alguien que ella estaba ahí afuera, pero amenazó con contar que nos habíamos acostado. Dijo que nadie me creería, y tenía razón. No quería arriesgarme, no después de lo del año pasado. No quería meterme en una situación así. Ni a ti.

«De todos modos estamos metidos en ella», pensó Hilary, pero no hacía falta que

lo dijera en voz alta; Mark podía leerle el pensamiento.

—Van a venir a por mí —dijo él—. Saben que estoy en el hotel. La policía dibujará una diana en mi pecho.

—Probablemente estés en lo cierto —convino ella—, pero no nos dejemos llevar por el pánico, ¿de acuerdo? ¿Alguien te vio salir de la habitación? ¿Alguien te vio en la playa o cuando volvías?

Observó cómo él reconstruía sus pasos mentalmente.

—No lo sé. Tal vez hubiera un empleado del hotel en la terraza cuando salí de la habitación, pero eso está a unos doscientos metros. No estoy seguro de si me vio ni si me reconoció.

—¿Viste a alguien con Glory en la playa? —preguntó Hilary—. Alguien la mató; quienquiera que fuese debía de estar observándoos.

Mark negó con la cabeza.

—No vi a nadie.

Ella percibió el titubeo en su voz.

—¿Pero?

—No lo sé. Tuve la sensación de que nos miraban. Me pareció que Glory veía a alguien, pero yo no distinguí a nadie.

—¿Habló de alguien más?

—Sólo de Tresa —respondió él—. Y de su novio, Troy Geier.

—¿Qué dijo?

—Me explicó que Troy era celoso. Y dijo... bueno, dijo que Tresa nos había visto durante la actuación y se había puesto nerviosa. Por eso no lo hizo muy bien.

Hilary asintió. De hecho, se había sentido culpable por estar entre el público durante la actuación de Tresa. A pesar de lo sucedido, la chica seguía gustándole y le disgustaba ver que las cosas le salían mal.

Mark se apoyó en el respaldo del sofá y miró al techo. La habitación estaba sombría y fría.

—¿Y ahora qué hago?

—Ahora mismo, nada —dijo Hilary.

—Debería contarle lo que sé a la policía —insistió Mark. Luego hizo una pausa—. ¿O crees que sería mejor que me callara? Quiero decir que si nadie me vio...

Dejó que el pensamiento se desvaneciera, pero ella sabía lo que estaba pensando. Si nadie le había visto en la playa, ¿era necesario meter la cabeza entre las fauces del león admitiendo que había estado allí con Glory?

—Tenemos que hablar con un abogado —decidió Hilary—. Ahora mismo. Hoy. Hasta entonces, creo que lo mejor es que no digas nada. No mentimos, pero tampoco proporcionamos información motu proprio. ¿De acuerdo?

Mark asintió.

—De acuerdo.

—Superaremos esto —le aseguró ella.

Él frunció el ceño y dijo lo que pensaba:

—Va a ser igual que el año pasado, Hil; lo sabes. Todo el mundo pensará que soy culpable.

—No lo eres.

—No estoy seguro de que podamos permitirnos esto.

—Lo sé.

Mark se inclinó para abrazarla, pero ambos dieron un respingo antes de poder hacerlo. Alguien llamaba con insistencia a la puerta de la habitación.

Hilary lo supo sin necesidad de escrutar por la mirilla. Había comenzado.

Cab Bolton tuvo que llamar dos veces a la puerta de la habitación antes de que la atractiva mujer rubia la abriera. Cuando lo hizo, él representó el numerito de consultar sus notas.

—La señora Bradley, ¿verdad? ¿Hilary Bradley?

Ella sonrió educadamente aunque no lo confirmó ni lo desmintió.

—¿Puedo ayudarle?

—Me llamo Cab Bolton y soy detective de la división de investigaciones criminales del departamento de policía de Naples.

Abrió con un gesto rápido la cartera de piel con su placa y se la tendió para que la comprobara, cosa que ella hizo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—A lo mejor no se han enterado, pero esta noche se ha cometido un crimen en la playa, junto al hotel. Han asesinado a una adolescente.

Cab escrutó el rostro de la mujer en busca de una reacción de sorpresa, pero no la encontró; sabía exactamente por qué estaba allí. La inteligencia siempre se refleja en los ojos, como si éstos fueran una ventana a la maquinaria de la mente. Hilary Bradley era una mujer lista.

—Es terrible —replicó ella—. Pero no estoy segura de cómo puedo ayudarle.

Cab señaló con uno de sus dedos absurdamente largos por encima de su hombro, hacia las puertas de cristal que daban a la playa.

—Su habitación da a la zona donde se cometió el crimen.

—Ya veo. Bien, entre. Aunque no tengo mucho tiempo, y no creo que pueda serle de ayuda.

Cab agachó la cabeza al cruzar el marco de la puerta, un gesto que tenía que hacer al franquear la mayoría de las puertas. Tras él, Hilary Bradley dejó que se cerrara. Mientras avanzaba hacia el centro de la habitación, tomó nota de la puerta cerrada del baño y del ruido de la ducha, así como de las dos maletas abiertas a medio llenar arrimadas contra la pared. Sobre una de ellas había tirada una camiseta amarillo chillón con un logo de distrito de Columbia. Pasó junto a la cama tamaño *King-size* hasta el extremo opuesto de la habitación, donde disponía de una excelente vista sobre el golfo a través de las puertas de la terraza. La playa estaba protegida por una red de palmeras con las hojas caídas. Distinguió al equipo forense que trabajaba cerca del agua y reconoció el pelo negro azabache de Lala.

—Bonitas vistas —comentó.

Hilary, que se encontraba a su espalda, no dijo nada. Cab abrió la puerta corredera y salió al patio de piedra cuadrado, cubierto de arena y amueblado con dos sillones y una mesa de metal. Desde allí se podían bajar dos escalones y acceder al camino que

llevaba a la playa. Echó un vistazo a las habitaciones de ambos lados, todas disponían de un acceso al agua de similares características. Habría resultado sencillo ir y venir en plena noche sin que nadie viera nada.

Al entrar de nuevo en la habitación se percató de que las dos maletas estaban cerradas. Hilary Bradley esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Concedía mucha importancia al hecho de no sentarse, y a no invitarle a hacer lo propio. No estaba interesada en que la visita se prolongara.

—Los clientes de esta ala son testigos potenciales —le explicó Cab—. Estamos interrogando a todo el mundo.

—Me temo que yo no vi nada.

—¿Nada de nada?

—No, no miré afuera en toda la noche.

—¿Oyó algo?

—Estaba dormida.

—¿Se levantó durante la noche? ¿Fue al lavabo?

—No.

Cab asintió y dejó que la educada danza siguiera representándose entre ellos. Quería que ella se relajara y no sospechara que su visita tenía un motivo especial. Su marido y ella eran dos de los muchos testigos cuya habitación daba a la playa, no sospechosos relacionados con la víctima. Aun así, Cab albergaba pocas dudas de que ella ya había descubierto sus intenciones y estaba esperando a que lo soltara todo.

Examinó a la mujer que tenía frente a él. Hilary Bradley era lista, y también hermosa, de una forma madura y segura. Parecía unos años mayor que él, quizá tenía cuarenta o a punto de cumplirlos. Su cara era redonda, con ojos azules y finas gafas negras, y de sus orejas colgaban unos pendientes que parecían dos chicles de bola. Vestía un sencillo top color burdeos, mallas de deporte que realzaban sus largas piernas y sandalias. A pesar de su media melena rubia, no era la típica rubia explosiva y no creía que lo hubiera sido nunca, ni siquiera cuando era más joven. Aun así, tenía el atractivo de una mujer que sabía que iba dos pasos por delante en casi todo.

Ella alzó la vista hacia Cab. Debido a su estatura, casi todo el mundo lo hacía. Él se dio cuenta de que le estaba tomando la medida, incluso mientras él hacía lo mismo con ella. La mayoría de la gente le subestimaba. Creían que era un guapito de playa venido a menos; no tenía el aspecto de un hombre que se había licenciado en UCLA en tres años. Veían la gomina en el pelo, la piel exfoliada, el pendiente, el traje, todo ello en la cima de un cuerpo delgado que hacía que los techos parecieran bajos, y lo clasificaban como un metrosexual superficial. A Cab no le importaba. Tampoco creía que Hilary Bradley fuera la clase de mujer que cometiera ese error con él. Su cara permaneció inexpresiva como una máscara mientras lo observaba, pero tenía el aspecto de alguien que no infravaloraba a un adversario.

Cab echó un vistazo a la lista de huéspedes que tenía en la mano.

—No está sola, ¿verdad, señora Bradley? ¿Está su marido con usted?

—Así es. —Su tono era frío.

—¿Se llama Mark?

—Sí.

—¿Es a él a quien he oído en la ducha?

—Por supuesto.

—Me gustaría hablar también con su marido —le dijo Cab.

—Dudo que viera nada.

—¿Cómo lo sabe? Ha dicho que estaba durmiendo.

Hilary frunció levemente el ceño, como si le molestara que la pregunta la hubiera pillado desprevenida.

—Si mi marido vio algo durante la noche me lo habría contado.

—Aun así, querría hablar con él.

—Trataremos de encontrarle antes de marcharnos, detective —respondió ella mientras miraba hacia la puerta. El significado era evidente: quería dar por terminada la entrevista.

Cab se acarició la punta de su protuberante barbilla y permaneció donde estaba.

—¿Le importa si le pregunto qué hacen en Naples?

—Soy profesora de instituto, estamos de vacaciones de primavera. Teníamos algunos puntos de hotel de nuestra tarjeta de crédito y los utilizamos para alojarnos aquí gratis durante una semana.

—Perfecto. ¿Y cómo acabaron eligiendo este hotel?

La observó mientras ella meditaba su respuesta, como si intentara comprender los motivos que le habían llevado a preguntar. O a lo mejor trataba de evaluar cuánto podía decir sin mentir.

—Además de trabajar en el instituto, he sido profesora de baile durante muchos años —explicó al final—. Algunas de mis ex alumnas iban a participar en una competición en el hotel esta semana.

—Y además de entrenar a bailarinas, ¿qué enseña?

—Matemáticas.

—Nunca fue mi asignatura preferida —dijo Cab, lo cual era mentira. Había sido el primero de la clase en todas las materias excepto Geografía. Su cerebro no procesaba las direcciones; necesitaba un plano para encontrar su propio cuarto de baño.

—¿Dónde da clases? —continuó.

—En un instituto en Door County, en Wisconsin.

—¿Dónde está eso exactamente? —quiso saber él.

—Si mira un mapa de Wisconsin, Door County es el dedo meñique. La península

se adentra en el agua entre Green Bay y el lago Michigan.

—Parece un lugar bastante hermoso.

—Lo es.

—¿Conoce a los Fischer, una familia de la zona?

Los ojos azules de Hilary adoptaron una expresión gélida. Cab se imaginaba que las aguas del lago Michigan debían de ser frías pero, en comparación con los ojos de aquella mujer, habrían resultado tan templadas como las del golfo.

—¿Cree que soy estúpida, detective?

—¿Disculpe?

—Sé que no está aquí porque nuestra habitación da a la playa. No me imagino al detective al cargo de una investigación por asesinato haciendo el trabajo sucio de interrogar a cientos de testigos potenciales.

Cab sonrió.

—Hay mucho más trabajo sucio del que pueda imaginarse.

—Alguien me ha dicho que la chica muerta es Glory Fischer, y obviamente alguien le ha hablado a usted sobre mi marido y yo.

Cab sonrió.

—Sí, digamos que el nombre de su marido ha salido en la conversación.

—Mark no tiene nada que ver con esto.

—Tal vez no, pero debe entender mi interés, dada su relación con los Fischer. En particular con la hermana de la chica muerta.

—No hubo ninguna relación —insistió Hilary—. Las acusaciones contra él eran falsas.

—La verdad es que no me importa —replicó Cab—. De cualquier modo, levanta sospechas contra él.

—Mi marido no mató a Glory Fischer.

—Si no fuera por el hecho de que ya hemos establecido que usted estaba durmiendo, señora Bradley, así que en realidad no sabe lo que hacía él.

—Conozco a Mark.

—Nadie conoce a nadie —respondió Cab.

—A lo mejor usted no, pero yo sí. No pienso consentir que vuelvan a someter a mi marido a una caza de brujas, detective.

—Yo no me dedico a la caza de brujas. No creo lo que me cuenta nadie, sea bueno o malo, hasta que puedo probarlo de un modo u otro. Así que ahora mismo lo que de verdad me gustaría es que su marido dejara de esconderse tras la puerta del lavabo fingiendo que se está duchando, y que le dijera que saliera para hablar conmigo.

—Le informaré de que está usted aquí —dijo Hilary.

—Si su marido no tiene nada que ocultar, permita que conteste unas cuantas

preguntas.

—Ya me ha mentido sobre sus razones para venir aquí, detective —le espetó ella —, así que ahórreme su discurso de «nada que ocultar». Mark y yo no confiamos en la gente más que usted. Hemos aprendido que sólo podemos confiar el uno en el otro.

—He visto muchas esposas que creen eso —comentó Cab—. Todas acabaron decepcionadas.

—¿Le parece que tengo el aspecto de una joven ingenua de veinticinco años?

—No, no lo tiene —contestó él.

—Entonces no me trate como si lo fuera.

Cab se metió la mano en el bolsillo.

—Antes o después su marido tendrá que responder algunas preguntas. Aquí tiene mi tarjeta; dígame que me llame. No se molesten en marcharse hoy: tendrían que coger un vuelo de vuelta.

—¿Ha terminado?

—No. Si su marido no va a responder, entonces le preguntaré a usted. ¿Sabía que Glory Fischer y su hermana estaban en el hotel?

—He dicho todo lo que pienso decir por ahora —replicó Hilary.

—Está dibujando una diana en la espalda de su marido. Ambos están actuando como si fueran culpables.

—Ya me ha dicho que no iba a creerme, así que ¿por qué debería decir nada?

Antes de poder responder, Cab oyó sonar el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje. Era Lala. La escuchó, consciente de que la voz de la policía cubana sonaba lo bastante alta como para oírse en toda la habitación. No le importaba. Al colgar, se dio cuenta de que la expresión de los ojos de Hilary Bradley había cambiado. Había seguido el hilo de la conversación, y ahora estaba incómoda. Y preocupada.

—No creo que estuviera durmiendo, señora Bradley —le anunció—. Creo que se despertó y vio que él se había ido.

—Hasta luego, detective.

—La llamada era de uno de mis investigadores. Ya ha oído lo que ha dicho: tenemos un testigo. Un empleado del hotel vio a Glory Fischer saliendo hacia la playa. La cuestión es, ¿qué más vio?

Hilary no dijo nada.

Cab dio un golpecito con el pie a una de las maletas del suelo, que estaban abiertas cuando había llegado.

—He visto la camiseta amarilla sin mangas. ¿Era eso lo que llevaba su marido? Es difícil no distinguirla, incluso de noche.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció en silencio. El rubor cubrió su cara.

Cab se dirigió hacia la puerta de la habitación. Al pasar junto a la puerta cerrada del baño, llamó con fuerza.

—No crea que podrá esconderse siempre detrás de su mujer, señor Bradley. Cuanto antes hable conmigo, más fácil será.

Abandonó la habitación sin obtener respuesta.

Mark esperó a oír el ruido de la puerta del dormitorio al cerrarse. Luego salió del baño completamente vestido y encontró a su mujer sentada en el borde de la cama. El cansancio y la tensión se reflejaban en su rostro. Había visto esta expresión durante semanas el año anterior, cuando ambos se enfrentaban a sus acusadores en la escuela.

—¿Lo has oído? —preguntó ella.

Mark asintió. Su frustración estaba a punto de desbordarse y tenía ganas de aporrear la pared.

—Tiene razón. Debería haber salido y haber hablado con él. No me gusta esconderme, Hil. Yo no soy así.

Ella negó con la cabeza.

—Sólo estaba pulsando algunas teclas, tratando de incitarnos a decir alguna estupidez. Mira, llamaré a mi padre y conseguiré el nombre de un abogado defensor aquí, en Naples. Seguro que esto está lleno de residentes temporales procedentes de Chicago. Hablaremos con él y entonces decidiremos qué hacer.

—Los culpables son los que contratan un abogado.

—No, son los inteligentes —replicó ella—. Sólo trato de protegernos.

Mark miró las maletas del suelo.

—No podemos marcharnos.

—Llamaré a recepción y preguntaré si podemos quedarnos otra noche.

—¿De verdad tiene un testigo? ¿O era sólo un juego mental?

—No lo sé. La persona que le ha llamado dijo que alguien del hotel vio a Glory, pero podrían haber amañado la llamada.

—Si alguien me vio con ella... —A Mark se le cortó la voz.

—Si alguien te vio con ella, a lo mejor también te vio marcharte. A lo mejor vio quién hizo esto en realidad.

6

Lala Mosqueda había añadido unas gafas de sol negras a su *look* completamente negro conforme el sol se alzaba por encima del hotel. La piel le brillaba debido al sudor. Aquello era Florida, y no había nada que pudieras hacer para huir de la humedad. Cab había supuesto que con el tiempo se acostumbraría, pero después de dos años aún no lo había conseguido. Nada más terminar de afeitarse cada mañana, ya tenía la piel mojada. Todas las superficies estaban húmedas e hinchadas. Cada mañana, al salir del apartamento en primera línea de mar, la ropa se le pegaba al cuerpo y notaba cómo el aire cálido le drenaba la energía. Las únicas criaturas que prosperaban en ese clima eran las cucarachas y las arañas, que crecían como mutantes.

Lala se apoyó en el tronco de una palmera cerca de una amplia pasarela adoquinada que llevaba hacia el agua. El cielo lucía un azul de postal. En la terraza del hotel, Cab vio a un empleado con perilla y el pelo negro y grasiento, sentado a una mesa mientras empujaba con gestos nerviosos el centro de flores y bebía agua de una botella de plástico de Aquafina. El joven, de veintipocos años, cruzaba y descruzaba las piernas con incomodidad sobre la tumbona. Por la manga de la chaqueta roja del hotel asomaban los puños blancos, y llevaba pantalones negros.

Cab se reunió con Lala, que estaba escribiendo un mensaje de texto.

—¿Ése es nuestro testigo? —le preguntó.

—Sí. Se llama Ronnie Trask. Es camarero en el bar de la piscina.

—Tiene pinta de estar a punto de mearse en los pantalones. ¿Se siente culpable por algo?

Lala guardó el teléfono y se subió las gafas de sol, que le resbalaban por la cara empapada de sudor.

—Los demás empleados me han contado que se las sabe todas cuando se trata de encandilar a las chicas a las que les gusta demasiado la fiesta. Cuanto más jóvenes mejor. Pero si está relacionado con lo que le ocurrió a Glory, creo que habría mantenido la boca cerrada en lugar de colocarse él solito bajo el foco de la investigación.

—¿Hemos encontrado a alguien que viera algo?

—Aún no.

—¿Qué hay de las cámaras? ¿No hay cámaras aquí fuera?

—A la gente que está de viaje en las vacaciones de primavera no le gustan mucho los ojos en el cielo, ¿sabes? Lo que pasa en la playa se queda en la playa. El único sitio donde hay cámara es el vestíbulo. Estamos revisando la cinta. ¿Y Mark Bradley?

—añadió—. ¿Has conseguido algo de él?

Cab despegó los botones del traje de su pecho pegajoso y se ajustó la cadena de

oro que llevaba al cuello. Le llegaba el olor a cloro, procedente de la cercana piscina del hotel.

—Me evitó. Hablé con la mujer.

—¿Y?

—Y no se mueren de ganas de responder preguntas. Vamos a desenterrar todo lo que podamos sobre ese incidente del año pasado en Door County. Llama al *sheriff* de allí. Quiero más información antes de hablar con la hermana y el novio, ¿de acuerdo?

—Claro —respondió Lala. Cab se dirigió hacia Ronnie Trask, pero ella le llamó —: Eh, Cab.

—¿Qué?

—Ayer por la noche vi a tu madre en una película.

Era un comentario inocuo, pero cada vez que la conversación se desviaba del trabajo, él volvía a sentir la gravedad, como si ambos estuvieran rodeando el agujero negro. El solo hecho de decirlo suponía un gran paso para Lala, y Cab se preguntó si tenía algún motivo oculto.

—¿Sí? ¿Cuál?

—*Sapphirica*.

Cab asintió.

—Ésa es de hace veinte años. Yo estaba con ella durante el rodaje, en Italia. Ganó un premio especial del jurado en Sundance.

—¿Viajabas mucho con ella cuando eras pequeño? —quiso saber Lala.

—Sí. Era como ser el novato del ejército, pero sin las armas.

—Te pareces mucho a ella —señaló Lala.

—Gracias.

—¿Y por qué no te hiciste actor como ella? Tienes aspecto para serlo.

—Mi cabeza insistía en salirse de plano.

Lala se rió, pero era una risa vacía. Volvió a concentrarse en su teléfono, como si él hubiera zanjado la conversación con un impropio y no con una broma. Cab pensó en decir algo más, pero no lo hizo. Era el hijo de su madre.

Tarla Bolton era una solitaria empedernida, y Cab también. Ella no se había casado nunca y ni siquiera había revelado la identidad del hombre que la dejó embarazada. Cab no sabía quién era su padre, aunque había reducido el campo de posibilidades a unos pocos candidatos potenciales basándose en las películas que su madre estaba rodando cuando él fue concebido. Nunca le había preguntado a ella la verdad.

Cab tampoco se había casado, aunque había estado cerca. Una vez. Ella se llamaba Vivian Frost. Vivian era la razón por la que había decidido no volver a confiar en nadie nunca más. La razón por la que siempre estaba huyendo.

Cab se sentó a la mesa de la terraza, frente a Ronnie Trask, y reclinó la silla hacia

atrás para acomodar sus largas piernas. Alzó la cabeza y entornó los ojos mientras se enjugaba el sudor de la frente con el pañuelo.

—Dios, esto sí que es calor, ¿eh?

El camarero se mordió el labio inferior y tamborileó con las uñas en la superficie de cristal de la mesa.

—Ya.

—Soy Cab Bolton. Policía de Naples.

—Ronnie Trask. Camarero de Naples. —Y añadió—: ¿Qué clase de nombre es Cab?

—El que me pusieron —respondió Cab.

—Ah.

—¿Trabajas aquí en el hotel, Ronnie?

El chico apuró el último trago de su Aquafina.

—Sí. Trabajo por las noches, por las tardes, siempre que me llaman. Un horario de mierda. Duermo entre turnos.

—¿Siempre trabajas en el bar?

—Sí.

—Muy bien. Cuéntame qué ocurrió anoche.

Trask se encogió de hombros.

—A la una cerré el bar de la piscina y me puse a limpiarlo todo. Debía de ser casi la una y media cuando vi a una adolescente en bikini en el extremo más alejado de la terraza. Atravesó las palmeras en dirección a la playa. Fin de la historia.

—¿Había alguien más? ¿Empleados? ¿Huéspedes?

—Qué va, cuando se acaba la prisa los huéspedes se van a la cama. Estaba solo aquí fuera.

—Háblame de la chica.

—¿Qué quiere que le cuente? Era guapa. Joven.

—¿Estaba sola? —preguntó Cab.

—Sí, estaba sola.

—¿Hablaste con ella?

Trask frunció el ceño y se puso a la defensiva.

—Eh, ya le he dicho que estaba en el otro extremo de la terraza, ¿no? ¿Cómo iba a hablar con ella?

Cab lo dejó que sufriera un poco antes de volver a la carga.

—¿La viste con claridad?

—Por supuesto.

—¿Viste lo que llevaba en la mano?

—¿El qué? No llevaba nada.

—Entonces ¿de dónde sacó el vino, Ronnie? Encontramos una botella junto al

cuerpo.

Trask se acarició la perilla.

—Ah, sí. Llevaba una botella de vino. Me había olvidado.

Cab sacó un bolígrafo del bolsillo del traje, alargó la mano por encima de la mesa y acercó la botella vacía haciéndola rodar con el tapón del bolígrafo.

—Estamos examinando la botella de vino en busca de huellas dactilares. Creo que también analizaremos tu botella de agua.

Trask maldijo por lo bajo.

—Mierda. Vale. Yo le vendí el vino.

—Tenía dieciséis años.

—No sabía que era menor de edad.

—Antes has dicho que parecía joven.

—Joder. —Trask tomó aire—. ¿Y qué pasa, tío? Me dio treinta pavos. Las chicas que vienen aquí siempre encuentran la forma de conseguir alcohol, ¿sabe? ¿Por qué no iba a sacar tajada? El hotel lo registra como una botella rota y todos contentos.

—Menos Glory Fischer. Ella no está contenta, está muerta. ¿Había bebido antes de que le vendieras el vino?

Trask negó con la cabeza.

—Parecía sobria.

—¿Le ayudaste a bebérsela?

Abrió los ojos de par en par.

—¿Qué dice?

—¿Te tomaste una copa con ella? ¿Fuiste con ella a la playa?

—Joder, no —resopló él.

—Por ahí se dice que te llevas muy bien con las chicas que bajan aquí, Ronnie.

—Sí, ya, pero no me van las menores.

—Entonces sabías que lo era.

—Oh, por amor de Dios, claro que sí. ¿Y qué? No fui a la playa con ella. Cogí su dinero, le abrí la botella y se largó sola. Eso es todo. Eso es *todo*.

Cab percibió el pánico en la voz de Trask.

—¿Qué te dijo la chica?

—Nada. Quería bebida y ya está.

—¿Te explicó por qué estaba fuera?

—No, tío.

—¿Cómo se comportaba?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir cómo actuaba. ¿Parecía preocupada, feliz, enfadada?

Trask se pasó las manos por el pelo peinado hacia atrás.

—Demonios, no lo sé. Intentaba ligar, como hacen las adolescentes. Me sonreía.

Se colocaba bien el biquini. Actuaba como una cría, supongo que pensó que podría conseguir el vino gratis.

—¿Te lo tomaste como una invitación?

—¿Eh?

Cab se inclinó sobre la mesa.

—¿Interpretaste que ella quería sexo?

—Mire, no sé lo que quería pero yo no se lo di.

—De acuerdo, Ronnie. ¿Cuánto rato estuvo en el bar?

—Un par de minutos, no más. Compró el vino y se fue hacia la playa.

—¿Viste a alguien más después de que apareciera la chica? —preguntó Cab—.

¿La siguió alguien?

Trask negó con la cabeza.

—Nadie.

—¿No viste a alguien más fuera?

—Me fui justo después que la chica. Mi turno había acabado. Lo cerré todo y me largué.

—¿Y antes de que ella llegara? ¿Pasó alguien en dirección a la playa durante la media hora que estuviste limpiando?

Trask alzó la vista al cielo, como si esperara recordar algo, pero parecía haberse quedado en blanco.

—No vi a nadie.

—Así que tú eras la única persona que había aquí afuera, junto con la chica asesinada...

—¿Eh! —exclamó él—. Le estoy diciendo que yo me largué. Ni la seguí ni vi a nadie más. La recepcionista vio cómo me marchaba por el vestíbulo. Pregúntele. Oiga, la playa está llena de hoteles. Cualquiera podría haberlo hecho.

Cab sabía que Trask tenía razón. Eso era lo que le preocupaba; los cadáveres en la playa implicaban miles de sospechosos. Si no tenías suerte con los forenses o los testigos, era casi imposible construir un caso. Pensó en Glory Fischer en la playa. Y en Mark Bradley. Había esperado que Trask situara a éste en el exterior del hotel, o que al menos mencionara a alguien que concordara con la descripción de Bradley. Podría haberle ayudado mencionando la camiseta amarilla, pero imaginaba que el camarero se agarraría a ese dato y lo reelaboraría del modo en que hacen los informadores, para darle a Cab lo que quería oír. ¿Una camiseta amarilla? Ahora que lo dices, sí que vi a alguien que llevaba algo así.

—¿Reconociste a la chica? —le preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Llevaba varios días en el hotel. ¿La habías visto antes de ayer por la noche?

Trask asintió.

—La verdad es que sí.

—Pareces bastante seguro. Este lugar está abarrotado de adolescentes esta semana.

—Bueno, casi me cae encima.

—¿Cuándo fue eso?

—El viernes por la noche. Yo llevaba una caja de vino del restaurante al bar de la piscina, y de repente ella apareció de la nada y pasó corriendo junto a mí. Mira que soy grande, ¿eh? Pues fue como si ni siquiera me hubiera visto. Casi se me caen las botellas. Me jodió bastante. A veces me entran ganas de gritar a esas chicas, pero el hotel no lo permitiría.

—¿Por qué corría?

—No lo sé.

—¿Viste a alguien más correr tras ella?

Trask negó con la cabeza.

—No. Había gente pululando por la sala de eventos, yendo al lavabo, y algunos salían a fumar un cigarrillo. Ese tipo de cosas. Por lo que yo vi, nadie le prestó atención. Se lanzó sobre mí desde el pasillo que hay pasadas las ventanas exteriores, como un murciélago salido del infierno.

—¿Había atravesado el vestíbulo desde el centro de eventos?

—Sí.

—Ahí es donde se celebra el torneo, ¿no?

—Sí, supongo.

—¿Se paró a hablar contigo?

—No, siguió corriendo. Yo me aparté de su camino, y ella ni se disculpó ni nada. Parecía alucinada.

—¿Disculpa?

—Alucinada —repitió Trask—. Asustada. Y estaba llorando.

Como si hubiera visto un fantasma.

—¡Qué fuerte! —exclamó Amy Leigh— ¿Has visto esto?

Estaba sentada en la penúltima fila del autobús del equipo de Green Bay. La ventanilla de su lado estaba abierta, y Amy aspiraba el humo de los tubos de escape mientras el autobús renqueaba por las laderas de las montañas del sur de Tennessee. A diferencia del campus de Wisconsin, que apenas se había librado de las garras del invierno, aquí los árboles y las montañas eran de un verde reluciente.

Su compañera de habitación siguió tecleando en el portátil sin responder, así que Amy le dio un golpecito con el hombro.

—Eh, mira esto.

Katie Monroe apartó la vista de la pantalla con un gesto de impaciencia.

—¿Qué? Tengo que terminar este artículo y enviarlo al periódico a las tres.

—Ya, es sólo un momento —insistió Amy.

Le enseñó el iPhone a su amiga, que echó un vistazo a las noticias en línea. Tras leer las dos primeras líneas del artículo, le cogió el móvil de la mano y bajó al siguiente párrafo.

—¡Uau! ¿Ahí es donde nos alojábamos?

—Sí, ése era nuestro hotel. Ayer por la noche asesinaron a una chica.

Katie se apartó el flequillo de los ojos con un resoplido.

—Aquí dice que estaba bebiendo en la playa en plena noche. Joder, qué poco inteligente.

—Aun así, menuda mierda.

—Sí. La vida es una mierda.

Katie le devolvió el teléfono y se concentró de nuevo en el documento de su ordenador. Amy deseaba seguir hablando, pero cuando su compañera de habitación estaba escribiendo era mejor no interrumpirla. Se apoyó en el mohoso reposacabezas de su asiento y se quedó mirando el pasillo del autocar, tenuemente iluminado. Iba botando en el asiento a causa de los baches de la carretera. Le pesaban los ojos pero no lograba conciliar el sueño, al contrario que la mayoría de las chicas, que estaban despatarradas en sus asientos. Había sido una semana llena de emociones y adrenalina, y aún no había bajado a la tierra. El equipo de baile de Green Bay había quedado subcampeón; no habían ganado, pero casi. Imaginaba que al año siguiente se harían con el trofeo, porque el fantástico equipo de Louisville que las había superado perdería a la mayoría de sus bailarinas titulares cuando éstas se graduaran en junio.

A Amy aún le quedaba un año para terminar.

Trató de despejar su mente, pero la imagen de la chica muerta en el exterior de su hotel de Naples se le había metido en el cerebro. Así era Amy. Se había especializado en Psicología y se pasaba el tiempo analizando a la gente e intentando descubrir qué

motivaba sus actos. Al pensar en la chica, imaginó el mundo a través de sus ojos mientras veían la solitaria franja de arena del golfo. Una adolescente cuatro años menor que Amy, sola, agredida, asesinada. Katie tenía razón: era una estupidez acercarse a la orilla a beber en plena noche. Pero Amy también había hecho tonterías.

—¡Eh! —Su compañera agitó una mano frente a su cara, sacándola de su ensimismamiento—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Sigues pensando en ello?

—Sí.

—Ya sabes que no puedes cargarte todos los problemas del mundo a la espalda —la regañó.

—Lo sé.

—Pues déjalo correr.

Katie era la periodista, que observaba el mundo como si fuera una enciclopedia de hechos en blanco y negro. Amy era el bombón de corazón tierno, la que sentía, reía y lloraba en exceso. Secretamente, pensaba que su compañera de habitación sería mejor terapeuta que ella, porque Katie no permitía que la gente se le acercara demasiado. Guardaba las distancias, siempre fría y objetiva. Lo primero que hacía Amy era lanzarse de cabeza.

—Era de Wisconsin —dijo Amy.

—¿Quién? —preguntó Katie, apartando la vista de su artículo.

Había acompañado al equipo para escribir sobre el campeonato para el periódico de Green Bay. Así conseguía un viaje gratis para las vacaciones de primavera, el periódico se hacía cargo de los gastos del hotel y sus padres no se preocupaban de lo que no sabían.

—La chica. Glory Fischer, la que han asesinado. Era de Wisconsin.

—Vale.

—De Door County —añadió Amy—. No está ni a una hora de casa.

—¿Adónde quieres ir a parar con esto?

—No lo sé.

—¿La conocías? ¿Era una de las bailarinas?

Amy negó con la cabeza.

—No.

—Entonces ¿por qué le das vueltas?

—Es sólo un palpito.

Amy volvió a coger su móvil y entró en Google para comprobar si otro periódico se había hecho eco de la noticia. Vio que en el de Milwaukee ya habían escrito una crónica sobre el crimen. «Chica de la zona asesinada durante las vacaciones»; era toda una noticia local. El reportero del *Journal Sentinel* había conseguido una foto de

Glory Fischer del anuario, que acompañaba el artículo. Amy contempló su rostro, y la sensación de inquietud aumentó. Se dijo a sí misma que se había equivocado y que confundía a Glory con otra persona, pero no creía que fuera así.

Era la chica que había visto. La que estaba hablando con Gary. Los había visto juntos el viernes por la noche.

—¿Qué pasa? —preguntó Katie.

—La reconozco —explicó Amy.

—¿A la chica asesinada?

—La vi. La recuerdo del hotel.

Katie parecía dudar. Volvió a coger el teléfono y echó un vistazo a la foto de Glory.

—¿Estás segura? En las fotos del anuario todo el mundo se parece mucho.

—Lo sé, pero creo que era ella.

Katie bajó la tapa del portátil y se movió en el asiento hasta quedar de frente. Luego dobló sus delgadas piernas por debajo del cuerpo. Era de mediana altura y flaca comparada con Amy, de huesos grandes y constitución musculosa. Katie le dio en el hombro.

—De acuerdo, entonces la viste. Ya sé que da escalofríos.

—No es sólo eso. El problema es con quién la vi.

—¿Quién?

Amy abrió la boca y volvió a cerrarla. Paseó la mirada por el autocar para ver si él estaba cerca, mientras fruncía sus labios pintados de rosa chicle.

—Es una locura. Debo de haberme equivocado.

—Venga ya, Amy, me estás poniendo de los nervios.

—No es nada —insistió—. Escribe tu artículo.

—Cuéntamelo.

—No hay nada que contar. Soy una gilipollas.

—¿Qué te crees, que no lo sabía? Suéltalo. ¿Qué viste?

—Olvídalo. Tienes que entregar el artículo. Voy a dormir un poco.

Amy le dedicó una sonrisa falsa.

Esperó a que su compañera volviera a teclear y luego cerró los ojos. Los rizos rubios le cubrieron la cara. Trató de convencerse de que era una tontería. No estaba segura de nada; se había equivocado. Y si no era así, a lo mejor no significaba nada. Lo había malinterpretado.

Inspiró y espiró lentamente. Estaba segura de que no podría dormirse, pero la vibración y los ruidos actuaron como una droga sobre su cerebro. Glory Fischer se desvaneció. El autocar se desvaneció. Volvía a estar en la escuela, en Green Bay.

En su sueño, Amy entrenaba un número de baile, un solo, en el centro del gimnasio, moviéndose al ritmo de una canción de Kristina DeBarge. Sabía que sus

movimientos eran felinos y sexis, y habría deseado que hubiera allí una multitud para admirarla, pero el gimnasio estaba casi desierto. Sólo se veía a una persona en la última fila de bancos, casi invisible en las sombras, y se dio cuenta de que era su antigua profesora de baile en el instituto de Chicago, Hilary Bradley. Hacía años que no la veía, pero no había cambiado en absoluto; se la veía guapa y segura de sí misma, justo el tipo de mujer en el que Amy quería convertirse. Hilary la saludó con la mano y aplaudió.

Al ver a Hilary, Amy se esforzó por ejecutar bien todos los pasos para demostrarle lo buena que era. Quería deslumbrarla y que se sintiera orgullosa. En lugar de eso, notó cómo su cuerpo perdía el ritmo de la música. Sus movimientos eran torpes y patosos. Era como si no recordara que había bailado antes, como si su mente hubiera borrado todo cuanto había aprendido. Vaciló. Dio un traspie. Se detuvo. La cara se le puso roja y caliente de vergüenza, y se quedó inmóvil en medio del suelo lacado.

La música dejó de sonar. En el gimnasio reinaba un silencio retumbante. Alzó la vista hacia Hilary; quería gritarle que la perdonara por haber fallado, pero se había ido. Las gradas estaban vacías.

Oyó unos aplausos sarcásticos, lentos y mezquinos. Advirtió que había alguien en el gimnasio con ella. No estaba sola.

Era él. Su entrenador. Gary Jensen.

Gary avanzó hacia ella. Lleva un jersey negro de cuello alto y pantalones de sport grises. Los zapatos de vestir negros repiquetearon sobre el suelo. Le dedicó una sonrisa, pero era como el gruñido de un lobo. Amy se oyó a sí misma empezando a explicarse y a pedir otra oportunidad, pero él no dijo nada; siguió acercándose hasta que ella pudo aspirar el olor a café quemado de su aliento, y entonces, sin dejar de sonreír, él le rodeó el cuello firmemente con ambas manos y empezó a estrangularla. Sus dedos presionaban con fuerza. Amy forcejeó. Le empujó. Peleó. Intentó gritar y no pudo. Movié los brazos en dirección a las gradas, pero allí no había nadie para rescatarla. Amy intentó aspirar, pero el aire no entró en sus pulmones. Cerró los ojos.

Luego los abrió.

Se despertó sobresaltada y se inclinó hacia delante con el corazón latiéndole desbocado. Se hallaba de vuelta en el autocar, que seguía avanzando como si nada hubiera ocurrido mientras ella no estaba. En el exterior, vio los carteles de la autopista que señalaban la dirección a Nashville. Había dormido casi dos horas. El resto de chicas del autocar también dormía; sus cabezas despeinadas colgaban de los asientos sobre el pasillo. A su lado, Katie dormitaba, su artículo terminado, el portátil cerrado y guardado.

Amy se cubrió la cara con las manos. El sueño la había puesto nerviosa.

—¿Estás bien?

Amy dio un salto al notar una mano que le tocaba el brazo. Alzó la vista, vio a Gary Jensen inclinado sobre ella y retrocedió. Él le dedicó una sonrisa, la misma sonrisa horrible de su sueño. La mano que posaba sobre su piel desnuda estaba caliente. Amy tuvo que recordarse a sí misma que no era real; Gary no había intentado matarla hacía un momento.

—Oh —respondió—. Oh, sí, estoy bien. Un mal sueño.

—Descansa un poco, Amy —le sugirió él—. Enseguida haremos una parada.

—Bien.

—Gran trabajo en Florida. Has sido la estrella.

—Gracias.

Gary le guiñó el ojo y siguió avanzando hacia la parte frontal del autocar, mientras ella lo miraba. Se preguntó si él sabría cuánto le desagradaba. Había sido el entrenador de baile y el profesor de Educación Física de Green Bay desde que ella había llegado a la universidad tres años antes, procedente de su instituto en Highland Park. Era bueno en lo que hacía, y como entrenador tenía muy buen ojo para ver qué funcionaba y qué no en un número. Pero no era lo único para lo que tenía buen ojo; todas las chicas del equipo hablaban de ello en el vestuario. Al entrenador le encantaba flirtear. Era un ligón. Cuarentón, viudo, con la cabeza cubierta de un menguante pelo marrón que Amy sabía que se teñía. Iba en bici. Se mantenía en forma, y se aseguraba de que todo el mundo lo supiera con sus camisas y pantalones ceñidos. Era la clase de profesor que nunca daba un paso demasiado obvio, pues la universidad no consentía de buen grado las relaciones alumno-profesor; aun así, era fácil captar el mensaje en su actitud y su sonrisa. La propia Amy había notado cómo le tiraba los tejos durante el primer año, por el modo en que la miraba y la tocaba. Si ella quería más, él tenía más que ofrecer.

Gary se sentó cerca del conductor, volvió la vista hacia el pasillo oscuro del autocar y descubrió a Amy mirándolo. Algo en la expresión de ella le hizo sentir incómodo. Por lo general los azules ojos de Amy eran cálidos, y su sonrisa, franca y contagiosa, pero ahora no era así. Por un momento pareció que iba a acercarse de nuevo a ella, con una pregunta en los labios. Pero en lugar de eso, dio media vuelta y se hundió en el asiento.

—¿Qué pasa?

Amy miró a su compañera de habitación, que se había despertado y la estaba observando. «No es nada», se dijo a sí misma.

Pero no creía que no fuera nada.

—Vi a Gary hablando con la chica que han matado —murmuró.

—¿Gary? ¿Estás segura? ¿Cuándo?

—Ayer por la noche. Tarde, alrededor de las once. Les vi en la terraza del hotel. Al principio creí que era una de las chicas de Green Bay, pero luego me di cuenta de

que no.

—¿Oíste de qué hablaban?

—No, pero Glory parecía alterada. —Amy meneó la cabeza—. Si es que era ella. Ay, no lo sé.

—Todos los entrenadores hablan con las chicas de las otras universidades —le recordó Katie.

—Pero él es Gary.

—Ya sé que no te gusta, pero eso no quiere decir nada. Hice un perfil suyo para el periódico el año pasado, y no parecía tan mal tío.

—¿Y qué hay de lo que pasó con su mujer? —preguntó Amy.

—¿No fue un accidente?

—Hubo rumores.

—Creo que te estás poniendo paranoica.

—Eso no es todo —dijo Amy—. Hay algo más.

—¿Qué?

Amy podía ver la parte de atrás de la cabeza de Gary. La luz de leer se reflejaba en su calva. Fue como si él sintiera su mirada, porque alzó la vista hacia el retrovisor. Amy vio sus pupilas brillantes, igual que las de los gatos en la noche, y un escalofrío de miedo recorrió su cuerpo cuando sus ojos se encontraron. Él estiró el brazo y apagó la luz que le iluminaba.

—Mi habitación estaba al lado de la de Gary —declaró Amy.

—Sí, ¿y?

—Ayer por la noche no podía dormir. Ya eran más de las tres cuando oí pasos en el pasillo. No miré afuera, pero oí la puerta de Gary. Estaba volviendo a su habitación en plena noche.

Cab sorbió con una pajita el café con leche y hielo del Starbucks, mientras observaba a Tresa Fischer y Troy Geier desde el otro lado del cristal de la sala de interrogatorios. Era domingo, a última hora de la tarde, y en el edificio de la policía en Riverside hacía un calor bochornoso, como siempre. El abogado que había permanecido con los adolescentes casi todo el día se había marchado hacía diez minutos, dejándolos solos. A Cab le habían informado de que el avión de Delia Fischer, la madre de Glory, ya había aterrizado en el aeropuerto de Fort Myers, y el policía quería sentarse con los dos chicos por separado antes de que ella llegara. Sabía que en cuanto la madre de la víctima estuviera en el edificio, ambos serían más cautos en sus respuestas.

Se llevo el café a la sala de interrogatorios, donde Tresa y Troy esperaban en silencio, ignorándose mutuamente. Ella estaba sentada a la mesa y bebía una lata de Sprite Light. Troy, un chico rollizo de dieciséis años, estaba tomando un refresco y permanecía de pie, apoyado en la pared. Cab percibió la hostilidad del silencio que reinaba entre ellos. No eran amigos.

—Tu madre está en camino —informó a Tresa—. Llegará aproximadamente dentro de una hora.

La noticia no pareció alegrarla. Cab suponía que la chica tendría que enfrentarse a la culpa y la vergüenza cuando Delia llegara; como hermana mayor, había fallado. «Te confié a Glory, y ahora está muerta».

—Troy, voy a pedirte que esperes fuera —le dijo Cab—. Aunque no te alejes mucho, porque también quiero hablar contigo. Pídele a uno de los agentes que te traiga unas patatas o un bocata si tienes hambre.

Troy gruñó y se apartó de la pared, dejó la botella vacía de refresco y salió de la habitación sin decir palabra. Tresa le siguió con la mirada, y Cab pensó que no se había equivocado con su primera impresión. A Tresa no le gustaba el novio de su hermana.

Se sentó al otro lado de la mesa, frente a ella, y le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Aunque tenía diecinueve años, Tresa conservaba un aire de ingenuidad que la hacía parecer más joven de lo que era. Era extremadamente delgada para su estatura, lo que indujo a Cab a preguntarse si padecía algún trastorno alimentario. Juguetecía con los mechones de su melena lisa y pelirroja enrollándolos entre sus dedos, mientras contemplaba la mesa con una mirada vacía. Sus hermosos ojos azules estaban hinchados y rojos, y en su cara podían apreciarse las marcas de las lágrimas. Antes, al hablar con ella, a Cab le había parecido dolorosamente tímida, una solitaria sin un grupo de amigos que la apoyara. Él se había ofrecido a pedir alguna de las bailarinas de River Falls que se quedara con ella, pero Tresa no le había

proporcionado un solo nombre. Asimismo, por sus respuestas que dio sobre su familia, resultaba obvio que su hermana Glory recibía la mayor parte de la atención de la madre. Habían dejado que Tresa, una joven con grandes dotes artísticas y muy inteligente, viviera en su propio mundo.

—Ya sé que ha sido un día muy largo —rompió el hielo Cab—. Te agradezco tu paciencia. Probablemente pienses que preguntamos las mismas cosas una y otra vez, y ¿sabes qué? Es cierto. Pero por lo general, así es como encontramos los detalles que nos ayudan a reconstruir lo que ocurrió.

—¿Tienen alguna idea de quién le ha hecho esto a Glory? —quiso saber Tresa. Su tono de voz era apenas más alto que un susurro.

—Ojalá pudiera decirte que sí, pero no, todavía no —admitió Cab—. Ahora me gustaría asegurarme que no se nos ha pasado nada importante, ¿de acuerdo?

Tresa asintió sin entusiasmo.

—Vale.

—Entre el lunes y el martes viniste desde River Falls con el autocar universitario y el resto del equipo, ¿es correcto? Y Troy y Glory viajaron hasta aquí en coche desde Door County entre el miércoles y el jueves.

—Sí. Se turnaron para conducir e hicieron el trayecto de un tirón —contestó Tresa—. Llegaron aquí el jueves, alrededor de las diez de la mañana.

—¿Vino alguien más con ellos desde Door County?

—No.

—¿Troy y Glory durmieron en tu habitación?

—Ja, ja. —Y añadió enseguida, como si su madre ya estuviera escuchando—: Glory y yo compartimos la cama, y Troy dormía en el sofá.

Cab notó la inquietud de la chica. Estaba ocultando algo, y no se le daba muy bien.

—Tresa, tengo que saber quién era tu hermana, aunque haya cosas que no sean muy buenas. ¿Lo entiendes?

Ella entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que las adolescentes hacen cosas que no siempre les cuentan a sus padres. A mí eso me da igual; sólo necesito saber si Glory se había metido en algún lío que le pudiera ocasionar problemas.

—Sí, ya lo entiendo.

—Así que no me importa quién durmió en esa cama, pero me gustaría saber si Glory y Troy mantuvieron relaciones mientras estaban allí.

Tresa vaciló.

—¿Qué más da eso?

—Tal vez nada —admitió Cab—, pero tengo que hacerme una imagen general.

—Vale, sí.

—¿Lo sabes con seguridad?

—Sí, un día volví de un ensayo y estaban juntos en la cama. —Su tono revelaba que estaba contrariada y triste.

—Parece como si no lo aprobaras —comentó Cab.

—No era asunto mío.

—¿No te gustaba la idea de que tu hermana pequeña practicara el sexo, o lo que no te gustaba es que lo hiciera con Troy?

Tresa se encogió de hombros. Ni siquiera su dolor podía contrarrestar años de rivalidad entre hermanas.

—Glory ha practicado el sexo desde que tenía trece años.

—¿Con Troy?

—No, Troy sólo es el último.

—¿Y qué me dices de drogas? —preguntó Cab.

—Sí, a Glory le gustaba fumar hierba. A ella, a mí no. A mí no me va.

—De acuerdo. ¿Qué hay de esta semana? ¿Glory consumió drogas mientras estaba aquí?

Tresa asintió.

—Troy y ella pillaron algo de marihuana en el camino. Le pedí que no fumara en la habitación; no quería meterme en problemas. Pero la olí. Le dije a Troy que se deshiciera de ella, pero no sé si lo hizo.

—No te gusta, ¿verdad?

—¿Quién, Troy? No está mal, sólo es tonto. Es un estúpido perrito faldero, y a Glory le gustaba tirar de la correa.

—¿Iban en serio?

—Él creía que sí, pero yo diría que ella no.

—¿Viste a Glory con alguien más mientras estaba en el hotel? ¿Se enrolló con algún otro chico?

—No que yo sepa, pero no me extrañaría. —Tresa bajó la vista con un gesto culpable—. No debería hablar así. Lo siento. Debe de pensar que soy una hermana de mierda.

—No, no lo pienso. Te he pedido que seas sincera conmigo.

Tresa asintió y se secó la nariz con el dorso de la mano.

—¿Troy se habría puesto celoso si la hubiera visto ligando con alguien? —continuó Cab.

—¿Quiere decir si él le habría hecho daño? No lo creo. Troy es muy grande, pero es un cobarde. Todo el mundo le trata fatal.

A Cab le pareció un comentario interesante. En su experiencia, cuando el cántaro iba demasiado a la fuente, acababa por romperse.

—Esta mañana, cuando te levantaste y no viste a Glory en la cama, ¿estaba Troy en la habitación?

—Sí, estaba durmiendo la mona en el sofá, roncando.

—¿Estuvo ahí toda la noche?

—Por lo que yo sé, sí.

—¿Es posible que saliera y volviera a entrar sin despertarte?

—No lo sé. Supongo. No creo que lo hiciera, pero no puedo estar segura.

—Empecemos por el sábado por la noche y vayamos retrocediendo, ¿de acuerdo? Sé que lo hemos repasado antes, pero ya queda poco. ¿Estaba Glory en la habitación cuando te fuiste a dormir?

Tresa suspiró.

—No. La última vez que la vi el sábado estaba bañándose en la piscina del hotel, alrededor de las nueve. Yo me fui a la habitación a leer, y Troy vino al cabo de media hora, solo, porque quería ver una peli en HBO. Me quedé dormida alrededor de las once, y Glory aún no había vuelto. Troy hacía rato que dormía frente al televisor.

—¿Te preocupaba que Glory aún no hubiera regresado?

—No. Glory sale a menudo hasta tarde.

—¿Estaba con alguien en la piscina?

—No mientras yo estuve ahí. Había algunas chicas de varios equipos en el agua, y también chicos. Glory no conocía a nadie, pero no sé lo que ocurrió después de que me marchara.

Cab asintió. Seguían tratando de identificar al resto de jóvenes que se habían bañado en la piscina el sábado por la noche, pero sin suerte hasta ahora.

—Antes me has dicho que ese día Glory se comportaba de forma extraña.

—Supongo que sí. Sí.

—¿Puedes volver a describírmelo?

Tresa se frotó los ojos con ambas manos, luchando contra el cansancio.

—Parecía disgustada. Un poco enfadada, también; se pasó el día metiéndose con Troy. En realidad no le presté mucha atención. Yo también estaba disgustada, porque durante la actuación del viernes había cometido un fallo, así que no tenía ganas de hablar con nadie. No sé, me imaginé que le fastidiaba tener que volver a casa. Adiós a la soleada Florida, bienvenido al gélido Wisconsin.

—¿Te contó lo que la preocupaba?

—Glory no haría algo así.

—¿Qué hay del viernes? ¿Cómo la viste?

—Durante el día, bien.

—¿Y por la noche?

Tresa meneó la cabeza.

—No lo sé. No la vi. Bueno, la vi justo después de cagarla en el campeonato, pero

yo no tenía ganas de hablar. Me dio un abrazo, pero yo sólo pensaba en largarme de ahí. No sé lo que hizo ella. Bajé a la playa sola y no volví a la habitación hasta muy tarde. Glory ya estaba en la cama.

—¿Troy fue con Glory a ver tu actuación el viernes por la noche?

—¿Troy? ¿En un espectáculo de baile femenino? Ni de coña.

—¿Dónde estaba?

—En la habitación, me imagino.

—He hablado con un empleado del hotel que vio a Glory en el centro de eventos el viernes por la noche —le contó Cab—. Dice que pasó corriendo a su lado; estaba llorando y se la veía asustada. ¿Tienes idea de por qué?

—Ya le he dicho que no —insistió Tresa. Se estrujó la holgada camiseta en un puño y los ojos se le llenaron otra vez de lágrimas—. ¿No cree que si supiera lo que ha ocurrido se lo habría explicado? Cuando la dejé, ella estaba bien. La que estaba mal era yo.

Cab echó la silla hacia atrás, estiró sus largas piernas y cruzó las manos en la nuca. Observó a la chica que tenía enfrente, y pensó en el caos, las inseguridades, los miedos, los celos, la mezquindad y los traumas de ser joven. Había tantos rasguños y cortes que penetraban en lo más hondo a pesar de ser superficiales... y dejaban cicatrices que años después aún seguían ahí. Para él, Tresa parecía la típica adolescente, jodida de todas las maneras típicas, pero las apariencias a veces engañaban.

Volvió a apoyar los brazos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Háblame de Mark Bradley —le pidió.

Tresa se echó hacia atrás con un gesto de sorpresa.

—¿Qué pasa con él? ¿De qué lo conoce?

—Eso no importa.

—Troy se lo ha contado, ¿verdad? Estúpido gilipollas.

—Sé que Mark Bradley y su mujer se han alojado en el hotel esta semana. Y sé que él y tú tuvisteis una historia.

Tresa empujó la silla hacia atrás, aumentando la distancia física entre ambos.

—Eso fue un malentendido.

—Era profesor y fue acusado de tener una aventura con una estudiante de diecisiete años.

—¡No ocurrió así! —replicó Tresa—. Dios, son todos tan estúpidos. Nadie quiso escucharme. Nadie me creyó.

—Él perdió el trabajo.

—Sí, ¡y fue culpa mía!

—¿Estás enamorada de él?

Tresa se ruborizó y empezó a jugar de nuevo con su pelo.

—Eso no es asunto suyo.

—El señor Bradley estaba presente durante tu actuación del viernes por la noche, ¿no es así? ¿Por eso no lo hiciste bien? ¿Te pusiste nerviosa porque él estaba allí?

—Me equivoqué. Me pudo la presión. Eso es todo.

—¿Qué relación tenía el señor Bradley con Glory? —quiso saber Cab.

—Ninguna. No había ninguna relación.

—¿Glory creía que el señor Bradley y tú tenías una aventura?

—¡No! Ésa era mi madre. Todo esto fue una estúpida idea suya.

—¿Habéis tenido Glory o tú algún contacto con el señor Bradley esta semana? ¿O con su mujer?

Tresa sacudió la cabeza con decisión.

—No. Ni siquiera sabía que estaba aquí hasta que lo vi el viernes, y no hablamos.

—¿Le estás protegiendo? —preguntó Cab.

—¿De qué? Él no ha hecho nada. —Entornó los ojos y bajó la vista a su regazo—. ¿Hemos terminado? Tengo que ir a buscar a mi madre.

—Claro. Lo entiendo. Puedes irte.

Cab la observó mientras ella recogía todos los kleenex usados y se los metía en el puño, antes de abandonar la habitación. Su rostro era como una máscara. De todos modos, Cab sabía que había llegado a un callejón sin salida con ella. Tresa se había aislado. Lo que le frustraba era que seguía sin saber nada de Mark Bradley, y no tenía ninguna prueba contra él, sólo rumores.

Era un enigma. ¿Se trataba de un acosador furioso con predilección por las adolescentes y las víctimas inocentes?

Tal vez Glory Fischer, sexualmente promiscua, borracha, se había encontrado con Mark Bradley en la playa el sábado por la noche. Tal vez fue por casualidad o tal vez era una cita acordada.

Tal vez.

Y si Glory se encontró con él, ¿qué ocurrió después?

—Ha sido él —insistió Troy Geier, saltando de la silla—. Bradley. Él lo hizo, sé que fue él. Ese hijo de puta.

Cab le sujetó de las manos.

—Siéntate, Troy, ¿de acuerdo? Tranquilízate.

El corpulento adolescente se puso a caminar arriba y abajo entre las cuatro paredes de la sala de interrogatorios y luego se dejó caer pesadamente sobre la silla.

—Lo siento.

—Has hecho bien contándonos lo de Mark Bradley. Te lo agradezco. Pero ahora quiero hablar de Glory.

Troy ladeó su gran cabeza.

—Claro. Vale.

Cab sorbió un poco más de su café con hielo, que se había derretido y estaba casi tibio. Le dio a Troy un minuto para calmarse. Era un muchacho fornido con un rostro amplio punteado de pecas. Llevaba el pelo castaño ondulado cubierto con una gorra de béisbol con la visera hacia atrás. Su pecho fofo y sus enormes antebrazos tensaban la tela verde de su camiseta de los Packers^[1]. Mientras Cab le miraba, Troy se metió el dedo índice entre los dientes y empezó a morderse la uña.

—Es culpa mía —murmuró, con la boca llena.

—¿Por qué dices eso?

—Nunca debería haberla dejado sola.

—Estás siendo muy duro contigo mismo —le dijo Cab.

—Ya, el caso es que discutimos y fue por una estupidez. Ella quería quedarse a nadar y yo tenía muchas ganas de ver la peli de Will Ferrell en la tele. Le pedí que viniera conmigo pero no quiso, así que me fui. Al final la película era una mierda y me quedé dormido.

—¿No te diste cuenta de que Glory no había vuelto?

—Estaba fundido. El camarero me pasó un par de *birras* por unos pavos. Me quedé KO.

El camarero. Estaba claro que Ronnie Trask se había montado un negocio boyante aprovisionando de alcohol a los menores. Era una tradición en Florida durante las vacaciones de primavera.

—Cuéntame algo más sobre Glory, ¿de acuerdo? —prosiguió Cab—. ¿Cuánto hace que la conocías?

Troy se encogió de hombros.

—De toda la vida. Vamos a la escuela juntos, y nuestras familias han vivido siempre en Door County. Nosotros somos de allí, pero ahora se está llenando de j.bis forrados que compran todos los terrenos.

—¿J.bis?

—Jodidos Bastardos de Illinois.

Cab esbozó una sonrisa.

—¿Cuándo empezasteis a salir juntos?

—El año pasado. Ella había acabado una relación después del verano y se quedó hecha polvo. Salía con un chico más mayor que pasaba las vacaciones en la península, un turista. Ella pensaba que él la quería, pero lo único que buscaba era sexo. Después de que la dejara, supongo que decidió que quería alguien que la quisiera de verdad. Y ése soy yo.

—¿Cómo era Glory? —quiso saber Cab.

—Era súper guapa. Muy extrovertida; lo hacía todo a cien por hora. Yo soy bastante tímido, y siempre tenía la sensación de estar corriendo para poder mantener su ritmo.

—¿Era una relación exclusiva?

—Oh, sí. Sin duda.

Cab tenía sus reservas.

—¿Estás seguro de que para ella también?

—Absolutamente. Íbamos a casarnos al terminar la escuela.

—¿Ése era tu plan o el suyo?

—El mío, pero Glory estaba de acuerdo.

—La mayoría de las chicas no buscan una relación seria a los dieciséis años —observó Cab.

—Bueno, yo la quería y ella me quería a mí —insistió Troy—. No nos importaba la universidad. Hoy en día vas allí y te envían a trabajar a la otra punta del mundo. Me imaginaba que después de graduarnos trabajaríamos los dos en el restaurante de mi padre. La madre de Glory trabaja allí, y cuando mi padre se jubile, supongo que yo me haré cargo de todo, aunque él dice que es demasiado para mí.

—¿Por qué dice eso?

Troy frunció el ceño.

—Oh, cree que no soy capaz de hacer nada bien. Sigue pensando que soy un niño estúpido.

Cab pensó en lo que había dicho Tresa. El padre de Troy no lo trataba bien, y Glory tampoco. A pesar de su corpulencia, parecía el típico chico al que le dan una patada en la cabeza y vuelve de rodillas para que sigan castigándole. En un momento dado, probablemente todos los golpes se parecían al amor.

—He oído que Glory era muy salvaje —dijo Cab—. Sexo, drogas, alcohol. ¿Es cierto?

—Claro, Glory hacía locuras. Drogas de vez en cuando, pero nada duro. Me pedía que cogiera alguna botella de vino del restaurante de mi padre los fines de semana.

¿Y qué?

—¿Sexo?

—Sí, claro. A Glory le gustaba.

—Pero por lo que dices, parece que erais muy distintos.

—Ya se lo he explicado, tenía que correr para seguirla, porque siempre iba a trescientos kilómetros por hora. A veces me sentía invisible.

«O a lo mejor es que ella no quería verte», pensó Cab.

Entendía la atracción de Troy, que obviamente había idolatrado a Glory durante casi toda su vida, pero no tenía tan claro qué veía Glory en él. Era un adolescente poco agraciado y simple como un campesino, pero tenía el atractivo de ser completamente maleable. Cab suponía que el rol de Troy en la relación era hacer todo lo que Glory le pidiera.

—¿De quién fue la idea de ir a Florida? —preguntó.

—De Glory.

—¿Para ver bailar a Tresa?

Troy se encogió de hombros.

—Sí, eso es lo que le dijo a su madre para que le diera permiso. En realidad, sólo quería pasar las vacaciones en Florida. Ya sabe, sol y playa.

—¿Y qué tal era estar con Tresa? La hermana mayor y la pequeña. ¿Os cortabais?

—Tresa es bastante discreta comparada con Glory. Siempre tiene la nariz metida en un libro. No pasamos mucho tiempo con ella, y de todos modos siempre estaba practicando para la competición.

—¿Hubo alguna discusión?

—¿Entre Glory y Tresa? No.

—¿Y entre Glory y tú?

Troy enrojeció.

—Sólo el sábado. Glory estaba muy quisquillosa conmigo, no sé por qué. Ésa es una de las razones por las que me marché de la piscina. Llevaba todo el día dándome la lata con las cosas más estúpidas.

—¿Había ocurrido algo?

—No, eso es lo raro. Habíamos pasado una gran semana.

—¿Cuándo empezó?

—Ya se lo he dicho, el sábado.

—¿No el viernes por la noche?

Troy hizo una pausa mientras volvía a morderse las uñas.

—Bueno, esa noche Glory fue a ver bailar a Tresa y yo me quedé en la habitación viendo un partido de baloncesto. Volvió sobre las diez y media.

—¿Cómo estaba?

—Callada —respondió Troy.

—¿Disgustada? ¿Enfadada?

—No estoy seguro —admitió Troy—. Estaba viendo el partido. Sé que debería haber prestado más atención, pero no lo hice. A la mañana siguiente, me enteré de que Tresa no lo había hecho bien en el campeonato de baile y me imaginé que Glory estaría contrariada por eso.

—¿Qué hizo Glory al regresar a la habitación?

—Se dio una ducha. Recuerdo que pensé que tardaba mucho.

—¿Y luego qué?

—Salió y se sentó a mi lado. Iba envuelta en la toalla y pensé que a lo mejor quería que nos enrolláramos, pero cuando intenté besarla, me apartó. Le pregunté qué le pasaba.

—¿Qué contestó?

—Dijo que no era nada.

—¿Eso es todo?

—Me explicó que había visto a alguien que conocía.

Troy parpadeó con un gesto nervioso, como si se hubiera dado cuenta de que había olvidado contar algo importante.

—¿Alguien a quien conocía? —Cab se inclinó hacia delante—. ¿Quién?

—No lo dijo.

—¿Se lo preguntaste?

—Sí, pero no me contestó. Por su tono de voz, no parecía importante. Sólo dijo que se iba a la cama.

—¿Le preguntaste sobre ello al día siguiente?

—No, no dijo nada más.

Cab depositó este pedazo de información en el suelo de su cerebro y lo contempló. «¿Alguien a quien conocía?».

No un desconocido, sino alguien que había hecho que echara a correr sollozando por el oscuro pasillo del hotel y casi chocara con el camarero del hotel, Ronnie Trask. Y a la noche siguiente, Glory aparecía muerta en la playa.

Aun así, podría haber sido un ataque fortuito. Chico conoce a chica, chico viola a chica, chico mata a chica. A veces ocurría así, pero Cab empezaba a preguntarse si la muerte de Glory se debía a un motivo más personal.

—¿Viste a alguien conocido durante la semana? —preguntó—. ¿Alguien que Glory pudiera conocer?

Troy negó con la cabeza.

—Nadie —dijo—. Nadie excepto Mark Bradley.

Cab encontró una bolsa de chips de plátano orgánicas en el cajón de su escritorio. Se las fue comiendo de una en una mientras revisaba las notas de las entrevistas con los huéspedes del hotel, reunidas por la policía a lo largo del día. También revisó las fotos de la escena del crimen, y mientras examinaba el cuerpo y se imaginaba cómo había acabado Glory Fischer en las olas, desnuda de cintura para arriba, estrangulada, se descubrió recordando a Vivian Frost.

La chica a la que había pedido que se casara con él. La chica que había dicho que sí.

Era fácil pasar de Glory a Vivian, y no porque se parecieran o sus vidas tuvieran nada en común. Lo que compartían era la similitud de sus muertes.

Glory, un cadáver en la playa en Florida. Vivian, un cadáver en la playa al norte de Barcelona.

Doce años después, aún recordaba su cara, tan vivida en vida como muerta. Siempre había asumido que el recuerdo se desvanecería, pero no funcionaba de ese modo, no importaba cuánto se esforzara por dejarla atrás. Ella le perseguía a medida que se mudaba de un lugar y de un trabajo a otro. Siempre que sentía la necesidad de bajar la guardia, allí estaba Vivian, recordándole que la confianza era algo peligroso. Lala y las demás mujeres que había conocido desde entonces habían pagado las consecuencias.

Ésa era otra de las razones por las que odiaba los cuerpos en la playa. Traían un gran equipaje consigo.

Vivian Frost. Su madre le había advertido que se estaba enamorando demasiado y demasiado rápido. Tarla Bolton era una actriz de Hollywood, lo que por definición significaba que todo el mundo intentaba follársela. Había tratado de proteger a su hijo con una armadura emocional, pero en aquel entonces, con veintipocos años, Cab era lo bastante joven e ingenuo para rechazar su visión del mundo. La vida no lo había lastimado ni como hombre ni como policía, y no quería acabar tan desencantado como su madre. Vivian cambió todo eso.

Había ido a Barcelona como agente del FBI recién licenciado, enviado a España para actuar de enlace con las autoridades locales en la búsqueda de un fugitivo estadounidense llamado Diego Martin, a quien una cámara de vídeo había captado en un bar de Las Ramblas. La camarera a la que había entrevistado en el bar, una mujer divorciada diez años mayor que él, lánguida y sensual, era Vivian Frost. Era una expatriada inglesa que había contraído matrimonio con un ejecutivo español de una empresa informática, y que la había echado de casa cuando ella se cansó de que la engañara. Como la mayoría de los londinenses que emigraban a España, no tenía ningún interés en volver a su país, ni siquiera cuando se había encontrado sola en la

ciudad y sin un céntimo. Trabajaba muchas horas. Fumaba sin parar, igual que todo el mundo allí, y por ello su voz era ronca. Tenía la piel de color hueso en una ciudad donde todo el mundo estaba bronceado. Donde todos andaban, ella se deslizaba.

Tras una entrevista en la que Cab decidió que Vivian no sabía nada del hombre que perseguía, volvió al bar esa misma noche y la buscó por su propio interés. Resultó profesar un profundo desinterés en los hombres, y cuanto más lo rechazaba, más a menudo volvía él al bar, como una polilla a una llama. Se obsesionó con Vivian. Estaba completamente subyugado con ella.

La infructuosa investigación se alargó durante semanas, que se convirtieron en meses. El fugitivo, Diego Martin, había pasado a la clandestinidad, o bien había abandonado la ciudad. Los superiores de Cab en el FBI querían que regresara si la pista se había enfriado, pero él les daba esperanzas cuando en realidad no había ninguna. Él sólo quería estar más tiempo con Vivian. Sus mentiras le proporcionaron tres meses más, y poco a poco, la fría indiferencia de ella dio paso a algunas citas ocasionales y luego a su primera noche de sexo en su apartamento desastrado y lleno de humo, mientras los vecinos escuchaban desde el otro lado de la pared. Cab descubrió que ella no era una mujer reprimida, y que se entregaba al hacer el amor como ninguna otra que hubiera conocido. Tras esa noche, se convirtieron en inseparables.

Cuando el Bureau se hartó finalmente de sus largas, Cab renunció. Abandonó el trabajo para el que se había preparado desde que salió de la universidad. Su madre le dijo que estaba loco y que no entendía a las mujeres, ni lo manipuladoras que podían ser. Él le dijo que estaba enamorado, locamente enamorado, y era verdad. Le contó que se quedaba en España y que se iba a casar. Al echar la vista atrás, recordaba esos días como la época de su vida en la que había sido lo bastante inocente para ser feliz.

Vivian Frost. Hermosa, divertida, intensa, malvada, elegante, infiel y traidora. Vivian Frost, que había acabado muerta con una bala en la cabeza, en una playa al norte de la ciudad.

Aunque, al contrario que en el caso de Glory Fischer, para Cab no era un misterio quién lo había hecho.

Había sido él mismo.

—¿Alguien a quien conocía? —preguntó Lala Mosqueda mientras se sentaba junto a su mesa—. ¿Troy ha dicho que Glory reconoció a alguien?

Cab estaba sentado, con la barbilla apoyada en los pulgares y las yemas de los dedos unidas. No la oyó. En su lugar, oía un estruendo que se parecía al de las olas en España, y volvió a ver el rostro de Vivian, los ojos abiertos, la herida del orificio de entrada en su frente.

—Eh, ¿Cab?

Parpadeó al oír su nombre y percibió la preocupación en la voz de Lala. Se reclinó en la silla y cogió la bolsa de chips de plátano, pero estaba vacía. Se forzó a sonreír.

—Mos-qui-to —dijo volviendo a utilizar su mote, en un tono lo bastante alto para que los que había en el departamento se volvieran y les miraran.

Lala meneó la cabeza en un gesto de desagrado, se inclinó hacia delante y susurró:

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

—Apartar a la gente de ti.

—¿Eso es lo que estoy haciendo? —preguntó él.

—Sabes muy bien que sí.

Tenía razón. Se había convertido en un experto en mantener a las mujeres alejadas de su zona de seguridad. Aquellas que le gustaban, como Lala, eran de las que más trataba de distanciarse.

—Bien —dijo ella al ver que él no contestaba—. Compórtate como un capullo. No me importa.

Cab quería pedirle disculpas, pero se las tragó.

—Sí, Glory vio a alguien a quien conocía —confirmó—. Ésa es la historia. Troy cree que se trata de Mark Bradley, pero es sólo una suposición. Glory no dijo quién era.

Lala esperó antes de decir nada. Al hablar, la suavidad había desaparecido de su voz, reemplazada por una fría indiferencia. Ella había abierto la puerta; él la había cerrado de un portazo. Así era como funcionaban.

—¿Crees que Troy ha dicho la verdad? —le preguntó con calma—. ¿Comentó Glory algo de esto, o sólo trata de señalar hacia Bradley?

Cab se encogió de hombros.

—No creo que Troy tenga luces suficientes para inventarse una historia de ese calibre. Dice que está seguro de que Bradley la mató. Si quisiera mentir, creo que se habría limitado a decir que vio a Bradley el viernes por la noche.

—¿Qué hay de Tresa? ¿Le contó Glory que había visto a alguien?

—Por lo visto, no.

—Bueno, Troy confirma lo que nos contó Ronnie Trask —señaló Lala—. Glory vio a alguien que conocía y, por alguna razón, se asustó y se fue corriendo.

—Es una lástima; esperaba que Trask se lo hubiera inventado todo —comentó Cab—. La cuestión es a quién vio Glory.

—¿No podría ser Mark Bradley?

—Sin duda. Es una suposición de Troy, pero podría estar en lo cierto. ¿Qué has descubierto sobre Bradley y los Fischer?

—He llamado al departamento del *sheriff* de Sturgeon Bay, el condado donde se halla Door County —le explicó Lala—. Hablé con el *sheriff* en persona, un cabrón duro y llamado Felix Reich. Me contó que casi todo en el mundo en el departamento apostaba por que Bradley se estaba acostando con la chica. Eso habría constituido una agresión menor en Wisconsin dadas sus respectivas edades, pero Tresa se mantuvo inflexible en su negativa. Sin testigos, no hay cargos. Aun así, Bradley perdió el puesto de profesor: la madre de Tresa, Delia, no paró hasta conseguir su cabeza. El distrito adujo motivos presupuestarios, pero nadie esperaba que la escuela le mantuviera en su puesto. Aún no ha encontrado otro trabajo.

—Entonces tiene razones para estar cabreado.

—Sí, pero no veo ningún motivo para que quisiera matar a Glory —observó Lala—. Nadie les acusó de tener una relación.

—Eso no significa que no la tuvieran.

—Eres bastante cínico, Cab. Por si te interesa, el *sheriff* también tenía algunas cosas que contarme sobre Glory.

Cab arqueó una ceja.

—¿Como por ejemplo?

—Era una niña problemática. Múltiples arrestos desde hace varios años.

—¿Varios años? Sólo tiene dieciséis.

—Sí, su primer arresto por posesión de drogas fue a los doce, y no fue el último. La policía local cree que también podría haberse dedicado a la venta, aunque nunca se la acusó de ello. Se ha visto implicada en actos de vandalismo, hurtos y allanamiento de morada. El cuadro no es muy halagüeño.

—¿Se ha denunciado algún problema en el hotel durante esta semana?

—Los típicos asuntos menores. Nadie mencionó el nombre de Glory.

—Si conseguimos coger al tipo que lo hizo, la defensa aludirá que Glory se metió en el mundillo local de la droga o se juntó con las personas equivocadas.

—Tal vez sea lo que ocurrió —observó Lala.

—Sí, ya lo sé. Tal vez. Seguid hablando con todo el mundo que podáis, y haced hincapié en las chicas que estuvieron en el centro de eventos el viernes. A ver si podemos encontrar a alguien que viera a Glory antes de que se marchara corriendo y chocara con Ronnie Trask. Quiero saber a quién reconoció.

—Los Bradley son las únicas personas de Door County que hay en el hotel —dijo Lala.

—Lo sé, pero por lo visto es una zona turística de Wisconsin. Si Glory vio a alguien que fue de vacaciones pero no vive allí, eso abre mucho el abanico de posibilidades. En especial si el hotel está lleno de universitarios.

—Estamos buscando una aguja, y el pajar acaba de aumentar de tamaño —comentó Lala.

—Había mucha gente en esa competición. Alguien más aparte de Ronnie Trask tiene que recordar a una chica corriendo por el vestíbulo y llorando.

Lala se encogió de hombros.

—Las adolescentes hacen cosas así todo el tiempo.

—¿Ah, sí? No te imagino a ti, Mosquito.

—Yo era más dura que la mayoría —replicó ella. Y al cabo de un momento, añadió—: No sé si lo sabes, pero tú también tienes un mote.

—Coge-un-Cab^[2] Bolton —asintió él.

—¿Lo conoces?

—Claro. También sé lo de la porra. ¿Cuándo renunciará y se largará Cab? Han pasado dos años; la alfombra de bienvenida se está gastando.

—No es para sentirse orgulloso, Cab.

—¿Acaso he dicho que lo estuviera?

—Tú nunca dices nada.

Cab abrió la boca para soltar una respuesta sarcástica, pero por una vez lo dejó correr. En su lugar preguntó:

—¿Y por qué semana has apostado tú?

—La que viene, de hecho —respondió ella sin sonreír.

—¿Tan pronto?

—Te conozco mejor que los demás.

Fue como si ella le hubiera dado un diagnóstico terminal.

—Bueno, si alguien va a ganar dinero conmigo, me gustaría que fueras tú.

Lala no contestó. Alguien la llamó con un gesto por encima del hombro de Cab; saltó de la silla y fue a hablar con un agente uniformado en la puerta del departamento de investigaciones. Al volver, ya adoptaba de nuevo la máscara del trabajo. No había tiempo para nada personal entre ellos, y Cab se preguntó si estaba aliviada por la interrupción.

—Tienes una visita en la sala de interrogatorios —le informó Lala.

—¿Delia Fischer? —quiso saber Cab mientras miraba la hora—. Llega puntual.

Lala negó con la cabeza.

—No es ella; es Mark Bradley. Con su abogado. Quieren hablar.

Hilary Bradley salió del edificio de la policía de Naples y se puso las gafas de sol para protegerse de la brillante luz. Se detuvo en la pasarela embaldosada y vaciló; no sabía muy bien adónde ir. Mark estaba arriba, y suponía que el interrogatorio se prolongaría durante una hora o más. Al menos, no se enfrentaba solo a sus preguntas. Le gustaba el abogado que habían contratado; según su padre, era un bulldog. Buscar ayuda había sido lo más inteligente, aunque sabía que Mark estaba en lo cierto: en cuanto le vieran con un abogado, la primera palabra que les vendría a la cabeza sería «culpable».

También la había percibido en la voz de su padre. El año anterior sus padres se habían puesto de parte de Mark, porque Hilary les había convencido de que era inocente. Ahora había vuelto con las mismas, y en su reacción había detectado una duda implícita. Ya no sabían qué creer. Probablemente se preguntaban qué creía ella, y si estaba siendo honesta con sus sospechas. Pero habían guardado silencio.

Hilary permaneció frente al edificio de piedra rosa y vio un coche patrulla subirse al bordillo, a unos cinco metros. La puerta del asiento del acompañante se abrió, y Hilary se tensó de consternación al reconocer a la mujer que bajaba del vehículo.

Era Delia Fischer, la madre de Glory y Tresa.

Ésta alzó la cabeza para mirar el edificio de dos pisos con la mirada vacía, como si estuviera perdida y superada. Pasó la vista por encima de Hilary sin reconocerla, y entonces, de una forma lenta y terrible, se volvió y la fijó en ella, que seguía allí, inmóvil. Se enfrentaron una a la otra sobre la acera. Hilary se sacó las gafas de sol y le hizo un gesto con la cabeza a Delia. No tenía sentido disimular.

La madre de Glory se acercó sin decir palabra. Era varios centímetros más baja que Hilary. Parecía derrotada y exhausta; la preocupación había trazado líneas como surcos en su ceño y a ambos lados de la boca. Llevaba el pelo teñido de un rubio de bote barato recogido en una coleta. Era muy delgada, una mujer de cuarenta y tantos que parecía diez años mayor. Llevaba unos pendientes de espiral hechos con latas de aluminio; era uno de los negocios que Delia tenía en eBay, con los que se ganaba un dinero extra durante la temporada baja. En Door County, si no eras rico, tenías que buscarte la vida para llegar a fin de mes. Hilary le había comprado alguna pieza como un gesto amistoso el año anterior, antes de que explotara todo lo de Tresa.

A pesar de lo ocurrido entre ellas, Hilary nunca había sido capaz de odiar a Delia. Entendía las emociones que la movían. Era una madre soltera que trataba de sacar adelante a dos adolescentes, fieramente orgullosa y protectora. A Hilary no le costaba nada imaginarse la furia y el desconcierto que debía de haber sentido al leer el diario de Tresa, creyendo que un hombre en el que confiaba se había aprovechado de su hija y había abusado de ella. Había derramado toda su ira sobre la cabeza de Mark, a

pesar de las negativas de Tresa. Si hubiera estado en su piel, Hilary habría actuado exactamente del mismo modo que Delia: emprender una cruzada para destruir al hombre que había robado la inocencia de su hija.

Hilary no creía que nunca la hubieran asaltado las dudas. Delia estaba convencida de que tenía razón, y nadie la haría cambiar de opinión. A sus ojos, Mark era un pederasta que merecía el ostracismo al que había sido desterrado. Ahora, como en una pesadilla, él había vuelto a su vida, profanando de nuevo a su familia de un modo aún más terrible.

—Señora Fischer, lo siento mucho —empezó Hilary—. Mark y yo...

—Ni se te ocurra —la cortó Delia con una voz desgarrada por el resentimiento—. Ni se te ocurra defenderle. Ni se te ocurra mencionar su nombre en mi presencia.

—Señora Fischer, por favor. Comprendo su dolor.

Las mejillas de Delia se enrojecieron.

—No tienes ni la menor idea, así que no pretendas que sí. Todos dicen que eres muy lista y atractiva, pero yo sólo veo a una idiota. Estás casada con un monstruo, y no quieres admitirlo. Tal vez, si hubieras abierto los ojos el año pasado, mi hija aún estaría viva.

—Mark no lo ha hecho —le dijo Hilary, pero sabía que sus palabras eran inútiles, y casi se arrepintió de haberlas pronunciado.

Delia retrocedió, como si fuera a darle un bofetón, pero entonces cerró los ojos y jadeó. Al abrirlos de nuevo, Hilary sintió una oleada de rabia que abría una brecha entre el escaso espacio que las separaba. El policía tosió, para llamar discretamente su atención, pero Delia lo ignoró.

—Casi me das lástima —dijo—, intentando convencerte de que no es un demonio. Pero luego pienso que tienes que saberlo, y que sencillamente no te importa. Porque no eres tonta, ¿verdad? Eres tan lista como todo el mundo dice. Así que supongo que has decidido protegerlo a pesar de lo que ha hecho.

Hilary se dio cuenta de que la gente que entraba y salía de la comisaría había empezado a detenerse y los miraba. La vergüenza la hizo ruborizarse. La sensación le resultaba familiar; se había acostumbrado a esperar miradas de los desconocidos. Sabía que el dolor y la desesperación flagelaban a Delia, y que no había manera de que ella construyera un puente para salvar la distancia que las separaba. Si alguien podía consolar a Delia, no era ella. De hecho, con su presencia sólo conseguía empeorarlo todo.

—Debería irme —dijo Hilary—. Sé que no me creerá, y no importa, pero lamento mucho lo de Glory. Tiene razón, no puedo comprender su dolor. No puedo imaginar lo que es perder a una hija. Viniendo de mí tal vez no signifique nada, pero me duele por usted. De verdad.

Delia permaneció impasible, aunque Hilary no esperaba ablandarla. El policía se

acercó a ella y le puso la mano en el hombro para acompañarla a la puerta del edificio. Delia se dejó llevar, pero de pronto se soltó y agitó un dedo frente a la cara de Hilary.

—¿Tienes idea de lo que me ha quitado? —gritó—. ¡Glory era mi niña! Casi la perdí una vez, y se me concedió una segunda oportunidad. Pero ahora he vuelto a perderla por culpa tuya y de tu marido. Él me la ha quitado. No tuvo bastante con lo que le hizo a Tresa; también tenía que ir por mi niña.

Hilary no dijo nada. Se quedó ahí de pie y dejó que la mujer se desahogara.

—Señora Fischer —musitó el policía—. Entremos.

—Pues ¿sabes qué? —continuó Delia, dirigiéndose a Hilary a gritos—, ¡no se va a salir con la suya! Te lo prometo. Esta vez no. ¡Esta vez me aseguraré de que pague por lo que nos ha hecho!

Troy Geier estaba sentado en un banco de cemento en el vestíbulo de la comisaría. Tenía la espalda encorvada, los codos apoyados en las rodillas y las manos colgando entre las piernas. Tresa se sentó a su lado, tesa como una tabla. Ambos contemplaron el altercado entre Delia Fischer y Hilary Bradley, y los gritos de Delia, claros y agudos, se filtraron por las ventanas de cristal.

Tresa no miró a Troy.

—Se lo has dicho a mi madre, ¿verdad? Le has dicho que creías que había sido Mark.

—¿Qué coño iba a decir? —masculló él.

—Eres un cabrón. Mark nunca le haría daño a Glory.

Él soltó el aire en un suspiro de rabia.

—Joder, Tresa, escúchate. Estás más preocupada por tu novio el profesor que por tu propia hermana. Glory está muerta y tú sigues protegiéndole. ¿Qué crees? ¿Que va a dejar a su mujer por ti?

—Tú no sabes nada —le espetó Tresa.

—¿No? ¿Quién diablos crees que ha hecho esto?

—No ha sido Mark.

Troy meneó la cabeza.

—Lo que te pasa es que estás celosa, ¿verdad? Por Dios, ese jodido pervertido acosaba a Glory, y tú sólo eres capaz de pensar en ti misma.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. Entre Mark y Glory no había nada.

—Venga ya, está claro que Bradley se empalmaba con ella, el muy hijo de puta.

Tresa le dio un empujón, que fue como empujar un camión o un árbol.

—Cállate, Troy, cierra la boca. ¿Te crees que Glory era tan buena? ¿Tienes idea de con cuántos tíos se acostó?

—¡No hables así!

—¿Qué? ¿Se supone que tengo que fingir que era una princesita sólo porque ha muerto? Lo siento, no voy a hacerlo. Lo más probable es que ligara con algún ciclista en la playa, o que intentara comprarle droga a la persona equivocada. Despierta, Troy. Glory te utilizaba igual que hacía con todo el mundo.

—Yo la quería —murmuró él.

—Yo también la quería, pero ella iba a su bola. Seguramente, mamá está ahí fuera ahora deseando que la muerta fuera yo.

—Pero qué dices, es una locura.

—¿Qué? Llevo seis años siendo invisible. Desde el incendio, la única que importaba era Glory.

—Por poco se muere —protestó Troy.

—Lo sé. Por poco se muere. Pobre Glory, está jodida por lo del incendio. Bueno, ¡pues que le den!

Tresa se mordió el labio; sabía que se había pasado.

La relación entre las hermanas siempre había sido así. A veces no estaba muy claro que se quisieran, debido a todos esos celos y resentimientos. Troy vio las lágrimas deslizarse por el rostro de Tresa, que se las enjugó con la camiseta. Él también tenía ganas de llorar, pero no había sido capaz de derramar una sola lágrima desde que se enteró de la noticia. Estaba paralizado, y se sentía culpable.

Vio irrumpir a la madre de Glory en la entrada. Cuando la señora Fischer se enfadaba, era mejor no estar en su línea de fuego; tenía muy mal genio. Se encogió al verla, porque sabía lo que le iba a decir. Sus ojos se encontraron y notó como todo el dolor y la rabia de la mujer se descargaban sobre él a través de la habitación. Antes de que pudiera hablar o explicarse, ella le hizo un gesto a Tresa y abrió los brazos. Tresa se lanzó a ellos, y ambas se fundieron en un abrazo mientras rompían a llorar juntas. Un minuto antes, Tresa había mostrado su resentimiento hacia Glory; ahora sollozaba en el hombro de su madre como si compartieran la pérdida.

Delia acarició la melena pelirroja de su hija. Troy permaneció sentado, ignorado por todos. Probablemente era mejor así, prefería que ella no le mirara. Sin embargo, al final la madre de Glory se separó y le pidió a Tresa que le trajera un vaso de agua. Delia Fischer esperó a que se fuera, y entonces se abatió sobre Troy.

Él se puso en pie y las lágrimas aparecieron por fin.

—Señora Fischer, escuche, yo...

—No me vengas con excusas, Troy —dijo Delia, prácticamente escupiendo las palabras—. Me lo prometiste, ¿te acuerdas? ¿Qué dijiste? Dijiste que la protegerías. Dijiste que no tenía que preocuparme.

—Lo sé, es sólo que no... vaya, Glory no volvía y... —A Troy se le quebró la voz. Se odiaba por ser tan débil. Se odiaba por haberle fallado.

—Sabías que ese perverso, ese violador estaba aquí en el hotel, ¿y dejaste sola a

Glory? ¿Estás loco?

—Tresa dice que no cree que Bradley lo hiciera —protestó Troy en tono lastimero.

—¿Tresa? ¿Y a mí qué demonios me importa lo que piense Tresa de Mark Bradley? Ese tipo le lavó el cerebro para llevársela a la cama. Conozco a los tipos como él, sé lo que les hacen a las chicas. Estoy hablando de ti, Troy. Confié en ti. *Confié en ti*. Me dijiste que protegerías a mi niña, y ahora está muerta. Tú has dejado que muriera.

Pese a ser un chico fornido, Troy sintió cómo se encogía y menguaba, hasta que pensó que podría meterse por el agujero más diminuto de la tierra y desaparecer.

—Lo siento mucho, señora Fischer —se lamentó—. De verdad.

La madre de Glory le dio una bofetada. Sus dedos se estamparon contra la mejilla con tanta fuerza que él se tambaleó hacia atrás. Troy se llevó la mano a la cara, que le escocía como si le hubiera atacado un enjambre de avispas. Abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, pero no se le ocurrió nada.

—Tu padre tiene razón sobre ti —le espetó la señora Fischer con desdén—. Eres un completo inútil de mierda.

Giró sobre sus talones y se alejó, dejándolo solo y sumido en el llanto. Troy se dejó caer de nuevo en el banco y se cubrió la cara con las manos. Pensó en Glory, y se dio cuenta de que todo el mundo tenía razón. La señora Fischer tenía razón. Su padre tenía razón. Le habían dado una oportunidad, y había fracasado.

No había duda de que era un inútil.

Cab encontró a Mark Bradley en la sala de interrogatorios, en compañía de un hombre mayor de complexión rotunda que lucía una melena leonina de pelo gris rizado y una barba de chivo muy afilada, además de ir impecablemente vestido con un traje gris, un chaleco abotonado y una corbata rosa. Al entrar Cab, el hombre mayor se puso en pie de un salto, rodeó la mesa de madera y le tendió la mano. Cab se la estrechó y sintió crujir sus dedos huesudos bajo la garra de acero del hombre.

—Archibald Gale —se presentó—. Creo que no tenemos el placer de conocernos, detective Bolton.

Cab se sentó y escrutó sus ojos, que parpadearon detrás de unas severas gafas diminutas.

—Conocer a un abogado no coincide exactamente con mi idea de placer, señor Gale.

—Oh, es usted divertido, detective. Eso me gusta.

—¿Hace poco que ha venido a Florida, señor Gale? Creía que conocía a todos los abogados criminalistas locales. —Al pronunciar la palabra «criminalistas», dirigió una leve sonrisa a Mark Bradley.

—He empezado a pasar los inviernos aquí. Mi otra casa está en Duluth, en Minnesota.

—No estoy familiarizado con la zona —admitió Cab.

—Es un lugar hermoso, pero en los últimos años la tasa de asesinatos se ha disparado. Eso tiene sus pros y sus contras si eres abogado. —Gale rodeó con un brazo los hombros del hombre fornido que estaba sentado junto a él, en cuyo rostro se reflejaba la rabia contenida—. Detective Bolton, le presento al señor Mark Bradley.

—Señor Bradley, no le había reconocido sin la ducha abierta. —Cab sonrió, y Bradley le lanzó una mirada de rencor puro.

—Detective, nuestra presencia aquí se debe a una muestra de cortesía —intervino el abogado—. Espero que todos seamos educados.

—Sólo tengo ganas de oír al señor Bradley —continuó Cab—. Siempre que estoy cerca, se las apaña para que alguien hable en su nombre.

—Eso fue un error —dijo Bradley, levantándose de la silla.

Gale le puso una mano en el hombro con suavidad y le devolvió a su silla.

—No te preocupes, Mark. Concentrémonos en el desafortunado incidente que nos ocupa y proporcionemos toda la información que podamos.

Bradley no podía disimular su impaciencia. Como resultado, y de forma instintiva, Cab se lo tomó con calma. Empujó la silla hacia atrás, cruzó sus largas piernas y cogió un bloc amarillo con notas manuscritas. Con la excusa de revisarlas, se dedicó a estudiar a Mark Bradley por encima del borde de la libreta. Vestía un polo

rojo y pantalones de vestir de color tostado. Sus movimientos tenían la elegancia inconsciente y espontánea de un atleta, y parecía cómodo en su piel. Era atractivo, pero no en plan Hollywood como Cab ni en el plan macho que exudaban algunos deportistas. Era simplemente guapo sin preocuparse por ello. Llevaba el pelo castaño corto, cortado sin mucho esmero. Ni loco se habría puesto un pendiente, una cadena de oro o colonia. Tenía la frente y la nariz tan quemadas por el sol que muy bien podía haber dicho: «Me gusta el sol. A la mierda el cáncer».

—Me suena su cara, señor Bradley —dijo Cab—. ¿Le conozco de algo?

—A los veinte participé durante unos años en el circuito de la PGA —replicó.

—¿En serio? ¿Qué pasó, lo dejó?

—Me lesioné los ligamentos del hombro en un accidente de coche, hace ocho años. No limita mis actividades cotidianas, pero ya no tengo la precisión necesaria para seguir siendo profesional.

—Lamento oír eso —dijo Cab—. ¿Y por qué pasó del golf a la enseñanza? Me imagino que podría haberse dedicado a entrenar o dar clases o algo así. Habría ganado mucho más dinero, ¿no es así?

—Era un golfista profesional. Una vez has hecho eso, la idea de ayudar a banqueros de inversiones cincuentones a alcanzar un handicap entre treinta y seis y treinta y ocho no resulta muy atractiva.

—¿Y ser profesor?

—Me gusta trabajar con chicos. Me gusta la flexibilidad de poder cogerme vacaciones todo el verano. Seguro que usted cree que no hay deportistas a los que les guste pintar en la playa o que disfruten hablando de Henry Fielding o Chaucer, pero ¿sabe qué? Los hay.

Sin cambiar de expresión, Cab atacó como una serpiente.

—Pero Tresa Fischer acabó con todo eso para usted, ¿no es así?

Vio cómo Gale le cogía levemente de la muñeca, como si quisiera transmitirle un mensaje a su cliente. «Mantén la calma».

—Eso no fue culpa de Tresa —replicó Bradley.

—¿De quién fue, entonces?

—No creo que fuera culpa de nadie. Hoy en día, si eres profesor y hombre, la gente tiende a creerse cualquier cosa negativa sobre ti. No importa si es cierto.

—Debe de ser exasperante. Quiero decir, que primero pierde una carrera y luego, otra. Yo estaría cabreado con alguien.

Gale se inclinó hacia delante.

—Disculpe, detective, pero me parece que esto no tiene mucho que ver con su investigación.

—Estoy interesado en el estado mental de su cliente, señor Gale. Creo que si me hallara en su piel, estaría enfadado por cómo me han tratado.

—Lo estaba —admitió Bradley antes de que el abogado pudiera detenerle—. Lo estoy. Pero eso no tiene nada que ver con Tresa ni con Glory.

—¿Manténía usted una relación sexual con Tresa Fischer? —preguntó Cab observando el rostro de Bradley.

—No.

—¿Y con Glory Fischer?

—No.

—¿Alguna vez se ha acostado con una chica menor de dieciocho años?

Bradley ladeó la cabeza.

—¿Qué, en toda mi vida? ¿Quiere saber cuándo perdí la virginidad? ¿Quiere conocer a todas mis novias del instituto?

—Creo que nos saltaremos esa pregunta, detective —intervino Gale.

—Lo que estoy diciendo es que los deportistas y los profesores tienen que lidiar con chicas menores de edad, señor Bradley —continuó Cab—. Durante toda la vida las chicas han coqueteado con usted, han intentado manipularle. Venga ya, tiene que ocurrirle continuamente; seguro que eso alimenta su ego.

—Estoy casado con una hermosa mujer madura e independiente, que es mucho más inteligente que yo —replicó Bradley—. Eso sí que me sube el ego.

Cab hizo una mueca de sorpresa. No esperaba esa respuesta, y sonaba sincera. Aun así, había conocido a algunos mentirosos consumados en su vida, empezando por una chica en Barcelona llamada Vivian Frost.

—Muchos deportistas miran a las mujeres con desprecio, señor Bradley. Piensan que si no se respetan a sí mismas, por qué deberían hacerlo ellos.

—Yo quería algo más profundo, detective, y lo he encontrado. Espero que tenga usted tanta suerte como yo.

—Bueno, éste es mi problema: Glory Fischer está muerta. Usted perdió su trabajo, y es bastante odiado en la comunidad donde vive, todo por culpa de la familia Fischer. La habitación en la que se aloja da a la playa donde mataron a Glory. Son bastantes coincidencias.

—Mentira —le espetó Bradley. Enumeró las respuestas con los dedos—: La familia Fischer no me despidió; fueron la escuela y el distrito escolar. No le deseaba ningún mal a Tresa ni a su madre, y mucho menos a Glory. No es ninguna coincidencia que esté en el mismo hotel que Tresa, porque ella es bailarina y mi mujer, entrenadora. Por lo que respecta a mi habitación, la mitad de las del edificio dan a la playa.

—Pero ayer por la noche estuvo usted en la playa, ¿no es así? —preguntó Cab—. Se encontró allí con Glory Fischer.

Gale interrumpió con rapidez, antes de que Bradley pudiera replicar.

—Lo siento, detective, ese tema no es pertinente.

—¿Disculpe?

—El señor Bradley no responderá preguntas sobre dónde estuvo ayer por la noche —le informó Gale en tono cortante—. Le he instruido para que no diga nada. No afirmamos ni negamos que saliera a la playa. No afirmamos ni negamos que se encontró con Glory. No hay información. No hay respuestas. Nada.

—En otras palabras, estuvo en la playa —concluyó Cab.

—En otras palabras, si cree que estuvo en la playa, lo mejor será que esté preparado para probarlo —replicó Gale—. No vamos a hacer el trabajo por usted.

—Tenemos un testigo que lo vio.

Gale no se dejó engañar.

—Me alegro por usted, detective. Si tiene un testigo, preséntelo. Mientras tanto, el señor Bradley no va a contestar ninguna pregunta sobre sus movimientos de la noche pasada. Lo más importante es que Mark no mató a Glory.

—Si estuvo ahí fuera, a lo mejor sabe algo que pueda ayudarnos en la investigación —le recordó Cab. Luego miró a Mark Bradley—. ¿Ha pensado en ello, señor Bradley? Ha muerto una chica. Si no la mató usted, alguien lo hizo. Si es el tipo de hombre que dice ser, creo que sentiría la obligación moral de contarnos cualquier cosa que hubiera visto.

Cab vio un auténtico conflicto reflejado en el rostro de Bradley. El tipo quería hablar. O a lo mejor se creía lo bastante inteligente para desviar las sospechas mostrándose dispuesto a cooperar. No importaba, Gale se cerró en banda.

—Hemos terminado, detective —anunció el abogado—. Obviamente, si Mark supiera algo que fuera relevante e importante para su investigación, le habría aconsejado que compartiera esa información con usted. Por su silencio en este tema puede deducir que no sabe nada.

—Ninguno de los dos está en posición de decidir eso —dijo Cab—. Señor Bradley, si vio a Glory Fischer en la playa y no la mató, entonces puede darnos una hora a la que sepamos que aún estaba viva. Eso nos ayudará a determinar el momento de la muerte.

Bradley miró a Gale, que negó con la cabeza.

—Necesito su ayuda, señor Bradley —insistió Cab—. Creo que es un hombre honesto que hace lo correcto.

Gale se puso en pie y cogió a Bradley del brazo.

—Vámonos.

Bradley permaneció sentado, mientras miraba con calma a Cab.

—Hipotéticamente... —empezó.

—Mark, detente.

—Hipotéticamente —continuó Bradley, ignorando a su abogado—, cuando no puedo dormir por las noches, a veces me levanto y salgo a airearme alrededor de las

dos y media. Pero si lo hago, normalmente estoy de vuelta unos minutos después de las tres.

—¿Eso es lo que hizo ayer por la noche? —quiso saber Cab—. ¿Había quedado con Glory?

—No.

—Pero la vio en la playa.

—Eso es todo, detective —interrumpió Gale—. Mark, nos marchamos. Ahora. Vamos.

Bradley se puso en pie sin apartar la mirada de Cab. Le estaba enviando un mensaje, y Cab se dio cuenta de que sus sospechas eran acertadas. Mark Bradley había estado con Glory por la noche.

—Enviaré a un agente a su habitación del hotel para asegurarnos de que no ha desaparecido nada. Basándome en las respuestas que me ha dado hoy, no creo que me cueste conseguir una orden de registro.

—¿Mis respuestas? —preguntó Bradley.

—Creo que un juez llegará a la conclusión que usted y yo sabemos que es cierta. Ayer por la noche salió de su habitación y se encontró con Glory Fischer.

—El señor Bradley no va a variar sus planes de viaje para acomodarse a su excursión de pesca —le dijo Gale a Cab—. Su mujer y él regresan mañana a Door County.

—Huir no le servirá de nada, señor Bradley —dijo Cab.

—Yo nunca huyo —replicó Bradley con brusquedad.

—Me alegro, porque es posible que le siga hasta Wisconsin. Si usted no habla conmigo, estoy seguro de que encontraré a alguien que lo haga.

Gale le dedicó una sonrisa y acompañó a Mark hacia la puerta.

—Si va allí, espero que disfrute la visita, detective. Límitese a no mantener ninguna conversación con el señor Bradley. Estoy seguro de que sabe que cualquier cosa que le cuente no sería admitida, ahora que tiene asistencia legal.

—Por supuesto —confirmó Cab, y añadió—: Dígame una cosa más, señor Bradley.

Éste se detuvo y le miró con desconfianza.

—¿Qué?

—Exactamente, ¿por qué le llaman «Door^[3]» County?

Bradley se rió sin rastro de humor.

—La península se adentra en el agua entre el lago Michigan y Green Bay. La zona donde se unen las aguas, en el extremo, es muy traicionera. Mucha gente ha perdido la vida allí, así que el lugar adoptó el nombre de Porte des Morts.

—Me temo que estudié español y alemán, no francés —se disculpó Cab.

—Significa la «puerta de los muertos».

El *sheriff* Felix Reich bajó con su Chevy Tahoe del *ferry* de Washington Island, mientras el vehículo repiqueteaba sobre la rampa metálica en dirección a tierra en el extremo de Door County, en Northport. La travesía por Death's Door había sido tempestuosa pero Reich había realizado el trayecto miles de veces en su vida y era inmune al vaivén de las olas. Durante el invierno, en las mañanas laborables, la mayoría de los viajeros eran lugareños que tenían un estómago de hierro incluso en las peores condiciones meteorológicas. En esta ocasión, Reich había compartido el *ferry* con sólo tres vehículos más que se dirigían a la península.

Reich abandonó la carretera 42 más allá del puerto y tomó otra de tierra conocida como el camino de Port des Morts. Conducía entre los árboles invernales, que arañaban la furgoneta con sus ramas desnudas. A través de la telaraña de árboles, distinguió lujosas casas aisladas, pegadas a la cima del acantilado junto al agua, pero casi no había nadie en ellas para admirar el panorama que se extendía a sus pies. La mayoría de los propietarios sólo iba durante la temporada alta, dejando la tierra deshabitada el resto del año para la pequeña tribu de residentes fijos. Incluso en verano, la mayor parte de los turistas no se aventuraba más allá de la carretera principal ni viajaba al norte de las poblaciones turísticas, como Fish Creek, Ephraim y Sister Bay. Una vez llegabas a Gills Rock y Northport, por lo general estabas solo.

Condujo hasta el final del camino de Port des Morts y aparcó en un claro protegido. Salió de su Tahoe y subió por el embarrado camino que llevaba a la cabaña de Peter Hoffman. Era una pequeña casa ubicada en un extenso terreno donde crecían abundantes robles viejos. Pete vivía allí desde que Reich y él volvieron juntos de Vietnam. Su amigo la mantenía impecable; la casa era su *hobby* y su pasión. En la vida de Pete no había muchas más cosas, no desde que su mujer muriera de cáncer siete años atrás. No desde que se jubiló.

No desde el incendio.

Llamó al timbre, pero por el silencio dedujo que Pete había salido a dar su paseo matinal. Sabía dónde encontrarlo. Volvió al todoterreno, retrocedió medio kilómetro y giró en dirección al agua por Kenosha Drive, que llevaba al parque del condado. Al final del corto sendero, se veía la bahía a través del bosquecillo de abetos gigantes y, bajo el cielo oscuro, el agua era tan azul que casi parecía negra. Aparcó sobre la hierba aletargada, donde algunos vestigios de nieve aún se aferraban a la tierra en las zonas sombrías. Un poco más allá había dos bancos grises, colocados en diagonal al agua. Peter Hoffman estaba sentado en uno de ellos.

Reich bajó de su todoterreno. El aliento se convertía en vaho al respirar. La mañana era fría, con un viento racheado que había sacudido el *ferry* como si fuera una ballena subiendo y bajando por las olas. Allí hacía frío incluso en verano, pero él

nunca lo notaba, y si lo hacía, lo apartaba de sus pensamientos. A sus sesenta años, se levantaba cada día con dolor de huesos en las extremidades, pero no permitía que eso le impidiera realizar sus tareas cotidianas: sacar la nieve del camino de entrada, cortar y partir leña para la chimenea o levantar pesas religiosamente en el gimnasio del sótano. Por lo que a él respectaba, podría haber tenido cuarenta y cinco.

Vestía un uniforme marrón del departamento del *sheriff* que le sentaba como un guante, planchado con las rayas bien marcadas. No había engordado un kilo en años. La placa refulgía en su pecho como si fuera de oro, y cada noche lustraba sus botas para limpiar la mugre del trabajo, que le llevaba a los rincones más enlodados y polvorientos del condado. Llevaba el pelo rapado al dos, tan tieso como en su época en la Marina. No era alto, medía alrededor de un metro setenta y cinco, pero había luchado y vencido a hombres treinta años más jóvenes y que pesaban veinte kilos más. Se imaginaba que aún era capaz de hacerlo.

Reich contempló el agua con gesto adusto. Podías vivir aquí toda tu vida, como había hecho él, y descubrir cada día un matiz nuevo en el color de las olas. Distinguió en el horizonte el perfil rocoso de Plum Island y, más allá, la tierra llana de Washington Island, donde había comprado su casa en los setenta y donde había vivido, solo, sin casarse, desde entonces. Se sentía unido a la isla y al estrecho paso hacia la península, pero no era un soñador. Cada temporada sacaban del agua los cadáveres de aquellos que subestimaban el poder de Death's Door.

Sin mediar palabra, Reich se sentó en el banco frente a Peter Hoffman, que no le miró. El claro que les rodeaba estaba salpicado de tocones. Las delgadas sombras de los abedules dibujaban una red sobre la hierba. Pete bebía café de la copa de plástico de un termo, y Reich vio la nube de vapor que se formaba sobre ella. También percibió el olor a *whisky* en el aliento de su amigo.

—Un poco pronto para darle, Pete.

Éste le tendió el termo.

—¿Quieres uno?

Reich lo rechazó con un gesto de la cabeza. Le gustaba beber, pero nunca si estaba de servicio y nunca si tenía que conducir o volar. Y no a las nueve de la mañana.

—¿Te has enterado? —preguntó Reich.

Pete dio un trago a su café y se secó la boca. Tenía la vista fija en la distancia de la bahía. Asintió, pero no dijo nada.

—Glory Fischer —murmuró Reich—. Como si la chiquilla no hubiera sufrido suficiente.

Pete inspiró de forma ruidosa y entrecortada. Reich pensó que su amigo se iba a echar a llorar. Estaba preocupado por Pete, y lo había estado durante la mayor parte del último año. Cuando servían juntos, Pete era como él, un tipo duro al que podías

golpear sin lograr doblegarlo. Ambos eran autóctonos, lo que los convertía en una rara avis en Door County. Prácticamente podían ver la casa del otro a través de los seis kilómetros y medio del estrecho. Habían cazado, pescado y se habían emborrachado más veces de las que Reich era capaz de enumerar. Tenían los mismos valores sobre Dios, la vida y el mal, que habían permanecido sólidos como una roca mientras el resto del mundo se iba al infierno.

Pero éste no era el Pete que él conocía. El viejo que bebía en un banco a primera hora de la mañana, dejándose ir, ahogando sus penas, cojeando por su casa vacía debido a la bala que había recibido al interponerse entre Reich y un fusil en 1969. Su porte erguido había empezado a desplomarse, y sólo su pelo, que seguía siendo curiosamente negro, le recordaba al hombre que había sido su mejor amigo durante toda su vida. Pete era ocho años mayor y parecía estar, como el agua, a las puertas de la muerte.

—He hablado con Delia —le contó Reich—. Ha estado un par de días en Florida con Tresa y Troy Geier, intentando que la policía local moviera el culo. Hoy llegará a casa. Tresa no va a volver a River Falls este trimestre. Se quedará aquí.

—Eso está bien —murmuró Pete.

—Delia y la poli creen que ha sido ese hijo de puta que acosaba a Tresa —añadió Reich—. El profesor, Mark Bradley. Estaba allí, en el hotel, y los polis están bastante seguros de que se vio con Glory en la playa.

Pete se volvió hacia él con los ojos inyectados en sangre.

—¿Le van a dar su merecido esta vez?

—Si depende de mí, puedes apostar que sí.

Los dos hombres permanecieron sentados en silencio. El viento rugía entre ellos, despertando los árboles. Los pájaros de principio de la estación piaban alborotados. Peter Hoffman se dio impulso para levantarse del banco, y su cuerpo se balanceó, vacilante. Reich hizo ademán de ayudarlo, pero Pete lo apartó con el brazo, se apoyó en su bastón y vació su termo, dejando que el líquido cayera hasta formar un charco en la tierra. Se irguió tanto como pudo y miró a Reich con una inmensa tristeza.

—Va a volver a salir, ¿verdad? —preguntó Pete—. Lo del incendio.

—Me imagino que sí.

—Creía de corazón que ya habíamos acabado con eso. Creía que se había terminado.

Reich no dijo nada. Sabía que no era el tipo de acontecimiento que se podía superar. No importaba cuánto te esforzaras por encerrar el pasado en el sótano bajo llave: siempre encontraba un camino para salir. Eso era lo que le había ocurrido a Peter desde entonces, y resultaba difícil culparle. Había perdido a su hija mayor y a dos de sus nietos, y todo ello después de que su mujer sucumbiera a una larga y terrible enfermedad. Era como si el napalm hubiera reducido su vida a escombros.

—Supongo que después de todo, el fuego alcanzó a Glory.

Reich sacudió la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con el fuego ni con Harris Bone. Mark Bradley es quien le ha hecho esto a Glory, y no voy a dejar que levante una cortina de humo.

Peter Hoffman se metió las manos en los bolsillos y contempló el cielo a través de la maraña de árboles.

—Harris Bone —repitió en un tono fiero.

Reich se dio cuenta que se estaba enfadando con su amigo.

—Pete, no podemos cambiar el pasado. Se trata sólo de hacer justicia con Glory, ¿de acuerdo? Se lo debemos a esa chica. Fuimos nosotros quienes la encontramos.

Era antes de que nadie lo supiera.

Antes de las sirenas y las luces, y antes de que las mangueras anti-incendios lanzaran agua a presión sobre los escombros ardientes. Para cuando un vecino que vivía cerca de Kangaroo Lane se despertó en plena noche, distinguió el intenso olor de la madera quemada en el aire y llamó a emergencias, la casa de los Bone había desaparecido, sus paredes reducidas a cenizas, el tejado derrumbado sobre piedras y capas de yeso quemadas. El fuego había completado su destrucción.

Esa noche, Felix Reich y Peter Hoffman habían estado jugando al póquer con dos de los ayudantes de Felix en una granja al este de Egg Harbor. El aire, húmedo y cálido, tenía la falta de vida propia del verano. Los mosquitos y las polillas se aferraban a las mosquiteras. Tenían las camisetas empapadas en sudor. Se encontraban en la carretera E, a sólo cinco kilómetros al este de donde vivía el yerno de Pete. Harris Bone estaba casado con su hija Nettie, y era el padre de sus nietos Karl, Scott y Jen. Eso era lo único que lo redimía a ojos de Pete.

Reich sabía que Pete tenía poco tiempo para su yerno de diecisiete años. Éste se había hecho cargo de la tienda de licores de su madre en Sturgeon Bay tras la muerte de ésta, pero el negocio había quebrado cuando un competidor mayor se estableció en la localidad. Desde entonces, había pasado la mayor parte de su vida en la carretera, reuniendo a duras penas algo de dinero como vendedor de máquinas expendedoras por todo Wisconsin. Ni siquiera cuando estaba en casa disfrutaba de tranquilidad. Nettie y él se lanzaban uno sobre el otro como gatos salvajes. Era una casa repintada con gruesas capas de amargura y hiel.

En realidad, Reich sabía que Nettie no era una bicoca, pero no era algo que pudiera decirse a un amigo. La había oído denigrar a su marido durante años. Harry era un desastre. No era lo bastante religioso. No tenía suficiente éxito. No sabía trabajar con sus manos. Siempre se equivocaba. Reich, que nunca había deseado una esposa ni la había echado de menos, sentía cierta lástima por él cada vez que estaba en la casa, oyendo cómo el ego de ese hombre se encogía ante aquella

mujer pequeña y autoritaria que dominaba su vida desde su silla de ruedas. Los chicos habían comenzado a adquirir los mismos hábitos, y criticaban a su padre con el beneplácito de la madre. Harris debía de sentirse en esa casa como en una jaula.

Reich sabía que nunca se divorciarían. Las parejas devotas no hacen eso. Sencillamente, jamás había imaginado cómo terminaría todo cuando Harris estalló al fin.

Oyó la llamada en la radio mientras la partida de póquer languidecía. El aviso del incendio. Saltó a toda prisa en el todoterreno para responder, y Pete, que había ido a la partida con él, le acompañó en el coche. No tenían la dirección, pero a medida que se acercaban a Kangaroo Lane se guiaron por el humo, hasta que vieron una columna negra que se elevaba por encima de los árboles y que era aún más oscura que la noche. Ninguno de los dos había pensado en la procedencia del fuego, y fue sólo al girar en la carretera que llevaba al lago, donde vivía la familia de Pete, cuando Reich tuvo un mal presentimiento y aceleró mientras la grava se levantaba bajo sus neumáticos.

Pudo percibirlo también en Pete. El miedo. El horror.

A medio kilómetro de distancia vio el resplandor del fuego, pero era demasiado tarde. Aparcó en la carretera y ambos hombres salieron del coche y echaron a correr; mientras avanzaban entre los escombros, vieron que las llamas habían arrasado con todo, chisporroteando y escupiendo fuego. Un centenar de focos diminutos brillaban entre las ruinas, extendiéndose por el terreno arbolado. Reich sintió el calor en el rostro, y tosió con violencia al inhalar humo. Olía a gasolina y a madera, y por encima de todo distinguió un hedor nauseabundo que no había oído en décadas y que habría deseado no volver a oler nunca.

El olor a carne humana quemada.

Pete, a su lado, empezó a derrumbarse. Tenía los ojos abiertos como platos por la incredulidad, como si le hubieran acompañado al corazón del infierno para ser testigo de la conflagración. Gritó con un gemido los nombres de su hija y de sus nietos. Se derrumbó en el camino de entrada, y luego echó a correr tambaleante hacia el centro en llamas de lo que había sido la casa. Reich corrió tras él, sabiendo que no se detendría; se metería en el fuego y dejaría que lo matara. Con un grito, se abalanzó sobre la espalda de su amigo y lo hizo caer al suelo, donde le sujetó mientras él lloraba y golpeaba la tierra. Reich se estremeció al escuchar el alarido de agonía primario que brotó de la garganta de Pete y que se convirtió en un sollozo desesperado.

Cuando Reich se puso en pie de nuevo, cubierto de tierra y cenizas, vio a Harris Bone.

Se hallaba a unos treinta metros de distancia, en silencio, inmóvil, contemplando el trabajo del fuego. Su Buick estaba aparcado sobre la hierba. Las chispas caían a

su alrededor como fuegos artificiales, aterrizaron en su pelo y le dejaban marcas negras de quemado en la ropa, como las de un cigarrillo. Parecía ajeno a la presencia de Reich y a la atormentada desesperación de su suegro. Reich se acercó a él lentamente, y mientras avanzaba se dio cuenta de que el hombre apestaba a gasolina y tenía manchas de hollín en la cara. Sus ojos, en los que se reflejaba el fuego, estaban vacíos y desprovistos de emoción.

—¿Qué ha ocurrido aquí, Harris? —preguntó Reich.

Harris Bone meneó la cabeza y murmuró:

—Lo siento.

—¿Estaban dentro? ¿Estaba dentro tu familia?

—Lo siento —repitió él mientras seguía contemplando el fuego como si fuera algo distante y ajeno.

Reich oyó a Peter Hoffman bramar detrás de ellos:

—¡TÚ HAS HECHO ESTO! ¡TÚ LO HAS HECHO!

Antes de que Reich pudiera detenerle, Pete y Harris estaban en el suelo. El hombre mayor apretó con fuerza la garganta del más joven, mientras golpeaba el cráneo de su yerno contra las piedras y le exprimía todo el aire de la tráquea. Harris apenas oponía resistencia. Reich agarró a Pete por los hombros, apartó a su amigo de un empujón y se puso delante para bloquearle el camino si volvía a cargar contra Harris.

—¡Detente, Pete!

Éste, llorando y jadeando, retrocedió y apoyó las manos en las rodillas. Reich cogió a Harris del cuello de la camisa y lo sujetó. Sin pensar, cerró la mano izquierda y le dio un puñetazo en la cara, donde oyó el ruido del cartílago al romperse. La sangre empezó a brotar de la nariz y Harris se tambaleó hacia atrás y cayó de rodillas.

Reich se frotó los nudillos, rojos y doloridos, y se maldijo en silencio por haber perdido el control. Pete le observaba sin decir nada.

Fue entonces cuando Reich lo oyó. Un hilillo de voz, ahogado por el bramido del fuego.

—¡Ayuda!

Alzó la vista con un apremio repentino.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó—. ¿Lo has oído?

Pete negó con la cabeza. A kilómetro y medio de distancia, oyeron acercarse las sirenas de los camiones de bomberos.

—Hay alguien vivo —le dijo Reich.

Avanzó por la hierba, esquivando los fragmentos en llamas que salían disparados de la casa. Rastreó el jardín quemado, abriéndose paso entre la alta hierba, y aguzó el oído, pero no volvió a oír la voz.

—¡Eh! —llamó—. ¡Eh! ¿Dónde estás?

Nadie respondió.

Reich avanzó penosamente hacia los bosques del lado oeste de la casa. Rodeó la estructura quemada del viejo garaje, que se había desplomado excepto por una pared que parecía desafiar la gravedad y cuya sombra se alargaba por la pradera. Entornó los ojos, tratando de ver algo en la oscuridad. El campo estaba cubierto de matorrales y flores, pero más allá del círculo de llamas vio un destello rosa entre los tallos de zanahoria silvestre.

Mientras lo miraba, el bulto rosa se movió y distinguió la cara de una niña. El miedo se reflejaba en sus ojos mientras el fuego se acercaba a ella.

Reich corrió.

—No quiero oírte hablar del incendio —le advirtió Reich a Pete Hoffman.

Éste asintió lentamente.

—Ya lo sé, Felix.

—Mark Bradley no pagó por lo que le hizo a Tresa, pero por todos los diablos que pagará por lo que le ha hecho a Glory. No ayudará mucho que tú y yo empecemos a desenterrar el pasado.

Reich se alisó el uniforme y se dirigió al Tahoe, dejando a Pete solo junto al sendero, contemplando el agua. Antes de que hubiera subido al todoterreno, oyó que Pete le llamaba.

—¿Felix?

Reich se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Sabes que no importa lo que digamos o dejemos de decir. Antes o después, alguien lo relacionará con el incendio.

Reich no contestó. Sabía que Pete tenía razón.

—Dirán que fue Harris Bone quien mató a Glory —continuó Pete, con la voz rota de un viejo—. Dirán que al final ha vuelto.

Segunda parte

EL FANTASMA

Cinco años atrás, los rumores en el instituto de Hilary Semper en Highland Park no hablaban más que del nuevo y atractivo profesor sustituto que acababa de incorporarse. El «pajarito» ya lo había fichado: metro ochenta, pelo castaño muy corto, un ex golfista profesional que había abandonado el circuito debido a una lesión. Casado en una ocasión, rápidamente divorciado, ahora sin compromiso. En una escuela donde la mayoría de las profesoras eran veinteañeras rubias ávidas de cazar un marido, constituía una noticia bomba.

Hilary no sentía ningún interés. Y no era que no hubiera tenido relaciones en su vida: se había enamorado por lo menos dos veces, pero en ambos casos se había dado cuenta de que estaba saliendo con alguien que quería una esposa, no una compañera. En aquella época había intentado cambiar para convertirse en alguien más parecido a lo que buscaban los hombres, pero al final decidió que no valía la pena fingir ser otra persona por amor. Sabía que su inteligencia intimidaba a los hombres. Sabía que era franca hasta el punto de ahuyentar a la gente. Si no existía el hombre capaz de vivir con esa combinación de cualidades, que así fuera.

Era la única de los seis hermanos Semper que no había pasado por el altar. Dos se habían divorciado y vuelto a casar, y el matrimonio de los otros tres había sobrevivido a duras penas a la llegada de los hijos. En las reuniones familiares siempre le preguntaban con asombro por qué no se había casado todavía. No les hacía tanta gracia cuando ella les preguntaba por qué lo habían hecho ellos.

En realidad sí quería casarse. Quería enamorarse, tener hijos. Si se presentaba una relación, se lanzaría a ella de cabeza. Si no sucedía nunca, no iba a llorar por ello ni dedicar un minuto a lamentarse por lo que no había encontrado. Se limitaba a seguir con su vida y no perdía el tiempo buscando a un hombre que tal vez nunca apareciera.

Su familia, que ya la miraba como a un bicho raro por seguir soltera, tampoco había entendido su decisión de convertirse en profesora. Se había graduado *summa cum laude* en Northwestern con una especialización en finanzas. Las agencias de inversión y los bancos de Chicago y Nueva York le habían ofrecido sueldos de seis cifras, y ella los había rechazado todos. En lugar de eso, había hecho lo que siempre había dicho que haría: enseñar Matemáticas y baile en un instituto. No era el mejor camino para hacerse rica, pero tenía pocos gastos y había invertido bien. Sus enérgicas críticas a todo lo que funcionaba mal en el sistema público de educación no le habían generado muchas simpatías entre los miembros del distrito escolar y el sindicato de profesores, pero los alumnos la adoraban. Ella también les adoraba. Estaba exactamente donde creía que quería estar en la vida.

Entonces, Mark Bradley entró a trabajar como profesor suplente en su instituto.

Hilary ya se había preparado para que no le gustara. Cuanto más se derretían sus

ingenuas compañeras por él, más se preparaba ella para encontrarse con un mujeriego egocéntrico encantado de haberse conocido. Él había trabajado durante seis meses en el distrito antes de que le llamaran para sustituirla. No varió un ápice sus planes y procedió del mismo modo que siempre que un profesor suplente debía ocuparse de su clase: conocerle previamente para repasar la planificación de los temas durante una hora y media, indicarle lo que quería que hiciera y proporcionarle información sobre los puntos fuertes y débiles de cada alumno. Debía ocupar su puesto durante dos días, mientras ella acudía a una conferencia sobre educación en Nueva Orleans. La mayoría de los sustitutos se quejaba de su meticulosidad, y pocos cumplían las directrices que ella les había dado para su clase. Esperaba que Mark Bradley, licenciado en Lengua inglesa y Arte por la Universidad de Illinois, ex golfista profesional, fuera de lo peorcito, y que demostrase un escaso o nulo interés en lo que ella esperaba de sus estudiantes de Matemáticas. Ya había llegado a la conclusión de que sólo era un deportista estúpido.

Sabía —porque él se lo contó más adelante— que se había comportado de forma brusca y condescendiente con él. Apenas le había mirado, aunque le bastó una simple ojeada para darse cuenta de que era tan atractivo como habían dicho las demás profesoras. Si quería una oportunidad, ella no estaba preparada para dársela, y dudaba de que un ex deportista acosado por todas las guapas veinteañeras de la escuela tuviera mucho interés en una profesora alta y prepotente de treinta y tantos, con grandes dosis de terquedad extra que aportar.

Mark la sorprendió cuando se vieron. Controló decididamente su ego y se guardó los chistes, escuchó sus instrucciones y tomó notas con detalle. Era listo y tenía la misma pasión por la enseñanza que ella. Al regresar a la escuela al cabo de dos días, tras la conferencia, le sorprendió descubrir que Mark había seguido punto por punto sus indicaciones y que el temario estaba al día. No le sorprendió tanto que la mitad de sus alumnas se hubiera enamorado ya de él y le suplicaran que Mark volviera.

Unos días más tarde, mientras tomaban un café en la cafetería, Mark esperó hasta el final de la conversación para preguntarle si quería cenar con él.

Hilary tuvo que admitir que estaba intrigada y un poco excitada. Aun así, no era estúpida y no tenía ningún interés en una cita si el único objetivo de Mark era el sexo. Así que con su habitual brusquedad, le preguntó por qué quería salir con ella. No era exactamente el mejor modo de empezar una relación, pero sí la mejor manera de cortarla de raíz. Él volvió a sorprenderla.

—Cuando jugaba al golf nunca me gustó jugar a lo seguro y relajarme —le contó Mark—. Siempre iba por el green. Pensaba que no valía la pena conformarse con el segundo puesto.

Si cualquier otro hombre le hubiera entrado de esa manera, lo habría ignorado como un halago vacío, pero vio algo distinto en Mark Bradley. Sinceridad. Era una

cualidad que apreciaba más que ninguna otra, y a lo largo de su vida le habían fallado suficientes personas para creerse capaz de reconocerla cuando la veía. Mark era un hombre que decía lo que sentía, que no fingía ser otra persona ante el mundo. Ésa era también la filosofía de Hilary.

Decidió que valía la pena arriesgarse con él. Una noche. Sin sexo. Sin compromiso. No esperaba que les llevara a nada más profundo, lo cual era un modo de controlar sus expectativas. Sin duda no esperaba que menos de dos años después estaría casada, y que Mark y ella se marcharían de Chicago en busca del tipo de vida idílico que ambos creían desear. Un lugar más silencioso y menos poblado. Un lugar con carreteras solitarias y bordeadas de árboles, donde el resto del mundo quedara muy lejos. Donde renunciar a los viejos sueños por otros nuevos, y vivir aislados.

Así fue como empezó todo. Cinco años atrás.

Ahora esos sueños se estaban marchitando.

Según el calendario el invierno había terminado, pero nadie se lo había contado a los dioses del tiempo en Wisconsin. El viento procedente de la bahía era cortante y el pronóstico anunciaba nevadas durante la noche. La única señal de la llegada de la primavera era la ampliación del horario del *ferry* de Northport, lo que significaba que ahora podían ir y venir de la isla casi cuando quisieran. Durante los meses más crudos del invierno, desde enero hasta marzo, se veían obligados a pasar la semana en una pequeña casa de alquiler cerca de Fish Creek, y sólo volvían a su verdadero hogar el fin de semana. Hilary se alegraba de poder dormir cada noche en su propia cama otra vez.

Mark conducía en silencio por la costa sudoeste de Washington Island en dirección a su casa. Había sido un día muy largo; primero el vuelo de Florida a Chicago y luego el trayecto en coche de cuatro horas siguiendo la costa del lago Michigan, hasta llegar a Door County. Casi habían perdido el último *ferry*. Ambos estaban agotados y lo único que querían era dormir.

Mark avanzó por la carretera principal que cruzaba el pueblo, lo cual constituía una generosa descripción de la comunidad rural de Washington Island. Ésta constaba de un puñado de tiendas y restaurantes, la mayoría de ellos en el lado oeste, granjas aisladas y árboles. La isla era plana como una tabla, medía apenas cincuenta kilómetros cuadrados y la mayor parte de su superficie estaba cubierta de un denso bosque y rodeada de aguas bravas. Todo lo que se vendía allí tenían que traerlo en barco desde la península, razón por la cual apenas había lo imprescindible para cubrir las necesidades de los residentes, sobre todo en temporada baja. Como los precios eran altos, la mayoría de la gente prefería esperar y hacer la compra una vez al mes en el extremo más alejado del condado, en Sturgeon Bay, en el establecimiento de la península que más se parecía al de una verdadera ciudad, a menos que quisieras

conducir sesenta kilómetros más hasta Green Bay.

Pasaron junto al viejo bar de la isla, el Bitters Pub, y Hilary vio al propietario de uno de los moteles locales de pie junto a su furgoneta con una botella de cerveza en la mano. Le conocía, y él les conocía a ellos. Así era como funcionaban las cosas en una isla cuya población apenas alcanzaba las setecientas personas. No les saludó ni les dirigió una sonrisa; en lugar de eso, observó su Camry y su cara reflejaba una patente hostilidad mientras se llevaba la botella a los labios. Hilary supo que la noticia de lo ocurrido en Florida ya se había difundido entre los lugareños.

Cuando se mudaron a la isla, los habían recibido con educación, aunque no con cariño. Si no eras de allí, en realidad nadie te aceptaba, pero la gente era cordial y amable, aunque no te abrieran las puertas de su vida. A Hilary y Mark tampoco les interesaba ese tipo de amistad, pero al menos no se sentían como intrusos. Todo cambió al conocerse la historia de Tresa. A partir de ese momento, la cortesía mudó a fría desconfianza. No era fácil vivir en una localidad pequeña donde te rechazaban, sobre todo en una comunidad apartada del resto del mundo por el agua.

A Hilary le preocupaba lo que iba a ocurrir ahora que todos sabían lo de Glory. ¿Hasta dónde podían llegar los vecinos para dejarte claro que no te querían aquí?

Mark también lo vio. El hombre de la puerta del bar tenía una expresión mortífera.

—Bienvenida a casa —le dijo Mark a Hilary con una sonrisa cansada.

Continuó hacia la costa norte de la isla y tomó el camino del puerto a la altura del cementerio, sembrado de lápidas grises entre los pinos y la nieve. El camino de grava se adentraba entre los árboles desde el camposanto y terminaba en la playa de Schoolhouse, uno de los lugares más concurrido por los turistas durante el verano. Sin embargo, en temporada baja, la cala estaba desierta la mayoría de los días. El porche trasero de su casa se hallaba a ciento cincuenta metros de la orilla, y durante el invierno, cuando los árboles desnudaban sus ramas, podían ver las aguas del lago.

En lugar de girar a la derecha por el camino que llevaba a su casa, Mark continuó hasta la playa. Aparcó el coche, bajó y echó a andar hacia la orilla, que no era de arena sino que estaba compuesta de miles de diminutos cantos rodados. El puerto natural creado por la ensenada en forma de media luna estaba más en calma que las impetuosas aguas del lago que se extendía más allá del borde de tierra, pero aquí la calma era relativa. Se metió las manos en los bolsillos y contempló las olas encrespadas que surcaban las aguas como pequeños icebergs.

Hilary se unió a él. Permanecieron de pie uno junto al otro, sin hablar. El fuerte viento le despeinó el pelo alrededor del rostro, y los labios se le pusieron blancos por el frío. Toda la franja curvada de la playa estaba vacía. En medio de aquella desolación, podrían haber sido los dos únicos habitantes de la isla. Eso era lo que habían deseado: recogimiento en plena naturaleza, las carreteras desiertas, el silencio

perpetuo sólo interrumpido por los pájaros y el viento. Hasta ahora nunca le había parecido siniestro, pero por primera vez, Hilary se sintió amenazada por lo remoto del lugar.

—¿Sabes qué es lo más duro? —preguntó Mark—. Sigue encantándome este sitio. Es el lugar más hermoso del mundo.

—A mí me pasa lo mismo.

Se volvió hacia ella, la cogió de la nuca y la besó dulce pero intensamente. Había muchos tipos de besos entre una pareja: el beso de despedida, el de reconciliación, el beso de amor y el de buenas noches. Esta vez la sensación de sus fríos labios sobre los suyos le resultó nueva, como si en aquel beso ambos reconocieran la necesidad de que los rescataran y que tendrían que salvarse el uno al otro. Era un beso con un claro mensaje: «Aférrate a mí, porque esta travesía va a ser dura».

Regresaron al coche. Su casa se encontraba setecientos metros hacia el norte. Era pequeña, con tres habitaciones como cajas de cerillas y un porche trasero de madera con mosquitera que se estaba ablandando con el tiempo. La pintura azul celeste necesitaba una nueva capa. Las corrientes de aire se colaban por las ventanas. Teniendo en cuenta su tamaño y antigüedad, la vivienda había resultado absurdamente cara, pero allí pagabas por el terreno y las vistas. Habían reunido un depósito de las inversiones de Hilary y los ahorros de Mark de su época de golfista, pero aun así habían tenido que pedir una hipoteca que apenas estaba al alcance de sus posibilidades. En su presupuesto se contemplaban dos ingresos. Ahora sólo trabajaba uno de ellos.

No obstante, cuando giraron por el camino de tierra, Hilary sintió que estaba en casa. No había tenido esa sensación en ningún otro lugar, de ahí su negativa a marcharse a pesar de lo feas que se habían puesto las cosas y de lo que les costaba mantenerla. Cuando salió del coche y olió la nieve que se acercaba, y sintió la capa blanda y acolchada de hojas bajo los pies, la embargó una oleada repentina de bienestar. Al mirar la cara de Mark, se dio cuenta de que él sentía lo mismo. Aquél era su refugio.

Su evasión de la realidad duró poco.

Dejaron el equipaje en el maletero y se dirigieron a la puerta principal; Hilary se detuvo al verla abierta y Mark echó un vistazo al interior, sumido en la oscuridad. El barro y las hojas se habían amontonado en la entrada. Un fétido aroma se extendía como una nube tóxica por el aire fragante y frío.

—Espera aquí —dijo él en voz baja.

Ella lo observó mientras él entraba. Estaba tenso, con el cuerpo flexionado como un muelle. Segundos más tarde oyó algo que brotaba de su garganta, una exhalación de cólera que no se parecía a nada que hubiera oído de su marido antes. Era como si fuera lo que fuese aquello que había encontrado lo hubiera superado.

—¿Mark? —le llamó.

No obtuvo respuesta.

—¿Va todo bien? —insistió en tono apremiante.

Al ver que seguía sin responder, entró en la casa. Tras dejar atrás el recibidor de parqué, giró y entró en la sala, con su alfombra enmohecida y su chimenea y los muebles que habían reunido de su vida antes de casarse. Mark estaba de pie en medio de la estancia, con la cara contraída en una mueca violenta. En las tinieblas de la oscuridad casi absoluta, vio los daños y entendió qué era lo que iba a ocurrir ahora. Captó el mensaje que les estaban enviando sus vecinos.

La casa había sido violada; era la única palabra que se le ocurría. Las paredes de pladur estaban llenas de agujeros, suponía que hechos con un bate de béisbol. Las figuritas que había coleccionado desde niña estaban desparramadas por el suelo hechas añicos y las lámparas, tiradas y rotas. Habían lanzado excrementos de animal a las paredes, que habían resbalado dejando un asqueroso reguero marrón. Habían rajado con cuchillos las fundas de los cojines y habían sacado el relleno de espuma, que cubría el suelo como si fuera un chopo.

Por todas partes habían escrito con spray una palabra. Sobre las paredes, en el cristal de las ventanas, en el techo, en el suelo. Había medio centenar de ellas.

Una sola palabra repetida una y otra vez, escrita con pintura rojo sangre.

ASESINO

—Llevo veinte años viviendo aquí —le dijo Terri Duecker a Hilary, mientras se sacaba el cigarrillo de la boca y observaba el humo disiparse en el aire frío—, y sigue siendo igual. No naciste aquí, así que nunca serás una de ellos. Si tienes hijos los aceptarán desde el primer día, pero a ti no.

Las dos mujeres estaban sentadas en las gradas del exterior de la escuela Fish Creek. Ambas llevaba abrigos gruesos, y Hilary tenía las manos metidas en los bolsillos con borreguito. El césped del campo de fútbol estaba blanco por la escarcha, y el cielo era un manto moteado de carboncillo. Una hilera de píceas bordeaba el extremo más distante del campo, cual si fueran espectadores, ocultando el agua de Green Bay más allá del risco. Detrás de ellas el aparcamiento de la escuela estaba mojado por el aguanieve intermitente que había caído durante la noche.

—Eso no me importa —replicó Hilary—. Cuando vinimos ya lo sabíamos, pero ahora es distinto. Están intentando echarnos, asustarnos para que nos marchemos.

Terri se encogió de hombros.

—Pueblos pequeños... —comentó—. Si pudieran construirían un muro para mantener alejados a los de fuera. Además, sois de Chicago. La gente de aquí necesita culpar a alguien por los cambios que se han producido en el condado, y se imaginan que éstos se deben a los ricos que se mudan desde Chicago.

—Nosotros no somos ricos.

Terri meneó la cabeza.

—No importa. Mientras vivas aquí, te mirarán y verán una matrícula de la tierra de Lincoln en tu coche. J.bi una vez, j.bi para siempre. Yo tuve suerte; Chris y yo vinimos desde Fargo. Seguimos siendo extraños, pero al menos no somos seguidores de los Bears. Aun así, nunca verás a un lugareño confesándome sus secretos.

Hilary contempló la escuela que se hallaba tras ellas y vio otras dos profesoras charlando en el camino de acceso, en el exterior de las puertas de cristal. Se dio cuenta de que las miraban y las señalaban, y supo que hablaban de Mark y de ella.

El edificio de la escuela, a unos doscientos metros de distancia, era de una sola planta, alargado y bajo, y construido con ladrillo color vainilla. Oyó la bandera americana flamear en el viento, mientras la cuerda del mástil golpeaba contra el metal. Podría haberse tratado de cualquier otro instituto rural. Fácilmente podría haberse encontrado de vuelta en Highland Park, con la diferencia de que en el aparcamiento no había caros monovolúmenes Audi y BMW. Siempre se había sentido cómoda al cruzar las puertas de la escuela, oler la comida de la cafetería, escuchar la tormenta de gritos y canastas en el gimnasio. Sin embargo, entrar significaba ahora enfrentarse a las miradas de un centenar de espías. Allí se escenificaba el abismo que ahora separaba a Mark y a Hilary de los profesores, administradores y padres que

deseaban su marcha.

—¿Y por qué os quedáis si te sientes así? —le preguntó Hilary a Terri.

—Somos como vosotros: siempre quisimos vivir en un lugar así. Si vas al norte de Surgeon Bay es como viajar en el tiempo. No hay franquicias de tiendas ni restaurantes de comida rápida. Los paisajes son espectaculares, y hay espacio para respirar. Si no fuera por los turistas en verano, sería un paraíso todo el año. Todos sabemos que los turistas pagan las facturas, pero no esperes que nadie de aquí se alegre por ello.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Has tenido algún problema por ser amiga mía?

Terri se encogió de hombros.

—Sí.

—Bueno, gracias por estar a mi lado.

—Mark y tú me recordáis a Chris y a mí cuando nos mudamos aquí —le explicó Terri—. Los forasteros también necesitamos una comunidad.

Terri era bastante mayor que Hilary, pero se habían hecho buenas amigas. Era una morena delgada, cuyo mayor vicio era su cigarrillo de media mañana, que se fumaba en el borde de los campos de la escuela. Hilary solía acompañarla. Terri llevaba dos décadas enseñando Ciencias en el instituto. Su marido y ella eran propietarios de una serie de casas rurales y apartamentos en la zona de Fish Creek que alquilaban durante el verano, lo cual constituía su principal fuente de ingresos. Su marido, Chris, se ocupaba de las propiedades. Durante el invierno, cuando la mayoría de ellas estaban vacías, les alquilaban un piso a Mark y a Hilary por poco más que el precio de coste. Era un trato perfecto. Hilary y Mark podían quedarse cerca de la escuela y coger el *ferry* de vuelta a Washington Island los fines de semana.

—¿Qué dicen de nosotros? —preguntó Hilary.

—Sabes exactamente lo que dicen —replicó Terri. Su mirada era triste pero dura—. Ayer por la mañana no se hablaba de otra cosa en el instituto. Mark ha matado a Glory. No es un rumor ni una sospecha. Por lo que se refiere a la mayoría de la gente, es un hecho.

—Me alegro de no haber estado aquí.

—No te lo dirán a la cara, pero hablarán a tus espaldas. Sólo en la sala de un tribunal eres inocente hasta que se pruebe lo contrario. En la vida real no funciona así.

—Me van a poner de patitas en la calle, ¿verdad? —preguntó Hilary—. Nunca conseguiré otro trabajo.

Terri negó con la cabeza.

—No, lo encontrarás. Eres buena, y todo el mundo lo sabe. Además eres una

mujer, no un hombre, y eso siempre ayuda. Te darán trabajo, pero harán todo lo posible para que te sientas tan miserable que no desees quedarte.

—Fantástico.

—Sería comprensible que Mark y tú quisierais marcharos; yo lo entendería —añadió Terri—, pero espero que no lo hagáis.

—Me pone nerviosa que la gente me diga lo que tengo que hacer —dijo Hilary. Terri sonrió.

—A mí también.

—Por cierto, gracias por no preguntar.

—¿Preguntar el qué? —quiso saber Terri.

—Si estoy segura. Si creo que Mark lo hizo.

Terri aplastó el cigarrillo en la estructura metálica de las gradas y contempló el horizonte gris.

—Parece como si quisieras que te lo preguntara. Como si necesitaras decirlo.

—Tal vez —admitió Hilary.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿No lo hizo él?

—No.

—Con eso me basta —concluyó Terri—. Mira, he visto a Mark en clase, con los chicos. Es imposible que le levantara una mano a una adolescente. Y tampoco se acostaría con ellas, porque ese hombre te quiere. No estoy diciendo que no fuera capaz de matar a alguien que se metiera con cualquiera de los dos, pero ¿una chica inocente? Mark no haría eso. Chris y yo hemos hablado de ello, y él piensa lo mismo.

—Gracias.

—Ojalá hablara por la mayoría, Hilary, pero no es así.

—Lo sé.

Terri comprobó la hora mientras temblaba de frío. Ambas mujeres bajaron por las gradas, vigilando para no resbalar en los mojados escalones metálicos. El suelo cubierto de escarcha crujió bajo sus pies mientras regresaban a la escuela caminando junto a la carretera 42, que recorría la costa oeste de la península de norte a sur. La vía de dos carriles estaba tranquila.

—Esto no tiene que ver sólo con Mark —le confió Terri, alzando la voz para que el rugido del viento no la ahogara—. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que también tiene que ver con Glory. Habría pasado lo mismo con cualquier otra chica de aquí, pero con Glory es peor. Todos lo sentimos mucho, por lo que le pasó.

—¿Qué le paso? —quiso saber Hilary.

Terri se detuvo.

—¿No sabes nada del incendio?

—No, ¿de qué hablas?

—Oh, demonios. —Terri volvió a mirar el reloj.

—Cuéntamelo —le pidió Hilary—. Por favor.

—Te daré la versión abreviada. Ocurrió hace seis años; Glory tenía diez. Sabes que Delia tiene una vieja casa cerca de Kangaroo Lane, ¿no? Bueno, pues ella y las niñas vivían justo enfrente de un hombre llamado Harris Bone. ¿Te suena de algo el nombre?

Hilary pensó un momento y negó con la cabeza.

—Creo que no.

—Vaya, qué sorpresa. Creía que la noticia habría llegado a los periódicos, incluso en Chicago; fue terrible.

—¿Qué pasó?

Terri suspiró.

—Harris Bone estaba casado con una chica de aquí, Nettie, miembro de una conocida familia de la localidad, los Hoffman, que viven en Door County desde hace décadas. Eran una pareja extraña. Harris era hijo único y vivía con su madre en Surgeon Bay, encima de una pequeña tienda de licores. No era un gran partido, pero sí un chico guapo, y creo que lo que Nettie quería era un niño de mamá al que pudiera mangonear. Era una pieza. Trataba a Harris como un trapo, pero se volvió diez veces peor tras quedarse paralítica en un accidente de coche. Estaba enfadada con el mundo, y la tomaba con él. Oí hablar a sus hijos de cómo eran las cosas en casa. Las discusiones. Los gritos. Muy desagradable.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Glory? —preguntó Hilary.

—Glory acabó en medio de todo eso la noche equivocada —respondió Terri—. Había encontrado un gatito en el garaje de los Bone y empezó a escaparse por la noche para darle de comer. Una de esas noches, Harry regresó a casa mientras Glory estaba escondida en el garaje. El hijo de puta roció la casa entera con gasolina, por fuera y por dentro, y le prendió fuego como si fuera una antorcha. Nettie y los niños murieron, y Harris se quedó ahí sentado viendo cómo ardían. Sin avergonzarse, sin arrepentirse; sin culpa. Recuerdo que el *sheriff* Reich dijo que era como si estuviera en trance.

—¿Qué pasó con Glory?

—Estaba en el garaje y el fuego casi la alcanzó. Se escabulló por un agujero en la pared, pero inhaló mucho humo. Se pasó varias semanas en el hospital. Al final se curó, pero este tipo de cosas afectan tanto a la cabeza como al cuerpo. La gente siempre decía que Glory era como era por culpa del incendio. Salvaje. Temeraria. Promiscua. Como si tratara de huir del pasado.

A Hilary le costaba respirar. Terri tenía razón: lo que había ocurrido habría sido terrible con cualquier chica, pero ahora entendía lo que significaba para la comunidad perder a Glory. Recordó las palabras de Delia en Florida: «Casi la perdí una vez, y se me concedió una segunda oportunidad».

Ésta era la chica a la que todo el mundo creía que Mark había asesinado.

—Lo siento —murmuró Hilary—. Tresa nunca nos habló de ello.

—Bueno, no me sorprende. Todos actuamos como si no hubiera sucedido. Supongo que la idea era que, si no se hablaba de ello, no habría existido. Todo el mundo trataba de compensar a Glory. ¿Quién quiere recordar los chillidos de una familia que muere consumida por las llamas?

—¿Hizo terapia?

—Eso espero, pero la gente de por aquí no es muy abierta. Si vas al psicólogo es como si tuvieras un trastorno de personalidad.

—Supongo que también habrá sido difícil para Tresa —comentó Hilary.

—Mucho. Se convirtió en la hermana olvidada.

Hilary meneó la cabeza mientras pensaba en el naufragio de los Fischer y los Bone. Las personas eran frágiles; si rascabas la superficie, no encontrabas más que dolor. Cuando a alguien le ocurría algo malo, era como una onda expansiva que arrasaba con otras vidas a medida que los círculos se ampliaban.

Las dos mujeres siguieron andando lentamente hacia el edificio de la escuela. Llegaban tarde a su siguiente clase.

—Así que Mark está pagando los platos de Harris Bone —continuó Terri—. Eso forma parte de lo que está ocurriendo. La gente de por aquí es muy sensible a la idea de que un hombre no reciba su merecido tras un asesinato. No quieren que vuelva a ocurrir.

Hilary se paró y puso una mano sobre el hombro de Terri.

—¿No recibir su merecido? ¿De qué estás hablando? Has dicho que encontraron a Harris Bone entre las ruinas.

—Así fue. Le juzgaron y fue condenado a cadena perpetua. A mucha gente le habría gustado que en Wisconsin se aplicara la pena de muerte; la mayoría pensábamos que la cadena perpetua era demasiado poco para él.

—Eso no es lo mismo que no recibir su merecido.

—Lo sé, pero Harris escapó —explicó Terri—. Se escabulló mientras lo trasladaban a las instalaciones de máxima seguridad en Boscobel. Sigue en busca y captura desde entonces. Está en algún lugar, escondido.

La habitación de Amy Leigh en la residencia Downham de la Universidad de Wisconsin en Green Bay daba a los vestigios de la última cosecha de un maizal. Más allá de las hileras de tallos rotos, ella podía distinguir la línea de árboles caducos y desnudos por el invierno señalizando el Cofrin Arboretum que rodeaba todo el campus, cercándolo como si se tratara de una isla protegida por un bosque encantado. Era última hora de la tarde del martes, pero el cielo ceniciento invitaba a pensar en una hora más tardía. Se habían reanudado las clases, y los libros de Psicología que debía leer se amontonaban en su cama, pero le resultaba muy difícil concentrarse. En lugar de estudiar, se pasaba el rato mirando hacia fuera, al campo desolado, y pensando en Glory Fischer y Gary Jensen.

Le había sido imposible quitárselos de la cabeza desde que el autobús llegó a Green Bay: la chica hallada muerta en la playa de Florida y el entrenador que siempre parecía desnudarla mentalmente cuando la miraba.

—Gary y su mujer fueron a escalar a Utah en diciembre —murmuró Amy mientras leía atentamente el artículo que había encontrado en internet.

Ni siquiera se dio cuenta de que había hablado en voz alta, hasta que su compañera de habitación rodó sobre la cama para tenderse boca arriba y gruñó.

—¿Otra vez a vueltas con eso? —preguntó Katie.

Amy se sacó el boli de la boca.

—Su mujer murió, perdió el agarre mientras escalaba; una caída de más de sesenta metros. No había nadie en esa zona del parque excepto ellos. Si quisieras matar a alguien y salir impune, ¿se te ocurre una manera mejor? ¿Quién sabe qué ocurrió en realidad?

Katie apoyó el libro de texto en su estómago desnudo. Llevaba un sujetador deportivo y unos holgados pantalones de chándal.

—Recuerdo que me dijiste que, cuando viste a Gary en el campus, en enero, estaba destrozado.

—La gente puede fingir. ¿Y si ella se dio cuenta de la clase de hombre que era?

—¿Qué clase de hombre es?

—Un cerdo. Intenta ligar con todas las chicas.

—Igual que la mitad de los tíos mayores del mundo.

—Lo de su muerte salió en los periódicos —señaló Amy—. La policía de Utah lo investigó.

—La policía investiga siempre que alguien se cae de un precipicio. No le acusaron de nada, ¿no?

—No.

Katie se sentó y dejó las piernas colgando por el borde de la cama.

—Mira, Ames, sólo porque tu entrenador sea un capullo no quiere decir que sea un asesino en serie o algo parecido. Primero mata a su mujer, ¿y ahora a una chica en Florida a la que ni siquiera conoce? ¿Qué sentido tiene?

—Sólo me pregunto si debería contárselo a alguien. El caso es que creo que vi a Gary con Glory Fischer.

—¿Crees?

—Vale, no estoy segura. —Y añadió—: Ahora es algo personal para mí. Por Hilary.

—Era tu entrenadora. No has hablado con ella en siete años.

—Sí, pero ya has visto las noticias —replicó Amy—. Su marido es el principal sospechoso.

—Bueno, conocía a la chica y su habitación estaba cerca del lugar donde la mataron, y además le guardaba rencor a esa familia. A primera vista, se merece ser sospechoso.

Amy cogió un mechón de su pelo rubio y rizado y se lo enrolló entre los dedos mientras meneaba la cabeza.

—Le recuerdo. Era un tipo simpático. Hilary no se casaría con alguien capaz de hacer algo así; es demasiado inteligente.

—¡Uau! No me digas que eres tan ingenua —se burló Katie—. Si vas a ser psicóloga, será mejor que aprendas que no puedes confiar en la gente a primera vista, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

Su compañera de habitación bajó de la cama, cogió una camiseta de Green Bay del cesto de la ropa sucia y se la metió por la cabeza, cubriendo su escuálido torso. Se sacó los pantalones del chándal y se enfundó las piernas en unos tejanos ceñidos. Volvió a sentarse en la cama para anudarse las deportivas; al inclinarse, las gafas le resbalaron por la nariz.

—Voy a cenar —le dijo a Amy—. ¿Quieres venir conmigo?

—No tengo hambre.

—¿Estás segura?

—Sí. Ve tú.

—Vale, como quieras. Te veo luego.

Katie se marchó y dejó a Amy sola en la habitación. Se levanto y empezó a andar de arriba abajo, y luego trató de aclararse la mente con varias posturas de yoga. No funcionó. Amy volvió a sentarse al escritorio y releyó el artículo del periódico de Green Bay sobre la muerte de la mujer de Gary Jensen, cuatro meses atrás. Era el tipo de accidente trágico que ocurría cada día, no había nada sospechoso en él. Estaba convirtiendo a Gary en un monstruo sin ninguna razón.

Abrió la página de Facebook en su ordenador. Tenía casi cuatrocientos amigos,

incluido todo el mundo de su instituto y docenas de bailarinas de todo el país que había conocido. Hizo una búsqueda, encontró el perfil de Hilary Bradley, que era amiga suya, y clicó sobre la fotografía de su ex entrenadora.

En la foto del perfil de Hilary se la veía montada en bicicleta, circulando en una carretera bordeada de árboles en algún lugar. Mostraba una gran sonrisa mientras la larga melena volaba al viento tras ella; sus ojos azules estaban ocultos por unas gafas de sol. Parecía feliz. Amy se imaginaba que la foto se habría tomado donde vivía ahora, en las tierras rurales de Door County. Apenas había cambiado en los trece años transcurridos desde que Amy la conoció en el instituto de Chicago. Era guapa y rubia, como ella, alta y corpulenta, también como ella. Ésa era una de las cosas que más le gustaban de Hilary: no era un palillo ni se disculpaba por su cuerpo. Siempre le decía a Amy que se podía ser grande y aun así, elegante y atractiva.

Amy leyó el estado de Hilary en Facebook, colgado desde un móvil sólo unos minutos antes. «Vuelvo a tener la misma pesadilla, y me encantaría despertarme», había escrito Hilary.

No le costaba entender lo que quería decir. El año anterior, había seguido la sucesión de acontecimientos en la página de Hilary, mientras su marido se enfrentaba a la acusación de tener una aventura con una estudiante. Debía de ser como un *déjà vu*.

Amy clicó en las fotos del perfil, en las que aparecía Mark Bradley pintando en una playa de Door County. Amy apenas le había conocido en Chicago, pero las chicas que lo habían tenido como profesor sustituto se habían enamorado de él. Era el tipo de profesor por el cual las alumnas perdían la cabeza. Fuerte y sensible, atractivo, creativo. Lo tenía todo. Una buscaba romanticismo, pero también quería a alguien que te hiciera sentir segura en un callejón oscuro. Mark Bradley era así.

Amy pensó en lo que había dicho su compañera de habitación: no se puede juzgar a la gente a primera vista. Le desagradaba la idea de que la muerte de Glory la hubiera trastornado tanto. Era posible que Gary Jensen no fuera más que un hombre inocente cuya esposa había muerto en un accidente, dejándolo solo y abatido, y que Mark Bradley, fornido, atractivo y casado con el ídolo de Amy, fuera el malvado, el asesino. Ésa era la respuesta más obvia, y la respuesta más obvia solía ser la verdad.

No se podía confiar en el instinto; seguramente Katie tenía razón también en eso. Amy sólo disponía de su instinto para decidir qué hacer. Conocía a Hilary; a través de ella, era como si conociera a Mark, y también conocía a Gary.

Instinto.

Amy pensó en enviarle un mensaje a Hilary por Facebook, para que supiera que pensaba en ella y Mark. Se preguntó si debería mencionar sus sospechas, pero no lo hizo. En lugar de eso, cerró el ordenador, cogió el móvil de la mesa y vaciló antes de marcar. Se le aceleró la respiración. Se sentía como en los instantes previos a salir a

la pista para una actuación.

—Amy, ¿qué demonios estás haciendo? —se preguntó a sí misma en voz alta.

En lugar de responderse, pulsó las teclas del teléfono y esperó. Al oír la voz de él contestando, notó el encanto escurridizo del tono y deseó que la tierra se la tragara.

«Te vi con Glory Fischer. Sé que era ella».

—¿Gary? Soy Amy Leigh.

A Gary Jensen no le costó imaginarse la cara y el cuerpo de Amy cuando ella llamó. Era una de las chicas a las que más le gustaba mirar durante las sesiones de entrenamiento en el gimnasio. Le gustaba cuando la cara le brillaba de sudor por los ejercicios, y sus brazos y piernas repletos de fuerza. Tenía los pechos grandes, lo cual por lo general constituía un inconveniente para bailar, y ni siquiera un sujetador bien ceñido podía evitar que se balancearan de forma seductora. El pelo se le quedaba adherido a la piel en mechones húmedos. Era muy atractiva.

Sabía que a ella no le gustaba, nunca lo había ocultado. Como entrenador, le escuchaba y seguía sus instrucciones, pero siempre que hablaba con él se mostraba fría. La mayoría de las chicas le seguían el juego y tonteaban con él cuando les tiraba los tejos, pero Amy no lo había hecho nunca. Le sorprendió que le llamara, y despertó su curiosidad.

—Hola, Amy —respondió—. ¿Qué pasa?

—Tengo algunas ideas para unos pasos nuevos —le explicó ella—. Algo muy atrevido. Supongo que tendremos que subir un poco el listón para ganar el año que viene, ¿no?

—Eso es cierto —dijo él, que había notado la tensión en su voz. Hablaba entrecortadamente, lo cual no era habitual en Amy, una de las bailarinas más seguras del equipo.

—Estaba pensando que a lo mejor podría comentarlo contigo —continuó ella—. Tal vez podríamos vernos.

—Por supuesto —accedió Gary—. Me encantaría.

—¿Te va bien quedar mañana?

—Ojalá pudiera, pero no es un buen día. Tengo una reunión fuera de la ciudad. ¿Qué te parece el jueves por la noche? Voy a revisar los vídeos de las actuaciones del torneo de baile. ¿Por qué no vienes a mi casa y los miramos juntos? Me gustaría conocer tu opinión.

La oyó dudar al otro extremo de la línea telefónica.

—Sí, de acuerdo —respondió al final—. Así lo haré.

—Sabes dónde vivo, ¿verdad? Está cerca del final de Bay Settlement, al otro lado del parque del condado.

—Lo sé. —Gary esperó a que ella colgara, pero tras una larga pausa añadió—:

Oye, Gary, sé que tendría que habértelo preguntado antes, pero ¿cómo estás?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no hace tanto que... ya sabes, que perdiste a tu mujer, y sé lo difícil que debió de ser. Lo lamento por ti. Sólo quería asegurarme de que estabas bien.

—Es muy amable por tu parte, Amy. Yo no diría que esté bien, pero estoy aprendiendo a vivir con ello.

—Me alegro.

—Nos vemos el jueves.

Gary colgó el teléfono y se acarició la barbilla con dos dedos, mientras pensaba en la actitud nerviosa de la chica y se preguntaba por sus verdaderas intenciones. Por una parte sospechaba por el momento en que se había producido la llamada, tan poco después de volver de Florida. Por otra, había mencionado a su mujer, y eso no le gustaba.

Se encontraba en el dormitorio principal de su casa de principios de siglo, que había comprado cinco años atrás al mudarse a Green Bay. El papel de las paredes tenía un estampado en cenefas color burdeos y dorado. Los muebles del dormitorio, que venían con la casa, eran de nogal, con un imponente baldaquín en la cama tamaño extragrande, y una ornamentada cómoda a juego que se alzaba junto a la ventana como un soldado sombrío. Michelle le había suplicado que vendiera los muebles, para que pudieran redecorar la habitación con un estilo más ligero y alegre, pero nunca habían tenido oportunidad de hacerlo.

Gary miró entre las cortinas que colgaban desde el techo, hacia el camino vacío más allá del jardín.

Los recuerdos de la caída de Michelle todavía le perseguían; podía ver el terror en sus ojos mientras gritaba. Él había llorado al verlo, al verla morir, y en ese momento pensó en lanzarse tras ella. Seguía habiendo días en que el dolor y la sensación de pérdida eran casi imposibles de soportar.

Si hubiera habido otro camino... Si ella no hubiera descubierto la verdad...

Gary marcó un número en el móvil y contempló el camino, que se iba oscureciendo a medida que caía la noche.

—Soy yo —dijo al oír aquella voz que le resultaba tan familiar—. Es posible que tengamos un problema.

Mark Bradley se había puesto una mascarilla blanca mientras reparaba los daños ocasionados por los vándalos en su hogar. Le habría gustado que los muy cobardes hubieran venido cuando él estaba en casa, para así darle la oportunidad de pelear. El martes, mientras Hilary se reincorporaba a la escuela, había barrido los cristales y añicos, sacado los muebles rotos a la calle y rascado las paredes. A última hora del miércoles, había arrancado la moqueta y aplicado dos capas de pintura en el salón. Por lo menos, aquella palabra ya no le miraba a los ojos.

ASESINO.

Mientras la pintura se secaba, cogió una cerveza de la nevera y se la llevó al porche cubierto de mosquitera que había en la parte de atrás, y que utilizaban durante tres estaciones al año. Se sentó en la silla de hierro forjado, que chirrió bajo su peso. Antes de beber, se dio cuenta de que aún llevaba puesta la mascarilla blanca. Se la apartó de la cara, se llevó la botella a la boca y dio un trago largo. Se frotó el cuello entumecido con los dedos.

Fue entonces cuando notó el pequeño bulto de dos costras sobre su piel. Arañazos.

Mark cerró los ojos y sintió que un sudor frío, un sudor terrorífico, le cubría el cuerpo.

—Hija de puta —murmuró.

Recordó a Glory en la playa y volvió a sentir cómo se colgaba de él agarrándolo por el cuello. Le había clavado las largas uñas en la piel, haciéndole daño. Y le había dejado una marca.

Sabía lo que eso significaba.

La policía de Florida le había tomado una muestra de células cutáneas del interior de la boca con un bastoncillo de algodón, la había metido en una bolsa de pruebas y la había marcado con una etiqueta. Cuando buscaran debajo de las uñas de Glory encontrarían piel, analizarían el tejido y hallarían la correspondencia. El resultado sería un nombre: Mark Bradley.

Sabrían que había estado allí. En la playa. Con Glory.

Mark dejó la botella. Se le habían quitado las ganas de beber cerveza. Contempló a través de los lánguidos árboles el agua gris de la playa, a unos noventa metros. Sabía que dentro de dos meses, cuando los árboles reverdecieran, sería imposible verla tras los abedules. No pudo evitar preguntarse si estaría ahí para verlo, y si para entonces ya lo habrían arrestado.

«Pueden probar que estuviste ahí. No pueden probar que la mataste». No estaba seguro de que la diferencia influyera en el dictamen de un jurado, si llegaban a ese

punto. Cuando moría una adolescente, todo el mundo quería que alguien pagara.

A Mark lo asaltó una oleada de cólera. Últimamente le ocurría cada vez más a menudo. Momentos de ira. Era claustrofóbico por naturaleza, y cuando las paredes empezaban a cerrarse sobre él, las golpeaba y trataba de buscar el modo de huir. Si no encontraba una salida, deseaba castigar a quienes lo habían metido allí.

El teléfono que había en la mesita junto a él empezó a sonar. Era Hilary, y se relajó al oír su voz. A veces, ella tenía un sexto sentido para saber cuándo la necesitaba.

—Estoy en Northport, esperando el *ferry* —le informó—. Llegaré a casa dentro de una hora.

—Muy bien.

—¿Cómo va?

—Mejor. La casa tiene mejor aspecto.

Ella escuchó su voz, y él notó como intuía su estado de ánimo.

—¿Estás bien?

—No mucho.

—¿Qué pasa?

—Por teléfono no —dijo él.

Se había vuelto paranoico, y creía que tal vez la policía había pinchado sus llamadas.

—¿Por qué no vamos a cenar fuera? —propuso ella.

—¿Estás segura? Ya sabes cómo será.

Se había vuelto reacio a salir y encontrarse con la gente de la isla. Estaba harto de las miradas sombrías y la hostilidad muda de la gente de su entorno.

—Que les den a todos —le dijo Hilary—. No vamos a dejar que nos impidan vivir nuestras vidas.

Mark sonrió.

—Tienes toda la razón.

—Enseguida nos vemos.

Hilary colgó. Él cogió su cerveza, continuó bebiendo y se recordó, como hacía la mayoría de los días, lo afortunado que había sido de conocer a Hilary Semper. Algunos hombres no se sentían lo bastante seguros para casarse con una mujer más lista que ellos, pero él ya había tenido un montón de experiencias con mujeres que sólo querían alardear de él ante sus amigas. Incluso se había casado una vez, cuando tenía veinticinco años, con una morena efervescente que le había seguido durante todo el circuito profesional, lo había seducido, se lo había llevado a la cama y luego a los juzgados. Él era joven; ella era joven. Ella siempre andaba hablando de todo lo que compartían, cuando en realidad lo único que quería era un anillo y un marido que hiciera morir de celos a sus amigas.

Duró dos largos años. Al divorciarse de ella, se juró a sí mismo que nunca más.

Poco después de la ruptura, se había bebido diez cervezas de más e incrustado su coche en una mediana de la autopista Kennedy. Una estupidez. Podría haber muerto. En lugar de eso, la cirugía le devolvió la vida, pero no su carrera. Tras el proceso de rehabilitación le quedó un noventa por ciento de movilidad en el hombro izquierdo, pero un jugador de golf profesional necesitaba al menos un ciento diez por cien. Un ciento veinte si era Tiger Woods. No iba a volver a jugar profesionalmente. El golf había muerto para él.

Lo que parecía una maldición, con el tiempo resultó ser una bendición. Cuando saltaba al campo era competitivo hasta la locura, pero descubrió que era algo más que un golfista, un jugador, un deportista. Retomó algo que no había vuelto a hacer desde la adolescencia: pintar. Volvió a leer y devoró los clásicos. Descubrió que se sentía atraído por la enseñanza porque era muy distinta a su vida de antaño; además, le dejaba tiempo para convertirse en alguien que le gustaba bastante más que Mark Bradley, el jugador de golf profesional.

También le convertía en pobre. Ésa era la parte mala.

A medida que el dinero se agotaba dio por sentado que dejaría de triunfar con las mujeres; sin embargo, descubrió que para muchas y de todas las edades, bastaba con la apariencia física. Podría haberse conformado con una vida cómoda, pero ya había vivido un matrimonio sin amor. Aceptaba las aventuras ocasionales, pero nada que llegara a ser serio para ninguno de los dos. Hasta que apareció Hilary. Hilary, que era atractiva y no era consciente de ello. Hilary, que le deslumbró porque todo lo que decía era tan jodidamente interesante, y porque no parecía importarle lo que los demás pensarán de ella.

Hilary. A veces se quedaba sin respiración al pensar que *ella* se había casado con *él*.

Era eso lo que despertaba su ira: el miedo a perder todo cuanto tenía. Ya había perdido su trabajo, y ahora le preocupaba que pasara lo mismo con su casa, su libertad y la única mujer a la que había amado de verdad.

Y todo por haber dado un paseo por la playa. Todo por Glory Fischer.

Mark volvió a entrar en la casa, donde el olor del empalagoso ambientador cubría el hedor de la porquería que habían lanzado contra las paredes. Decidió salir a correr para descargar la frustración. Por primera vez, cogió la llave y cerró al salir. Estaban en Washington Island, un lugar donde nadie cerraba con llave; no había nada que temer, porque el resto del mundo estaba a media hora de distancia, al otro lado de Death's Door.

Ya no era así.

Realizó los estiramientos sobre las hojas caídas que cubrían el camino de entrada, destensando los músculos. El bosque que le rodeaba estaba en calma. Al arrodillarse

y tocarse los dedos de los pies, vio su Ford Explorer inclinado en un ángulo extraño en el claro entre los árboles. Al mirar más de cerca, se dio cuenta de que dos de las ruedas estaban deshinchadas. Habían rajado el neumático, y el hacha oxidada que había causado el daño estaba tirada entre las hierbas, junto al todoterreno.

Le estaban mandando un mensaje. Podía cubrirlo con pintura, pero nadie iba a dejar que lo olvidara: «Asesino».

Mark recogió el hacha, que era pesada y vieja. La sopesó con la mano. Notó que la ira se adueñaba de nuevo de él, y la lanzó contra el tronco moteado de blanco de un abedul joven, donde se quedó clavada mientras el mango temblaba. La sacó y volvió a lanzarla, realizando un profundo corte en el costado del árbol. Lo repitió una y otra vez, mientras la madera y la corteza salían volando, hasta que se quedó sin aliento y el tierno árbol quedó sostenido sobre una enésima fracción de su tronco. Lo rodeó con los brazos, como si fuera la garganta de alguien, y empujó hasta que el árbol gimió, se partió desde la base y cayó sobre el bosque con gran estruendo.

Regresó tambaleándose al camino de entrada, con la respiración agitada y la cara enrojecida. El hacha le cayó de la mano.

Oyó un ruido procedente del camino y se dio la vuelta con un gesto violento, esperando a que vinieran por él. Los vándalos. Los punkis. Estaba preparado para enfrentarse a ellos cuerpo a cuerpo.

Pero no era nadie de la isla.

Había un Corvette de color púrpura aparcado al principio del camino, que parecía extrañamente fuera de lugar en medio de la naturaleza de la isla. Junto a la puerta vio a un hombre ridículamente alto con traje de ejecutivo, apoyado en el coche y que le miraba desde detrás de unas gafas de sol que no tenían ningún sentido en un día nublado. Había estado observando mientras Mark estallaba de rabia. Era Cab Bolton.

Aún bajo la mirada hostil de Bradley, Cab volvió a meterse en el Corvette alquilado. En aquel momento no tenía ningún interés en mantener una conversación con él, pero quería que supiera que le había seguido hasta su casa. La investigación no había terminado, y si Bradley creía que se había librado con tanta facilidad, se equivocaba. Cab también sabía, tras observar el estallido de furia con el hacha, que su primera opinión sobre aquel tipo había sido la correcta.

Mark Bradley tenía mal genio. Si le apretabas lo suficiente, perdía el control.

Cab dio media vuelta con el coche y regresó al camino que pasaba junto a Schoolhouse Beach y llevaba a la carretera principal de la isla, más allá del cementerio. De pronto se le ocurrió que había estado en todos los rincones del mundo, pero creía que en ninguno tan remoto como aquél, aquella isla en el extremo de la península de Door County. Al conducir por la franja de tierra que quedaba al norte de Sturgeon Bay, tuvo la impresión de estar atravesando un pueblo fantasma,

con los escaparates de las tiendas cerrados con postigos y amplias extensiones de bosque y tierras de cultivo en barbecho. Era hermoso y siniestro a la vez, como si alguien hubiera trasplantado un rincón de Nueva Inglaterra y hubiera colocado señales de «Prohibido pasar» para mantener alejado al resto del mundo.

Nunca había pasado mucho tiempo en el Medio Oeste, y siempre había pensado en él como un lugar en el que el invierno duraba nueve meses, las vacas superaban en número a las personas y la tierra era plana e interminable. Nada de lo que había visto hasta entonces le había hecho cambiar de idea.

En el trayecto de vuelta al embarcadero del *ferry*, encontró un *saloon* decorado al estilo del oeste necesitado de una buena mano de pintura, justo junto a la carretera. En el cartel podía leerse «Bitters Pub». Aparcó en la grava frente al bar, donde su Corvette destacaba como un coche de Hot Wheels junto a la hilera de furgonetas oxidadas y monovolúmenes descomunales. En el interior, el olor rancio a tabaco impregnaba el bar. Se sacó las gafas de sol y vio una larga barra de roble con taburetes a la izquierda, unas cuantas mesas cuadradas diseminadas sobre el suelo de madera y dos mesas de billar al fondo. Las paredes estaban atiborradas de cachivaches, como sierras de madera y esquís.

Tres hombres con unas barrigas imponentes bebían cerveza, jugaban al billar y exhalaban anillos de humo. Una camarera aburrída, joven y guapa, contempló su caro traje con una sonrisa de curiosidad. Un hombre con cuello de extintor y el pelo entrecano estaba sentado en la barra frente a una taza de café. Cab se aproximó a la barra y la camarera se acercó a él. Llevaba el pelo moreno suelto, un jersey de lana color teja y unos pantalones desgastados.

—¿Puedo ayudarle?

—Estoy buscando al *sheriff* Felix Reich —le dijo Cab—. Uno de sus ayudantes me ha dicho que probablemente le encontraría aquí.

La chica señaló con la cabeza al extintor sentado al final de la barra.

—*Sheriff* —le llamó—, alguien le busca.

La cabeza del *sheriff* Reich se volvió lentamente, y repasó a Cab de arriba abajo con la expresión de un hombre que muerde un limón. Sus ojos empezaron en el pelo rubio de punta y descendieron por su largo cuerpo, asimilando su traje de raya diplomática, la corbata y los mocasines lustrosos, para deshacer luego el trayecto recorrido y concentrarse en la manicura de las uñas y el pendiente de oro. Una vez hubo terminado, Reich se dio la vuelta para observar detenidamente el vapor que se elevaba de su taza de café, como si fuera mucho más interesante que cualquier cosa que Cab tuviera que decir.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó. Su voz era tan áspera como la grava de las carreteras secundarias de la isla.

Cab se sentó a dos taburetes del *sheriff*, dándole la espalda al mostrador y con sus

piernas zancudas extendidas sobre el suelo de madera. Apoyó los codos en la barra. Los puños blancos de su camisa, cerrados con unos gemelos de ónice, asomaban por las mangas de la chaqueta del traje. Estaba acostumbrado a sentirse como un extraño y era inmune a las miradas y el silencio con que le recibían cuando iba a algún sitio donde no lo conocían. Aquél no era distinto de otro centenar de lugares en los que había estado.

—*Sheriff*, me llamo Cab Bolton —se presentó—. Soy detective de la policía de Naples, en Florida.

Reich, que llevaba una gruesa camisa de franela remetida por dentro de unos pantalones de pana, suspiró y se volvió sin levantarse del taburete. No era un hombre grande, pero llevaba la ropa muy ceñida. Tenía la cara erosionada, como si fuera un caso de congelación crónica, y sus ojos azules eran duros e impasibles.

—¿Un detective? —preguntó.

—Así es.

—Bien, detective, si uno de mis polis viniera a trabajar con un pendiente, tendría dos opciones: arrancárselo y largarse a casa hasta que se cerrara el agujero, o renunciar a la placa.

Cab esbozó una sonrisa, pero Reich no se la devolvió. Vio cómo el viejo *sheriff* le escrutaba e imaginó lo que pensaba: «Menuda dentadura más blanca».

—Supongo que me alegro de no trabajar para usted —replicó.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Cab Bolton.

—¿Cab? ¿Qué clase de nombre es ése?

—Me lo pusieron por mi abuelo —contestó Cab, inventando una nueva explicación y un nuevo nombre para acompañarla—: Cornelius Abernathy Bolton.

—¿Abernathy?

Cab se limitó a sonreír.

Reich gruñó y alargó la mano para coger la taza de café.

—¿Está aquí por Glory Fischer?

—Así es.

—¿Piensa arrestar a Mark Bradley?

—Por el momento sólo quiero saber más sobre él. Y también sobre Glory.

La camarera pululaba a su alrededor y le dedicó a Cab una sonrisa de interés. Tendría unos veinticinco años, y no llevaba alianza. En su rostro de mejillas redondeadas brillaban dos grandes ojos marrones.

—¿Quiere beber algo? —le preguntó la chica a Cab.

Reich hizo un gesto en dirección a las botellas de licor alineadas tras la barra.

—Sí, ¿qué es lo que bebe la gente en Florida? ¿Mojitos? —preguntó en tono despectivo.

—No, gracias —dijo Cab.

La camarera le guiñó el ojo.

—Entonces, a lo mejor quiere hacerse socio del club.

—¿Qué club?

Reich sonrió a hurtadillas hacia los hombres que jugaban al billar. Éstos se acercaron, y el humo del local se volvió más denso.

—Detective, no está usted sólo en un bar —le explicó el *sheriff*—. Ésta es la sede internacional del Bitters Club.

—¿Ah, sí?

—Así es. Tom Nelson lo fundó en la isla en 1899. Estaba convencido de que la amargura de la angostura era un elixir de salud. Más o menos como ustedes los de Florida con el zumo de naranja. Se bebía por lo menos medio litro al día.

—¿Medio litro de angostura?

—No es como la Guinness, pero te acostumbras al sabor. Está ahí abajo, con el aceite de motor. Aunque no tiene que ser medio litro; si puede tragarse un vaso de chupito, está admitido en el club.

Cab no pensaba dejar que ese tipo le ganara con su juego de machitos.

—Claro. Sírveme.

La camarera sonrió con suficiencia y buscó debajo del mostrador. Colocó un vaso de cristal frente a Cab y lo llenó con un líquido negro que guardaba un sospechoso parecido con el aceite de motor. Cab se lo llevó a la nariz y lo olió. Reich le observaba con atención, igual que los demás, esperando a que su cara se contrajera en una mueca de desagrado. Él no reaccionó, a pesar del aroma tóxico que habría despertado a un paciente en coma. Se imaginó que era o todo o nada. No se trataba de un brandy que pudiera sorber y saborear. Hizo girar el líquido en el vaso, se lo llevó a los labios y se lo bebió de un solo trago. Apretó los labios de forma involuntaria y se le contrajo la garganta. El sabor le recordaba al de colillas aplastadas recogidas de las alcantarillas.

—¿Le gusta? —preguntó Reich.

—Delicioso —graznó Cab.

—Bienvenido al club.

—Llamaré a mi madre —replicó Cab.

Reich se relajó y sonrió, como si Cab hubiera superado una prueba de resistencia propia de Door County.

—Suelte toda la porquería, detective. ¿Qué tiene contra Mark Bradley?

Cab jugueteó con el vaso vacío. La boca seguía sabiéndole a herbicida.

—¿Honestamente? No mucho.

—Lamento oír eso —replicó el *sheriff*—. El año pasado no pude enchironar a Bradley por abuso sexual, porque Tresa estaba tan colgada por ese cabrón que no dijo

nada contra él. Por lo que a mí respecta, si un profesor se acuesta con una de sus alumnas, deberían llevarlo a una granja de cerdos y castrarlo. Así no tendríamos que preocuparnos por los reincidentes.

—¿Está seguro de que se acostaban?

—Leí el diario de la chica. No tiene tanta imaginación.

—¿Se le ocurre una razón por la que Bradley quisiera matar a Glory Fischer? —preguntó Cab.

—Se me ocurren muchas. A lo mejor intentó violarla y ella se resistió. A lo mejor se limitó a descorchar su «botella» y se corrió encima de ella. Usted elige.

—Tal vez tenga razón —le dijo Cab—, pero ahora mismo ni siquiera puedo demostrar que Bradley estuviera en la playa con la chica. Aún no he recibido el resultado de los análisis forenses; espero que la suerte nos sonría. Si no, tenemos que encontrar a alguien que viera algo.

—Entonces ¿qué viene a hacer en mi territorio, detective? —preguntó Reich en tono mordaz—. Va a provocar a mucha gente que ya está sufriendo por lo que ha ocurrido.

—Me gustaría averiguar si Mark había tenido algún tipo de relación previa con Glory Fischer. Me gustaría saber si estaba ocurriendo algo más en la vida de esa chica.

Reich dejó la taza de café sobre la barra.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Glory vio en Florida a alguien a quien conocía. Quiero saber quién era y si tiene algo que ver con su muerte.

—¿Alguien a quien conocía? —repitió Reich—. ¿Cree que era alguien de aquí?

—Eso es lo que quiero averiguar.

Reich frunció los labios en un gesto de desaprobación.

—Le sugiero que no pierda de vista su objetivo, detective. Pasé mucho tiempo con Mark Bradley el año pasado, y no me sorprende en absoluto que esté implicado en todo esto.

—¿No?

—No. Ese hombre es un cartucho de dinamita.

—¿Qué hay de Glory?

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Reich.

—He oído que tenía problemas. Robos, drogas, sexo. Para ser una buena chica de campo, parece que corría bastante.

Reich se encogió de hombros.

—No hay mucho que hacer por aquí en la temporada baja. Los chicos se meten en problemas, y Glory no era una excepción. Si empieza a arrastrar el nombre de una buena chica por el barro, la gente no se lo va a tomar muy bien. La víctima aquí es

ella. No lo olvide.

—No lo haré.

—Delia Fischer es una buena mujer. No se merece que traten así a sus hijas.

—¿La conoce bien? —quiso saber Cab.

—Los dos somos de aquí. Quienes hemos vivido aquí toda nuestra vida nos conocemos todos, detective.

Cab se apartó de la barra del bar.

—Ya le he robado bastante tiempo, *sheriff*; tengo que coger el *ferry*. Sólo quería presentarme antes de meter las narices en su jurisdicción.

—Muy inteligente por su parte —aprobó Reich—. Si mis ayudantes o yo podemos ayudarle a encerrar a Bradley, dígamelo, ¿de acuerdo? Le tengo muchas ganas.

—Lo entiendo. —Cab señaló con la cabeza el vaso de chupito, en el que aún quedaban restos de angostura—. Gracias por la bebida. No creo que la olvide.

—Seguro que no.

—Dígame algo, *sheriff* —añadió Cab—. Usted está al tanto de todo lo que ocurre por aquí. ¿Hay algo que debiera saber de Glory Fischer? ¿Algo que pudiera haberla llevado a la muerte?

Reich terminó su café y se secó la boca.

—Ni una maldita cosa, detective. Usted concéntrese en Mark Bradley.

Hilary vislumbró el Corvette púrpura entre los coches que hacían cola para embarcar en el último *ferry* del día, y vio a un hombre larguirucho vestido con traje y sentado en el respaldo de uno de los bancos del parque que había junto al embarcadero. Reconoció el pelo rubio engominado y el aspecto de estrella de cine, y apretó las manos sobre el volante con preocupación. Se apartó de la carretera con una maniobra abrupta.

Cab Bolton la saludó con un movimiento de cabeza mientras ella salía del coche. Sujetaba el móvil con la mano por encima de él, enfocado hacia el cielo.

—Hola, señora Bradley —la saludó—. Esta isla es muy bonita, pero la cobertura es una mierda. Me está volviendo loco.

Hilary no perdió el tiempo con parloteos.

—Espero que no haya estado molestando a mi marido, detective.

—Dios me libre —contestó Cab en un tono agradable. Luego se bajó del banco y se irguió en toda su estatura. Hilary, que no era baja, no estaba acostumbrada a que nadie le sacara más de una cabeza, como le ocurría con Cab. Éste le dedicó una sonrisa cautivadora mientras se cerraba las solapas del traje—. ¿Aquí siempre hace tanto frío a finales de marzo?

—Si es demasiado para usted, vuelva a Florida.

—Oh, sólo me gusta quejarme. —Echó un vistazo a la isla, a las aguas salpicadas de rocas que se extendían más allá del puerto y la densa barrera de árboles perennes pegados a la línea de la costa—. Es un lugar inhóspito para vivir. ¿Por qué se mudaron?

—No todo el mundo quiere vivir en un barrio residencial —replicó Hilary.

—¿Huían de algo?

—Sí. Del humo, de las multitudes, del tráfico, del asfalto. De la monotonía.

Cab se sacó las gafas y las balanceó entre los dedos. Sus ojos eran de un azul irresistible.

—He hecho mis deberes con usted, señora Bradley. En las escuelas de Chicago me contaron que era una de las mejores profesoras que habían tenido. Les supo muy mal que se marchara.

—¿Y?

—Y me pregunto por qué lo dejaría para trabajar en una pequeña escuela en medio de la nada.

—Me encanta enseñar, no importa si la escuela es grande o pequeña. —Y añadió—: A Mark también le encantaba, hasta que le crucificaron.

—Debe de ser difícil ir a trabajar cada mañana, sabiendo que la gente cree que su marido la engañó con una alumna.

—No me hace ninguna falta su compasión, detective.

—Sigo sintiendo curiosidad por las razones que les llevaron a mudarse aquí. ¿Tuvo Mark problemas con alguna chica en las escuelas de Chicago? Será mejor que me lo diga; lo descubriré de todos modos.

—No hay nada que descubrir —repuso Hilary con brusquedad.

Estaba harta de que la gente que no conocía cuestionara sus motivos. Cab Bolton no era el primero, y no sería el último. Su familia, sus compañeros de trabajo y sus vecinos, todos eran iguales. Todos querían intervenir en cómo elegían Mark y ella vivir su vida.

—¿Sabe lo que me dijo mi madre, detective? —prosiguió Hilary—. ¿Cuando le conté que Mark y yo nos íbamos a vivir a Door County? Me preguntó cómo podía haber sido una mujer independiente durante tantos años y ahora dejarlo todo por un hombre.

—¿Qué le contestó? —quiso saber Cab.

—Le dije la verdad, que no estaba renunciando a nada. Mark y yo habíamos tomado una decisión sobre lo que queríamos. Eso es todo, ése es el gran secreto. No me importa si lo entiende o no.

—Estaban locamente enamorados —dijo Cab, y Hilary percibió el cinismo en su voz.

—Ahórreme el sarcasmo, detective. No estoy de humor para jueguecitos.

—No intento jugar con usted, señora Bradley, créame. Pienso que es inteligente, y respeto el ahínco con el que defiende a su marido.

—Pero cree que soy estúpida.

—Creo que la gente no siempre es quien piensa ser —le dijo Cab—. Mientras protege a su marido, podría empezar también a protegerse a usted.

—Si trata de hacerme dudar de Mark, ya puede olvidarse.

—Creo que tiene dudas, pero usted misma no quiere admitirlas.

—Entonces no sabe lo que significa tener fe en alguien —replicó Hilary.

—Tiene razón. No lo sé.

—Si eso es cierto, lo lamento por usted.

—No se preocupe por mí. —Cab se metió las manos en los bolsillos y se encogió por el frío—. Mire, vamos a dar por hecho que su marido le ha contado que estuvo en la playa con Glory. No le estoy pidiendo que me diga si es así o no, pero si estuvo allí con ella, hay muchas posibilidades de que la matara. Es usted lo bastante inteligente para darse cuenta de ello. A lo mejor no quería hacerlo, a lo mejor las cosas se descontrolaron. No importa.

—Veo que estoy perdiendo el tiempo —le cortó Hilary—. Es usted como todo el mundo de por aquí; da por hecho que Mark es culpable. Se ha autodesignado juez y jurado.

—No doy por hecho que sea culpable, pero tampoco que sea inocente.

—Buenas noches, detective. —Hilary señaló hacia el barco, donde uno de los operarios de cubierta hacía señas para captar la atención de Cab—. Supongo que no querrá perder el *ferry*. No me gustaría que se quedara toda la noche atrapado en un lugar tan inhóspito como éste.

Cab sonrió y se sacó las llaves del coche del bolsillo.

—He hablado con el *sheriff* Reich. No es muy fan de su marido.

—Yo tampoco soy una gran fan del *sheriff* —replicó Hilary—. No ha levantado un dedo para evitar que los residentes locales nos acosaran.

—Dice que Delia Fischer tenía razón, que su marido, Mark, se acostaba con Tresa.

—Tresa era una chica adorable que se equivocó. No hubo nada más.

—Resulta muy fácil seducir a un hombre —le recordó Cab—. Por lo general, las mujeres encuentran la forma de conseguir lo que quieren.

A Hilary se le daba bien interpretar a las personas, y le pareció ver más allá del escudo de los ojos azules del detective. Su cinismo no era sólo profesional.

—¿Con quién tiene que ver esto, detective, con usted o conmigo?

—¿Disculpe?

—Tengo la sensación de que una mujer le engañó. Usted la quería, y ella le hirió.

Una expresión sombría se cernió sobre el rostro de Cab.

—¿Quién juega ahora?

—Lo siento —se disculpó Hilary—, pero no nos eche el pasado en cara, ni a Mark ni a mí.

—No estaba haciendo eso.

—¿Ah, no?

—No. Ya le he dicho que no doy por sentado que su marido sea culpable. Si las pruebas apuntan en dirección a otra persona, las seguiré.

—Si eso es cierto, cuénteme algo. ¿Mencionó el *sheriff* Reich a Glory y el incendio?

—¿Qué incendio?

—Glory era vecina de un hombre que quemó su casa, con toda su familia dentro —le explicó Hilary—. Ella estaba allí cuando ocurrió. Estuvo a punto de morir.

Cab frunció la boca.

—No lo sabía.

—Hasta hoy, yo tampoco. ¿No le parece interesante? Esa chica fue testigo de un asesinato hace seis años, y ahora la asesinan a ella. Es una gran coincidencia.

Observó cómo Cab procesaba mentalmente las implicaciones de esta información, sopesaba su significado y valoraba si ella estaba tratando de levantar una cortina de humo.

—¿Por qué cree que hay una conexión? —quiso saber—. No tengo muy claro cómo puede un crimen cometido hace seis años, por muy terrible que fuera, tener relación alguna con lo que le pasó a Glory en Florida.

—Si no fuera porque el asesino escapó —declaró Hilary—. Y sigue huido de la justicia.

—¿El hombre que provocó el incendio está en libertad? ¿Es eso cierto?

—Es cierto. Se llamaba Harris Bone. Compruébelo.

Hilary regresó a su Camry y se quedó de pie junto a la puerta del conductor. Estaba satisfecha consigo misma. Mientras miraba a Bolton y escrutaba su rostro, decidió que tal vez nunca fuera su aliado, pero tampoco tenía por qué ser su enemigo.

—Si puede dejar a un lado su obsesión con mi marido —le gritó—, debería hacerse la pregunta que llevo haciéndome yo todo el día, detective. ¿Y si Harris Bone estaba en Florida? Piense en ello. ¿Y si Glory le reconoció? ¿Qué cree que le habría hecho él?

La noche cayó sobre la isla dos horas después. Sin luz solar, las temperaturas caían en picado más allá del punto de congelación. Las ráfagas de viento procedentes de la bahía asolaban la tierra y hacían que los árboles oscuros se balancearan. Nadie atravesaba las olas como cañones de Death's Door. No había *ferrys* hasta la mañana, y las embarcaciones privadas que transportaban pasajeros permanecían al abrigo de sus embarcaderos. El destacamento de Washington Island estaba aislado de la civilización, desolado y deshabitado.

Condujo con los faros apagados. Por la noche, bajo las nubes bajas, apenas distinguía las lápidas del cementerio de la isla, que se alineaban en filas de granito junto a la carretera, que desaparecía en el bosque allí donde terminaba el camposanto. Redujo la marcha. Los neumáticos de la furgoneta robada se deslizaban sobre la grava como si fueran papel de lija. Un poco más adelante, distinguió el pálido claro entre los árboles donde la carretera se detenía en Schoolhouse Beach. Giró a la derecha en un cruce a menos de cien metros del agua y avanzó a ciegas por las curvas que seguían la línea de la costa. Sabía dónde vivía Mark Bradley. No estaba lejos. Cuando llegó a trescientos metros de distancia, vio brillar las luces de la casa entre los árboles, como si fueran antorchas. Se detuvo.

Aparcó en el camino de una casa que permanecía cerrada durante el invierno. Salió del coche con una pesada palanca agarrada en la mano enguantada. Mientras se dirigía hacia las luces por el camino, resultaba invisible. Se mantuvo cerca de la cuneta, donde los abedules se alineaban sobre la grava y balanceaban sus dedos hacia él. El viento ahogaba el crujido de sus botas sobre el suelo. Cerca de la casa, se metió entre los árboles y se arrastró entre las delgadas ramas sobre el suelo blando, hasta quedar a apenas veinte metros de las ventanas.

Desde allí podía ver a los Bradley. Estaban los dos dentro.

Mark Bradley estaba de pie junto al cristal, contemplando la oscuridad justo en su dirección. Si hubiera sido de día se habría sentido expuesto, pero sabía que en ese momento la ventana no era sino un espejo lleno de reflejos. Detrás de Mark Bradley vio a su mujer, que sostenía una copa casi vacía de vino tinto. Hilary Bradley aún llevaba la ropa del trabajo, una blusa gris satinada y pantalones negros, que realzaban sus largas piernas. Se acercó a su marido por la espalda y le susurró algo al oído, pero él no reaccionó.

Hilary se acabó el vino y apretó el hombro de su marido, pero él permaneció en el mismo lugar, petrificado con una estatua. Ella abandonó la habitación y, un momento después, la luz iluminó el pequeño cuadrado de la ventana del baño al final del pasillo. No había cortinas. En la privacidad de la isla, nunca había nadie que espicara; excepto ahora. Vio la silueta del torso dibujada sobre el blanco álamo y la contempló con interés indiferente mientras ella se desvestía. Se desabrochó los botones de la blusa, la dejó caer por los brazos y la colgó detrás de la puerta. Sus dedos, con las uñas pintadas de un rojo brillante, apartaron los mechones de pelo rubio de la cara; se soltó la melena y dejó que el pelo le cayera sobre los hombros. Se sacó las gafas y las dobló. El efecto de ese gesto inocente resultó extrañamente lascivo. Con ambas manos en la espalda, se desabrochó el sujetador y lo dejó caer. Sus pechos eran dos globos pálidos e hinchados. Bajó la cremallera de los pantalones, se los sacó y luego hizo lo mismo con las medias; para ello se inclinó hacia delante, y sus pechos quedaron colgando y se balancearon. Ahora estaba desnuda, pero él sólo veía su pálida piel hasta las caderas. Mientras la observaba, ella se metió en la ducha, donde ya corría el agua, y desapareció de su campo de visión.

Mark Bradley estaba solo.

Avanzó hacia la parte trasera de la casa. La hierba mullida amortiguaba el ruido de sus pasos. De vez en cuando, una ráfaga de nieve se le derretía sobre el rostro. Se agachó bajo el alféizar y se arrastró de lado. La ventana del salón, entreabierta un par de centímetros, quedaba justo a su derecha. Asomó la cabeza por el marco para mirar al interior. Mark Bradley estaba junto a la chimenea, observando detenidamente un cuadro que colgaba de la pared. El óleo era un caos de brochazos rojo escarlata y extraños ángeles gigantescos. Bradley le daba la espalda, así que cruzó el espacio de la ventana con dos pasos silenciosos. Ahora se encontraba cerca de la esquina de la casa, donde una puerta permitía el acceso al porche con mosquitera. Todo lo que tenía que hacer era atraer a Bradley al exterior.

Se dijo que estaba haciendo lo correcto. No podían permitirse que les descubrieran.

La puerta combada se abría hacia fuera desde el porche, proporcionándole protección. Cuando Bradley la empujara, podría dar un paso y estamparle la punta

ahorquillada de la palanca directamente en la parte posterior del cráneo. Un solo golpe, no haría falta más. Había hecho cosas mucho más difíciles en su vida.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un petardo del Cuatro de Julio, apenas más grande que una vela de cumpleaños. Prendió la mecha con un encendedor y lo lanzó con el pulgar. El petardo salió volando y aterrizó a tres metros de la puerta del porche, pero la llama chisporroteó y se consumió sin estallar. Hurgó en el bolsillo en busca de otro artefacto; sólo le quedaba uno, y era tan viejo que tenía muchas probabilidades de que le explotara en las manos. Acercó la mecha a la llama y volvió a lanzarlo, al tiempo que observaba como su leve resplandor dibujaba un arco sobre el cielo. Al aterrizar, vio como la mecha ardía hasta el final.

Crack.

Explotó con un destello de luz blanca, pero el sonido resultó extrañamente amortiguado. No estaba seguro de que hubiera sonado lo bastante alto. Hubo un largo y tenso momento de silencio, pero entonces la vieja casa se agitó con el movimiento de unos pasos cautelosos en el porche. Mark Bradley se acercaba para investigar el ruido.

Levantó la palanca.

La puerta del porche se abrió frente a él.

—¿Mark?

Hilary vio a su marido en la entrada del porche. Él se detuvo al oír que ella le llamaba y se volvió en dirección a la casa.

—¿Va todo bien? —preguntó ella.

—He oído algo fuera.

Se quedó en el marco de la puerta y ella le vio flexionando las manos, como si se le hubiera despertado el instinto protector. La tensión de su marido alimentaba sus propios nervios, pero al no ver nada, Mark dejó que la puerta se cerrara tras él y corrió el gancho.

—¿Has visto algo? —quiso saber ella.

—Supongo que no.

Hilary soltó el aire. El hecho de vivir en una zona remota implicaba que en un momento u otro se generaban instantes de temor. En Chicago siempre había gente a su alrededor, y a pesar de lo claustrofóbico que le resultaba en ocasiones, se daba cuenta de que también le proporcionaba una cierta seguridad. Aquí, con sólo unos cientos de personas desperdigadas a lo largo y ancho de cincuenta y cinco kilómetros cuadrados, no había nadie cerca si sucedía algo malo.

Tampoco sabía si podía seguir fiándose de quienquiera que acudiera en su ayuda. Había empezado a ver a todo el mundo como una amenaza potencial.

Mark percibió su intranquilidad y la abrazó. Su presencia resultaba reconfortante, y también un poco sensual. La besó en la frente y deslizó una uña sobre la piel de su torso, entre los pliegues de la bata de seda. Sabía cómo tocarla. No se había enamorado de él por eso, pero era un plus.

—Estás muy guapa —le dijo.

Ella detectó el timbre erótico de su voz.

—Después. Ahora salgamos a cenar.

—No tengo hambre —objetó él.

—Sí que tienes. Ve a darte una ducha mientras yo me visto.

Él le dio una palmadita en el culo y se quitó la camiseta al tiempo que se dirigía hacia el baño.

—Aún tienes el pelo mojado —le dijo—. Podrías meterte conmigo.

—Vete —repitió ella.

Hilary se dirigió con los pies descalzos a su dormitorio, un cuadrado de cuatro por cuatro metros, pintado de color burdeos y con grietas en las paredes. El suelo de madera estaba frío, y lo primero que hizo fue sentarse en la cama extragrande y enfundarse unos calcetines. Metió las piernas en las braguitas al levantarse y se quitó la bata. Vio de reojo su reflejo en el cristal de cuerpo entero de la puerta del armario:

sin sujetador, con braguitas y calcetines deportivos negros.

—Muy sexy —murmuró en voz alta al tiempo que meneaba la cabeza.

Para cuando terminó de vestirse, Mark ya había salido de la ducha, dejando un reguero de gotas a su paso. Estaba desnudo, igual que ella antes. Miró hacia la ventana de la habitación, con los estores subidos como siempre. El aislamiento los había vuelto despreocupados, hasta el punto de no pararse siquiera a pensar en los demás cuando estaban en casa. Para una mujer que antes cerraba la puerta del baño cuando se encontraba sola en la habitación de un hotel, alcanzar este punto de despreocupación le había llevado pocos años. Se vestía, se desnudaba, se duchaba, hacía pis y practicaba el sexo, todo con la convicción de que no había nadie ahí afuera observándola.

Extrañamente, en ese momento, mientras miraba por la ventana, no se sintió sola. La sensación la atenazó como un sueño perturbador y se le puso la piel de gallina.

—Vámonos —murmuró cuando Mark terminó de vestirse.

Cogieron los abrigos y salieron a la gélida noche. Se dio cuenta de que Mark no apagaba las luces y que cerraba la puerta con llave tras ellos. Mientras conducían y los cristales se empañaban, ella se encontró temblando de frío. Ahuecó las manos frente a la nariz para calentar el aire. Mark permanecía en silencio a su lado. Hilary sabía que la llegada de Cab Bolton le había alterado.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó.

Mark hizo una pausa antes de responder. Puso las largas para iluminar el tramo de carretera lleno de curvas.

—Creo que debería contarle a Bolton que estuve en la playa —dijo al fin.

Hilary negó con la cabeza.

—Ni hablar.

—Si las muestras de ADN coinciden, Bolton lo descubrirá de todos modos y concluirá que tengo algo que ocultar.

—¿Recuerdas lo que nos dijo Gale? Si no pueden probar que estuviste en la playa, no hay caso. Punto. No puedes renunciar a tu mejor baza legal, Mark. Tenemos que ser prácticos con esto. Por lo que sabemos, no podrán recoger muestras de ADN; el cuerpo de Glory estuvo en el agua.

Mark miró de reojo el retrovisor.

—En la playa, Glory habló de fuego —le confesó.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando la encontré estaba tarareando esa canción de Billy Joel, «We Didn't Start the Fire». Mencionó el poema de Robert Frost, «Fuego y hielo», y habló del fin del mundo, consumido por las llamas. Me dijo... me preguntó por qué no quería jugar con fuego. Sacaba el tema una y otra vez.

—Así que a lo mejor es verdad —dedujo Hilary—. A lo mejor ocurrió algo en

Florida relacionado con el incendio.

—¿Harris Bone?

—Es posible. Está por ahí, en alguna parte.

—Si le cuento a Bolton lo que dijo Glory, a lo mejor se dará cuenta de que no soy la única diana del pueblo.

—Sé cómo te sientes, pero no podemos decir nada que te ponga en peligro. Mira, averiguaré todo cuanto pueda sobre el incendio. Intentaré que Peter Hoffman hable conmigo; Harris Bone era su yerno, a lo mejor está al corriente de algo que nos ayude a saber si Bone podría haber estado en Florida. Si descubro alguna cosa, se lo diré a Bolton. ¿De acuerdo?

No obtuvo respuesta de su marido y se dio cuenta de que tenía la mirada fija en el retrovisor. Hilary se dio la vuelta y vio lo que estaba mirando: unos faros.

Otro vehículo los seguía por la carretera.

—La furgoneta lleva ahí desde que hemos salido —murmuró Mark—. He visto las luces al girar en el cementerio.

—¿Tienes idea de quién es?

Él negó con la cabeza. De noche y en temporada baja, era poco habitual ver otros coches circulando por las carreteras de la isla; además, sólo un puñado de residentes vivía todo el año en las tierras remotas más allá de Schoolhouse Beach. Redujo la velocidad y la furgoneta se acercó hasta que sus faros quedaron justo detrás de ellos, como unos gigantes ojos blancos. El vehículo no hizo ninguna maniobra para adelantar.

Hilary entornó los ojos ante el resplandor que la cegaba.

—No puedo ver al conductor ni la matrícula.

Mark pisó el freno y aminoró la marcha hasta que el Camry avanzó a apenas treinta kilómetros por hora. La furgoneta también redujo la velocidad y se mantuvo tras ellos, abarcando todo el parachoques trasero.

—Sujétate —dijo Mark.

Pisó a fondo el acelerador y el Camry salió disparado hacia delante, pero el motor de la furgoneta también rugió. La carretera se extendía en línea recta en esta parte de la isla, y Mark aceleró a noventa y cinco y luego a ciento quince, antes de que el exceso de velocidad resultara peligroso. A pesar de ello, la furgoneta volvió a acercarse a ellos, y a medida que lo hacía el conductor puso las largas, lanzando un rayo de luz deslumbrante a través de su luna trasera. Junto a ella, Mark cerró los ojos y giró el retrovisor.

Luego frenó.

La furgoneta aceleró, y Mark apenas tuvo tiempo de lanzar un grito de advertencia antes de que Hilary sintiera un impacto que le estremeció los huesos, cuando la furgoneta chocó contra la parte trasera del Camry. Su cabeza sufrió una

sacudida hacia atrás y rebotó en el asiento. El Camry viró bruscamente y empezó a colear mientras Mark trataba de recuperar el control. El vehículo bandeó de una cuneta a otra, acercándose a los riscos de ambos lados. Al final Mark consiguió reducir la velocidad e hizo avanzar el coche por el arcén de la derecha, levantando oscuras nubes de grava y hojas.

La furgoneta pasó como una exhalación a su lado. Hilary apenas pudo ver qué forma tenía; no distinguió el color ni al conductor, tan sólo pudo observar como sus luces traseras se perdían en la distancia.

Mark respiraba con rapidez. Tenía la cara roja como un tomate, y el cuerpo tenso por la rabia.

—Hasta aquí hemos llegado.

—Mark, no lo hagas.

Él no la escuchó, puso el motor en marcha y emprendió la persecución de la furgoneta. Hilary se agarró a la puerta y se mordió el labio hasta que le pareció notar el sabor de la sangre en la boca. Vio las luces rojas de la furgoneta a un kilómetro y medio, pero Mark recortaba la distancia de cien metros en cien metros. El chasis del Camry vibraba, y el límite del bosque era una imagen borrosa.

—¡Reduce! —gritó ella—. Por el amor de Dios, Mark, vas a hacer que nos matemos los dos.

Mark mantuvo las manos aferradas al volante y no apartó la vista de la carretera. El motor del coche rugía en sus oídos, el viento silbaba en las juntas de las ventanas. Estaban a poco más de medio kilómetro de la furgoneta, cuando de repente las luces traseras se desvanecieron. Mark redujo la velocidad de forma abrupta, pero aún iba a sesenta y cinco kilómetros por hora cuando alcanzaron el punto en que la recta se desviaba en una curva cerrada hacia la derecha. El coche derrapó hacia la izquierda y Mark se agarró al volante. Hilary temió que dieran una vuelta de campana, pero los neumáticos se agarraron al pavimento; Mark aceleró y les alejó con seguridad de la curva.

Fue entonces cuando Hilary vio un gran bulto negro justo delante de ellos. La furgoneta estaba estacionada de través, bloqueando la carretera allí donde terminaba el haz de sus faros.

No tenían tiempo de frenar.

—Oh, no —gimió Hilary.

Cab condujo por las calles desiertas de Fish Creek y aparcó en el exterior de la casa de huéspedes que había cerca del muelle. Se trataba de un pintoresco pueblo con tiendas de velas y cafeterías, ubicado en la costa oeste de la península, abarrotado por los turistas en agosto pero silencioso en una tarde laborable de marzo. Había alquilado un apartamento de dos plantas. El aroma dulce de la bahía le recibió al bajar del Corvette, pero no se entretuvo en el aire helado. Entró y subió las escaleras hacia la planta principal del apartamento, equipado con una cocina completa, chimenea y un balcón con vistas al lago.

Él mismo se hacía cargo de los gastos. No se disculpaba por los lujos que había conocido toda su vida. Su dinero —o el dinero de su madre, para ser precisos— le ayudaba a lidiar con la fealdad del mundo. A veces, cuando estaba lo bastante borracho para ser sincero consigo mismo, también reconocía que su dinero le permitía construirse una guarida allí donde fuera. Una bonita jaula.

Cab encendió el horno de la cocina del apartamento. Había encontrado un restaurante en el norte del pueblo que vendía quiche vegetariana y había comprado una para llevar, junto con una botella de Chardonnay Stag's Leap. Cubrió la bandeja del horno con papel de plata, depositó la quiche encima y la puso a calentar; luego localizó el sacacorchos y abrió la botella de vino. Encontró una copa en un armario encima de los fogones y la llenó hasta el borde.

Con el Chardonnay en la mano, bajó la intensidad de la luz del apartamento y encendió la chimenea de gas. Se acomodó en el sofá de piel, apoyó en la mesa sus largas piernas y se bebió el vino a sorbos mientras contemplaba el fuego.

Pensó en llamar a su madre. Se enviaban mensajes de texto varias veces al mes, pero llevaba seis semanas sin oír su voz. En Londres era plena noche, así que utilizó el móvil para enviar otro sms.

«Aquí hace un frío de mil demonios. Es solitario pero hermoso. Mira la foto.
C.»

Adjuntó una fotografía que había tomado con el teléfono en la travesía desde Washington Island, con el agua embravecida contra el cielo gris y la línea costera arbolada de la península dibujada delante de él. Su Corvette era el único vehículo del *ferry*. En ese momento, en la casa de huéspedes, se sentía como si fuera el único hombre vivo en Fish Creek.

Estaba acostumbrado a esa sensación de soledad. Siempre se había sentido como un vagabundo con un techo sobre la cabeza. Si hubiera estado en su propio piso en Florida, la sensación habría sido la misma.

Su madre le había invitado a irse a vivir con ella a Londres. Ninguno de los dos

tenía en su vida a nadie que realmente les importara; aun así, Cab se resistía a mudarse, porque no sabía si estaba preparado para dejar de correr. Siempre que miraba atrás, veía a Vivian Frost persiguiéndole. Todavía tenía que exorcizar a su fantasma. Era algo que su madre era incapaz de entender, tal vez porque él nunca le había contado la verdad sobre la muerte de Vivian.

Cab se terminó la copa de vino, se levantó y comprobó la quiche del horno; luego se sirvió más vino antes de volver a sentarse. Contempló la chimenea de gas, que ardía de un modo controlado, sin alteraciones. El fuego no era así. Era volátil e impredecible, se retorció con el viento y absorbía su energía del aire. Cab también sabía que constituía un modo particularmente atroz de morir. Tal vez, con su historia sobre Harris Bone, Hilary Bradley pretendía lanzar una cortina de humo; no obstante, tenía razón en una cosa: alguien capaz de quemar a su mujer y a sus hijos debía de tener un alma fría y muerta, y sentiría pocos remordimientos al contemplar cómo la vida de una chica se desprendía entre parpadeos en la playa.

Sin embargo, él mismo no había sentido ningún remordimiento al ver morir a Vivian. El remordimiento llegó después.

Cab se puso en pie, inquieto, y cogió la copa de vino. Se dirigió hacia el extremo oeste del apartamento y abrió las puertas de cristal que daban al balcón. Salió afuera, donde el viento aullaba y le cortó la cara. El muelle huérfano de barcos quedaba debajo de él, y el halo de la luz de las farolas brillaba a lo largo de la dársena.

Al pensar en Hilary Bradley se dio cuenta de que estaba molesto con ella. Se había acostumbrado a ser el más listo de la clase, y tenía la sensación de que ella era igual de lista o incluso más que él. No le gustaba que hubiera puesto el dedo en la llaga, en su punto más vulnerable, sin ni siquiera conocerle. También le fastidiaba experimentar una punzada de celos al pensar que estaba tan profundamente enamorada de otro hombre. Constituía un desagradable recordatorio de que su propia vida era emocional y sexualmente yerma. Cuando se acostaba con alguien, por lo general eso significaba el final de la relación, no el principio. Había llegado hasta el punto de pagar por sexo en algunas ocasiones, cuando vivía en el extranjero, para evitarse complicaciones.

—Cab.

Oyó la voz, pero no se movió ni miró a su alrededor, porque sabía que no era real. Era tan sólo el eco de un fantasma. Vivian siempre envolvía su nombre con aquel acento británico con deje español, de manera que brotaba de sus labios como una plegaria. Tantas veces lo había pronunciado de ese modo: cuando reconocía su voz al teléfono, cuando estaba debajo de él y su cuerpo se arqueaba con uno de sus violentos orgasmos. Cuando se arrodilló en la playa y le suplicó que no la matara, que le perdonara la vida.

«Cab».

Fue la última palabra que pronunció.

Vivian desapareció un martes.

Habían acordado encontrarse para comer una paella regada con unas Mahou en un terraza por encima de la Diagonal barcelonesa, pero Cab se pasó allí una hora solo, intentando reconocer su rostro entre la multitud. Ella nunca llegó. Al dirigirse a su piso, a seis manzanas de distancia, Cab descubrió que habían desaparecido todos los objetos personales de ella. La cocina y el lavabo apestaban a lejía. Era como si nunca hubiera existido. No había dejado nada tras de sí.

A la mañana siguiente, una nube de humo negro se elevó hacia el cielo desde las ventanas destrozadas de la estación de trenes de Sants. Murieron veintisiete personas.

A la policía española le bastaron cuatro horas para encontrar al terrorista responsable de la explosión. Cab supo que le habían engañado cuando visionó las imágenes del interior de la estación procedentes del circuito cerrado de televisión. En las secuencias, con mucho grano, se veía a Diego Martin, un fugitivo norteamericano en busca y captura por asesinatos entre bandas, cogido del brazo de Vivian Frost.

Diego Martin, que había llevado a Cab y al FBI a perseguirlo en Barcelona. Diego Martin, que había utilizado a Vivian para espiar a Cab.

Vivian nunca había sentido amor. Su corazón sólo albergaba sexo y traición. Mentiras.

Esa noche, Cab condujo en dirección norte. Llevaba su arma con él. Sabía lo que nadie más sabía: adónde habían ido. Unos días antes, había encontrado la reserva para una casa de alquiler en una playa remota cerca de la costa rocosa de Tossa de Mar. Era el escondite perfecto para dos criminales huidos.

Vivian y Diego.

Llegó pasada la medianoche, en una de las noches más serenas que se pueda imaginar. La ligera brisa del Mediterráneo era cálida, el aire olía a flores y la luz de la luna se derramaba sobre la playa. Bajó por la escarpada ladera hasta alcanzar la cala que quedaba al abrigo de las rocas, y no tardó en darse cuenta de que no estaba solo junto al agua en calma. Ellos también estaban allí. Los vio en la arena, enroscados. Vivian estaba encima, ofreciendo a sus ojos la extensión de marfil de su espalda desnuda, desde la nuca hasta la hendidura de sus nalgas. Oyó los sonidos guturales de su garganta, tan íntimos y familiares para él, e incluso entonces, después de todo, su abandono le excitó. Se hallaban a poco más de cuarenta metros, sobre la arena mojada, lo bastante cerca del agua para que las olas les salpicaran.

Levantó el arma a medida que se acercaba. Creía disfrutar de la ventaja del elemento sorpresa, pero era joven y la ira le nublabla el pensamiento.

La mano de Diego se movió a la velocidad de una serpiente. Cab se lanzó al mar en cuanto las balas empezaron a silbar junto a su cabeza. Al darse la vuelta y apuntar con su propia arma, vio que Diego ya había colocado a Vivian frente a él, con la pistola sobre su sien, y se alejaba por la arena dando traspiés y arrastrando a Vivian con él.

—Si quieres matarme —dijo—, antes tendrás que matarla a ella.

—¿Crees que eso me supone algún problema? —preguntó Cab.

—Conozco a esta mujer. Sé lo que te hace.

—Cab —suplicó Vivian—. Cab, lo siento. Déjanos marchar.

Él la miró. Estaba desnuda, su cuerpo iluminado por la luz de la luna, con sombras bajo los pechos. La arena se le había pegado a la piel desnuda. Lo más natural habría sido cogerla en brazos, llevarla a la playa y hacerle el amor.

—Baja el arma —ordenó Cab— u os mataré a los dos.

—No creo que lo hagas —replicó Diego en tono tranquilo—. Dejarías que te matara si con ello pudieras salvar a esta hermosa puta.

—Cab, por favor —suplicó Vivian.

Cab mantuvo el largo brazo extendido y la pistola agarrada firmemente.

—Viv, sabes que va a matarte, ¿no?

—Cab —susurró ella—. Vete.

—¿Por qué crees que ha traído el arma a la playa, Viv? ¿Sólo por si venía la policía? Venga, tú eres lista. Este tipo viaja solo; iba a dejar que le hicieras el amor una última vez, y luego te metería una bala en la cabeza.

Diego empezó a retroceder por la arena.

—En cuanto él esté a salvo, estás muerta, Viv —insistió Cab.

Podía ver sus ojos azules, iguales que siempre: inteligentes, fríos e infinitamente calculadores. Viv sabía que él tenía razón. Cab se sintió tranquilo con su conciencia al darse cuenta de que a ella también la habían traicionado. Viv bajó la vista hacia la arena, y él entendió lo que ocurría: iba a liberarse de sus brazos. Dobló las rodillas y se dejó caer, y ahí estaba Diego, con el torso y la cabeza a tiro. Cab disparó cuatro veces: en el pecho, el cuello, el ojo y la frente. Con lo que más disfrutó fue con el efecto sorpresa. La incredulidad. Como si a Diego nunca se le hubiera pasado por la cabeza que esa mujer pudiera traicionarle.

Diego cayó boca arriba en el agua, muerto. Viv se puso en pie de un salto, llorando, como si se sintiera aliviada, como si se hubiera librado de un monstruo.

—Oh, Dios mío, Cab, gracias, gracias.

Dio un paso hacia él con los brazos abiertos.

—Quieta.

Vivian se quedó inmóvil.

—¿Cab, qué haces?

Él volvió a levantar el arma, y esta vez apuntó a su cabeza.

—De rodillas —le ordenó.

Ella permaneció de pie en la arena.

—Cab.

—¡Ahora! —gritó.

Vivian hincó las rodillas en la oscura arena e inclinó los hombros hacia delante, como si quisiera ocultar sus pechos. Era hermosa, incluso con su blanca piel salpicada por la sangre de Diego.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Ahora te llevaré a comisaría y pasarás el resto de tu vida en un agujero apestoso.

—No puedes hacerme eso.

—Mírame.

—Te mentí, Cab —admitió—. Te engañé con otro, te traicioné. Pero ¿todo lo demás? No lo sabía. Diego huía de ti, pero yo no tenía ni idea de lo que planeaba. Si lo hubiera sabido te lo habría contado.

—Han muerto veintisiete personas, Vivian. A la policía no le importará. No le importará a nadie.

—Deja que me vaya. Ya tienes a Diego; está muerto.

—Puedes llorarle mientras estés en tu pequeña caja.

La cara de Vivian se torció en un gesto de rabia.

—¿Así que es esto? ¿Yo te he jodido, y ahora tú me jodes a mí?

—Esto no tiene nada que ver con nosotros.

—Oh, claro, y una mierda. —Vivian separó las rodillas, dejando a la vista la zona sombreada entre sus piernas. Se inclinó hacia delante y se apoyó en las palmas de las manos, estirando el torso—. ¿Esto es lo que quieres? ¿Quieres un último polvo, como Diego?

Cab notó como la ira volvía a apoderarse de él.

—Cierra la boca.

—Vamos, Cab, sólo soy una puta. Haré todo lo que me pidas.

—Para. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Lo siento. Los dos hemos sido unos idiotas.

—Yo te quería —gritó Cab—. Aún te quiero.

Ella agachó la cabeza, y el cabello le cayó por la cara.

—Entonces deja que me vaya. No me metas en la cárcel durante el resto de mi vida sólo porque te mentí.

—No tengo elección, Vivian.

—Cab —suplicó ella una vez más.

Él sólo deseaba que aquello terminara y no volver a verla.

Quería comenzar el proceso de dismantelar su rostro de su memoria. Cab bajó el brazo y apuntó el arma hacia la playa. No había contado con la desesperación de Vivian, con su disposición a traicionarlo de nuevo: ella recuperó de la arena la pistola de Diego, pillándolo por sorpresa. No vaciló; no era una sentimental. Con un solo movimiento, levantó el brazo desnudo y disparó.

Falló. Era una aficionada. La bala silbó al pasar junto a la oreja de Cab, pero Vivian no cometía nunca el mismo error dos veces. Levantó el brazo, apuntó de nuevo y él supo que la siguiente bala iría directa a su cerebro.

Cab alzó el brazo y apretó el gatillo contra la mujer que amaba. Él no falló.

La copa de vino estaba vacía, y Cab tenía el cuerpo entumecido por el frío. Le dio la espalda a la bahía y regresó al interior. En la calidez del apartamento percibió el olor de quiche quemada, y al abrir el horno le recibió una nube de humo: su comida estaba chamuscada e incomible. No importaba, ya no tenía hambre. Se sirvió más vino; más de la mitad de la botella estaba vacía.

Oyó sonar el teléfono, se lo sacó del bolsillo y comprobó el identificador: era Lala Mosqueda, que llamaba desde Florida. Se alegraba de poder mantener una conversación con alguien que no fuera Vivian, y la verdad era que echaba de menos a Lala. Cuando salía con ella se había dado cuenta de que se estaba enamorando. No sabía si su relación habría llegado a alguna parte, pero no había querido correr el riesgo de mostrarse vulnerable, como ya le había ocurrido una vez. Por eso la había apartado de él. Como siempre.

—Mosquito —saludó de manera automática, y al momento torció el gesto. Había vuelto a hacerlo—. Lo siento. Lala.

—Hola, Cab —contestó ella—. Te he llamado dos veces. ¿Dónde estás?

—En el Ártico, creo. Estoy bastante seguro de que he visto un oso polar. El caso es que aquí la cobertura viene y va. ¿Sigues en la oficina?

—No, estoy en casa.

—Bien. Trabajas demasiado.

Lala tardó en contestar. Él sabía que se estaba preguntando si iba a pincharla con alguna bromita. Cualquier cosa para mantener las distancias.

—Ya, bueno, estar en casa tampoco es ninguna maravilla. El jodido perro de mi vecino no para de ladrar, alguien no ha sacado la basura esta semana y el aire acondicionado está estropeado, así que esto parece un montón de abono en una selva tropical.

—Florida.

—Exacto.

—Puedes quedarte en mi casa durante mi ausencia —le ofreció Cab.

Lala se quedó en silencio.

—Está justo en la playa —añadió él.

—Lo sé —respondió ella con frialdad.

—Ya sé que lo sabes. Era por decir algo. El aire acondicionado funciona, y podrías dar de comer a mis peces.

—¿Tienes peces?

—La verdad es que no.

—¿Estás borracho, Cab?

—Un poco.

—¿Y qué es esto, un juego o algo así?

—No, hablo en serio. Si quieres ir, tengo una llave en mi escritorio. Deberías hacerlo.

—Gracias —replicó ella—, pero creo que voy a pasar. Los dos decidimos que con ir una vez a tu casa era más que suficiente, ¿lo recuerdas?

Cab sabía que merecía el reproche. También sabía que resultaba más sencillo abrirle la puerta a una mujer cuando ella estaba a miles de kilómetros de distancia.

—Claro.

—No es nada personal —añadió ella en tono seco.

—No.

—Sólo llamaba para ponerte al día de cómo van las cosas por aquí —le explicó.

—Adelante.

Cab escuchó su silencio a través de la línea. Ambos tensaban demasiado la cuerda; se había convertido en un deporte para ellos, que los dejaba llenos de moretones. Medio esperó a que se disculpara, pero ella no lo hizo, y de todos modos él tampoco quería una disculpa. Eso sólo haría que sintiera lástima por sí mismo.

—Tomaste una buena decisión; al ir a Door County, quiero decir. Hasta ahora, las cosas siguen apuntando en esa dirección.

—¿Te refieres a Mark Bradley?

—Sí, pero no sólo a él.

—¿A quién, entonces?

—El novio, Troy Geier.

—¿Qué pasa con él? —quiso saber Cab.

—Encontré a una chica que estuvo en la piscina del hotel el sábado por la noche, cuando Glory y Troy estaban allí. Según ella, Glory estaba ligando con otros chicos ante las narices de Troy. Por lo que dice, parece que les metía mano debajo del agua. El chico perdió la cabeza, se la llevó a un lado y discutieron. La chica no pudo oír las palabras exactas, pero captó lo fundamental. Cuando Troy se marchó hecho una furia, dice que parecía a punto de explotar. Ésas fueron sus palabras.

—No me dio la impresión que Troy tuviera huevos para enfrentarse a nadie —comentó Cab.

—Bueno, ¿y si se despertó a media noche y Glory aún no había regresado a la habitación? Sabemos que había bebido, y ya estaba bastante cabreado con ella.

—Eso es cierto. ¿Te ha dicho algo el forense? ¿Ha encontrado indicios de relaciones sexuales?

—No puede decir ni que sí ni que no —contestó Lala—. Ésas son las malas noticias. El golfo bañó su vagina en agua salada.

—¿Cuáles son las buenas noticias?

—Las buenas noticias son que dos de sus dedos estaban lo bastante enterrados en la arena como para que el agua no arrastrara toda la materia orgánica. Ha encontrado algunas células cutáneas, las suficientes para buscar coincidencias con otras muestras de ADN, incluida la que le tomamos a Mark Bradley. Tendremos que conseguir una del novio, también.

—Voy a trabajar con el departamento del *sheriff* local —la informó Cab—. Sólo por si acaso, intenta conseguir una muestra del camarero. Ronnie Trask.

—Ya lo hemos hecho. El señor Trask estuvo encantado de colaborar para limpiar su nombre.

—Bien. Ah, hay algo más que puedes hacer por mí. Por lo visto, Glory fue testigo del escenario de un crimen cometido hace varios años. La cosa pinta mal: un marido que prendió fuego a su casa con su familia dentro. El tipo aún anda suelto; se llama Harris Bone. Averigua todo lo que puedas sobre él y el incendio, ¿de acuerdo?

—Claro —dijo Lala—. ¿Hay alguna posibilidad de que estuviera en Florida?

—No lo sé. En cuanto tengamos el perfil, empezad a compararlo con el de los huéspedes del hotel. Glory vio a alguien que conocía y se asustó. Si se trataba de Bone, tenía muchas razones para correr.

—Vale —dijo ella. Y añadió—: ¿Quieres más buenas noticias?

—Sin duda.

—He recibido otra llamada. Otro testigo.

—Dime que alguien vio a Mark Bradley en la playa esa noche —le pidió Cab.

—Eres un hombre con suerte —contestó Lala—. El tipo tenía una habitación en el décimo piso, con vistas al golfo. Dice que no podía dormir y que salió al balcón en mitad de la noche a fumarse un cigarrillo. Vio a un hombre que se dirigía a la playa desde la habitación de la planta baja que quedaba debajo de él, alrededor de las dos y media.

—¿Ha podido identificarlo?

—No, el hombre le daba la espalda. Pero ha dicho que llevaba una camiseta amarilla sin mangas.

—¿También vio a Glory? —quiso saber Cab.

—No exactamente, pero vio al mismo tipo en la playa un rato después. También reconoció la camiseta. No pudo distinguirlo todo desde la distancia, pero está seguro

de que el hombre se encontró con una chica ahí abajo. Y escucha esto: dice que se estaban besando.

El Camry se empotró en la puerta lateral negra de la furgoneta.

El cristal se rajó. Los faros se hicieron añicos y se apagaron. El chasis se arrugó como un acordeón, absorbiendo la energía del choque mientras el metal se retorció con estruendo. El coche se balanceó de un lado a otro con fuerza; no volcó, pero quedó hecho un amasijo de acero doblado. Delante de ellos, golpeada por el impacto, la furgoneta yacía bocabajo, hundida en la quebrada del extremo más alejado de la carretera.

Dentro del vehículo, el cuerpo de Hilary había salido despedido hacia delante, suspendido en el vacío. En una fracción de segundo, antes de que el cinturón de seguridad se tensara sobre su torso, el airbag explotó a trescientos kilómetros por hora y empezó a desinflarse cuando su cara se hundió en él. Luego, su cuerpo dio una tremenda sacudida hacia atrás entre el asiento y el cinturón, como si fuera una muñeca de trapo. Todo terminó tan rápido como había empezado. Las vueltas se ralentizaron. El coche perdió ímpetu y acabó por detenerse cruzado en diagonal sobre la carretera.

Oyó el siseo del vapor que emanaba de algún conducto, pero aparte de eso, reinaba un extraño silencio. Tenía los ojos cerrados con fuerza; parpadeó para abrirlos, pero no vio nada. El coche olía a alguna sustancia química. Los añicos del parabrisas estaban esparcidos por su regazo como si fueran palomitas, y el aire frío soplaba a través del hueco y se le clavaba como un aguijón en las abrasiones de la mejilla. A medida que enfocaba la vista, vio el airbag deshinchado sobre el salpicadero. En el exterior, por encima de la chapa doblada del capó, distinguió la silueta de las coníferas más allá del coche y un pedacito de cielo nocturno.

—Hilary.

Era Mark. El miedo y el apremio estrangulaban su voz. Hilary tenía la cabeza embotada, y por un momento se olvidó de hablar.

—Hil.

—Estoy bien —murmuró ella.

—No te muevas.

Le oyó forcejear con la puerta, haciendo palanca para abrirla. Cuando consiguió salir, las piernas le fallaron y se agarró al chasis para recobrar el equilibrio. Mientras rodeaba la parte trasera del coche, apartó con los zapatos trozos de metal y cristal. Luego se lanzó sobre su puerta y tiró para abrirla; ella sintió cómo desabrochaba el cinturón, se desvaneció sin fuerzas entre sus brazos y se colgó de él mientras la ayudaba a salir del chasis destrozado. Las rodillas se le doblaron como si fueran de mantequilla en cuanto pisó el suelo.

—Tienes que sentarte —le dijo él.

Ella no protestó. Se encontraban cerca del borde de la carretera, y la ayudó a dar varios pasos hasta que ella pudo derrumbarse sobre el suelo. Las piernas le colgaban del desnivel de la cuneta y tenía el pelo pegado a la cara. Mark se deslizó hacia abajo hasta quedar a su altura y le rodeó la espalda con el brazo.

Hilary se llevó la mano a la mejilla y se dio cuenta de que ésta estaba mojada.

—Estoy sangrando —dijo.

—Tienes un corte del cristal, no veo nada más. ¿Cómo estás?

Ella hizo un repaso general.

—Creo que no hay heridas graves. ¿Y tú?

—Igual.

Hilary contempló los restos del Camry, convertido en un amasijo irreconocible casi hasta el parabrisas. Al otro lado de la carretera, distinguió las ruedas de la furgoneta volcada, que sobresalían del desnivel de la cuneta.

—Dios mío, Hilary, lo siento tanto... —le dijo él—. Si te hubiera perdido...

—No lo has hecho —respondió ella, que añadió al instante—: ¿Puedes andar? Deberíamos comprobar si hay alguien en la furgoneta.

—Lo miraré.

Mark se apoyó en el coche para darse impulso e incorporarse. Hilary le contempló mientras rodeaba el vehículo cojeando y se deslizaba por la otra cuneta junto a la furgoneta. Distinguió su cabeza y sus hombros mientras la examinaba. Cuando subió de nuevo a la carretera, le gritó desde el otro lado:

—¡Está vacía!

Luego se dirigió a la puerta del conductor abierta y se agachó al suelo. Hilary vio como el maletero se abría con un leve clic, igual que si fueran a meter la comida de la compra. Cab alargó el brazo y sacó un kit de primeros auxilios, y una bolsa con las señales y los chalecos reflectantes. Hurgó en la bolsa, y enseguida se oyó un sonido chisporroteante y la noche se iluminó con un resplandor rojizo, cuando encendió una bengala para advertir a los posibles conductores que aparecieran.

Luego se acercó a Hilary y se arrodilló a su lado. Había cogido una manta de la camioneta con la que le cubrió los hombros. Le limpió la herida con un paño suave, y ella reaccionó con una mueca de dolor. La tela quedó teñida de rojo.

—Los cortes en la cara sangran mucho —dijo él.

—¿Es muy grande?

—No mucho. Más bien pequeño.

Sabía que el hecho de preocuparse ahora por una cicatriz sonaba superficial. Se preguntó si recordaría este momento cada vez que se mirara a un espejo.

—¿Sigo siendo guapa? —preguntó, esbozando una sonrisa triste.

—Preciosa.

Mark le aplicó una pequeña gasa sobre la cara y la cubrió con esparadrapo. Le

acarició la otra mejilla con el dorso de la mano y ella la sujetó allí, saboreando su contacto. La luz de la baliza parpadeaba en su rostro.

—¿Has reconocido la furgoneta? —preguntó.

—No, no la había visto por aquí.

—¿Dónde está el conductor?

Mark meneó la cabeza.

—No lo sé.

—Podría estar cerca.

Quiquiera que condujera la furgoneta y la hubiera dejado en su camino había desaparecido a pie en los bosques. O a lo mejor seguía oculto entre los árboles, observándolos. Mark se puso en pie y giró sobre sí mismo lentamente, escudriñando el bosque. Hilary cerró los ojos y trató de oír algún ruido cercano, como el de una rama pisada. Nada. La sensación de ser observada que tenía en casa había desaparecido.

—Creo que ahora estamos solos —dijo—, pero antes estaba allí.

—¿Qué quieres decir?

—En casa; también ha estado en nuestra casa. ¿Te acuerdas? Has oído algo fuera. Él asintió.

—¿Quién nos está haciendo esto? —preguntó.

—No lo sé.

—Intentaré llamar a emergencias —dijo Mark, que se sacó el móvil del bolsillo y comprobó la cobertura—. Dios bendiga a Verizon^[4].

—Me gusta ese tipo larguirucho y con gafas —murmuró Hilary.

Esperó y escuchó cómo Mark daba su localización aproximada al operador de emergencias. A pesar de la manta sintió un escalofrío, y los pantalones estaban fríos allí donde entraban en contacto con el suelo. Cerró los ojos.

—Diez minutos —oyó decir a Mark.

No contestó; la cabeza le daba vueltas. Era consciente de que Mark estaba sentado en la carretera detrás de ella, y de unos brazos que la cogían por los hombros y la rodeaban para que se apoyara en su pecho. Él le acarició el pelo y le susurró al oído:

—Te quiero. Gracias a Dios que estás bien.

Ella trató de decir algo, de hablar, pero los impulsos nerviosos abandonaron su cerebro y se fragmentaron antes de alcanzar su boca.

Tuvo un único pensamiento consciente antes de desvanecerse.

Alguien intentaba matarlos.

El jueves por la mañana, Cab encontró al *sheriff* Reich detrás de su escritorio en el edificio de la administración del condado en Sturgeon Bay, la población más meridional de la península. Allí era adonde la gente se dirigía en coche para ir a las cadenas de tiendas, a grandes superficies y restaurantes de grasienta comida rápida. Al norte de la ciudad, todas esas cosas desaparecían. El trayecto de una hora larga que llevaba desde Sturgeon Bay hasta la punta de Northport constituía un viaje de kilómetros a través de campos de nudosos cerezos, ferias locales y poblaciones costeras con los edificios vacíos. Para Cab, era como un mundo encerrado en una botella de cristal, como un barco en miniatura.

El *sheriff* Reich estaba sentado en un sillón de cuero demasiado grande para su complexión compacta. Llevaba unas gafas negras de lectura apoyadas en la punta de la nariz, que parecía el tocón de un árbol, y una camisa blanca de uniforme con botones plateados. Su abrigo marrón de *sheriff*, perfectamente almidonado, colgaba detrás de la puerta. Sobre las paredes, Cab vio fotos y condecoraciones del servicio de Reich en Vietnam, y artículos de periódico enmarcados sobre los principales sucesos acontecidos en Door County durante los últimos treinta años. También había un cartel de «Se busca» con una foto de frente y de perfil de un detenido, en la que se veía a un hombre en forma y con entradas, de casi cuarenta años.

El nombre que había escrito en el cartel, con letras en negrita, era «Harris Bone».

Reich, que leía atentamente el periódico, se sacó las gafas negras y se apoyó en el respaldo del sillón al ver a Cab en la puerta.

—Detective Bolton —dijo.

—Buenos días, *sheriff* —le saludó Cab—. Me sorprende verle aquí tan pronto. El trayecto desde la isla es bastante largo.

Reich se encogió de hombros.

—La mayoría de los días vengo volando con mi Cessna. También tengo un lugar para quedarme en el pueblo si hace mal tiempo. Aparte de eso, no suelo estar mucho en mi escritorio. Creo que un *sheriff* sirve de bien poco si se queda encerrado en su despacho.

—Es una buena filosofía.

—He llamado a su teniente para informarme sobre usted, detective —le dijo Reich mientras balanceaba las gafas entre los dedos.

—Debe de haber sido una conversación interesante.

—Lo ha sido. Me ha dicho que es usted listo, pero no muy considerado con los demás.

—Es justo —convino Cab.

—También dice que es usted cabezota, indiferente a la autoridad y

condescendiente.

—Culpable.

—También me habló de su madre: eso lo explica todo. Me imaginaba que o bien era rico o bien corrupto. La mayoría de los polis no alquila un Corvette.

—Tampoco son propietarios de un Cessna —señaló Cab con una sonrisa.

—No estoy diciendo que tener dinero sea un crimen —replicó Reich—. Tengo un avión, un barco y un par de automóviles. Mi familia fue lo bastante inteligente para hacerse con un montón de terrenos por aquí cuando aún eran baratos. Podría jubilarme, pero no quiero pasarme el día con el culo pegado al sofá.

—Entonces, tenemos algo en común —comentó Cab.

—Será lo único, detective. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me he enterado de lo del accidente en la isla.

—¿Se refiere a los Bradley?

—Sí. ¿Están bien?

—Magullados, pero bien.

—¿Tiene alguna idea de quién es el responsable? —quiso saber Cab.

—No tengo muy claro en qué le afecta a usted eso. Se trata de una investigación local.

—El señor Bradley es sospechoso en mi caso de homicidio.

—Bueno, por lo visto alguien casi acaba con su caso. Hay polis que no perderían el sueño por eso.

—No quiero que un tipo que se toma la justicia por su mano mate a un hombre y a su mujer basándose en rumores —replicó Cab—. Si es culpable, quiero probarlo y meterlo entre rejas.

Reich asintió.

—Estoy de acuerdo.

—Washington Island no es muy grande. Nadie llegó ni se fue de la isla ayer por la noche, a menos que tuviera una embarcación grande. Dado el historial de lo que ocurre por aquí, creía que ya sabría quién lo había hecho.

Reich frunció el ceño hasta que sus arrugas se convirtieron en surcos.

—No puede mostrarse indiferente a la autoridad y condescendiente en mi propia jurisdicción, detective. No conmigo. No en mi territorio.

—Me parece justo, tiene razón. Lo lamento.

—Para su información, la furgoneta utilizada en el accidente la robaron de una granja de la isla. Estamos investigándolo. Se me ocurre media docena de exaltados que conocen a Delia y podrían haberlo hecho, pero es poco probable que sean lo bastante estúpidos para admitirlo frente a mí. No se preocupe, los atraparé.

—Estoy seguro de que sí.

—¿Eso es todo, detective? Porque si es así, estoy bastante ocupado esta mañana.

—Le prometí que le mantendría al corriente de mi investigación —explicó Cab—. Hemos localizado a un par de testigos nuevos entre la gente que estaba el sábado en el hotel. Por lo que parece, Glory tuvo una fuerte discusión con su novio, Troy Geier, pocas horas antes de que la asesinaran.

Reich resopló.

—¿Troy? Pierde el tiempo.

—A lo mejor, pero el chico no fue sincero conmigo. Voy a volver a hablar con él.

—¿Qué más tiene? —preguntó Reich.

—Otro testigo vio a un hombre en la playa con una chica, a la hora y el lugar de los hechos; se estaban enrollando. Por la descripción, creemos que era Mark Bradley. Quiero hablar yo mismo con el testigo, y si todo sale bien, es significativo. Si podemos añadirlo a las pruebas de ADN, estaremos en camino de construir un caso que se sostenga.

—Excelente. Gracias por ponerme al día, detective. Como le dije, mis hombres y yo estaremos encantados de ayudar en lo que podamos.

—Hay algo más —añadió Cab.

—¿Qué?

—Ayer por la tarde me encontré con Hilary Bradley; me contó lo de Glory Fisher y el incendio. —Cab señaló con la cabeza el cartel de «Se busca» que colgaba de la pared—. También me habló de Harris Bone.

—¿Y?

—Me sorprendió que no me lo hubiera mencionado, *sheriff* —observó Cab—. Le pregunté si había alguna cosa más que debiera saber sobre Glory Fischer.

—No veo en qué puede ser relevante para su investigación un crimen que se cometió hace seis años.

—Harris Bone sigue en libertad. Eso lo convierte en sospechoso.

Reich meneó la cabeza con un gesto despectivo.

—¿Harris? ¿Sospechoso? ¿Cree que estaba por casualidad en Florida y se cruzó con Glory Fischer?

—Las cosas más extrañas pueden ocurrir. Glory vio a alguien a quien conocía, y tenemos a un testigo que dice que parecía asustada.

Reich echó hacia atrás el sillón de cuero y se puso en pie. Tenía una cafetera en el aparador de la pared opuesta, y se sirvió en una taza demasiado grande de un restaurante llamado Vikin Grill. Olía fuerte. Le hizo un gesto con la cafetera a Cab, pero éste negó con la cabeza. Reich volvió a sentarse y dio un sorbo al café negro.

—¿Qué le hace pensar que fue Harris? —preguntó Reich.

—Francamente, no pienso que fuera él. No creo en un hombre de paja cuando tengo a un sospechoso como Mark Bradley, que estaba en la playa y relacionado con la familia. Aun así, quiero conocer las dudas razonables, y sé lo que haría un buen

abogado defensor con esta información. Si no la investigo, tendré que explicar el porqué en el estrado de los testigos.

—Abogados —masculló Reich, como si escupiera—. Muy bien, ¿qué necesita? ¿Qué quiere que le cuente?

—Antes que nada, cualquier cosa que nos ayude a dilucidar si Harris Bone se alojaba o trabajaba en el hotel de Naples bajo una nueva identidad. Fotos, huellas dactilares, ADN, antecedentes, lo que tenga.

Reich asintió.

—Mi ayudante puede reunir la información de nuestros archivos. Estoy seguro de que lo tendrá al mediodía.

—Gracias. En segundo lugar, quiero saber más sobre él. ¿Qué ocurrió esa noche? ¿Qué clase de hombre prende fuego a su familia?

Reich miró el cartel de Harris Bone que colgaba de la pared y su expresión se ensombreció.

—Seré sincero con usted: Harris es la última cosa del mundo de la que quiero hablar. Mucha gente de por aquí esperaba que ya hubiéramos pasado página con el incendio. Ya sabe lo que un crimen de ese tipo provoca en una comunidad. Las cicatrices persisten.

—Lo sé.

Reich señaló una fotografía de los sesenta colgada cerca del cartel de «Se busca», en la que se veía a dos hombres cubiertos de polvo y vestidos de uniforme, las caras pintadas de camuflaje y cogidos por los hombros.

—Somos Pete Hoffman y yo. Pete me salvó la vida cuando estábamos allí; en más de una ocasión, de hecho. Harris mató a su hija y a dos de sus nietos, y lo hizo de un modo atroz. Pete nunca lo superó; eso destrozó su vida. No me gusta ver cómo mi mejor amigo tiene que enfrentarse de nuevo a todo ese dolor.

—Lo entiendo. Si puedo evitarlo, no hablaré con él, pero no puedo prometerle nada. En este momento, el mayor obstáculo entre mí y un caso contra Mark Bradley es Harris Bone. Tal vez sea una distracción, pero es real.

—Lo entiendo. Conozco las reglas del juego.

Cab se levantó y examinó la foto de Bone. Sus ojos carecían de emoción, como los de un robot. Era guapo pero vacío.

—¿Le conocía bien?

—¿A Harris? Claro. Era un chico bien parecido, pero tímido y callado desde pequeño. También conocía a sus padres, Lowell y Katherine; tenían una tienda de licores aquí en el pueblo. Harris se la quedó al morir Katherine, pero no tenía mucho olfato para los negocios. Pete le dijo a Nettie desde el principio que era un perdedor, pero ella no le escuchó. Los jóvenes nunca lo hacen, ¿verdad?

Cab volvió a sentarse.

—¿Qué hay de su mujer? ¿Cómo era?

—Nettie era una monada. Una especie de devota, como Pete. Iba a misa cada domingo, siempre les leía la Biblia a sus tres hijos, organizaba reuniones para rezar en su casa. Harris le seguía la corriente. Nunca supe si él también era creyente o sólo un charlatán; con él nunca podías estar seguro. Aunque eso tampoco le impedía salir por ahí. Nettie le contó a Pete que Harris la engañaba, aunque tampoco se le puede culpar por ello. Por lo que parece, ella no tenía mucho interés en el sexo, ni siquiera antes del accidente.

—¿Accidente? —repitió Cab.

Reich asintió.

—De coche. Harris conducía y el marido de Delia Fischer, Arno, iba en el asiento del acompañante. Las mujeres iban detrás. Habían salido todos a cenar aquí, en Sturgeon Bay, y regresaban a casa. Habían bebido demasiado. Harris perdió el control en una curva resbaladiza y chocó contra un árbol a gran velocidad. Arno murió y Nettie acabó en una silla de ruedas. Delia tuvo suerte, sólo se rompió un par de huesos. Y Harris también. Después de eso, Nettie se volvió incluso peor. Convirtió la vida de Harris en un infierno.

—Espere un momento, ¿está diciendo que Glory Fischer perdió a su padre en ese accidente? —preguntó Cab—. ¿Harris Bone mató a su padre?

—Sí. Algunas familias son afortunadas, y a otras no paran de caerles rayos. Ésa es la de Delia. Supongo que entiende por qué quiero que se le haga justicia con sus hijas.

—Pero esto lo dificulta todo muchísimo —señaló Cab—. Cuantas más conexiones haya entre los Fischer y los Bone, más se preguntará un jurado si Glory pudo ver a Harris en el hotel esa noche. Le da una razón extra para querer verlo detenido. Y para temerle.

Reich resopló.

—Esas familias eran vecinos. Vivían enfrente una de la otra, separados por la carretera, y sus hijos jugaban juntos. No hay nada más. Glory era demasiado pequeña para entender que la muerte de su padre tenía algo que ver con Harris. Ni siquiera Delia le culpó; todos habían bebido.

Cab no estaba convencido.

—Continúe —le pidió—. ¿Qué hay del incendio?

—¿Qué quiere saber? ¿Espera que psicoanalice a ese hijo de puta? Prendió fuego y luego miró cómo ardía todo, igual que si fuera una barbacoa en el jardín. Nettie y los chicos murieron. Si no hubiera sido por Delia, Jen también habría muerto.

—¿Qué quiere decir?

—Jen se había quedado a dormir en casa de los Fischer. Delia sabía lo mal que lo pasaba la niña en su casa, con todas las peleas que había. No eran sólo Harris y

Nettie, sino también los chicos. Habían heredado el veneno de su madre. Delia se compadecía de Jen, y por suerte fue así. Pete sigue mandándole flores a Delia cada año para agradecersele.

Cab se quedó callado un buen rato.

—Esto tiene muy mala pinta, *sheriff* —dijo al final, al percatarse de la impaciencia de Reich—. Usted ya lo sabe.

—Lo sé.

—Vine aquí convencido en un noventa y nueve por ciento de que Mark Bradley había matado a Glory Fischer.

—Confíe en su instinto —le aconsejó Reich.

—Ése es el problema. A mi instinto no le gusta nada todo esto. Si Glory vio a Harris...

—No lo vio.

—A veces uno se reencuentra con su pasado en el peor momento posible —señaló Cab.

—Ha dicho que tenía un testigo. Bradley y Glory estaban besándose en la playa.

—Aun así, sigue sin gustarme la coincidencia.

El *sheriff* se inclinó hacia delante con los codos apoyados en la mesa.

—Detective Bolton, no voy a decirle cómo tiene que hacer su trabajo; éste es su caso, no el mío. Yo sólo estoy interesado en asegurarme de que Delia Fischer no tenga que llorar a su hija sin que su asesino reciba el castigo que merece. No me gustaría nada que el fantasma de Harris Bone se entrometiera en todo este asunto.

—A mí tampoco.

Reich volvió la cabeza hacia un lado y se señaló con el índice una cicatriz de unos cinco centímetros donde no crecía el pelo.

—¿Ve esta cicatriz?

Cab asintió.

—Tiene mal aspecto. ¿Se lo hizo en Vietnam?

—No, me lo hice en un campo a sesenta kilómetros al sur de aquí. Allí fue donde Harris Bone me abrió la cabeza con una piedra al dejarle salir a mear, mientras yo me disponía a llevarlo a una cárcel de máxima seguridad para el resto de su apesosa vida. Así que, ¿sabe una cosa, detective? Una parte de mí desea que yo esté equivocado y usted tenga razón, desea que Glory viera realmente a ese hijo de puta en Florida, y que usted descubra debajo de qué roca se esconde, lo traiga aquí y me deje cinco minutos a solas con él. Eso es todo lo que quiero, cinco minutos. Harris Bone y yo tenemos asuntos pendientes.

Amy Leigh estaba sentada en un banco cerca de los senderos del Cofrin Arboretum, descansando después de la carrera. Junto a ella, Katie llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta estampada con el logo de Phoenix de la escuela. A pesar del frío glacial de la mañana, el sudor le corría desde el pelo moreno y corto por la mandíbula, y también tenía una mancha triangular de exudación en la camiseta. Las gafas le resbalaban continuamente por la nariz. Katie encendió un cigarrillo; siempre fumaba después de hacer jogging, algo que Amy odiaba.

Los coches iban y venían por el camino que rodeaba el perímetro del campus. La universidad se asentaba en lo alto de un acantilado, a unos kilómetros del centro de Green Bay. La ciudad era gris e industrial, repleta de fanáticos de los pasteles de queso y bebedores de cerveza, que hacían reverencias ante el brillo del Lambeau Field, el estadio de fútbol, pero la propia universidad constituía un enclave de verdes campos de atletismo y edificios académicos de ladrillo, rodeados por los exuberantes bosques de la reserva natural.

Las dos chicas hicieron estiramientos con las piernas y se relajaron. Un cardenal de un rojo intenso brincaba entre las ramas desnudas de los árboles y les dedicó sus píos.

—¿Sigues pensando en ir a casa de Gary Jensen esta noche? —preguntó Katie.

—Sí.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, estaré bien.

—Aún no tengo muy claro qué quieres conseguir con ello.

—Sólo quiero ver cómo reacciona —dijo Amy.

—¿Qué vas a hacer? ¿Soltarle: «Oye, Gary, estrangulaste a esa chica en la playa en la Florida»?

—No, no seas burra. Quiero dejar caer algunas indirectas y ver cómo reacciona. Si miente, lo sabré.

—Algunos mentirosos son bastantes buenos, Ames.

—Ya veremos.

Su compañera de habitación se estremeció a medida que el aire frío empezó a contrarrestar el calor de la carrera.

—He hecho algunas indagaciones por mi cuenta.

—¿Sobre Gary?

Katie asintió.

—Me tomé un café con la secretaria del departamento de Educación Física. Le conté que era para escribir un artículo de seguimiento del torneo de Florida, pero también cotilleamos un poco. Sobre todo acerca de la mujer de Gary.

—¿Qué te contó?

—Bueno, se rumorea que él tenía una aventura. Tórrida e intensa.

—¿Te refieres a antes de que su mujer muriera?

—Sí.

—¿Quién era la otra?

Katie se encogió de hombros.

—No lo sé. A lo mejor ni siquiera es verdad.

—No puedo creer que nadie se lo explicara a la policía.

—La gente no llama a la poli por una corazonada o una sospecha, y supongo que sabes que eso es lo único que tienes. No he averiguado nada que relacione a Gary con Glory Fischer. Le viste con una chica que tal vez fuera ella o tal vez no.

—También le oí regresar a su habitación a media noche.

—¿Estás segura? Mi habitación estaba dos puertas más allá y yo no oí nada.

—Era él —insistió Amy—. Oí como su puerta se abría y se cerraba.

—Eso no prueba nada.

—Lo sé.

—¿Has hablado de algo de esto con tu ex entrenadora? ¿Hilary Bradley?

—Aún no. No sé si hay algo que contarle.

Katie se puso en pie, se despegó la camiseta húmeda del pecho y aplastó su cigarrillo en el suelo.

—Bueno, no hagas el ridículo.

—Lo intentaré.

—¿Vas a volver a la habitación?

Amy negó con la cabeza.

—Voy a correr tres kilómetros más.

—Dios, eres una radical. Nos vemos por la noche.

—Vale.

Amy contempló a Katie mientras cruzaba East Circle Drive en dirección a la residencia. Se levantó y estiró las piernas, y luego siguió el sendero y se adentró de nuevo en el Arboretum. El asfalto estaba resbaladizo, y se puso a caminar para no arriesgarse a torcerse un tobillo. Al cabo de cincuenta metros llegó a una bifurcación, donde el sendero terminaba en una pista cubierta de corteza, musgo y hojas caídas. Los árboles se alzaban sobre su cabeza, y la pista era oscura y estrecha, como si desapareciera en el túnel de un tren. Allí donde la senda describía una curva, no podía ver lo que había más allá.

Dio un par de pasos dubitativos, pero se detuvo atenazada por una extraña sensación de inquietud. Se le erizó el vello de la nuca, como si sus cortos cabellos fueran limaduras de hierro atraídas por un imán. Sintió que unos ojos la seguían desde algún lugar del bosque.

—¿Hola? —llamó.

Se dio la vuelta lentamente. Estaba sola, pero los árboles eran lo bastante grandes y frondosos para que alguien se ocultara entre ellos. Era una locura pensar eso; se estaba dejando llevar por la paranoia. Tomó aire y sólo olió a humedad y al sudor que exudaba su cuerpo. Tampoco oyó nada.

Esperó. Todo estaba en calma. «No hay nadie», se dijo.

Amy se sacudió los miedos y se puso a correr. Poco a poco fue cogiendo el ritmo, el suficiente para alejar de sí cualquier pensamiento. Para ella, correr era una vía de escape, en la que no era consciente de nada más que del sonido de su respiración y la vibración al golpear el suelo con los pies. Dio dos vueltas alrededor de la sección este del Arboretum, siguiendo el borde de la escarpadura. Eso sumaba tres kilómetros a su recorrido, y al terminar la segunda vuelta, ralentizó el ritmo hasta acabar caminando. Tenía la cara roja y el pelo despeinado.

No estaba lejos de la pista que llevaba de vuelta a la carretera que rodeaba el recinto; y en ese momento volvió a percibir esa sensación. Unos ojos, como si un mirón la estuviera observando.

No tenía ninguna duda: no estaba sola.

—¿Quién hay ahí?

Una voz masculina gruñó detrás de ella como lo haría un oso, y Amy se dio la vuelta con un grito ahogado. A unos treinta metros, una estudiante de Psicología a la que conocía se reía tontamente mientras esquivaba los besos de animal de su novio, con barba y el pelo largo. Ambos se separaron al ver a Amy y oír su chillido. Eran inocentes. No eran nadie. A Amy le dieron ganas de reírse por el alivio, pero le costaba demasiado respirar.

—¿Estás bien, Amy? —le gritó la chica.

—Sí, tranquila. Me habéis asustado.

—Lo siento.

Amy les dirigió una sonrisa: una pareja que se besaba mientras paseaba. Deseó tener un novio con el que dar paseos así. Le hizo pensar que debía encontrar a alguien a quien pedir una cita, pero entre las clases, el trabajo y el baile, no parecía haber tiempo para ello. Aunque sabía que eso era una estupidez. Lo único que pasaba era que no quería aceptar los inconvenientes de una relación.

Se alejó y dejó a la pareja sola. Al llegar a la bifurcación, dio la vuelta y se dirigió a la carretera del campus. Era hora de regresar a la residencia. Necesitaba una ducha, y tenía clase en menos de una hora.

Kinesiología. Aprender a leer el lenguaje del cuerpo.

Amy casi había llegado al banco donde se había sentado con Katie cuando oyó el motor de un coche en la cuneta de la carretera. Salió de entre los árboles a tiempo de ver un Honda Civic de cinco puertas girar en redondo sobre la hierba y dirigirse a la

entrada del campus por Bay Settlement.

Sólo alcanzó a vislumbrar el perfil del conductor, pero bastó para reconocerle. Era Gary Jensen. Había estado en el bosque con ella.

Mark Bradley trataba de pintar las rocas blanco hueso que asomaban por el lago Michigan. Llevaba una hora de pie frente al lienzo, y tenía los dedos entumecidos y en carne viva. Los fríos y débiles rayos del sol iluminaban la mañana del jueves. El viento procedente del lago ahogaba cualquier sonido excepto el graznido de las gaviotas, que se congregaban cerca de la playa y se sumergían en el agua en busca de pescado. Al alzar la vista al cielo entre pincelada y pincelada, distinguió la herrumbrosa torre blanca del faro de Cana Island, que asomaba por encima de las copas de los árboles aletargados.

No le importaba que Cana fuera el lugar más conocido, fotografiado y pintado de Door County. Lo que él creaba casi nunca se parecía mucho al original. Su trabajo era oscuro, con remolinos de colores primarios e imágenes borrosas de ángeles recortados contra cielos negros. No era un hombre religioso, al contrario que Hilary, y no sabía por qué su cerebro le pedía que pintara ángeles. Aun así, no se lo cuestionaba.

Su familia y sus amigos nunca habían entendido su arte. Era un deportista, y eso significaba que sus intereses debían limitarse a la última página de la sección de deportes. Una de las cualidades que le atrajo de Hilary era que no le encasillaba ni tenía una noción preconcebida de él. Ella nunca había creído que tuviera que ser una cosa y no otra.

Mark volvió la cabeza y sintió un pinchazo de dolor en el cuello. Tenía el hombro izquierdo dolorido allí donde el cinturón de seguridad se le había clavado durante el accidente. El doctor del centro médico de la isla les había sugerido que se tomaran un día libre para recuperarse, pero ambos declinaron el ofrecimiento al no tener heridas graves. Mark había cambiado las ruedas de su Explorer, y los dos habían cruzado el estrecho en el *ferry* de media mañana. Su amiga Terri Duecker se había ofrecido a prestarles un coche.

Hilary se dirigió a la escuela con el Taurus de Terri. Mark condujo hacia Cana.

Se dio cuenta de que estaba hambriento. Había guardado algo de comida en la mochila, así que cubrió el lienzo y se llevó los materiales más allá de la playa, al claro que rodeaba el faro. Se estaba mucho más tranquilo y caliente al sol. Se sentó en un banco de *picnic* rojo en el extremo más alejado del césped, y sacó un bocadillo de pavo y una bolsa con uvas. Colocó el lienzo cerca del banco y examinó su último cuadro mientras comía.

Casi había terminado el bocadillo cuando una sombra se dibujó sobre la hierba marrón, desde la pista que llevaba a la carretera elevada. Se dio la vuelta y descubrió a una chica que le observaba.

Era Tresa Fischer.

Mark se puso tenso.

—Tresa, no deberías estar aquí.

—Lo sé.

Aun así, se acercó a él. El banco estaba encarado hacia la torre del faro, y ella se sentó a unos centímetros de él y frotó la pintura roja con la yema de los dedos en un gesto nervioso. Llevaba un jersey de chándal lila que le cubría el delgado torso, y sus muñecas parecían cerillas que asomaran por los puños. De perfil, la melena pelirroja ocultaba casi toda su cara.

—No hay nadie por aquí —murmuró—. Sólo nosotros.

Mark experimentó una nube de emociones encontradas. Una parte de él deseaba levantarse e irse. Otra quería enfadarse, pero no sentía cólera alguna hacia esa chica. Apenas se habían dirigido la palabra desde el año anterior, cuando Delia Fischer le prohibió a su hija que le viera. La única vez que habían hablado fue cuando ella le llamó para pedirle perdón, y él le dijo lo que sentía: que no tenía que disculparse por nada.

La chica le gustaba, y a Hilary también. Era una joven solitaria, dulce, inteligente y sensible. Tan sólo resultaba complicado asimilar todo lo que había hecho para destruir la vida de Mark. Seguía siendo tóxica para él, un peligro.

—Lo siento, Tresa. Tengo que irme —declaró.

Ella se volvió hacia él con apremio; sus ojos azules transmitían una expresión desesperada. Luego extendió las manos y las retiró. Estaba claro que seguía enamorada de él, lo cual hacía que fuera todavía más importante que él se marchara.

—Por favor, no te vayas. No voy a causarte ningún problema.

—¿Qué quieres? —le preguntó él.

—No lo sé —balbuceó Tresa—. Me he enterado de lo que pasó anoche. Me alegro mucho de que estéis bien. Me he sentido como... no lo sé, sólo quería verte. Con todo lo que está pasando...

—Lo sé.

—En Florida le dije a la policía que se equivocaba, que tú jamás, jamás habrías hecho daño a Glory. Tú no.

—Gracias.

—No estoy segura de que me creyeran. Es como el año pasado: nadie me cree.

—No importa.

—Seguro que me odias —se lamentó Tresa.

—No te odio. No deberías pensar eso, porque no es cierto. —Sintió el impulso de alargar la mano y tocarla, pero no lo hizo. Se limitó a añadir—: ¿Cómo estás? Seguro que está siendo duro. Lo lamento.

—Sí, mamá está destrozada. Yo no lo sé. A veces lloro y a veces me cabreo con Glory. —Agachó la cabeza y cambió de tema, como si no fuera capaz de soportar

hablar sobre su hermana—. Me gusta venir al faro. Se está bien cuando no hay nadie.

—A mí también.

—¿Nunca te has preguntado cómo debe de ser? —Tresa señaló la casa adyacente a la torre del faro—. El farero, su mujer y sus hijos, ahí solos. Creo que me gustaría.

—Es una vida dura.

—Ya, pero tú siempre has dicho que estar solo puede ser bueno.

—A veces sin duda.

—Sería romántico. Un poco como Hilary y tú viviendo en la isla.

Seguía siendo una adolescente idealista, y a Mark le gustaba eso de ella. No quería contarle la verdad: la realidad tenía su propio modo de erosionar el romanticismo día a día, y si querías conservarlo, debías agarrarte a él con uñas y dientes, y ponerte anteojeras ante las tragedias de la vida.

—Tengo que irme, de verdad —insistió Mark.

Tresa alargó el brazo y puso la mano sobre la suya. Tenía la piel cálida.

—Por favor, aún no.

Él le apartó la mano con delicadeza.

—Tresa.

—Ya lo sé. —Empezó a jugar con sus mechones pelirrojos y se los pasó por la boca. Luego señaló su cuadro—. Me gusta.

—Gracias.

—Uno de los ángeles, el que está cerca de la torre, parece muy, muy triste.

—Creo que tienes razón —convino él.

—Ojalá supiera pintar así.

—Tú eres escritora. Ojalá pudiera yo escribir como tú.

El rostro de la chica se iluminó.

—¿De verdad?

—Sí, tienes mucho talento, y un gran futuro.

—Uau. Es muy amable por tu parte. —Se quedó mirando el banco y murmuró—: Pero esas cosas que escribí sobre nosotros...

—No hablemos de eso.

Tresa asintió sin mirarle.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Nunca te acostaste con Glory, ¿verdad?

Mark se echó hacia atrás.

—No.

—Bien —dijo ella, que parecía satisfecha—. No creía que lo hubieras hecho, pero sé cómo podía ser ella. Glory siempre conseguía lo que quería. Leyó mi diario, y pensé que se había fijado en ti sólo porque yo me había fijado antes. Me alegro de

que no lo hicieras.

Él quería desviar la conversación del tema del diario. Las explícitas descripciones seguían vividas en su mente, con todo su terrible erotismo.

—¿Por qué nunca me explicaste lo del incendio? —quiso saber.

Tresa se encogió.

—¿El incendio? No lo sé, quería olvidarlo. Todos nos comportamos como si nunca hubiera ocurrido.

—Esas cosas no pueden olvidarse.

—Puede intentarse —replicó Tresa—. A veces es necesario ponerse anteojeras, ¿sabes? Todo el mundo perdió algo ese día, pero nadie se preocupó de lo que yo había perdido. Ya sé que suena muy egoísta.

—¿Qué perdiste? —preguntó Mark.

—Cualquier cosa que se te ocurra. Glory nunca volvió a ser la misma, y mamá se entregó a la tarea de recuperarla, así que se olvidó de mí. El señor Hoffman envió a Jen a vivir con su hija en Minneapolis y me quedé sin mi mejor amiga. En realidad nunca he vuelto a tener a nadie, hasta que llegasteis Hilary y tú. Y entonces fui y fastidié eso también.

Tresa pestañeó y se secó las lágrimas de los ojos.

—Lo siento —dijo Mark.

—No es culpa tuya.

—Debió de ser una mala noche.

—Oh, sí. No sabíamos que Glory estaba allí hasta que el *sheriff* Reich vino a decírnoslo. Mamá se puso como una loca. Glory estaba... bueno, en el hospital, estaba confundida, creía que era nuestra casa la que se había incendiado, y quería asegurarse de que estábamos todas bien. Luego lo apartó de su mente, pero mi madre nunca lo olvidó.

—Y tu amiga Jen perdió a su familia.

Tresa apartó la mirada, como si siguiera doliéndole pensar en ello.

—Sí.

—¿Sintió odio por su padre?

—¿Jen? Creo que fue más duro perder al señor Bone como lo hizo. Ella le quería. Ya sé que parece una locura, pero los chicos estaban de parte de su madre, y ella siempre apoyaba a su padre.

—Pero si hubiera estado en casa, también la habría matado —le recordó Mark.

—No, el señor Bone nunca le hubiera hecho daño a Jen —insistió Tresa—. Él sabía que esa noche dormía en nuestra casa. Habló con mamá.

—¿Harris habló con Delia? —preguntó Mark.

—Sí, venía muy a menudo a casa. Creo que quería escapar de la suya. No sabes cómo era esa familia, ni las cosas terribles que ocurrían en su casa.

—Por como hablas, parece que les conocías bastante bien.

—Sí, supongo que sí.

—¿Y Glory?

—Claro.

Mark vaciló.

—¿Crees que habría reconocido a Harris si le hubiera visto ahora?

Tresa ladeó la cabeza, confundida.

—¿Qué significa eso? —Entonces casi pegó un salto y cogió a Mark de los hombros—. Dios mío, ¿crees que pudo estar allí?

Mark contempló sus ojos azules llenos de esperanza. Era como si estuviera buscando una respuesta, una explicación, cualquier cosa que reemplazara las dudas. De pronto lo entendió: Tresa se preguntaba si él había matado a su hermana. No importaba cuánto le quisiera o le defendiera, en su fuero interno creía que era culpable.

—¿Qué habría hecho Glory en caso de verle? —preguntó él.

Tresa se mordió el labio.

—No estoy segura. Vaya, no lo sé.

—¿Viste a alguien en Florida que pudiera haber sido Harris Bone?

—No, no. Habría dicho algo. Pasé mucho tiempo sola; no creo que hubiera visto a nadie en cualquier caso.

—Vale.

—Voy a contárselo a mi madre. Se le ha metido en la cabeza que fuiste tú, pero tienes razón. A lo mejor fue Harris, a lo mejor estaba allí.

—No le expliques a Delia que me has visto —le aconsejó Mark—. No nos ayudaría a ninguno de los dos.

La chica asintió.

—Es verdad.

—Deberías irte, Tresa.

—Sí, vale.

Como si obedeciera a un impulso irresistible, Tresa rodeó con sus flacuchos brazos el pecho de Mark. Mientras apretaba el cuerpo contra él, Mark notó su mejilla y el pelo sobre su cara. Ella permaneció en esa postura más tiempo del debido, y él tuvo que apartarla y vio su cara arrobada por la pasión.

—Aún noto el sabor de tus labios —le susurró ella—. Incluso después de tanto tiempo.

Al final de la jornada escolar, Hilary condujo el Ford Taurus que le había prestado Terri Duecker en dirección norte, por la carretera 42 del condado. Se había tragado los comprimidos de Advil como si fueran caramelos, pero aún le dolía el cuerpo. Lo único que quería era coger el *ferry* de vuelta a la isla, sumergirse en un baño caliente espumoso y quedarse ahí tres horas.

Al acercarse a la terminal en Northport, recordó que tenía que hacer una cosa más antes de ir a casa. Comprobó la hora y vio que aún le quedaba una oportunidad para cruzar el paso esa noche si perdía el siguiente *ferry*. Dejó la carretera y dio marcha atrás por el camino de Port des Morts. Al llegar al final, en un claro rodeado por coníferas gigantes, aparcó frente a la casa de Peter Hoffman.

No estaba segura de si querría hablar con ella. Sabía que los rumores sobre Mark y Glory se habían extendido por todo el condado, y Hoffman estaba unido a Delia Fischer. Pero una vez más, si había alguien que tuviera razones para odiar a Harris Bone y desear que lo encontrara, sería el padre y abuelo de las personas a las que Harris había matado.

Bajó del vehículo y avanzó por el camino mullido. Al acercarse a la cabaña con techo a dos aguas de Hoffman, vio a un hombre atareado en el amplio porche delantero. Olió a madera recién cortada, y oyó el ruido de su martillo. El hombre estaba de rodillas, y alzó la mirada cuando ella llegó a los escalones de entrada. Por su aspecto tendría unos setenta años, aunque su pelo era negro azabache y parecía aún más negro en contraste con su pálido rostro lleno de arrugas. Se puso en pie lentamente, apoyándose en una pierna. Llevaba una camisa de franela con las mangas arremangadas y pantalones cargo negros, con años de manchas de pintura sobre la tela. Su mirada era recelosa.

—¿Señor Hoffman? —preguntó ella—. Me llamo...

—Ya sé quién es usted —la interrumpió él—. ¿Qué quiere, señora Bradley?

—Me gustaría hablar con usted.

La cara de Hoffman se tensó en un gesto de desagrado. Tomó aire e irguió la espalda. Era un hombre alto.

—¿Sobre Harris y el incendio?

—Eso es.

—No puedo contarle nada —replicó él.

—Tal vez no, pero le agradecería que me dedicara cinco minutos.

Hoffman gruñó, dejó el martillo en el alféizar de la ventana delantera, cogió una botella de *whisky* de encima de la caja de herramientas y se acercó lentamente a los escalones de entrada. Hilary se sentó a su lado. Él desenroscó el tapón de la botella y, sin ofrecerle, le dio un trago largo. Por cómo le olía el aliento a *whisky*, Hilary dedujo

que había estado bebiendo antes de que ella llegara.

—No hablo sobre el incendio —la advirtió—. Está perdiendo el tiempo.

—Lo entiendo.

—Me he enterado de lo que les ha ocurrido y lo lamento, pero eso no significa que vaya a ayudarla.

Hilary se apartó la solapa de seda de la blusa lo justo para enseñarle el borde del moretón que decoraba su pecho.

—Esto es del accidente de ayer por la noche. Aquí hay gente que quiere aplicarnos la pena de muerte a mi marido y a mí, señor Hoffman, aunque Mark no es culpable de nada.

—Lo cree en serio, ¿verdad?

—Sí.

Hoffman dio otro trago.

—La confianza es una gilipollez.

—Sé por qué se siente así —dijo Hilary.

—Usted no sabe nada.

Hilary dejó vagar la vista por el enorme terreno arbolado. El jardín circular y la casa en perfecto estado constituían una especie de pequeña zona de orden en la lucha contra el caos.

—Oiga, señor Hoffman, no pretendo desenterrar recuerdos dolorosos para usted; sólo quiero que considere la posibilidad de que mi marido no matara a Glory Fischer. No tiene que creerlo del modo en que lo hago yo; ni siquiera tiene que creer que Harris estaba allí. Pero si estuvo, si Glory le vio, ambos sabemos que él habría tenido todos los motivos para matarla y proteger así su secreto.

Hoffman se apretó con fuerza las rodillas.

—Está haciendo que me enfade, señora Bradley.

—Lo siento, no era mi intención.

—Sé exactamente cuál es su intención. Trata de aprovecharse de la tragedia que destruyó a mi familia para proteger a su marido, quien es muy probable que sea un asesino. No voy a permitirselo.

Hilary se echó hacia atrás.

—No quiero aprovecharme de su dolor.

—No me trate como si fuera idiota. A usted no le importa Harris Bone; no quiere encontrarle. Lo único que quiere es que sea el hombre misterioso, para que el abogado de su marido pueda representar un baile ante el jurado y él se libre. No espere que la ayude. No quiero que me pongan delante la zanahoria de que van a coger a ese tipo. ¿Quiere saber la verdad, señora Bradley? La última persona a la que quiero volver a ver es Harris Bone. Nadie aquí quiere desenterrar lo que ocurrió hace seis años.

—¿Así que él queda libre?

—Yo creo en Dios. Harris Bone nunca será libre, ni en esta vida ni en la otra. No voy a ayudarla a agravar sus crímenes usándolo para que su marido no reciba su merecido por lo que hizo.

—Mark no mató a Glory.

Hoffman se frotó la barbilla con la mano izquierda cerrada en un puño. Todavía llevaba la alianza de casado. Cuando habló, su voz estaba embargada por la emoción.

—Deje que le explique algo —le dijo con voz tranquila—. En esta parte del mundo, los vínculos son muy fuertes; tenemos raíces. No sé si alguien de la ciudad puede entenderlo. Las personas que han crecido aquí se preocupan las unas de las otras, y si no fuera por una buena mujer como Delia Fischer, la única nieta que me queda habría muerto en ese incendio. Para mí, Delia es un ángel. Así que cuando pierde a su niña, me duele tanto como si Glory fuera mi propia hija. Créame, no voy a dejar que Delia sufra en vano. Voy a asegurarme de que se le hace justicia.

—¿Por qué ha decidido tan deprisa que mi marido lo hizo?

—Quizá la pregunta sería mejor ¿por qué cree usted que es inocente?

Hilary meneó la cabeza y se puso en pie. Había cometido un error yendo allí.

—Adiós, señor Hoffman. Siento mucho haberle molestado.

—Por aquí no tenemos secretos —le gritó él mientras ella se alejaba por el camino de acceso—. Felix y yo nos conocemos desde hace décadas. Ya me lo ha contado.

Hilary se paró.

—¿Contarle qué?

—Ese detective de Florida tiene un testigo. Sabe que su marido estuvo en la playa con Glory Fischer.

—Que estuviera o no con ella no significa nada —replicó ella.

—Se estaban besando, señora Bradley.

Las palabras la atravesaron como balas.

—Eso es mentira.

—Llame al *sheriff* si quiere —dijo él, y añadió—: Siento tener que ser yo quien se lo explique, pero no puede vivir siempre en la ignorancia.

Hilary se alejó del hombre sin decir una palabra; no quería que le viera la cara. Mientras trataba de volver sobre sus pasos, ponía una y otra vez los pies en el sitio equivocado, porque le costaba ver a través de las lágrimas que le nublaban los ojos. Su respiración era rápida y ruidosa. Se metió de nuevo en el Taurus y aferró el volante con dedos temblorosos. De repente, su fe le parecía muy frágil. Creyó que iba a perderla por completo, como una roca que se desprende por un precipicio.

En lugar de eso, pensó en su marido. Sabía la clase de hombre que era. Fuera lo que fuese lo que ocurría, o lo que esa persona hubiera visto, existía otra explicación.

Él no la había tocado, no la había besado. Mark no.

Aun así, algo nuevo y desagradable se metió en su cerebro y empezó a alimentarse como un parásito mientras conducía hacia el *ferry*.

La duda.

Tresa estaba sentada sola al final del camino sin salida que había cerca de Kangaroo Lane. No se sentía preparada para volver a casa; seguía llena de Mark Bradley. No había estado tan cerca de él desde hacía casi un año, y deseaba rememorar su cara, la sensación de su cuerpo y el sonido de su voz mientras aún estaba fresco en su memoria. El tiempo que llevaba alejada en la escuela de River Falls no había cambiado en nada sus sentimientos. Le amaba.

Quería salvarlo.

Tresa sujetó el teléfono en su mano fría. Mientras el sol se hundía en el horizonte, las sombras se alargaron sobre el agua. No estaba segura de hacer la llamada; llevaba casi dos años sin hablar con ella. Así era como funcionaba la vida: la gente se distanciaba. Hasta donde sabía, el número también habría cambiado, como el resto de la vida de su amiga.

Aun así, lo marcó. Mientras escuchaba el tono se sintió extrañamente nerviosa, como si llamara a una desconocida. Pensó en colgar, pero entonces oyó la voz al otro lado de la línea. Se sintió triste y avergonzada, y toda la antigua culpa la embargó de nuevo. No creía que fuera capaz de hablar.

—Hola —dijo al final.

Hubo un largo silencio mientras esperaba que Jen Bone escarbara en su memoria y desenterrara un nombre de su pasado.

—¿Tresa?

—Sí, soy yo.

—¡Dios mío! ¿Cómo estás?

—Bien.

—Ha pasado un montón de tiempo...

—Lo sé, lo siento. No quería molestarte; ya sabes, con tu nueva vida. Ni siquiera estaba segura de que quisieras recordarme... Quiero decir, con todo lo que pasó.

—Ya.

—Siempre le pregunto al señor Hoffman por ti —continuó Tresa—. Me tiene al corriente de lo que haces y a veces me manda el periódico de la universidad; esas cosas...

—Yo también le pregunto por ti.

—¿Ah, sí? Vaya.

—Oye, me he enterado de lo de Glory —comentó Jen—. Las chicas de la universidad estaban hablando de ello. Lo siento mucho, Tresa.

—Gracias.

—Tu madre debe de estar destrozada.

—Sí, lo está.

—¿Has vuelto a River Falls?

—No, me he tomado el trimestre libre. Mi madre me necesita aquí.

—Eso está bien.

Tresa se preguntó cómo decirlo. ¿Cómo le sueltas a alguien que una vez fue tu mejor amiga: «Si alguien sabe dónde está tu padre, ésa eres tú»? Se encogió en silencio hasta que éste resultó incómodo para ambas.

—En los periódicos se dice que la policía tiene un sospechoso —continuó Jen al ver que Tresa no hablaba—. Por lo que leí, parece que tiene alguna relación contigo. ¿Es verdad?

—Él no lo hizo.

Tresa percibió la duda al otro lado de la línea.

—Claro, vale. Lo que tú digas.

—Es cierto.

—Te creo —dijo Jen, y añadió—: ¿Qué quieres, Tresa? ¿Por qué me has llamado?

Tresa empezó, pero las palabras se negaban a salir.

—Está relacionado con Glory.

—¿Qué pasa con ella?

—De hecho, supongo que en realidad no está relacionado con Glory. Escucha, tengo que saberlo.

—¿El qué?

Tresa tragó saliva.

—¿Has sabido algo de tu padre?

—¿Mi padre? ¿Estás de broma? ¿Por qué?

—Era sólo curiosidad.

—No, claro que no. No se pondría en contacto conmigo. Oh, por favor; crees que él lo hizo, ¿verdad? Por eso me has llamado.

—Bueno, como sigue desaparecido y eso... La policía aún va tras su busca. Pensaba que si Glory lo vio en Florida...

—Eso es una locura, Tresa.

—¿Lo es? No estoy segura.

—Él no haría algo así.

—¿Cómo lo sabes?

Oyó la respiración de su amiga y percibió su indecisión. Aun después de tantos años, seguía existiendo un vínculo entre ellas. Habían sido como hermanas.

—Tresa, ¿puedes guardar un secreto?

—Sabes que sí. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Júralo.

—Lo juro, lo juro.

—Pues escucha. Mi padre no lo hizo, así que no te dediques a difundir rumores, ¿vale? Déjalo. No sé, a lo mejor tratas de ayudar a tu novio, pero no tengo ninguna necesidad de que me vuelvan a echar esto a la cara. He dedicado demasiado tiempo a superarlo. Ahora soy una chica diferente.

—Sí, pero no lo sabes, ¿verdad? Quiero decir que es posible.

—No lo es, créeme. El caso es que sé dónde está mi padre. Me llamó el año pasado; está viviendo en México. Él está a salvo, y yo también. No quiero que todo aquello vuelva a salir en las noticias y que alguien le encuentre. ¿Lo entiendes? Así que hazlo por mí, Tresa: por favor, déjalo correr. Mi padre no mató a Glory.

El bar propiedad del padre de Troy Geier se encontraba en un cruce desierto de la carretera T del condado, a kilómetros de distancia de las poblaciones costeras. El edificio blanco y bajo necesitaba una capa de pintura, igual que la granja de dos pisos que había tras él. Cab aparcó en la cuneta de la carretera y se dirigió hacia la fachada del bar. Al acercarse, vio a un joven cargado con dos voluminosas bolsas salir por la puerta lateral. Troy Geier fue hacia la parte de atrás del edificio, resollando, y Cab le siguió. Oyó el sonido metálico de las bolsas al caer en el contenedor, y cuando Troy salió disparado en la esquina casi chocó con Cab y se detuvo sorprendido.

—Hola, Troy.

Éste adoptó una actitud indiferente, pero Cab sabía que disimulaba.

—Había oído que estaba en el pueblo —dijo el chico.

—¿Tienes un minuto?

—Sí, supongo, pero mi padre se cabreará si tardo mucho.

—No te entretendré demasiado.

Se dirigió hacia el centro de la carretera desierta con las manos en los bolsillos del pantalón. La corbata le volaba por encima del hombro. Troy le siguió arrastrando los pies. El asfalto estaba lleno de grietas; no se veían coches en ninguna dirección.

Troy olía a fritanga y cerveza rancia. Llevaba una camiseta del Pájaro Carpintero y tejanos azules, y tenía las manos sucias. Sus rechonchas mejillas le daban el aspecto de una ardilla que comía frutos secos.

—¿Qué haces en el bar? —quiso saber Cab.

—Todo lo que mi padre me pide.

Cab asintió. Troy tenía el pelo ondulado chafado, como si hubiera llevado una gorra, pero Cab se imaginó que también podía tratarse de la gigantesca huella del pulgar con que el padre de Troy apabullaba a su hijo. Fuera con su padre o con Glory, Troy siempre hacía lo que le decían.

—He oído que tiene un testigo que puede ayudarle a coger a Mark Bradley —le dijo Troy.

—¿Quién te lo ha contado?

—La señora Fischer habló con el *sheriff*.

—Bueno, aún nos queda mucho trabajo por hacer —dijo Cab—. Mientras tanto, tengo que aclarar algunas cosas contigo, Troy.

—¿Como cuáles?

—Como la discusión que tuviste con Glory el sábado por la noche.

Troy movió la mandíbula como si estuviera mascando chicle.

—Ya se lo he dicho, fue una tontería. Yo quería que Glory volviera a la habitación conmigo, y ella no. Así que me fui.

—Por lo que he oído, hubo algo más que eso —señaló Cab.

—¿Qué quiere decir?

—Me he enterado de que Glory estaba ligando con otros chicos en la piscina.

—No fue así.

—¿No?

—No, Glory sólo estaba jugando. No lo hacía en serio.

—Si mi novia fuera agarrando pollas por debajo del agua, creo que me enfadaría bastante —observó Cab.

Troy se puso rojo.

—¡Ella no hizo eso!

—Hemos hablado con una chica que dice que estabas tan cabreado que parecías a punto de explotar como una bomba.

—Yo sólo estaba... Eso no es lo que pasó. Ya le dije que Glory había estado rara todo el día. Me sentía frustrado. Era nuestro último día y ella lo estaba echando a perder.

—Así que la dejaste en la piscina con los chicos.

—Ella no estaba haciendo ninguna locura, sólo estaba siendo Glory. Al principio me enfadé, pero luego me tranquilicé.

—¿Volviste directo a la habitación del hotel?

Troy asintió.

—Vi una peli. Ya se lo he contado.

—¿Qué pasó luego?

—Me quedé dormido, eso es todo. Me levanté cuando Tresa me despertó por la mañana y me dijo que Glory no estaba en la habitación.

—¿Qué pensaste? —preguntó Cab—. ¿Creíste que estaba con otro chico? ¿Pensaste que había pasado la noche con otro?

—¡No!

—¿Estás seguro de que no te despertase a medianoche y te diste cuenta de que Glory no había vuelto?

Troy sacudió la cabeza con violencia.

—No.

—¿Habrías ido a buscarla?

—No lo sé, tal vez. Qué más da, las cosas no fueron así.

—¿Y si la hubieras visto en la playa con Mark Bradley? Eso te habría cabreado, ¿verdad? Sobre todo si estaban besándose.

Troy se agarró con fuerza el cuello de la camiseta.

—Glory no hubiera dejado que él la tocara.

—Pero ¿y si lo hizo? ¿Y si la viste?

—¡No la vi! Quiere que parezca que yo la maté, y yo nunca le hubiera hecho

daño, nunca.

—Ya lo sé, Troy, de verdad. Puedes ayudarnos a probarlo.

—¿Cómo?

—Alguien de la oficina del *sheriff* va a hacerte una visita y te meterá un bastoncillo en la boca.

—¿Qué? ¿Para qué?

—Para obtener una muestra de ADN y compararla con los restos que hemos encontrado bajo las uñas de Glory. Creemos que arañó a la persona que la mató.

Troy abrió los ojos.

—Sí, pero ella era mi novia. ¿Y si ese día me hubiera arañado accidentalmente?

—¿Lo hizo?

—No creo, pero no estoy seguro. No lo recuerdo.

—Danos una muestra. Lo comprobaremos y ya veremos.

El chico vaciló.

—Sí, supongo que sí. Pero eso no significa...

—¡Troy!

Cab oyó una voz estridente procedente de la puerta lateral del bar, que había quedado abierta. Delia Fischer estaba en el marco, con las manos apoyadas en las caderas. Su cara reflejaba cansancio, y la sospecha asomaba a sus ojos inyectados en sangre.

—Troy —volvió a gritar—, tus padres quieren saber dónde demonios estás.

—Tengo que irme —dijo Troy.

—Claro.

Troy parecía aliviado de poder escapar. Corrió hacia el bar y se escurrió junto a Delia, que salió afuera, cerró la puerta tras ella y esperó a Cab. El pelo rubio de bote le caía sin fuerza por los hombros. Llevaba un polo holgado con el logo del bar sobre el pecho y un delantal anudado sobre los tejanos negros. Parecía una mujer que hubiera encogido con los años y fuera menguando de tamaño.

—¿Cómo está, señora Fischer? —preguntó Cab.

—¿Cómo cree que estoy?

—Lo siento, sé lo difícil que debe de ser.

—¿Qué quiere, detective? ¿Qué está haciendo aquí?

—Todo lo que puedo para averiguar lo que le ocurrió a Glory —le explicó.

Delia tenía las manos húmedas, y se las secó en el delantal.

—¿Por qué hablaba con Troy?

—Sólo quería hacerle algunas preguntas más.

—¿Qué clase de preguntas?

Cab se encogió de hombros.

—Simple rutina.

—Con quien debería hablar es con Mark Bradley —replicó ella con brusquedad.

—El señor Bradley no habla —la informó, y añadió—: Por lo que parece, la gente de por aquí ha decidido tomarse la justicia por su mano. Alguien intentó matarlos a él y a su esposa.

—¿Se supone que tengo que sentirme mal por eso?

—Si al señor Bradley le ocurre algo, lo más probable es que nunca sepamos la verdad sobre la muerte de Glory.

—La gente hará lo que quiera, a mí no me importa. Eso es problema del *sheriff*, no mío.

Delia llevaba su resentimiento como un sudario sobre los rígidos hombros. Cab sabía que nada de lo que hiciera cambiaría sus sentimientos. Ya había decidido: había escogido un responsable para su dolor, y ese responsable era Mark Bradley. Él se había convertido en el símbolo de todo lo que había ido mal en su vida.

—¿Trabaja usted aquí? —preguntó Cab mientras señalaba el bar con la cabeza.

—Sí.

—¿Es camarera?

—Así es, soy camarera, y también vendo bisutería en casa. Me las apaño. — Observó con desdén el traje caro de Cab—. Supongo que no sabe lo que es eso.

—Tiene razón, no conozco ese tipo de vida, pero lo respeto.

—No necesito su respeto ni su lástima. A algunos de los habitantes de Door County les ha ido muy bien. Compraron tierras hace décadas, cuando era barata. Mis padres no podían permitirselo. Tuve suerte de que saldaran la hipoteca de su casa, para tener un lugar donde vivir. Entonces perdí a mi marido; no tenía seguro de vida, así que las niñas y yo nos quedamos solas y sin nada. Ahora sólo quedamos Tresa y yo.

—¿Cómo lo lleva Tresa? —quiso saber Cab.

—¿Por qué? ¿También quiere interrogarla? ¿Cree que mató a su propia hermana?

—Sólo quería asegurarme de que estaba bien.

—Ése es mi problema, no el suyo, detective. Me encantaría que hiciera su trabajo, y en lugar de eso parece estar mirando a todo el mundo menos al hombre que ambos sabemos que es culpable. Marea a Troy, que no levantaría un dedo contra Glory. Persigue incluso fantasmas.

—¿Se refiere a Harris Bone?

—Sí.

—No hay razón alguna que me induzca a pensar que Harris tiene nada que ver con este caso, pero no puedo ignorar la posibilidad.

Delia meneó la cabeza.

—¿Se ha escuchado? Está haciendo exactamente lo que Mark Bradley y su mujer quieren que haga. Está siguiéndoles el juego. Si Harris estuviera en Florida, alguien

le habría reconocido.

—A lo mejor alguien lo hizo —dijo Cab con delicadeza.

—¿Se refiere a Glory? Si le hubiera visto, habría llamado a la policía. O a mí. Cab ladeó la cabeza con curiosidad.

—No la llamó, ¿no?

—No.

—Pero usted conocía bastante a Harris Bone, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Me sorprende un poco que siguieran siendo amigos después del accidente de coche en el que murió su marido.

Delia tensó los labios, que se le pusieron blancos.

—Harris no tuvo más culpa en lo que ocurrió que el resto de nosotros. Nos comportamos como unos estúpidos. Fue una tragedia.

—¿Le sorprendió lo que le hizo a su familia?

—Me asqueó. Dondequiera que esté, espero que vea las caras de su familia cada vez que intente dormir. Espero que vea la cara de Glory, también. Pero eso no significa que crea que estaba en Florida.

—Comprendo cómo se siente —le dijo Cab—. Mark Bradley es el principal sospechoso, pero no el único, y si no comprobara otras hipótesis estaría propiciando que el jurado le absolviera. No quiero que eso ocurra.

Delia se presionó la frente con ambas manos, como si combatiera el dolor agudo de una migraña.

—Ya sé cómo va esto, detective. Saldrá libre. La gente de la ciudad, los que tienen dinero, contratan a abogados y se libran.

—No si yo puedo evitarlo —señaló Cab.

—Ya he oído eso antes, detective —replicó Delia en tono cansado—, así que será mejor que no gaste saliva intentando convencerme de que esta vez será distinto. No espero que se haga justicia. La policía no hace nada, los fiscales tampoco, y al final el culpable queda en libertad.

Dio media vuelta y regresó al interior del bar dando un portazo.

Peter Hoffman aparcó al final de Juice Mill Lane, donde una verja de metal oxidado cortaba el paso del viejo camino que llevaba hacia el bosque. Se hallaba en los límites del parque de Newport State, que se extendía por el extremo oriental de NorDoor y se adentraba en el lago Michigan como el perfil de la barbilla de un monstruo. Aún era el propietario de varios acres de tierra allí, que habían pasado de sus abuelos a sus padres a lo largo de medio siglo. Ahora apenas las visitaba. Hacerlo le traía demasiados recuerdos de épocas y personas que ya habían muerto.

Estaba borracho. Sabía que no debería estar bebiendo, pero no había nadie cerca que se lo impidiera, y la tierra baldía se encontraba a sólo unos kilómetros al sur de Timberline Road desde su propia casa en la costa norte. Salió del coche y no vio nada a su alrededor aparte de los campos invernales y el bosque enmarañado que se extendía detrás de la carretera vallada. El sol casi se había puesto. El mundo oscurecía minuto a minuto.

Hoffman se llevó consigo la botella medio vacía. Pasó junto a la verja con la señal de «Prohibido pasar» y bajó renqueando por el viejo camino de leñadores. Una cresta de hierba aletargada dibujaba una línea entre los surcos de los neumáticos, pero hacía años que ningún vehículo pasaba por allí. Había carteles de «Propiedad privada» colgados en los troncos de los árboles cada veinte metros. Él mismo los había clavado. No quería que los paseantes del parque acabaran en sus terrenos y se volvieran curiosos.

Al llegar al camino que llevaba a la cabaña de caza de su abuelo, trató de recordar la última vez que había estado allí. Hacía por lo menos tres años. El cobertizo estaba escondido detrás de un ejército de frondosos árboles con los troncos cubiertos de musgo. Había pasado incontables noches y amaneceres allí dentro, antes de que las paredes se pudrieran y el techo se derrumbara durante una nevada invernal. Allí había tomado su primera cerveza. Había escuchado a su abuelo despotricar contra Kennedy. Había olido la sangre de los animales que mataban. Había brindado con Felix en memoria de los amigos muertos, desde que ambos volvieran de la guerra.

En una ocasión había traído a Harris y a los chicos para pasar una noche de hombres en los bosques. Hacía más de una década de eso. Recordaba lo contento que estaba entonces con su vida, rodeado por la familia, con una mujer en casa a la que quería, en un hermoso lugar del mundo donde tenía una historia y amigos.

Ahora todo había desaparecido.

Contempló las ruinas de la cabaña frente a él y pensó que eran como las ruinas de su propia vida. La naturaleza se adueñaba de ella año tras año. Hacía mucho tiempo que los vándalos habían roto las ventanas. Las vigas de madera estaban combadas e hinchadas, y la estructura, que su padre había construido con sus propias manos, se

derrumbaría por completo en un año o dos. No tenía planeado estar presente para ver su desaparición final. Ya era un lugar embrujado, y él estaba preparado para convertirse en uno de sus fantasmas.

Hoffman desenroscó el tapón de la botella y le dio un trago, sin prestar atención al ardor en su garganta. Le costaba mantenerse en pie. El gélido viento soplaba a su alrededor y le calaba los huesos mientras la oscuridad aumentaba, convirtiendo el bosque en un nido de sombras y escondites. Aspiró el olor de la madera putrefacta. Mientras estaba allí, en el claro, los recuerdos irrumpieron en su mente. Los había buenos, y los había terribles.

Habría sido fácil matarse allí mismo. La muerte no tenía ningún misterio para él ni le asustaba. Había considerado la posibilidad de llevar una escopeta al húmedo sótano y usar los dedos de los pies para alcanzar el gatillo. En algún momento, alguien habría tropezado con la trampilla de la escalera y lo habría encontrado. En algún momento, habrían sabido qué había ocurrido.

Así era como actuaría un cobarde. Pero Hoffman nunca había sido un cobarde. Tenía una deuda con Delia Fischer y Glory, y no podía desentenderse de ella. Había llegado el momento de enfrentarse a la verdad.

La botella le resbaló entre los dedos entumecidos y aterrizó en el suelo blando sin romperse, pero no la recogió. El líquido ambarino corrió como un río hacia la trampilla del refugio para las tormentas. Dio media vuelta, dejando la cabaña y sus recuerdos atrás. Sus botas imprimían huellas en la nieve. Se sentía en paz por primera vez en mucho tiempo y pensó que esa noche podría dormir, que era algo que por lo general no conseguía hacer.

Regresó por el camino con surcos hasta que vio la valla de metal en el camino sin salida, a unos cincuenta metros. El último rayo de luz diurna iluminaba el hueco entre los árboles, en contraste con el sombrío interior del bosque. La luz del sol se reflejaba en algo. Un espejo. Un cristal. Unos prismáticos.

Hoffman oyó el motor de un coche. No pudo verlo, pero lo oyó. El ruido era fuerte, pero se desvaneció a medida que se alejaba por Juice Mill Lane con un rugido sobre la grava. Al llegar a la verja, donde estaba aparcado su propio vehículo, no vio nada más que una estela de polvo elevándose del camino de tierra. El coche había llegado y se había ido mientras él permanecía en el bosque.

Alguien le había observado. Le habían seguido.

No importaba. No le importaban las consecuencias para él mismo ni para nadie más. Sabía lo que tenía que hacer.

Había ocurrido cuando Delia tenía dieciséis años, la misma edad que Glory.

El chico se llamaba Palmer Ford, la clase de nombre que unos padres pondrían a un hijo cuando el dinero era un derecho adquirido de nacimiento, cuando todas las

escuelas a las que acudiría ese hijo serían privadas y elitistas. Era originario de Kenilworth, uno de esos enclaves ricos de Chicago, con fincas deslumbrantes y terrenos junto al lago. Tenía la misma edad que Delia. Ese verano, sus padres alquilaron una casa en Mansion Road, en Fish Creek, durante las dos últimas semanas de julio. Palmer tenía su propio coche, y sus padres le dejaban a su aire mientras se iban a comprar obras de arte y antigüedades.

Él hizo lo que suelen hacer los niños ricos en sitios como Door County: buscó a un joven lugareño para comprarle droga. Delia lo conoció un viernes por la noche en una fiesta en Clark Lane, donde un montón de adolescentes colocados amarraron entre sí las barcas de pesca, se tumbaron de espaldas y contemplaron las estrellas. Delia y Palmer acabaron uno junto al otro, mezclando cerveza y marihuana y con los pies colgados sobre el agua fría. Hablaron. Rieron. Se besaron.

Él era alto y guapo, con el pelo negro ensortijado peinado hacia atrás, una nariz ganchuda y un físico musculoso. Un deportista. Jugaba a fútbol americano en el instituto y los ojeadores de las universidades ya habían anotado su nombre en la lista. Iba bien vestido, con camisetas Izod, pantalones caquis y náuticas sin calcetines. Gastaba el dinero a espuestas. Era imposible que no te gustara alguien que siempre pagaba la cuenta de todos. Eso era lo que hacían los j.bis: venían y se iban del pueblo, poniendo la miel en los labios y trabando amistad con chicos que no serían adecuados en su ambiente.

Tras esa primera noche, Palmer y Delia se vieron cada tarde. Jugaron al minigolf. Compraron helados. Se besaron más, y ella le dejó que le metiera la mano bajo la blusa, donde él le frotó los pezones con manos ansiosas. Delia no era virgen. Se había acostado con un par de chicos, uno al año desde los catorce. Más tarde, los abogados habían querido demostrar que pareciera una guarra que se liaba con cualquiera, pero eso no era cierto. La mayoría de sus amigas se pasaban el verano de chico en chico; Delia no.

Palmer era un caballero, o así lo creía ella. No la presionaba y detenía sus avances cuando ella se lo pedía, aunque podía notar su erección a través de los pantalones, como una barra de acero contra el muslo. Suponía que la última noche, la noche antes de que él la dejara para siempre y regresara a Chicago —que era como acababan siempre estas relaciones—, cedería. Se abriría de piernas para darle su premio por todo el dinero que se había gastado en ella. No se hacía ilusiones de que la quisiera o fuera a invitarla a Mansion Road para conocer a sus padres. Era un rollo de verano, como un caramelo: lo desarrollabas, te lo comías y desaparecía. A ella ya le iba bien; no esperaba nada más.

Delia no tuvo ocasión de aguardar a la última noche, ya que Palmer perdió la paciencia con ella. Cuatro noches antes del final de sus vacaciones, aparcó en una carretera secundaria desierta mientras la llevaba a casa, a la una de la madrugada. No

se dio por satisfecho con sentir sus pechos; le levantó la camiseta y los dejó al descubierto. Sus dedos se lanzaron sobre la hebilla de los tejanos, y luego sobre la cremallera. Debería haber resultado agradable, pero no lo era, y Delia se dio cuenta de que sentía terror y claustrofobia mientras el peso del cuerpo de atleta de él la mantenía sujeta. Le pidió que parara, pero no le hizo caso.

Veinticinco años después, aún podía cerrar los ojos y sentirlo. La presión sobre su pecho, la dificultad para respirar. Sus manos cerradas con fuerza sobre sus muñecas, hasta el punto de dejarle moretones. La cabeza de Delia colgando hacia un lado, entre el asiento de piel y la puerta de metal del coche, con el pelo sobre la cara. El aliento en su oreja. El dolor, el sudor, la sangre, la saliva y la descarga.

Al día siguiente, entre murmullos, le contó a la policía todos los detalles de la violación y arrestaron a Palmer. Felix Reich, que por entonces era ayudante, no el *sheriff* titular, les había jurado a su madre y a ella que aquel chico pagaría por lo que había hecho. Era joven; se equivocó: Palmer no pagó, fueron sus padres quienes lo hicieron. Compraron a un abogado. Compraron a los políticos y al fiscal del condado. Delia consiguió aguantar hasta la declaración, cuando una abogada de mediana edad le preguntó en un terrible tono monocorde sobre su historial sexual, su período, su consumo de drogas, sus notas en la escuela, sus preferencias en métodos contraceptivos, su experiencia en el sexo oral y cada cuánto se masturbaba. Al final de esos noventa minutos, Delia se sentía como si la hubieran violado una segunda vez. Mientras salía del despacho de la abogada, tuvo un ataque de pánico y se despertó en el hospital.

Nunca se presentaron cargos contra Palmer Ford, y ella jamás volvió a verlo. Felix Reich fue a su casa y se disculpó personalmente, pero Delia sabía que él no tenía la culpa. No es posible luchar contra un sistema engrasado con dinero y poder. Los niños ricos, los deportistas consentidos, pueden hacer lo que les plazca. Había aprendido una lección que se confirmaría una y otra vez a lo largo de su vida.

La justicia no existía.

Delia pensó en Palmer mientras permanecía de pie en el muelle de cemento que se adentraba en las aguas erizadas del lago Michigan, cerca del parque de Cave Point. El chico se había convertido en abogado y defendía a víctimas de acoso sexual en el trabajo. Tenía gracia. No podía evitar preguntarse qué pensarían sus clientas si supieran la verdad.

De pronto se echó a llorar. No por ella, sino por Glory. Y también por Tresa. Aun después de los años transcurridos, nada había cambiado. Seguía sin haber justicia.

Delia oyó unos pasos detrás de ella, se volvió y vio a Troy Geier. Ni siquiera le había oído llegar en su Pontiac Grand Am de los ochenta, estacionado junto a su coche en el enorme descampado al final de Schauer Road. Estaba demasiado absorta en sus propios pensamientos. Troy se acercó y a ella le incomodó su presencia. Nunca

había pensado que el chico tuviera algo en la cabeza; era lento y bobalicón, tal como decía su padre. Ni por un momento había creído que Glory sintiera algo serio por él.

Permanecieron en silencio, de pie junto al lago. El agua estaba casi negra más allá de la tierra. Cerca, en la orilla, Delia distinguió conchas blancas y colonias viscosas de algas verde esmeralda. Las olas chapoteaban entre los neumáticos sujetos al muelle. Sus ojos se fijaron en los amarres en forma de T que moteaban el cemento; parecían pequeñas cruces que le recordaron a un cementerio. Delia se estremeció y perdió la paciencia.

—Bien, Troy, aquí estoy —le espetó—. ¿Qué quieres? ¿Para qué querías que nos viéramos?

Troy echó un vistazo detrás de él con un gesto nervioso, para asegurarse de que estaban solos.

—Sólo he pensado que nadie debería vernos hablando.

—Oh, por el amor de Dios, trabajamos en el mismo maldito bar cada día.

—Lo sé, pero esto es diferente.

—Estoy cansada. Tengo ganas de irme a casa y tomarme algo, ¿de acuerdo? Dime qué es eso tan importante.

Troy movió los pies y se ajustó el pantalón. Delia se sentía culpable por tratarle mal, pero todo el mundo trataba mal a Troy. Era tan blando que daban ganas de gritarle.

—Lo siento, Troy —continuó—. Sólo estoy enfadada con el mundo. También siento todo lo que te dije en Florida; lo que le pasó a Glory no fue culpa tuya.

—No, usted tenía razón —dijo él—. Debería haber estado pendiente de ella, debería haberla protegido.

—Sólo dime lo que tengas que decirme, y así los dos podremos irnos a casa.

—He estado pensando en algunas cosas —murmuró Troy—. No sé, nada está saliendo como debería y no me gusta ese detective. Actúa como si yo lo hubiera hecho, lo cual es una locura.

—Los polis tratan a todo el mundo como si fuera culpable —dijo Delia—. Eso no significa nada.

—Sí, pero ¿cuándo va a arrestar a Mark Bradley? ¿Cuándo va a pagar ese cabrón por lo que hizo?

Delia pensó en Palmer Ford. En Harris Bone. Personas que nunca habían pagado.

—No tengo ni idea, Troy. Las normas no son las mismas para la gente como ellos que para nosotros.

Troy se golpeó la mano con el puño.

—Sí, eso es lo que me temo. Creo que al final se va a ir de rositas.

—Ojalá te equivoques, pero no podemos hacer nada excepto esperar y rezar —le dijo Delia con un suspiro. Se sentía frustrada. Indefensa—. A lo mejor esta vez Dios

nos asiste.

—Sí que podemos hacer algo —insistió Troy.

—¿Qué?

—Encargarnos de ello.

Delia apartó la vista del lago y observó al chico, cuya cara redonda reflejaba una violencia pueril que nunca antes le había visto. Se le aceleró el corazón.

—¿Qué quieres decir con eso?

Los ojos de Troy vagaron de nuevo por el aparcamiento vacío.

—Sólo hemos de esperar una noche en que esté solo en la isla. Tengo un amigo que trabaja en el *ferry* y me avisará cuando la mujer de Bradley se marche. Yo mismo puedo navegar hasta allí y encargarme de ello; sólo necesito una coartada, alguien que declare que yo estaba con él esa noche.

Delia pensó en todas las cosas que debería decirle. «Te has vuelto loco. Esto está mal. No vuelvas a hablar de ello nunca más». Sabía que tenía que cortarlo de raíz antes de que llegara demasiado lejos. Antes de que todo se descontrolase. Debía detener a ese chico antes de que cometiera un terrible error.

Pero la verdad era que no quería detenerle.

—Cuando dices que te encargarás de ello —murmuró Delia—, ¿qué tienes planeado hacer exactamente?

Troy se abrió la chaqueta y se lo mostró.

—Tengo una pistola —dijo.

La calle que salía del centro de Fish Creek terminaba más allá del White Gull Inn, en una playa desde la que se divisaban las aguas de Green Bay. Cab se compró un bocadillo de pan de *focaccia* con *brie* y col, y encontró un banco donde sentarse a contemplar la puesta de sol. Por fin se había comprado un abrigo de lana gris que debía llegarle a los tobillos, pero sólo le caía hasta las rodillas. Por primera vez desde su llegada, no tenía frío.

La playa no se parecía a ninguna de las que conocía en Florida o España, donde los dioses del sol se tumban en la toalla junto a un agua clara y tranquila. En lugar de una extensión llana de arena, el viento creaba dunas con picos y valles. La marea había traído consigo residuos que cubrían la orilla. El agua parecía inmersa en una lucha consigo misma y las olas rompían con violentas salpicaduras. El sol poniente se veía imponente desde donde él estaba, y cuando finalmente desapareció apenas quedó una larga franja de melancólico gris.

Notó la vibración del móvil que indicaba la recepción de un mensaje. Al abrirlo, vio que su madre le había escrito desde Londres, donde era medianoche pasada. Su humor sombrío se animó al pensar en ella.

Hola, cariño. Estoy en un taxi y he pensado en ti, ja, ja^[5]. ¿Cuándo te veré? Hace demasiado. Te quiero, T. P. D.: Bonito sitio ese donde estás.
¿Vive alguien ahí?

Tarla tenía un sexto sentido para leerle la mente. A Cab le desorientaba pensar en sí mismo en un rincón del planeta, en aquel lugar solitario, e imaginarse a su madre al otro lado del océano, en medio de las luces urbanas y el ruido de Londres. Ella tenía razón; Cab se sentía como si allí no viviera absolutamente nadie. La soledad era apabullante, tal vez porque aquella tierra baldía reflejaba sus sentimientos. Siempre había asumido que lo que deseaba era un aislamiento como aquél, pero empezaba a darse cuenta de que no era saludable; se propagaba como un virus. Echaba de menos a su madre en Londres. Echaba de menos a Lala en Florida. No le gustaban tanto las islas como había creído.

—Hola, detective.

Cab miró sorprendido por encima del hombro y vio a alguien que vivía ahí. Alguien que aseguraba disfrutar de la soledad de la que él deseaba escapar.

—Señora Bradley —dijo, y miró su reloj—. ¿No debería estar ya en casa?

—He perdido el último *ferry* —le explicó—. Una amiga mía tiene una casa de alquiler cerca de aquí y me deja que me quede en ella.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Le he visto pasar por el pueblo con el coche. Resulta difícil no reparar en su Corvette; todo el mundo sabe ya quién es usted.

—Eso parece.

—Bienvenido a la vida en un pueblo pequeño.

—Me he enterado de lo de su accidente en la isla —dijo Cab.

—No fue un accidente.

—Ya. Me alegra ver que se encuentra bien.

—Tengo un dolor de mil demonios. Mañana me quedaré en la cama.

—Me alegro por usted. ¿Tiene hambre? ¿Le gustaría la mitad de un bocadillo vegetariano?

—¿Tengo aspecto de que me guste la comida de chicas? —preguntó Hilary—. Debería volver cuando el Stillwater abra para la temporada alta y pedirse la mejor *cheseburger* del mundo.

—Le tomo la palabra.

Hilary se sentó junto a él en el respaldo del banco. Contempló el horizonte, donde el cielo azul se hundía en la noche, se sacó las gafas y se apartó un mechón de pelo rubio de los ojos, un sencillo gesto que a Cab le pareció extrañamente erótico. Era consciente de que esa mujer le resultaba atractiva, y eso le incomodaba. Sabía lo que veía Mark Bradley en ella. Fuerza. Determinación. Profundidad.

Aun así, su cara reflejaba preocupación. Algo la inquietaba.

—¿Está bien? —le preguntó él.

Ella le dedicó una mirada de «¿y a usted qué le importa?».

—Estoy bien —respondió—. ¿Por qué lo pregunta?

—Doy por hecho que soy la última persona sobre la faz de la tierra con la que querría hablar —dijo él.

—Si vives aquí, a veces te das cuenta de que tienes ganas de hablar con alguien, no importa con quién.

—Es muy buena con los halagos.

Ella reparó en lo que acababa de decir.

—Lo siento.

—No se preocupe.

Hilary parecía estar buscando algún tema inocuo de conversación, y Cab sospechaba que era porque no quería decirle lo que en realidad estaba pensando.

—¿Qué se pone en el pelo? —preguntó ella al final.

A él le hizo gracia.

—Es un gel moldeador. Mi madre me lo manda desde Londres.

—Me gusta.

—Gracias.

—No es usted el típico poli, ¿verdad?

—No exactamente —convino Cab.

—Hablando de su madre —dijo Hilary—, al principio no caí en quién era; me

llevó un tiempo reconocer el nombre. Creo que no he visto ninguna de sus películas. Me van más las pelis de chicas.

Cab arqueó una ceja.

—¿A usted?

—¿A mí? No —respondió Hilary con una sonrisa—. Ya le he dicho que no soy muy femenina.

Cab casi quería creer que estaba tonteando con él.

—Es una vida artificial, ¿no? —preguntó ella—. Me refiero a Hollywood.

—Mucho.

—¿Por eso no se metió en ello?

—Sí.

—No le gusta hablar de usted mismo, ¿verdad?

—No.

Ella asintió.

—A mí tampoco. Lamento el comentario que hice en la isla, sobre que una mujer le había engañado. No es asunto mío.

Cab se preguntó si esperaba que él se abriera y admitiera la verdad. «Estaba en lo cierto —le diría—. Deje que le hable de Vivian Frost». En lugar de eso, permaneció en silencio. Volvió a sentirlo de nuevo, aquel viejo instinto de apartarse de las mujeres. Se preguntó, como había hecho con Lala, si valía la pena intentar superarlo. Si las circunstancias fueran distintas, Hilary Bradley era el tipo de mujer al que le habría gustado conocer. Pero las circunstancias no eran distintas. Ni para ella ni para él.

—¿Le importa si hago una observación de poli? —preguntó.

—Adelante.

—No me parece una mujer que ha perdido el *ferry*.

Ella pareció incomodarse.

—Pasa continuamente.

—Si usted lo dice.

Cab le concedió un minuto de silencio. Sabía que ella sentía la tentación de levantarse e irse. Fuera lo que fuese lo que le preocupaba, la hacía sentir vulnerable, y no había duda de que se trataba de una mujer a la que le desagradaba esa sensación.

—No he perdido el *ferry* —admitió—. Decidí no ir a casa esta noche.

—Ya veo.

Su expresión de angustia sólo contribuía a que estuviera más guapa. Le desagradaban las mujeres que esperaban que cuidaras de ellas, y Hilary Bradley no era así en absoluto. Parecía incapaz de hablar y admitir qué tenía en la cabeza.

—Sea sincero conmigo —le pidió—. ¿De verdad tiene un testigo que vio a Mark besando a Glory Fischer en la playa?

Cab lo entendió. Los fundamentos sobre los que ella había construido toda su vida de pronto le parecían muy frágiles. En una situación normal no habría revelado nada acerca de las pruebas del caso, pero fue incapaz de no decir nada. Eligió cuidadosamente sus palabras.

—No he hablado con el testigo en persona —reveló—, lo haré mañana. No puedo contarle con exactitud qué vio o dejó de ver.

—En la playa estaba oscuro. Podría ser un caso de identificación errónea.

—No puedo decir ni que sí ni que no.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —insistió ella con convicción, y él pensó que hablaba tanto para ella como para él.

—Ya lo sé. Si le sirve de algo, señora Bradley, espero que su marido sea inocente. Me gustaría pensar que aún quedan relaciones sólidas en este mundo.

—Pensaba que usted sólo creía en la traición, detective. —Su voz volvía a ser fría.

—Así es, pero me encantaría equivocarme, entonces y ahora.

Hilary se levantó del banco e irguió los hombros.

—Ahora se equivoca.

—Quizá.

—Esto es lo que yo pienso —dijo Hilary—: su testigo no vio lo que cree que vio. O bien no era Mark o bien malinterpretó lo que estaba ocurriendo entre ellos.

—Discúlpeme, señora Bradley, pero si de verdad piensa eso, ¿por qué ha perdido el *ferry*?

—Váyase a la mierda —le espetó ella, sorprendiéndole con su mala leche. Giró sobre sus talones y luego se detuvo en medio del claro—. Lo siento. Mark no mataría nunca a nadie, no es esa clase de hombre.

—Tal vez no lo sea, pero eso no significa nada.

—¿Mataría usted a una chica inocente? —le preguntó ella—. ¿Sería capaz de hacer algo así?

«Ya lo he hecho», pensó él.

—¿Una chica inocente? Por supuesto que no.

—Entonces ¿por qué cree que Mark sí?

Hilary no esperó respuesta, y Cab no iba a darle una. Ella se dirigió a su coche y se alejó hacia el centro de Fish Creek con un rugido rabioso del motor. Él volvió a quedarse solo con la noche invasora y las aguas bravas de Green Bay bajo él. No le gustaba, no importaba lo bonito que fuera. Le hacía sentirse muerto. Coge-un-Cab Bolton estaba preparado para irse a cualquier lugar que no fuera aquél.

Gary Jensen vivía en lo alto de una colina, en un cruce donde se juntaban cinco calles al final de la zona edificada de la ciudad. Frente a su casa, que hacía esquina, la tierra daba paso a campos de hierba y tierras de cultivo. Al caer la noche, Amy aparcó junto al camino de entrada de Gary, al abrigo de los gigantescos robles y los dulces arces que llenaban la propiedad. Apagó el motor. La radio, en la que sonaba una canción triste de Adele titulada «Hometown Glory», se quedó en silencio en las notas finales.

Permaneció sentada y le envió un mensaje a Katie. «Ya he llegado».

Luego salió del coche. Las luces estaban encendidas en los dos pisos de la casa de ladrillo, pero habían corrido las cortinas. Las ramas de los árboles colgaban tan cerca de las ventanas que rozaban casi todos los cristales. Amy avanzó por la cuneta de hierba hacia la parte frontal de la casa, y una farola dibujó su sombra sobre la carretera que bajaba por la colina detrás de ella y llevaba a la alejada playa. Delante de ella, a poco más de medio kilómetro, oía el rugido del motor de los vehículos que circulaban por la carretera 57, que aceleraban para alejarse o entrar en el centro de Green Bay. Distinguió una pequeña parcela arbolada en diagonal con la casa, que señalaba el límite del parque de Wequiock Falls. Amy había ido allí de excursión para ver el salto de agua cada temporada, sin saber que Gary vivía a tiro de piedra de la pista.

Se oyó la melodía de una canción en su móvil. Katie le había contestado el mensaje. «No cometes ninguna estupidez». Amy se preguntó si ya la había cometido al estar ahí. Avanzó entre el laberinto de gruesos troncos hacia la puerta delantera. Cuando llamó al timbre, Gary abrió enseguida. La estaba esperando.

—Amy —la saludó con una sonrisa—. Entra.

La casa olía a cerrado, a polvo y a antiguo, como las viviendas de los ancianos. Como olía siempre la casa de la abuela de Amy. El papel de las paredes era estampado, y en algunas partes se había despegado. La alfombra era densa, de felpa marrón chocolate. Gary la acompañó a la sala de estar, donde la luz de techo procedente de un viejo aplique de latón iluminaba tenuemente la estancia. Vio un piano arrimado contra una de las paredes, un sofá con estampado de cachemir y un sillón con patas. La habitación daba a la calle, pero las pesadas cortinas estaban bien corridas.

—Da escalofríos, ¿verdad? —dijo Gary—. Creo que la familia Addams vivía aquí.

Amy se encogió de hombros.

—Sólo es anticuada.

—La dueña era una mujer de ochenta años. Vivía sola; probablemente era una de esas vírgenes de toda la vida que tienen dieciocho gatos. La cantidad de polvo que

había era increíble. Nos salió bien de precio porque la familia estaba ansiosa por desprenderse de ella tras la muerte de la anciana. Mi mujer pensó que podíamos deshacernos de todo, pero nunca tuvimos ocasión de hacerlo.

—Lo siento.

—Alguna vez he pensado en quemarla entera —comentó Gary— y empezar de nuevo.

La miró como si esperara una reacción. Ella le dirigió una sonrisa incómoda.

—Me imagino que a la compañía de seguros no le gustaría mucho.

—Supongo que no. —Señaló el sofá con un gesto—. Siéntate, ponte cómoda. Me alegro mucho de que hayas venido.

Amy se sentó en el borde del sofá, con las manos en el regazo. Pensó que parecía una mujer tomando el té de las cinco, con el palo de una escoba metido por la espalda. «Relájate», se dijo.

Gary se sentó en el sillón y cruzó las piernas. Llevaba una camisa color burdeos, pantalones negros y zapatos de vestir. La piel de su cabeza casi calva estaba bronceada. Amy distinguió un brillo plateado en su mano izquierda, donde aún llevaba la alianza. Él no apartó los ojos de ella en ningún momento. Ella cruzó los brazos sobre los pechos al darse cuenta de que su mirada bajaba hacia éstos, pero no sirvió de nada; era como si estuviera en cueros.

—Lo hiciste muy bien en Naples —comentó Gary—. Introduces verdaderos ejercicios atléticos en tus números. Es un placer verte actuar. Es decir, seamos honestos, el baile tiene una cualidad sensual, y las mejores bailarinas saben cómo explotarla.

—La verdad es que no he pensado en ello —replicó Amy.

—No, claro que no, es algo que sale de manera natural. Lo noto en la gracia con la que mueves el cuerpo.

Amy jugó con sus rizos, incómoda.

—Gracias.

Gary volvió a ponerse en pie.

—Estaba a punto de abrir una botella de vino. ¿Quieres una copa? Será nuestro secreto.

—Mm, claro; supongo. Pero no mucho; tengo que conducir.

—Enseguida vuelvo —dijo él—. La tele está dentro de ese armario grande. He puesto el DVD con las actuaciones del equipo en el reproductor. Míralo.

—Sí, vale.

Gary salió de la sala y Amy oyó sus pasos sobre el suelo de madera del recibidor. Se apresuró hacia la puerta y oyó a Gary en la cocina, en el otro extremo del pasillo, tras una puerta batiente. A su izquierda nacía una escalera de caracol con un pasamanos de hierro forjado que llevaba al piso superior. En el recibidor había un

secreter de cortinilla con sobres que salían de los huecos, y tiró de varios para ver qué eran. En su mayor parte se trataba de facturas y extractos del banco. Buscaba algo, cualquier cosa que relacionara a Gary con Glory Fischer, pero no sabía dónde mirar. Sacó con rapidez la factura de Verizon del sobre abierto, pero antes de que pudiera revisar los números de teléfono oyó el tintineo del cristal en la cocina. Volvió a meter la factura y el sobre en el hueco y corrió de vuelta a la sala. Su respiración era entrecortada y sabía que se había ruborizado.

Gary entró en la estancia con una copa de vino en cada mano.

—¿No has encendido el televisor? —preguntó.

—No he encontrado el mando —explicó Amy.

—Está justo encima del armario —replicó él con una sonrisa.

—Ups. Es verdad.

—¿Estás bien? —preguntó él al advertir su nerviosismo.

—Sí, estoy bien.

Gary abrió las puertas de nogal del armario y dejó a la vista el televisor de pantalla plana que había en el interior. Le dio al botón de encendido y pulsó el play del reproductor de DVD. Amy vio el escenario del hotel de Naples y oyó el parloteo de la multitud en las gradas. En la pantalla, las chicas de su equipo de Green Bay entrenaban antes de su primera actuación. Se vio a sí misma realizando estiramientos sobre la colchoneta, con las piernas separadas. La cámara de Gary parecía centrarse en su cuerpo.

Éste le tendió una de las copas de vino.

—Aquí vamos.

—Gracias.

Gary brindó, haciendo tintinear el cristal.

—Por ti, Amy.

Ella bebió un sorbo; el vino estaba frío y seco.

—Está bueno.

—Me alegro de que te guste.

—Qué semana pasamos en Florida... —comentó Amy.

—Me encanta Naples. Algún día tengo que conseguirme un piso allí.

—Sí, eso sería fantástico. —Dio otro trago nervioso al vino—. ¿Te has enterado de lo que pasó el sábado por la noche? Mataron a una chica de Wisconsin. Da bastante miedo.

Gary se sentó de nuevo en el sillón e hizo girar el vino en su copa.

—Sí, lo he oído. Es terrible.

—Era de Door County. Eso no está muy lejos.

—No.

—Su foto salió en el periódico, y creo que la vi en el hotel.

—¿De verdad? ¿La viste?

—Sí. ¿Y tú? ¿La recuerdas?

Gary negó con la cabeza.

—No.

—Supongo que cuando estás rodeado de doscientas adolescentes todas acaban pareciéndose.

—Si fuera una de las chicas de los otros equipos, estoy seguro de que la recordaría.

—Sí, es probable. Da que pensar, ¿no? Por lo que parece, la mataron en la playa el sábado por la noche. Yo estaba demasiado nerviosa para dormir, así que me quedé estirada en la cama. Si hubiera mirado por la ventana... ¡uf! A lo mejor habría visto algo.

—Bueno, no creo que debas culparte, Amy —le aconsejó Gary.

—Oh, sí, ya lo sé —dijo ella, y añadió—: Siempre me cuesta conciliar el sueño después de una competición. ¿A ti también te pasa?

—Yo soy igual que tú. No paro de dar vueltas en la cama.

—Sí, mi habitación estaba junto a la tuya. Me pareció oírte llegar, así que imaginé que tampoco podías dormir.

Gary esbozó una sonrisilla extraña.

—Debiste de oír otra cosa. Yo estuve toda la noche en mi habitación.

—¿En serio? Estaba segura de haber oído como se abría y se cerraba tu puerta.

—En algún momento fui a buscar hielo; se me había olvidado. Seguramente eso fue lo que oíste.

—Claro.

Gary le aguantó la mirada sin pestañear. Su voz era tranquila, no había elevado el tono ni hablaba más rápido. No mostraba ninguna señal externa de culpa o sospecha. Aun así, Amy estaba convencida de que no le contaba la verdad. La explicación se le había ocurrido demasiado rápida y fácilmente. Era casi como si hubiera previsto sus preguntas y hubiera practicado las respuestas correctas para eludir sus preocupaciones.

A medida que daba sorbos al vino, se dio cuenta de que le estaba entrando dolor de cabeza. No acostumbraba a beber, así que dejó la copa para no empeorarlo.

—El hotel era bonito —continuó.

—Precioso. Muy elegante.

—Me pasé tanto tiempo en la piscina que pensaba que me iban a salir branquias —comentó ella con una risita. Era una broma lamentable. ¿Por qué había dicho eso?

—Sí, recuerdo que te vi. Te quedaba muy bien el bañador.

Le sonrió con los ojos brillantes.

—Era mi biquini de poder —dijo ella mientras se reía en un tono demasiado alto

—. ¿Es posible que te viera hablando con una chica junto a la piscina el sábado por la noche?

—No lo recuerdo.

—No era de Green Bay, por eso me fijé.

—Si tú lo dices, Amy —replicó él sin dejar de sonreír.

—Llevabas tu camiseta blanca de Phoenix.

—Bueno, allí hay muchos hombres que llevan camiseta blanca.

—Sí, supongo.

El teléfono de Gary empezó a sonar, y él miró el identificador de llamadas.

—Lo siento, tengo que contestar. Tardaré un par de minutos, ¿te importa? Ponte cómoda.

Amy le hizo un gesto con la mano.

—Sin problema. Es una casa antigua increíble. ¿Te importa si echo un vistazo?

—A tu aire —dijo él—. Pero no mires la ropa sucia que hay tirada en el suelo.

Contestó el teléfono mientras salía de la sala. Igual que había hecho antes, se fue por el recibidor y se dirigió a la cocina. Amy le siguió. Estaba enfadada consigo misma por haber bebido; notaba que el vino le había subido a la cabeza. La habitación le daba vueltas, y se sacudió para poder concentrarse. Oía la voz de Gary al otro lado de la puerta batiente.

Se agarró a la barandilla y empezó a subir las curvadas escaleras. Por dos veces puso el pie en el sitio equivocado y tuvo que sujetarse para no perder el equilibrio y caer. Al llegar al descansillo, se tambaleó y se mordió los labios mientras examinaba las habitaciones del piso superior. A su izquierda, a través de una puerta abierta, vio el gran dormitorio principal. La decoración era lúgubre y deprimente, como en el resto de la casa, empapelada de un color rojo oscuro y con pesadas cortinas que impedían el paso de la luz. Una lámpara *Tiffany* difundía un resplandor amarillo por la habitación desde la mesita de noche.

Como Gary había dicho, la habitación estaba hecha un desastre. Había ropa apilada en un montón junto al armario. El equipaje no estaba deshecho, y la maleta permanecía abierta y apoyada en la pared. Se inclinó sobre ella y se puso de rodillas; el dolor de cabeza empeoraba, y al frotarse la frente advirtió que estaba sudando. Hurgó entre los artículos metidos en la maleta, apartando algunas prendas de ropa sucias. Vio una libreta amarilla con anotaciones sobre el torneo de baile. Dos libros de tapa dura sobre deporte. Una cámara. Unos prismáticos.

Al levantar unos shorts de safari, se fijó en un trozo de encaje rosa que asomaba de un bolsillo lateral. Con la punta de un solo dedo extrajo lo que había en el interior, y descubrió que era un tanga. Transparente y provocativo. Mientras lo balanceaba en el dedo, también vio la camiseta blanca que Gary llevaba el sábado por la noche junto a la piscina. La cogió y se la acercó a la nariz: olía a crema protectora y sudor, pero

además percibió un intenso aroma salobre a agua de mar.

—¿Amy?

Era Gary que la llamaba desde abajo.

—Enseguida voy.

Se quedó paralizada con las prendas en la mano, preguntándose si debía sustraerlas para la policía. Antes o después, él lavaría la camiseta. ¿Las bragas? Las encontraría y las tiraría. Amy sujetó las prendas mientras decidía qué hacer, pero los engranajes de su cerebro no funcionaban bien. Volvía a sentir que la habitación daba vueltas, y se mareó al ponerse en pie.

—¿Estás bien, Amy?

—Oh, sí —gritó ella—. Tengo que ir al baño.

Regresó al pasillo y vio una puerta abierta al otro lado del pasillo que daba al lavabo; entró y cerró a su espalda. Casi se cayó encima de la puerta al hacerlo, y al intentar correr el pestillo, los dedos le resbalaron. Hizo una mueca mientras sentía un dolor punzante en la cabeza. Vio un armario para la ropa blanca que iba de pared a pared y, sin pensárselo, abrió la puerta y escondió la camiseta y el tanga debajo de una pila de toallas limpias.

Luego se metió la mano en el bolsillo para coger el móvil.

Hilary estaba sentada a la mesa de la cocina de la casa de Terri Duecker en Fish Creek, frente a una taza de té de zarzamora que desprendía una nube de vapor. Conocía bien la casa de alquiler. Era su residencia entre semana durante el invierno, cuando los *ferrys* dejaban de circular a una hora demasiado temprana para que pudieran volver a casa. En ese momento transmitía una sensación de vacío y tranquilidad excesiva, y era muy consciente de su soledad. Hilary sabía que había cometido un error. Un error inmaduro e impulsivo.

Después de encontrarse con Peter Hoffman se había dirigido al *ferry*, pero había contemplado cómo se marchaba en lugar de subir el coche a la cubierta. Quince minutos después, había llamado y mentido a Mark, diciéndole que lo había perdido. Cab Bolton estaba en lo cierto: ella nunca perdía un *ferry*. Si algo la definía, era que era organizada y eficiente con su horario.

Terri le había dedicado una mirada de extrañeza al verla regresar a Fish Creek, pero no había hecho preguntas. Cuando Hilary le pidió si podía quedarse en la casa esa noche, se limitó a contestar: «Claro». Con una expresión de preocupación, también le había preguntado a Hilary si necesitaba algo, y ella había vuelto a mentir al contestar que no. La verdad era que necesitaba recuperar la fe. Necesitaba a Mark. Necesitaba saber la verdad.

Él la había llamado dos veces, y en ambas ocasiones ella había ignorado la llamada. No quería hablar con él hasta que no supiera lo que iba a decirle. Ahora, en

el silencioso apartamento, con el aroma a té flotando en la cocina, se dio cuenta de que estaba eludiendo el camino difícil y escondiendo la cabeza ante lo que debía hacer. También estaba cometiendo un error que hacía mucho tiempo se había jurado no cometer: juzgar a Mark basándose en el testimonio de otra persona, en lugar de confiar en su instinto.

Cogió el móvil, que descansaba junto a la taza frente a ella, y pulsó el número de marcación rápida de su casa.

—Hola, te he llamado antes —dijo Mark.

—Ya, lo siento. Estaba recogiendo la cena en un restaurante, y luego me he puesto a hablar con Terri. No podía cogerlo.

—Ningún problema. Te echo de menos.

—Yo también.

—¿Va todo bien? Te noto rara.

—No, estoy bien —murmuró ella, pero no lo estaba, y no quería que él pensara que sí—. La verdad, cariño, es que ha sido una tarde dura.

—¿Y eso?

Hilary se armó de valor. «Dilo». Así era como se suponía que funcionaban las cosas entre ellos: sin secretos.

—Por lo visto Cab Bolton tiene un testigo. Alguien te vio en la playa con Glory.

—Hijo de puta —maldijo Mark—. Me lo temía.

—Hay más.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, el testigo os vio besándoos.

Mark se quedó callado; Hilary podía oír su respiración.

—Por eso no has venido a casa —dijo él al fin—. Crees que es cierto.

—No se qué creer.

—¿Quieres que lo niegue? Muy bien, lo negaré. No ocurrió; no la toqué. Pero si no estás segura, no sé de qué servirá. ¿Cómo te lo voy a demostrar?

—No tienes que demostrarme nada.

—Por lo visto, sí. —La voz de Mark era fría y traslucía su decepción.

—Me he equivocado al dudar de ti. Me he equivocado al no regresar a casa. Sólo me ha cogido por sorpresa, de repente. Necesitaba poner mi cabeza en orden.

Él tardó en responder. Al hacerlo, el tono de enfado había desaparecido.

—Hil, lo siento. Has permanecido a mi lado durante todo este año, cuando la mayoría de las mujeres me habría puesto la maleta en la calle. No has vacilado ni un momento. Así que no puedo culparte por preguntarte si te he engañado cuando te enteras de una historia así. Todo lo que puedo decirte es que no me importa quién sea el testigo: él o ella se equivoca. Yo no besé a Glory. En absoluto. Te dije que me rodeó el cuello con los brazos y me arañó porque iba borracha; a lo mejor eso es lo

que vio esa persona y lo malinterpretó.

—Probablemente sea así.

—Me desquicia que nos ocurra esto, porque lo único que puedo hacer siempre es pedirte que confíes en mí.

—Confío en ti.

—Te siento muy lejos —dijo él.

—Lo sé. Lo siento. —Hilary oyó el bip de su teléfono, que le indicaba que entraba otra llamada—. ¿Puedes esperar? Me está llamando alguien. No cuelgues; quiero seguir hablando.

—Aquí estaré.

Hilary pulsó la tecla iluminada de su teléfono y contestó.

—¿Sí?

Escuchó una voz juvenil que hacía años que no oía.

—¿Hilary? Gracias a Dios. Soy Amy, Amy Leigh.

Amy hablaba en susurros al teléfono, en el baño del piso superior de casa de Gary. ¿Qué estaba haciendo? Tenía la voz pastosa, y temió que Hilary pensara que había bebido y le estaba gastando una bromita. Unos cuantos tragos de vino y ya estaba borracha. Trató de concentrarse en las palabras, pero se dio cuenta de que su cerebro y su boca no terminaban de conectar.

—Estaba en el... Quiero decir que estaba... en Florida. La semana pasada.

—Sí, ya lo sé, Amy, yo también estuve allí. Lo hiciste muy bien. Felicidades.

Amy intentó pensar. ¿Qué debía decir?

—Sé lo que os está pasando. Lo disculpo mucho. Siento. Quiero decir que lo siento.

—Amy, ¿estás bien?

—No lo sé.

—¿Has bebido?

—Supongo. Eso... eso debe de ser. Mi entrenador.

—¿Qué?

—Mi entrenador. Mi entrenador. ¿Le conoces?

—He oído hablar de él —contestó Hilary—. ¿Cómo se llama? ¿Johnson?

—Jensen. Gary Jensen. Sí. Gary.

—¿Qué pasa con él?

Amy volvió a oír la voz de Gary; estaba al pie de la escalera. De pronto sonaba alta y suspicaz.

—¿Amy? —la llamó de nuevo—. Amy, ¿estás ahí arriba? ¿Qué haces?

Le oyó subir los escalones. Acercándose a ella.

—Florida —dijo al teléfono.

—Amy, lo que dices no tiene ningún sentido.

Amy se golpeó la cabeza con los nudillos. No le salían las palabras; tenía ganas de vomitar y notaba la lengua hinchada.

—Gary —murmuró. Y añadió—: Glory.

—¿Qué? —El tono de Hilary era apremiante—. Amy, ¿has dicho Glory? ¿Estás hablando de Glory Fischer? ¿Qué pasa con ella?

Amy no sentía tacto en los dedos. El móvil le resbaló de la mano y cayó sobre el suelo embaldosado. La cubierta de plástico se abrió y la batería salió disparada. Estaba muerto. Oyó a Gary llamando a la puerta; se hallaba a centímetros de ella.

—¿Amy? —la llamó.

Ella retrocedió y el pomo giró. Gary estaba a punto de entrar. Amy se agarró a la cortina de la ducha, cuyas anillas se desprendieron de la barra una tras otra, y acabó en el suelo. La puerta se abrió y él se quedó ahí de pie, contemplándola desde el umbral. Su cara no reflejaba ninguna emoción o sorpresa. Así que lo sabía; estaba esperando que ocurriera. Amy tenía que correr. Ponerse en pie, pasar por su lado. Excepto por el hecho de que no había ningún lugar al que ir.

Amy dio dos pasos vacilantes y las rodillas le fallaron. Perdió el conocimiento mientras su cara golpeaba el suelo.

Tercera parte

LA VENGANZA ES MÍA

Mark Bradley cruzó el paso de Death's Door en el *ferry* y condujo hacia su mercado al aire libre preferido, entre los pueblos de Ellison Bay y Sister Bay. Era uno de los pocos mercados de productores agrícolas que abría todo el año, con pasteles recién horneados y productos envasados en la cocina de la parte trasera de la tienda, alineados en los estantes. Le encantaba el olor a azúcar y flores, y los platos con catas de mostaza y quesos que había entre las paradas de madera. Llevaba consigo una bolsa de papel que iba llenando a medida que avanzaba por el pasillo. Se dio cuenta de que algunos de los lugareños le observaban, pero no hizo caso. No le importaba lo que nadie pensara de él.

Sólo le importaba lo que pensara una persona: Hilary.

La mañana había constituido un punto de inflexión entre ellos, después de una mala, muy mala noche. Había dormido solo, consciente de su ausencia. No la culpaba por dudar de él, pero le preocupaba que la duda fuera como un genio al que no puedes devolver a la lámpara una vez ha salido de ella. Durante el resto de sus días, viviría con el temor de que ella le mirara y un solo pensamiento cruzara por su mente, aunque nunca lo dijera en voz alta: «¿Fue él?».

Entonces, Hilary había vuelto a casa. Llegó a la isla con el primer *ferry* de la mañana y no les había hecho falta hablar; los dos tenían algo dentro que querían sacar. Ella le besó, él la tocó por encima de la ropa, y acabaron desnudándose sobre la alfombra nueva que había puesto en el salón y haciendo el amor desenfrenadamente, sin más sonido que el compás de su respiración. No importaba el dolor de los moretones. No importaba el *graffiti* oculto debajo de una capa de pintura fresca. Estaban solos y conectados por primera vez en días, y después, mientras acariciaba su espalda desnuda, Mark se sintió como si hubiera conseguido que ella recuperara su fe en él.

Ahora Hilary dormía. Le había dejado una nota diciéndole que se iba unas horas a la península.

En el mostrador de la panadería, Mark pidió una rebanada de pan de romero y ajo, y un pastel de cereza recién horneado. En Door County todo era de cereza. Cerezas crudas, pastel de cereza, refresco de cereza, caramelos de cereza, mermelada de cereza, zumo de cereza, helado de cereza, vino de cereza... Añadían cereza a la salsa de tomate, al queso, al relleno de los pimientos, las olivas y el rosbif. En realidad, a Mark ni siquiera le gustaban, pero era igual que vivir en Chicago y no ser seguidor de los Bears. Se había convertido en un fanático de las cerezas por pura necesidad, porque allí era imposible escapar de ellas.

Sostuvo la caja del pastel en la mano y notó el molde caliente a través del cartón. Al final de un pasillo, dejó en el suelo la bolsa de papel y mojó un palito salado en

mostaza. Era de cereza, por supuesto. Lo cierto es que le gustó, así que cogió un bote y lo metió en la bolsa.

Oyó sonar el móvil. Tenía un tono especial para Hilary, el tema «Dude Looks Like a Lady» de Aerosmith. Una noche, en Chicago, ella se había emborrachado a base de bien en un bar del centro y había bailado el solo de guitarra; Mark no iba a dejar que lo olvidara nunca.

—La verdad es que necesitaba dormir —dijo ella.

—Me lo he imaginado.

—Ha sido una manera muy agradable de volver a casa.

—¿Voy a recibir el mismo trato esta noche?

—Ven y descúbrelo.

—Enseguida. Tengo que pasar por el Pig a comprar algo de comida y luego iré a la tienda de licores a pillar vino. Después cogeré al *ferry*. ¿Necesitas algo?

—A ti.

—Tienes una cita.

Al cortar la comunicación, se dio cuenta de que estaba sonriendo. Vislumbraba un atisbo de la vida que habían llevado durante el primer año. Antes de Tresa. Antes de Glory. Cuando se mudaron a la isla e iban juntos cada día a trabajar a la escuela, Mark se preguntaba qué había hecho para merecer esa clase de felicidad. En el fondo, siempre había temido que un día el destino decidiera arrebatárselo todo y equilibrara el marcador.

Sin duda lo había hecho.

Ni siquiera ahora podía escapar de él.

Mark alzó la vista con el móvil en la mano, sonriendo todavía ante la perspectiva de ir a casa con Hilary, y se encontró frente a frente con un hombre mayor con el pelo negro azabache muy bien peinado. Si bien la estatura de ambos era muy similar, los hombros de aquel individuo se habían redondeado con la edad y se mantenía en pie en un ángulo extraño, como si una pierna fuera más corta que la otra. El hombre agitó un dedo frente a la cara de Mark.

—Sé quién es —le dijo.

Mark no tenía ningún interés en enfrentarse a un desconocido. Recogió su bolsa de la compra y trató de escabullirse por el pasillo.

—Disculpe —dijo.

—¿Sabe quién soy yo? —preguntó el hombre en tono cortante.

—No tengo ni idea.

—Me llamo Peter Hoffman.

Mark se detuvo y respiró hondo.

—Muy bien, de acuerdo. He oído hablar de usted. ¿Qué quiere, señor Hoffman?

—Sé la clase de hombre que es usted —le espetó Hoffman. Su voz había subido

de volumen, con un tono más beligerante, y la gente del mercado se volvió para mirarlos.

—Me voy —dijo Mark, pero Hoffman le bloqueó el paso y le puso la mano sobre el pecho.

—Usted se quedará y me escuchará —dijo.

Mark notó que se le aceleraba el corazón y su puño se cerró sobre el teléfono. Se imaginó que Hilary estaba a su lado, y lo que diría: «Mantén la calma. No lo empeores».

—¿Qué quiere? —preguntó—. Porque si sólo desea acusarme de cosas que no he hecho, tendrá que coger número para ponerse a la cola.

—¿Se cree que es gracioso? ¿Cree que esto es divertido?

—No, la verdad es que no.

—¿Tiene idea de lo que he perdido? ¿A mi hija? ¿A mis nietos? ¿Sabe lo que es ver cómo muere tu familia?

Mark sintió que se ruborizaba. Se estaba congregando una multitud, y él no era el favorito del público en aquel concurso.

—Señor Hoffman, estoy al corriente de lo que le ocurrió. No puedo ni imaginarme lo terrible que debió de ser para usted. Tiene toda mi compasión, de verdad.

—No quiero su compasión.

—Entonces apártese a un lado, por favor. Así los dos podremos irnos en paz.

—He matado a hombres, Bradley; más de los que deseo recordar. Hice lo que mi país necesitaba que hiciera, y no me arrepiento de nada. Pero usted... No sé cómo puede mentirse a sí mismo.

—Eso es todo. Hemos terminado.

—Y entonces tiene el condenado valor —prosiguió Hoffman, mientras su voz ronca adquiría un tono estridente— de esconderse tras el hombre que mató a toda mi familia. Cómo se atreve. No se lo permitiré, no dejaré que salga impune de esto.

Mark se abrió paso por el costado de Hoffman, y sus hombros chocaron. Para tratarse de un hombre mayor, era sólido y, a pesar de estar borracho, rápido. Mark no vio venir el puñetazo. El puño izquierdo de Hoffman se elevó desde sus caderas e impactó en la parte inferior de la mandíbula de Mark, cuya cabeza salió disparada hacia atrás. Mark se tambaleó. El pastel se le escurrió entre las manos y se salió de la caja mientras caía al suelo, desparramando cerezas y relleno por el suelo como si fuera sangre. El teléfono voló por los aires. Mark perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, sobre los estantes en los que se alineaban los botes de conserva. Las estanterías se desprendieron y docenas de botes cayeron con gran estrépito, despidiendo una lluvia de salsa y cristal. Mark acabó con la cara y la ropa llenas de manchas.

Recuperó el equilibrio, se frotó la mandíbula, que estaba dolorida, y se pasó la

lengua por los dientes para ver si había perdido alguno. Al sacudirse la ropa, los añicos de cristal cayeron a su alrededor. La multitud que los rodeaba permanecía petrificada y en silencio. Hoffman levantó los puños, esperando que Mark contraatacara, pero éste no tenía ninguna intención de golpear a un anciano. Lo único que quería era largarse del establecimiento.

Hoffman pegó los pies al suelo de modo que Mark no pudiera pasar.

—Nadie cree que tenga el coraje suficiente, pero lo tengo. Voy a asegurarme de que entiende lo que se le viene encima.

Mark intentó controlar su rabia, que amenazaba con desbordarle. Se sintió atrapado a medida que la gente los rodeaba entre los pasillos.

—Señor Hoffman, mi mujer y yo estuvimos a punto de morir ayer. Se lo voy a decir sólo una vez: si alguien vuelve a venir por nosotros, será la última cosa que haga.

—No puede amenazarme, y no puede asustarme.

—Se lo prometo —insistió Mark.

—No tengo miedo de alguien que va por ahí con adolescentes.

Mark estaba harto de negarlo. Harto de defender su inocencia. Enfadado con el mundo.

—Apártese de mi jodido camino —soltó.

—Su mujer sabe la verdad; yo se la conté. Sabe qué clase de hombre es usted.

Algo se rompió dentro de Mark, que fue incapaz de contenerse. Al mencionar a Hilary, Hoffman había cruzado una línea que nadie podía cruzar. Los músculos de Mark se tensaron, listos para atacar, y dio un golpe de revés con su brazo izquierdo, como si fuera un palo de golf, que impactó en el pecho y los hombros de Hoffman. A pesar de su porte militar, Hoffman no era contrincante para la fuerza de Mark. El golpe elevó al hombre por los aires hacia un lado, y cayó sobre una mesa que se hundió bajo su peso. Hoffman se desplomó sobre el suelo, donde los cristales le alcanzaron el rostro, y empezó a sangrar.

—Mierda —masculló Mark entre dientes.

El anciano trató de ponerse en pie, pero no pudo recuperar el equilibrio. Mark se arrodilló y le tendió la mano para ayudarlo, pero Hoffman se la apartó. Mark vio la rabia y la humillación reflejadas en su rostro.

La multitud les rodeó por todos lados murmurando amenazadoramente. La sensación de claustrofobia de Mark aumentó, y de pronto el establecimiento le pareció muy pequeño. Necesitaba salir de ahí. Necesitaba salir a respirar al aire libre. Sintió unos brazos que trataban de agarrarlo, de derribarlo al suelo como si fuera un prisionero, pero logró abrirse paso a empujones entre la gente y echó a correr hacia su furgoneta.

Hilary colgó el teléfono con una punzada de preocupación. Había tratado de hablar con Amy Leigh en Green Bay media docena de veces desde la noche anterior, y en cada ocasión le había saltado el buzón de voz.

Dondequiera que estuviera, no contestaba a su llamada.

Sabía que eso no quería decir que algo fuera mal. Durante su extraña conversación, la chica parecía borracha. Era posible que se hubiera avergonzado de haberla llamado y ahora evitara los intentos de Hilary por ponerse en contacto con ella. En las fiestas de la universidad ocurrían cosas así; bebías tanto que al final ya no sabías lo que hacías ni por qué. Aun así, ésa no era la chica que Hilary recordaba.

Su antigua alumna siempre le había recordado a ella misma en su época del instituto: segura, llena de vida, decidida y un poco ingenua a veces. La chica era muy consciente de que era más corpulenta que las demás, y estaba resuelta a que todo el mundo lo olvidara cuando estaba en el escenario. Amy era religiosa, igual que Hilary, y provenía de una sólida familia de Chicago. Por otra parte, también era joven, y divertida, y propensa a cometer errores, como cualquier estudiante lejos de su hogar.

Hilary sólo quería asegurarse de que Amy estaba bien. Volvió a marcar el número. Buzón de voz. Dejó otro mensaje.

—Amy, soy Hilary. Oye, siento ser tan pesada, pero ¿podrías devolverme la llamada? Estoy un poco preocupada.

No le habría prestado tanta atención al tema si no fuera porque, en medio de sus desvaríos, la chica había mencionado Florida. Más aún, había dicho un nombre que hizo que Hilary se sentara y prestara atención.

Glory.

¿De verdad lo había pronunciado? Todo había ocurrido tan deprisa; la voz de Amy al teléfono era apenas un susurro de borracha, y Hilary casi no había entendido las palabras. Amy estaba hablando de su entrenador de baile, Gary Jensen, y entonces lo dijo. Glory. Aunque a lo mejor era sólo que Hilary tenía a la chica en la cabeza, y cuando Amy dijo el nombre de Gary lo entendió mal. Tal vez había oído lo que quería oír. Tal vez.

Hilary fue a la cocina y se sirvió la tercera taza de café. Llevaba una sudadera holgada, pantalones cortos de correr y calcetines blancos. El pelo rubio le caía suelto por los hombros, limpio y húmedo de la ducha. Le dolía el cuerpo, pero ahora en su mayor parte era un dolor agradable. El típico de después del sexo. Al volver a casa no se había dado cuenta de hasta qué punto se necesitaban Mark y ella, como si ambos se agarraran a un salvavidas. El resultado fue un coito salvaje, casi animal, igual que al principio, consagrados como estaban a conocer el cuerpo del otro. Aún podía sentirle allí donde él la había agarrado y había estado dentro de ella.

Eso había hecho que volviera a creer en él. Mark no podía fingir lo que sentía por ella. Hubo un tiempo en que Hilary, como Amy, fue una ingenua con sus relaciones, pero esa parte de su vida había quedado muy atrás, en los veinte. Ahora había abierto los ojos respecto a los hombres y respecto a Mark. Si Cab Bolton tenía un testigo, éste se equivocaba. Hilary no sabía lo que había ocurrido en Florida, pero no era lo que todo el mundo pensaba.

Florida. *Glory*.

Hilary estaba segura de que Amy había pronunciado su nombre.

Se llevó el café a la habitación, encendió el ordenador portátil y se identificó en Facebook para acceder a su página. Abrió la ventana con la lista de sus amigos y encontró a Amy en la tercera página. Clicó en su perfil y vio que la chica había actualizado su estatus a las 18.47 del día anterior.

En él se leía: «Voy a meterme en la boca del lobo».

A Hilary, esa frase no le sonaba como la que diría una chica que se iba a una fiesta universitaria. Revisó el resto de la página y descubrió un comentario que otra estudiante de Green Bay le había dejado en el muro esa misma mañana: «Eh, Ames. Hoy te he echado de menos en clase».

A Hilary todo aquello no le gustaba en absoluto.

Rememoró mentalmente la breve conversación susurrada con Amy. No sabía si le serviría de algo, pues la llamada apenas había durado unos segundos. Aun así, hubiera dicho Gary o Glory, no había duda de que Amy había mencionado Florida y, más importante aún, Amy había estado allí cuando todo ocurrió. Participaba en el torneo de baile, como Tresa, así que a lo mejor vio algo, o sabía algo. ¿El qué?

Amy había hablado de su entrenador. «Mi entrenador. ¿Le conoces?». Hilary conocía a la mayoría de los entrenadores universitarios que trabajaban con bailarinas en el Medio Oeste, dado que una de sus funciones había sido aconsejar a alumnas en su elección de universidad, sobre todo en Illinois, Michigan, Wisconsin y Minnesota. Conocía a Gary Jensen por referencias, pero no en persona. Se había hecho un nombre en el mundillo de la danza cuando le contrataron como profesor auxiliar de Educación Física en Green Bay y le pusieron al frente del equipo de baile. Hilary no sabía qué había hecho antes de eso, pero por lo que había visto, llevaba a cabo un buen trabajo con las chicas. Recordaba que dos años antes, Amy le había enviado un correo electrónico en el que le hablaba del nuevo régimen de entrenamiento físico que había implantado su entrenador, una cuestión en la que Hilary también hacía mucho hincapié. No todo era coordinación y práctica; la preparación física también era sumamente importante.

Recordaba también otro detalle que se mencionaba en aquel correo. El típico comentario que haría una chica universitaria.

«Es un buen entrenador, si dejas de lado la grima que da». Ésa era la palabra que

había utilizado. Grima.

Hilary quería saber más cosas de Gary Jensen.

Entró en la página web de la Universidad de Wisconsin en Green Bay y fue a la sección de deportes. Encontró un enlace a la biografía del entrenador en la lista de personal docente. La primera cosa en la que reparó fue que, a diferencia de la mayoría de los profesores, en la página de Jensen no había fotografía. Según su biografía, llevaba cuatro años ejerciendo en la universidad, y Hilary pensó que era extraño que hubiera conseguido evitar las sesiones fotográficas durante tanto tiempo.

Encontró poca información sobre su pasado. Era licenciado en Educación Física y había hecho un máster en liderazgo educativo, ambos en la Universidad de Alaska en Anchorage. Basándose en la fecha de su graduación, Hilary calculó que Gary debía de estar en la mitad de los cuarenta. En Green Bay daba clases de Educación Física a los estudiantes de primer año y era entrenador de baile y de lucha. En su biografía no se incluía información detallada sobre la actividad profesional previa a su llegada a Green Bay. El resumen era vago: «Gary ha sido profesor ayudante y entrenador en universidades de Alaska, Oregon, Dakota del Sur y Canadá».

A pesar de la falta de concreción, no había nada sospechoso. Aun así, Hilary continuó indagando, buscando más información sobre el pasado de Jensen. Encontró alguna referencia suya —o de alguien que se llamaba como él— en varios artículos sobre equipos deportivos en Anchorage y Portland, pero la mayoría eran de hacía más de una década. Además, el nombre era lo bastante común para encontrar miles de páginas de «Garys Jensen» que no tenían ninguna relación con el entrenador de Amy.

Entonces, un titular en una de sus búsquedas le llamó la atención.

«Mujer de un entrenador muere en una caída». Leyó el breve artículo del periódico de Green Bay. No hacía ni cuatro meses, Gary Jensen había perdido a su mujer durante unas vacaciones en el parque nacional de Zion, mientras escalaba. La pareja sólo llevaba tres años casada. La descripción de Gary hablaba de un ser destrozado, hundido. La policía de Utah había investigado el incidente y no encontró ninguna prueba que sugiriera que la muerte se había producido de modo distinto a como había relatado Jensen. Un trágico y terrible accidente.

Hilary reflexionó. Dos muertes violentas en cuatro meses, y en ambos casos Gary Jensen andaba cerca. ¿Coincidencia?

Ella más que nadie sabía que, cuando se trataba de culpabilidad o inocencia, el humo no siempre indicaba la presencia de fuego. Mark había sufrido en sus propias carnes los efectos de las conclusiones precipitadas. Hilary no tenía nada en concreto que sustentara sus sospechas sobre Jensen. El entrenador no tenía relación con Glory y no había nada sospechoso en su pasado. Hilary tan sólo disponía de la inquietante llamada de Amy y una esposa muerta.

Volvió a la página de perfil de Amy. Sabía que subía fotos de forma compulsiva,

y encontró un álbum dedicado al equipo de baile, que incluía cerca de un centenar de imágenes de Amy y sus compañeras de equipo en diversas actuaciones y torneos durante los últimos tres años. Hilary las repasó una a una, observando el fondo, intentando encontrar alguna en la que saliera Gary Jensen.

Halló tres. Jensen no era el protagonista de ninguna, sino que se limitaba a permanecer de pie tras las chicas. Al ampliar las fotos, lo único que consiguió fue una imagen *pixelada*, demasiado vaga para distinguir su cara en detalle. Entornó los ojos y fijó la vista en su rala mata de pelo y su cara alargada. Una de las fotos le mostraba de perfil, poniendo de relieve su nariz ganchuda. Se le veía en forma, sin un gramo de grasa. Imprimió la imagen más nítida, y luego hizo otra búsqueda.

Esta vez quería encontrar una foto de Harris Bone.

«Un hombre sin identidad podría ser cualquiera —razonó—. Incluso un fugitivo con otra esposa muerta en su pasado».

Todos los periódicos habían publicado la misma foto de Bone en la época del incendio, una imagen frontal de su comparecencia en el juicio. Hilary la imprimió y la comparó con la otra. Los resultados no fueron concluyentes. Había cierto parecido entre ambos hombres, pero Hilary no podía estar segura de si estaba mirando a un fantasma o a un desconocido. Si Gary Jensen era Harris Bone, había perdido peso en los últimos seis años y probablemente se habría sometido a alguna operación quirúrgica para alterar sus rasgos. Lo máximo que podía decir es que no era imposible. Por otra parte, quizás el leve parecido no fuera sino el resultado de sus propios deseos.

Hilary frunció el ceño y se reclinó en la silla. La única forma de asegurarse era descubrir qué había estado haciendo Gary Jensen seis años atrás, antes de llegar a Green Bay, mientras Harris Bone prendía fuego a su casa en Door County. Realizó otra búsqueda y esta vez encontró un breve apunte sobre la contratación de Jensen. El artículo apenas tenía tres párrafos, pero le proporcionó el dato que necesitaba: cuando la universidad le había contratado, Jensen era entrenador en un instituto privado de Fargo.

Una de las mejores amigas de Hilary en Northwestern era la directora financiera de esa escuela.

Marcó el número. Llevaba casi tres años sin hablar con Pamela Frank, pero aún se enviaban postales en Navidad y algún correo de vez en cuando. Cuando Pam cogió el teléfono en su escritorio, Hilary respiró aliviada al descubrir que las noticias de los problemas de Mark no habían llegado a Fargo. Lo último que quería era revivir los acontecimientos de la semana pasada. En lugar de eso, tras cinco minutos de charla superficial, fue al grano.

—Oye, hay un nombre por el que te quería preguntar —dijo—. Alguien que podría haber sido profesor del instituto hace unos años. Gary Jensen.

Pam se quedó un buen rato en silencio.

—Vale.

—¿Le conoces?

—Me acuerdo de él, claro.

—¿Cuánto tiempo estuvo ahí? —quiso saber Hilary.

—Tres o cuatro años, por lo que recuerdo. —Pam parecía extrañamente reacia a hablar.

—¿Qué recuerdas de él?

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó Pam—. ¿Está relacionado con alguna solicitud de trabajo?

—No, nada que ver. Es personal.

—Oh. —Sonaba aliviada—. Tengo que ir con pies de plomo con lo que digo, Hilary. Hoy en día cualquiera te puede poner una demanda.

—Me conoces, Pam. Esto quedará entre nosotras.

—Digamos que no nos entristeció mucho que se fuera a Green Bay. Eso fue hace cuatro años.

—¿Qué problema había con él? —preguntó Hilary.

—No teníamos ninguna prueba real —explicó Pam—. Sólo eran rumores.

—¿Qué clase de rumores?

—Sexo con estudiantes —soltó Pam muy deprisa—. Lo investigamos, pero no pudimos demostrar nada. Según la ley, está prohibido mencionar acusaciones no probadas en una carta de recomendación, así que no pudimos contarles nada a los colegas de Green Bay. Pero era lo bastante consistente para que su mujer se divorciara de él.

«Su segunda esposa no tuvo tanta suerte», pensó Hilary.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Pam—. ¿Jensen ha vuelto a meterse en líos?

—No lo sé.

—Bueno, has dicho que era personal. No estarás liada con ese tipo, ¿no?

—No, por Dios.

—Bien. Nunca he oído nada malo sobre su trabajo como entrenador, pero si me preguntas, el tipo daba grima.

—Te agradezco mucho la información, Pam.

—¿Cómo está Mark?

—Bien, muy bien.

—Salúdale de mi parte.

—Lo haré.

Hilary colgó el teléfono. No sabía cómo interpretar la información que acababa de descubrir. Pam conocía a Jensen de sus años en Fargo, que coincidían con el episodio del incendio. Eso significaba una cosa: Gary Jensen no era Harris Bone.

¿Quién era entonces?

Amy y Pam habían usado la misma palabra para describir la sensación que les producía: «Grima». Si Pam estaba en lo cierto, el entrenador también tenía un historial de relaciones sexuales con chicas menores de edad.

Como Glory.

Hilary observó la imagen borrosa de Gary Jensen en la fotografía de Amy. Ojalá la conversación con ella no hubiera terminado tan abruptamente.

Ojalá supiera dónde estaba.

Cuando se despertó, Amy se dio cuenta de que sus sentidos no le respondían. Abrió los ojos y no vio nada. Intentó gritar, pero tenía un trapo arrugado en la boca que la hizo toser y la ahogaba. Al moverse, se dio cuenta de que tenía las muñecas y los tobillos atados con fuerza. Estaba tendida de espaldas sobre lo que parecía un colchón blando. Volvió la cabeza hacia un lado y descubrió que seguía doliéndole y aún estaba mareada. Trató de recomponer las piezas de su memoria, pero tenía la mente en blanco, y se encogió confundida y aterrorizada antes de recordar a Gary Jensen.

Él le había hecho esto.

Le había tendido una copa de vino y ella había bebido. Fue entonces cuando empezó todo, cuando empezó a sentirse desorientada. Le había echado algo en el vino. Estúpida, estúpida, estúpida. Había oído multitud de historias sobre la «droga de los violadores», pero había bebido sin ni siquiera pensar en ello. Se preguntó qué le habría dado. Éxtasis. Ácido gammahidroxibutírico^[6]. Fuera lo que fuese, los efectos persistían. Aún se sentía como si la cabeza le flotara.

«Piensa». No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. Afuera, tanto podía ser mediodía como medianoche. Respiró por la nariz y trató de no pensar en la saliva que se acumulaba en la parte de atrás de la garganta y que le producía arcadas. Oía a flores y polvo. Era el mismo olor a casa victoriana de la noche anterior, y concluyó que seguía en casa de Gary Jensen.

Oyó el ruido de una caldera y sintió el aire caliente que salía de una rejilla junto a la cama. Afuera, mientras el viento soplaba, oyó un sonido fantasmal en el tejado, sobre ella. Estaba en el piso de arriba. El ruido lo provocaban las ramas de los árboles que rozaban los canalones metálicos. Dentro de la casa, debajo de ella, le pareció oír voces. Podía ser la radio o la tele, pero notó vibrar los suelos y supo que no estaba sola. Gary seguía en la casa con ella. Amy no sabía de cuánto tiempo disponía antes de que regresara.

No había forma de soltarse. Al tirar de la cinta adhesiva de las muñecas y los tobillos, tan sólo conseguía apretarla más. Intentó escupir el trapo áspero de la boca, pero la cinta que lo cubría lo mantuvo en su sitio. Sólo podía emitir gruñidos ahogados y guturales, y temía que el esfuerzo la hiciera vomitar y la asfixiara. Frustrada, se retorció frenéticamente en la cama, peleándose con sus ataduras, y notó cómo toda la estructura se levantaba de la superficie para al instante volver a caer.

«Mierda». Él la había oído.

Notó unos pasos en el piso de abajo que se acercaban y luego le oyó en las escaleras. En el pasillo. Al otro lado de la puerta. Cuando entró, Amy se quedó estirada, inmóvil, haciéndose la dormida, pero sabía que no le engañaba. Sintió cómo se inclinaba sobre ella; escuchó su respiración y olió su colonia de almizcle. Él

encendió la luz de la habitación y ella reaccionó de forma involuntaria, abriendo los ojos y parpadeando.

—Hola, Amy —dijo Gary. Hablaba en susurros y parecía casi triste—. Me alegro de que te hayas despertado.

Ella se revolvió, desesperada por escapar.

—Ahora te voy a sacar la mordaza para que podamos hablar —continuó él—. No grites. Nadie te va a oír y tendré que ser malo, y no es mi intención, créeme.

Sintió sus uñas en un lado de la cara, que despegaban la cinta adhesiva.

—Lo mejor es hacerlo rápido —dijo él.

Al mismo tiempo, le arrancó la cinta de la cara y ella hizo un gesto de dolor al sentir cómo le arrancaba la piel. Él tiró del largo pedazo de tela y se lo sacó de la boca, y ella tomó aire a bocanadas. Le ardían las mejillas, y notó el sabor de la sangre en la boca.

—¡Pedazo de cabrón! —chilló—. ¡Déjame marchar!

Gary le cruzó la cara de una bofetada, y Amy enmudeció.

—Por favor, no me lo pongas más difícil, Amy.

—¿Qué coño quieres? —preguntó ella mientras seguía retorciéndose para librarse de las ataduras.

Gary arrastró una silla de madera desde el extremo opuesto de la habitación y se sentó junto a ella. Se hallaban en una habitación de invitados, lúgubre y amenazadora como el resto de la casa.

—Me gustas, Amy. Desearía de todo corazón que no te hubieras metido en todo esto.

—¿Meterme en qué? —preguntó ella.

Él no respondió. Le acarició la cara y la zona por debajo de la barbilla con el dorso de los dedos. Ella volvió la cabeza para apartarse, pero no pudo. Él la tocó con las yemas de una mano, dibujando una línea entre sus pechos y siguiendo luego la elevación hasta su pezón derecho.

—Para —siseó ella.

Él apoyó la mano sobre su pecho.

—Tengo que decirte que eres una de las chicas con las que fantaseaba. Te lanzaba indirectas a ver si me devolvías alguna.

—Sigue soñando.

—¿Es porque soy mayor? A muchas chicas eso les parece excitante.

—Estoy segura de que cuando tenías veintidós también eras un perverso.

Los dedos de Gary se cerraron con fuerza hasta que ella gimió por el dolor.

—Sé buena, Amy.

La liberó de su garra y ella respiró entrecortadamente.

—¿Qué quieres?

—Tengo algunas preguntas para ti —dijo Gary—. Más que nada, quiero saber a quién se lo has contado.

—¿Contar el qué?

—Para empezar, me viste con Glory en Florida. ¿Quién más lo sabe? ¿A quién se lo has contado?

Amy se quedó petrificada. La cara de su compañera de habitación se le apareció en la mente. Katie. Ahora iría a por ella. También recordaba —o creía recordar— haber llamado a Hilary antes de desvanecerse. Oh, Dios, ¿qué había hecho? Había puesto a ambas en peligro.

—La policía —dijo—. Se lo he contado a la policía.

Él le dedicó una sonrisa burlona.

—Buen intento.

—Es verdad. Tengo un amigo que es poli en Green Bay. Le dije que iba a venir aquí, por si hacías algo.

—¿En serio? ¿Cómo se llama?

—Lo sabrás cuando llame a la puerta, gilipollas.

—Muy inteligente por tu parte, pero no va a venir. No has llamado a la policía. Quiero saber a quién se lo has contado.

Amy suspiró.

—Vale, tú ganas. No se lo he contado a nadie. Nadie lo sabe.

—Me gustaría creerte, pero no te creo.

—No se lo he contado a nadie. Ni siquiera sabía si tenía razón, capullo. Podrías haber mentido y yo te habría creído; no tenías por qué hacer esto.

—El problema es que te conozco, Amy —dijo Gary—; te he visto entrenar y actuar. Eres obstinada, y no dejas nada al azar hasta que lo resuelves. No importa lo que te hubiera dicho, tú no te habrías detenido.

—Entonces dime por qué mataste a Glory.

—Si supieras lo que ocurrió no te sentirías mejor, Amy. Créeme. Glory Fischer estaba en el sitio equivocado en el momento inoportuno. Vio algo que habría sido mejor que no viera nunca y, como tú, no iba a guardar el secreto. Antes o después se lo habría explicado a alguien. Así que vamos a intentarlo otra vez, Amy. ¿A quién se lo has contado? ¿Tienes compañera de habitación? ¿Alguna amiga en el equipo?

—No lo sabe nadie.

—Sólo te lo preguntaré una vez más. ¿Quién sabía que ibas a venir a verme ayer por la noche?

—Nadie.

—Dios, detesto hacer esto, Amy.

Gary apartó las manos de su cuerpo y volvió a golpearla con fuerza y fiereza; su puño casi le rompió los huesos de la cara y le torció el cuello hacia un lado. Amy le

oyó mascullar de dolor por el ímpetu del ataque. A Amy le latían el ojo y la mejilla, y se echó a llorar involuntariamente.

—Para —le suplicó.

—Intentémoslo de otra forma. ¿A quién llamaste? ¿Qué dijiste al teléfono ayer por la noche?

—No me acuerdo —respondió entre sollozos. Sus emociones alternaban entre la impotencia y la rabia. La cabeza le daba vueltas por el dolor.

—He visto el número al que llamaste. ¿Quién era?

—No recuerdo haber llamado a nadie.

—Te oí hablar en el baño. ¿Qué dijiste? ¿Mencionaste mi nombre?

—Me drogaste. No sabía lo que hacía.

Gary suspiró.

—Podrías hacer que esto fuera mucho más fácil para ti, Amy.

—No recuerdo nada.

Pero sí lo recordaba. Entre la neblina de la droga, recordaba el sonido de la voz de Hilary, y recordaba haberle hablado de Gary. Esperaba que Hilary no se hubiera tomado la llamada como las divagaciones de una antigua alumna borracha. Esperaba que se lo contara a alguien, que enviara a alguien. Era lo único por lo que podía rezar: ayuda.

Katie se preguntaría dónde estaba. Hilary trataría de ponerse en contacto en ella. Una de ellas, o las dos, mandarían a la policía a la casa. Tenía que permanecer con vida hasta entonces, y eso significaba que no podía darle a Gary lo que él quería.

Fue como si él le hubiera leído el pensamiento.

—Nadie vendrá a rescatarte —le aseguró Gary—. Si eso es lo que esperas, olvídalo. Cuando lleves desaparecida el tiempo suficiente como para que la policía intervenga, esto ya habrá terminado. No pretendo ser desagradable. Antes o después me contarás la verdad, y lo único que consigues alargándolo es hacerte daño a ti misma.

—Que te folien.

Amy se encogió, esperando otro golpe que no llegó. Él se sentó en la silla en silencio, sin moverse.

—Si no me lo cuentas, tendré que empezar a elegir yo. Comenzaré por la gente que más te importa: tus padres, tus amigos. A lo mejor te da igual lo que a ti te pase, pero ¿y ellos? ¿Quieres que sufran también? No tienen por qué hacerlo, Amy. Puedes ahorrárselo. Dímelo.

—No se lo he contado a nadie. Es la verdad.

—Estás mintiendo —replicó Gary—. No te va a servir de nada.

—¿Por qué demonios haces esto? —le preguntó Amy mientras la sangre le salía por la boca—. ¿Por qué? ¿Es por tu mujer? A ella también la mataste, ¿verdad?

Gary inspiró hondo.

—Yo quería a mi mujer.

—Así que la empujaste por un precipicio. ¿Qué pasa, tal vez Glory lo descubrió?

—No trates de entenderme —la advirtió él—. Esto no es una clase de psicología. Estamos hablando de la vida o la muerte de la gente a la que quieres. Créeme, sé lo doloroso que es ver morir a alguien a quien quieres.

—Todo el mundo sabe que teníais una aventura.

Él se inclinó hacia delante.

—¿Todo el mundo? ¿Quién es todo el mundo? ¿Quién te lo contó?

Amy se mordió el labio y no dijo nada, aunque se maldijo mentalmente. No quería proporcionarle ningún mapa de carreteras que le llevara a algún lugar cercano a Katie. O a Hilary. «Cuéntaselo a alguien. Envía a alguien».

—Muy bien, Amy, lo haremos por las malas.

Él se puso en pie y Amy sintió su presencia sobre ella, cada vez más siniestra. Se puso tensa, a la espera de lo que viniera a continuación, con la certeza de que no sería nada bueno para ella. Aun así, se juró a sí misma que no lloraría ni suplicaría. No a él. No delante de ese monstruo. Sólo tenía que ganar tiempo y esperar a que alguien la buscara. Que apareciera en la puerta. Que la encontrara.

En ese momento, alguien lo hizo.

Oyó un ruido ahogado en el piso de abajo y se dio cuenta de que era el sonido del antiguo timbre de la puerta. Gary retrocedió. Amy tomó aire para gritar, pero él se anticipó a sus intenciones, se abalanzó sobre ella y le tapó la boca con la mano. Luego le abrió la mandíbula a la fuerza para que separara los labios y volvió a meterle el jirón de tela mojado en la boca, asfixiándola y ahogando cualquier sonido de su garganta. Una vez hubo terminado, se la cubrió con cinta adhesiva. Amy se había quedado muda de nuevo, aparte de un leve silbido de su nariz.

—Ahora vuelvo —dijo Gary.

Cerró la puerta de un portazo al salir.

Amy oyó sus pasos apagados mientras él corría escaleras abajo y se retorció en un intento de mover la cama y hacer ruido, pero se estaba quedando sin fuerzas. Siguió respirando por la nariz, intentando llenar los pulmones, pero empezó a toser bilis en la gruesa mordaza. El pánico se apoderó de ella y empezó a jadear en busca de aire. «Que alguien me ayude». Oyó a Gary hablando en algún lugar de la casa. Había abierto la puerta. Le entraron ganas de llorar al pensar que la ayuda estaba tan cerca y aun así fuera de su alcance.

«Que alguien me encuentre».

Cab le mostró su placa de Florida al hombre que abrió la puerta.

—¿Señor Jensen? Me llamo Cab Bolton, de la policía de Naples. Estoy investigando el asesinato que se cometió en el hotel donde se alojaba el domingo pasado. Creo que ha hablado con alguien de mi departamento sobre los hechos de los que fue testigo desde su habitación esa noche.

Gary Jensen parecía inquieto por la llegada de Cab. Tenía la cara enrojecida, y no paraba de mirar nerviosamente por encima del hombro.

—Ah, sí, detective Bolton, por supuesto. Me ha cogido por sorpresa. Su gente me dijo que habría una entrevista de seguimiento, pero di por hecho que sería por teléfono. No creía que vendrían hasta aquí sólo para hablar conmigo en persona.

—La víctima de este caso era de Door County —le explicó Cab—, así que estoy llevando a cabo una investigación en esa zona. Puesto que usted vive a sólo una hora de distancia, pensé que sería más sencillo hablar con usted cara a cara.

—Sí, por supuesto.

—He ido a la universidad y me han dicho que hoy estaba en casa.

—Bien. Me alegro de que me haya encontrado.

Cab observó, más allá de Gary Jensen, el sombrío interior de la vivienda.

—¿Le importa si entramos?

—Oh, sí, sí, lo siento. Por favor, pase.

—Le pido disculpas si es un mal momento, sé que debería haberle llamado antes. Me temo que es una mala costumbre de los detectives. Aparecemos sin avisar.

—No, pase. No hay ningún problema.

Jensen abrió la puerta e hizo un gesto con la mano. Cab cruzó el umbral y entró en el recibidor, tenuemente iluminado. Delante de él, unas escaleras de caracol con un pasamanos de hierro ornamentado llevaban al segundo piso. Vio una sala de estar con muebles pesados de madera oscura a su izquierda, pero Jensen señaló en el sentido contrario del pasillo. En las paredes se alienaban las fotografías enmarcadas de actuaciones de equipos universitarios.

—No me vendría mal tomarme una Coca-Cola mientras hablamos —observó Jensen—. Estoy bastante seco. ¿Le importa?

—En absoluto.

Jensen le guió a través de las puertas batientes a una cocina compacta con electrodomésticos anticuados y amarillentos. Comprobó la hora y encendió la radio al pasar junto a la encimera, y Cab escuchó el diálogo de una tertulia deportiva. El volumen estaba extrañamente alto. Jensen abrió la nevera, sacó una lata de Coca-Cola y le hizo un gesto a Cab.

—¿Quiere una?

—No, gracias. ¿Le importa apagar la radio?

Jensen bajó ligeramente el volumen.

—Lo siento. A continuación viene el informe sobre los entrenamientos de primavera. Los Brewers^[7] están en Maryvale.

Cab se encogió de hombros y no insistió; se sentó a la mesa de la cocina y ladeó la silla hacia fuera para poder estirar las piernas. Jensen se sentó frente a él y le dio un trago a la Coca-Cola directamente de la lata. Se le veía incómodo, pero a Cab no le sorprendía. La mayoría de la gente se desorientaba cuando un agente de policía se presentaba en su puerta. A él le gustaba el factor sorpresa, pues no le daba tiempo al testigo a ensayar su historia.

Aparte de esta actitud, no había nada raro en Gary Jensen. Era de mediana edad pero atlético, con la cara alargada y una nariz ganchuda. No tenía papada. Llevaba una sudadera con capucha de felpa azul marino, pantalones de malla y deportivas Nike de colores chillones. Resultaba fácil imaginárselo en la escuela trabajando de entrenador, intenso y competitivo, gritando desde las bandas a estudiantes que eran sustancialmente más altas y grandes que él. Cuanto más rato pasaba Jensen con Cab, más parecía aquél relajarse. Se reclinó en la silla y su boca volvió a abrirse en una sonrisa, pero era artificial y forzada.

—¿Le he interrumpido en algo, señor Jensen? —preguntó Cab.

El entrenador negó con la cabeza.

—Para nada.

—Le agradezco que nos llamara para contar lo que había visto.

—Claro. Habría llamado antes, pero nuestro autocar salió a primera hora de la mañana del domingo, así que no tenía ni idea de que había ocurrido algo en el hotel. Durante la semana vi las noticias y supe que debía ponerme en contacto con su departamento.

—Me alegro de que lo hiciera. Me gustaría repasar algunos detalles, si no le importa.

—Sí, por supuesto.

—¿Es empleado de la universidad a tiempo completo? —preguntó Cab.

—Así es.

—¿Hace alguna otra cosa aparte de entrenar?

—También enseño Educación Física.

—¿Participó algún otro empleado de la universidad en este viaje a Florida?

Jensen negó con la cabeza.

—No, estábamos sólo las estudiantes y yo. Contratamos un servicio de autocares local para que nos proporcionara el vehículo y un conductor.

—¿Compartía con alguien la habitación del hotel de Florida?

—No, era individual.

Cab se fijó en el anillo de la mano izquierda de Jensen.

—¿Su mujer no fue con usted?

—Lo siento, ya no estoy casado —explicó Jensen haciendo girar la alianza—. Mi mujer murió el año pasado.

—Lo lamento mucho.

—Gracias.

—¿Así que el sábado por la noche estaba solo en su habitación? —preguntó Cab.

—Correcto.

—Cuénteme qué pasó.

Jensen dio otro trago a su lata de Coca-Cola.

—No podía dormir; ya sabe cómo son las camas de los hoteles. Alrededor de las dos y media salí con un cigarrillo al balcón pensando que fumar me relajaría. Mi habitación daba al golfo. Vistas increíbles. Una luna enorme. Creo que estaba en el décimo piso. El caso es que me senté ahí fuera durante una media hora. No sé qué hora debía de ser, pero en algún momento vi a un hombre alejándose del hotel en dirección a la playa, justo debajo de mí.

—¿Puede describirlo? —preguntó Cab.

—Ojalá pudiera. Estaba bastante oscuro. Parecía corpulento, pero aparte de eso es difícil de decir. Todo lo que vi fue su camiseta amarilla sin mangas. Era chillona, así que resultaba fácil distinguirla. No estoy seguro de que le hubiera recordado, pero al cabo de un rato lo vi de nuevo, junto al agua. Me pareció que se estaba enrollando con una chica.

—¿De dónde salió la chica? —quiso saber Cab.

Jensen meneó la cabeza.

—No lo sé.

—¿La vio abandonar el hotel?

—No, sólo vi al tipo. La primera vez que me di cuenta de que ella estaba allí fue cuando él se le acercó en la playa. Él venía desde el norte, y ella ya estaba allí cuando los vi. De ella no distinguí nada, aparte de que era una chica con un biquini de un color vistoso.

—¿Está seguro de que se trataba del mismo hombre que vio salir del hotel?

—Sí, era la misma camiseta —confirmó Jensen.

Cab se interrumpió y alzó la vista hacia el techo con manchas de humedad al oír un ruido sordo en el piso de arriba. En el rostro de Jensen se dibujó una mueca de consternación.

—Disculpe, ¿ha dicho que ahora vivía solo? —preguntó Cab.

El entrenador parecía avergonzado. Abrió las manos como si dijera: «Me ha pillado».

—Vivo solo, pero he llegado a un punto en el que no siempre duermo solo,

detective.

—Ajá.

—Ahora ya sabe por qué me he mostrado un poco sorprendido con su llegada. En cierto modo estaba ocupado; supongo que ya me entiende.

—Le entiendo —dijo Cab—. Sólo para confirmarlo, no había nadie con usted en la habitación del hotel de Florida, ¿correcto?

Jensen asintió.

—Así es.

—¿Qué ocurrió cuando el hombre de la camiseta amarilla se acercó a la chica de la playa? —inquirió Cab.

—Hablaron un rato —respondió Jensen—. Y luego hubo más que palabras.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Les vi besarse.

—¿Está seguro de que eso es lo que hacían? —preguntó Cab.

Jensen vaciló.

—Di por hecho que sí. Estaban abrazados, así que es lo que parecía. No creerá que él estaba haciéndole daño, ¿no?

—Dígame usted.

Jensen se frotó la cabeza casi calva con las manos.

—No estoy seguro del todo. No sé, ves a dos personas en esa situación y das por hecho que se están enrollando, pero ahora que lo pienso... —Su voz se desvaneció, y luego prosiguió—: No lo sé. A lo mejor ella estaba forcejeando, aunque espero estar equivocado. No soportaría la idea de haber visto cómo ese hombre mataba a esa pobre chica, y no haber hecho nada.

—¿Qué ocurrió a continuación?

—Volví dentro y me metí en la cama.

—¿No se quedó a mirar en el balcón?

Jensen sonrió.

—No soy un perverso, detective. No iba a quedarme allí sin hacer nada esperando a ver si la cosa iba a más. Además, para entonces apenas podía mantener los ojos abiertos.

—¿Qué hora era?

—Debían de ser poco más de las tres. Recuerdo que miré el reloj después de volver a meterme en la cama y eran casi las tres y cuarto.

—¿Podría identificar al hombre o a la chica?

—No. Como le he dicho, estaba demasiado oscuro.

—¿Ha visto alguna foto de la chica asesinada?

Jensen asintió.

—Sí, en el periódico.

—¿Recuerda haberla visto durante el tiempo que estuvo en Florida?

—No. Eso no quiere decir que no la viera, pero el hotel estaba lleno de adolescentes. No la recuerdo a ella en concreto.

—¿Le ha contado a alguien más lo que vio? —preguntó Cab.

—No, no pensé en ello hasta que me enteré de lo que había ocurrido. Entonces llamé a su departamento.

—¿Qué me dice de las chicas del equipo de Green Bay? ¿Alguna de ellas ha mencionado haber visto algo fuera de lo normal en Florida? ¿Ha oído alguna conversación entre ellas sobre el asesinato o la chica muerta?

—No.

—Me gustaría tener una lista de las chicas que viajaron con usted. Mientras esté por la zona, desearía entrevistarlas en persona.

—¿Quiere decir ahora? —preguntó Jensen.

—Si no es demasiado pedir.

—Tardaré sólo un minuto.

Jensen se levantó, abrió un armario de la cocina y cogió un bloc y un bolígrafo. Garabateó algunos nombres sobre el papel y luego vaciló con el boli en la mano, como si tratara de recordar.

—He oído que tienen a un sospechoso —dijo—. ¿Es cierto? ¿Es el hombre al que vi?

—No puedo comentar nada al respecto —respondió Cab—. Sería mucho mejor que no leyera más artículos sobre el caso, señor Jensen. Tampoco debería hablar con nadie. Si llega a celebrarse un juicio tendrá que testificar, y le preguntarán acerca de cosas que podrían haber interferido en sus recuerdos.

—Lo entiendo.

Terminó de escribir, arrancó la página de la libreta y se la tendió a Cab, que leyó detenidamente la lista de nombres.

Tracey Griffiths

Bracey Berard

Katie Baumgart

Nancy Gaber

Sally Anderson

Paula Davis

Michele Palmer

Lenie Korbjin

Laura Hansen

Carol Breidenbach

Deb Bodinnar

—¿Es todo el equipo? —preguntó Cab.

Jensen asintió.

—Ésas son mis chicas.

Cab dobló el papel, se lo metió en el bolsillo de la chaqueta del traje y se puso en pie.

—Gracias por su ayuda, señor Jensen. Creo que eso es todo por ahora. Le llamaré si tengo más preguntas.

—Por supuesto.

Jensen le acompañó fuera de la cocina. Mientras el entrenador abría la puerta principal, Cab miró hacia las escaleras; Jensen siguió su mirada y le dedicó una sonrisa incómoda.

—Dejaré que siga con lo que estaba haciendo —se despidió Cab.

—Gracias. Buena suerte con su investigación, detective.

Jensen cerró la puerta y Cab esquivó las ramas oscilantes en dirección a su Corvette. Se metió dentro y miró el cielo cubierto de nubes, que amenazaba con descargar una lluvia intensa antes de que oscureciera. No había rastro de tráfico en la amplia calle. El piso superior de la casa de Gary Jensen apenas era visible a través de la gruesa telaraña formada por las ramas de los arces, pero se dio cuenta de que todas las cortinas estaban corridas.

Jensen no le había impresionado mucho como testigo. Todo lo que había visto iba precedido de «a lo mejor» y «no estoy seguro», como si hubiera empezado a arrepentirse de haber abierto la boca. Un abogado listo como Archibald Gale lo haría pedazos en el estrado de los testigos. Además, había algo en su comportamiento que incomodaba a Cab. Aquel tipo no le gustaba.

Se sacó la lista del entrenador del bolsillo. Quería saber lo que el resto del equipo de baile de Green Bay había visto en Florida. Estaba listo para volver a la universidad, pero el teléfono sonó antes de quitar el freno de mano.

Cab oyó una voz ronca al contestar.

—Detective, me llamo Peter Hoffman. —Cab rastreó en su memoria y estaba a punto de darse por vencido cuando el hombre añadió—: Harris Bone era mi yerno.

—Claro, señor Hoffman. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tenemos que vernos.

—Lo sé. Está usted en mi lista. ¿Dónde vive?

—No muy lejos del muelle del *ferry* en Northport. ¿Cuándo llegará?

Cab miró el reloj.

—Ahora mismo estoy a noventa minutos al sur, señor Hoffman, en Green Bay, y tengo que hacer algunas entrevistas en las próximas horas. ¿Puedo ir a su casa mañana a primera hora?

—Esto no puede esperar —respondió Hoffman en tono cortante.

Cab hizo una pausa. Sentía curiosidad.

—¿De qué quiere hablar conmigo?

—Tengo una información para usted, detective. Es urgente.

—¿Qué tipo de información?

Hoffman prácticamente escupió en el teléfono.

—Puedo ayudarle a demostrar que Mark Bradley es el hombre que mató a Glory.

En el muelle de Northport, Mark esperaba el *ferry* de las tres con destino a Washington Island. En medio de la niebla y la bruma, no podía ver el barco en el agua. Le dolía la mandíbula allí donde Peter Hoffman había conectado su gancho, y al tocársela con cuidado notó una muela suelta. Estaba que echaba humo, enfadado consigo mismo por haber perdido el control. No importaba que el viejo le hubiera agredido y provocado con sus amenazas. Deseó haber ignorado a Hoffman y haberse abierto paso para salir del establecimiento. En lugar de eso, la noticia de su altercado debía de estar ya volando por todo el condado.

Impaciente, Mark salió del todoterreno. Su Explorer era el segundo vehículo de la cola del *ferry*, y nadie había aparcado detrás de él. El trayecto de vuelta a la isla sería tranquilo. Caminó con las manos en los bolsillos hasta el final del muelle, donde contempló las rocas blancas del rompeolas y las aguas embravecidas del estrecho. La isla se hallaba a menos de ocho kilómetros, pero resultaba invisible en el horizonte envuelto en la neblina. El cielo vespertino estaba oscuro y amenazador, como su humor. El espíritu optimista con el que había comenzado el día, en brazos de Hilary, se había convertido en una tormenta depresiva.

Se dio cuenta de que aún no la había llamado para contarle el episodio con Peter Hoffman, aunque se preguntó si no lo sabría ya. Su amiga Terri, que vivía en Fish Creek, era un imán para los cotilleos, y si una palabra sobre la pelea había llegado a sus oídos, su primera llamada sería a Hilary. Por otra parte, si su mujer se había enterado le habría llamado, y su teléfono no había sonado en todo el día.

Las cosas iban de mal en peor. Sus vidas caían en barrena, fuera de control, y él no sabía cómo detenerlo.

Mark se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y descubrió que el móvil no estaba donde solía llevarlo. Tanteó los otros bolsillos, pero no lo encontró. Pensó que lo habría dejado en el asiento del acompañante, así que regresó a su Explorer desde la orilla. Comprobó el asiento delantero y la guantera, y miró también bajo los asientos, pero el teléfono había desaparecido.

Recordó que cuando Hoffman le había golpeado, lo había dejado caer y, en medio de la confusión, no lo recogió. Maldijo y sacudió la cabeza. No tenía tiempo de volver a Sister Bay. Si perdía el *ferry* de las tres, el último no salía hasta dos horas después. Tendría que olvidarse del móvil hasta el día siguiente.

Recorrió los veinte metros que le separaban de la taquilla del *ferry*. Tanto el personal del barco como el del muelle le conocían. En los viejos tiempos, compartían bromas y hablaban de deportes mientras esperaba, pero ya no. Ellos, como todo el mundo ahora, daban crédito a los rumores. El hombre gordo que vendía los billetes, Bobby Larch, abrió la ventanilla cuando Mark la golpeó. Estaba leyendo un ejemplar

de *Playboy* mientras comía patatas fritas de una caja de poliestireno y bebía una botella de refresco de cereza Baumeister. Su hija Karen había asistido a la clase de Lengua inglesa de Mark durante el primer año que estuvo en Fish Creek, y por aquel entonces Bobby le había contado que Karen le ponía por las nubes. Era su profesor preferido.

Ahora nada de eso importaba. Desde lo de Tresa, todos los padres lo miraban como si fuera un depredador.

—Eh, Bobby —le saludó Mark.

El hombre apenas apartó la vista de la revista.

—¿Qué quieres?

—¿Me puedes dejar el teléfono?

—¿Por qué?

—He perdido el mío —le explicó Mark—. Vamos, Bobby. Quiero llamar a mi mujer.

Bobby se encogió de hombros, se metió la mano en el bolsillo de sus tejanos sucios y le tendió a Mark un móvil Samsung con tapa. Estaba caliente y grasiento.

—Gracias —dijo Mark, y añadió sin pensar—: ¿Cómo le va a Karen? ¿Está en la universidad?

Bobby no contestó y cerró la ventanilla con un golpe.

Mark marcó el número de casa. El teléfono sonó en la isla, pero tras cuatro tonos, se activó el contestador. Dejó un mensaje:

—Soy yo. Si has intentado llamarme, he perdido el móvil. Cojo el *ferry* de las tres. Te veo pronto.

Decidió marcar el número de su propio móvil para ver si alguien lo había encontrado y lo había entregado en el mercado. No se moría precisamente de ganas de asomar la cara por ahí después de lo ocurrido.

Pulsó las teclas.

Al segundo tono le contestó un hombre que le preguntó en tono grave:

—¿Quién es?

—Soy Mark Bradley. Creo que tiene mi móvil.

—Bradley —dijo el hombre—. Me preguntaba cuándo me llamaría.

Mark reconoció la voz y deseó no haber marcado. Era Peter Hoffman. El viejo debía de haberlo recogido y se lo había quedado. Instintivamente, el mal genio de Mark, que había intentado reprimir durante todo el día, volvió a aflorar. Se esforzó por mantener a raya sus emociones.

—Señor Hoffman, lamento lo que ha sucedido. De verdad. Espero que esté bien.

—No se preocupe por mí, Bradley. Sólo espero haberle roto esa mandíbula de cristal.

Mark no mordió el anzuelo.

—No he llamado para volver a empezar donde lo habíamos dejado. Sólo quiero recuperar el teléfono.

—Lo tengo justo aquí —respondió Hoffman.

—No sé por qué se lo ha llevado. Podría haberlo dejado en el mercado.

—Cierto, pero entonces usted no habría tenido que enfrentarse de nuevo a mí, ¿verdad? Si quiere recuperar su móvil, puede venir a buscarlo.

Mark comprobó el reloj. El *ferry* salía dentro de diez minutos. La casa de Hoffman no estaba lejos, pero dudaba que le diera tiempo de ir allí y volver al muelle. Tampoco creía que resultara sencillo que Hoffman le diera el teléfono; el hombre buscaba otro enfrentamiento.

—Tengo que coger el *ferry*.

—En otras palabras, no tiene huevos para mirarme a los ojos. Supongo que mañana enviará a su mujer a recogerlo.

Mark hizo una mueca, porque eso era exactamente lo que había planeado hacer. Hilary no le dejaría cruzar la puerta de casa de Hoffman, no después de lo sucedido.

—Buenas noches, señor Hoffman —se despidió.

—Eso es, cuelgue, señor Bradley —prosiguió el hombre—. Regrese por Death's Door y pase una buena noche. Pero déjeme decirle algo: ya he hablado con ese detective de Florida y va a venir a verme.

—Me alegro por usted.

—Cuando sepa lo que yo sé, irá directo a detenerle, Bradley.

Mark cerró la tapa del móvil, interrumpiendo los improperios que salían de la boca de Hoffman, salió del coche y olió en el aire denso el inminente aguacero. Se estremeció y se dirigió a la taquilla, donde Bobby Larch abrió la ventanilla y cogió su teléfono.

—Gracias —dijo Mark.

—Ya.

—¿El *ferry* llegará puntual?

Bobby meneó la cabeza.

—No, va con diez o quince minutos de retraso.

Mark regresó a su Explorer, encendió la radio y sintonizó una canción de los Black Eyed Peas que sonaba en la emisora local de rock. No era su tipo de música, y normalmente habría cambiado de emisora, pero a medida que la escuchaba, el ritmo de la melodía empezó a retumbar en su cabeza. El estribillo, que se repetía una y otra vez, era el título de la canción, y se sorprendió repitiéndola.

«Empecemos de nuevo».

Eso era. No iba a arrugarse más ante nadie. Que pasara lo que tuviera que pasar.

Al mirar el reloj, se dio cuenta de que el retraso del *ferry* le daba tiempo para ir a casa de Hoffman y verle cara a cara. Salió de la cola del *ferry*, dio la vuelta con el

coche y se lanzó por la lisa cinta de curvas en dirección a Port des Morts Drive.

La casa era un remanso de quietud, como siempre.

Peter Hoffman estaba sentado a la mesa de madera maciza de su cocina y bebía *whisky* directamente de la botella mientras escuchaba el silencio. Su necesidad de calma era un vestigio de sus días de guerra del que nunca había podido liberarse. Nunca ponía música, y raramente encendía el televisor. Quería oír con exactitud qué ocurría en el exterior, para detectar cualquier cosa fuera de lo normal. Sus oídos estaban acostumbrados a todos los ruidos de la casa, conocían el canto de cada pájaro, el rugido del viento, el siseo de la nieve y el sonido tamborileante de la lluvia. En algunas ocasiones, su mujer había insistido para que pusieran una sinfonía en el equipo de música, pero él había descubierto que era incapaz de quedarse en la habitación con aquel ruido. Desde que ella murió, él vivía en el silencio, escuchando y a la espera.

Habían pasado cuarenta años, hacía mucho que la guerra había terminado, y sin embargo él aún seguía esperando que el enemigo apareciera de la nada. Si lo hacía, él lo oiría.

Hoffman tenía un plano de Door County extendido frente a él. Al lado había una anilla metálica en la que guardaba su voluminoso juego de llaves. Seguía manteniéndolas mucho después de haber dejado de necesitarlas, pero era incapaz de sacarlas de la anilla y deshacerse de ellas. Aún sabía a qué cerradura correspondía cada una. Su Cutlass de 1982. La caja de seguridad donde guardaba su seguro de vida y los documentos de la hipoteca, cuando aún la pagaba. La casa de Nettie, el garaje de Nettie, antes del incendio.

Cogió la anilla y encontró la llave que buscaba. Era pequeña, plateada, como las de los candados pesados. Estaba en buenas condiciones, pero el cerrojo con el que encajaba estaba oxidado y lleno de mugre, pues había permanecido expuesto a la fuerza de los elementos. En los viejos tiempos iba cada pocos meses a comprobarlo, pero nunca lo había abierto. Tiraba de él para cerciorarse de que aguantaba bien y luego se iba. Al final se dio cuenta de que no había razón para seguir volviendo. Lo único que conseguía con ello era torturarse a sí mismo.

Hoffman separó la llave del resto, abrió el cierre, la sacó y dejó la anilla de nuevo sobre la mesa. La sujetó y la frotó hasta que la notó caliente entre los dedos. Resultaban escalofriantes los vividos recuerdos que podía despertar un pequeño trozo de metal brillante. Al final, incapaz de seguir mirándola, deslizó la llave en el bolsillo.

Estaba junto al móvil de Mark Bradley.

Se levantó de la silla y, al hacerlo, un pinchazo de dolor le bajó por la pierna izquierda como si fuera hielo. Su pierna mala, donde había recibido la bala dirigida a

Felix Reich en una jungla fétida, se le había agarrotado desde la caída en el establecimiento, y ahora apenas podía moverla. Tenía un hematoma morado en la pantorrilla que le dolía al tacto y sospechaba que se había roto un hueso. Habían querido llamar a una ambulancia pero él se había negado, y ahora apenas podía caminar.

Sin embargo, a Hoffman no le importaba, tenía otras cosas que hacer.

Cab Bolton llegaría pronto.

Hoffman se aferró a la encimera de la cocina, cogió su bastón y se apoyó en él. Con la otra mano, agarró el mapa de la mesa y se lo metió debajo del brazo. Paso a paso, salió de la cocina hacia su habitación, donde tenía el escritorio y una impresora que también funcionaba como fotocopidora. Desdobló con torpeza el mapa y lo colocó sobre el cristal. Pulsó el botón para hacer una copia, pero al ver la impresión se dio cuenta de que no lo había alineado. Lo movió, lo intentó de nuevo y decidió que la imagen era demasiado pequeña. Programó la máquina para que hiciera una ampliación.

Habría resultado más sencillo ir con Cab Bolton en coche y mostrarle el camino, pero Hoffman sabía que no podría llegar tan lejos con el frío y la lluvia. Además, no quería volver allí. Se había enfrentado a cosas malvadas en el pasado, pero había maldades imposibles de soportar.

Realizó varias copias antes de darse por satisfecho con el resultado. Arrugó las otras hojas y las lanzó a la papelera que había junto al escritorio, y dejó el mapa sobre el cristal de la impresora. Con la copia en la mano, regresó cojeando a la cocina, mordiéndose el labio por el dolor de la herida de bala que le recorría la pierna. Se acomodó en la silla con un gruñido, buscó un boli en la mesa y entornó los ojos para mirar la copia del mapa.

Entonces escuchó.

Fuera de la casa, por encima del temblor del viento, oyó un chasquido seco, como el disparo de una bala. Alguien había roto una rama al pisarla. Un visitante se acercaba a través de los árboles, alguien que intentaba que no lo oyeran.

A Hoffman no le sorprendió.

Dobló la copia del mapa y la deslizó en su bolsillo, junto con la llave y el teléfono. Se dio impulso apoyando ambas manos en la lustrosa superficie de la mesa. Esta vez no se preocupó del bastón, y el peso de su cuerpo sobre la pantorrilla casi le hizo derrumbarse al primer paso. Arrastró la pierna tras él, mientras avanzaba con pasos vacilantes hacia el armario que había junto a la puerta de entrada. La corta distancia le pareció interminable. Al llegar, buscó dentro su escopeta, que siempre estaba engrasada y a punto. Alzó la mano para coger una caja de cartuchos de la estantería del armario y las derramó como si fueran canicas mientras cargaba el arma.

Cerró la puerta y se inclinó sobre ella con la respiración entrecortada, mientras

casi rompía a llorar por el dolor que sentía en la pierna, igual que si le estuvieran acuchillando. Apoyó los hombros contra la pared y, sin despegar los pies del suelo, se deslizó sobre los paneles de nogal hasta alcanzar la puerta principal. Hizo girar el pomo y le dio un golpecito para abrirla. Afuera, en el porche, distinguió el olor a hojas caídas. El bosque estaba vivo, y las ramas desnudas se torcían y se tocaban. El camino de tierra estaba cubierto de lodo. Buscó huellas recientes procedentes de la carretera, pero no vio ninguna.

¿Dónde se había metido?

Hoffman se agarró al marco de la puerta y esperó mientras sostenía la escopeta bajo su otro brazo. Escrutó el bosque con la mirada, del mismo modo en que lo había hecho años antes, a través de la desolación del aguacero y los insectos voraces. No hacía falta que viera a nadie, ni que le oyera o le oliera, para saber que no estaba solo.

—Sé que estás ahí —gritó hacia los árboles.

No hubo respuesta. El viento gimió, y él percibió la humedad de la bruma en los labios.

—Es hora de acabar con esto —chilló, pero nadie contestó.

Los árboles crujieron como si se rieran de él. «Sabemos qué es lo que te asusta, viejo». Debería haber escuchado sus advertencias.

Hoffman oyó un ruido dentro de la casa. Había olvidado la regla fundamental: cubrirse siempre las espaldas. Los pasos sobre el suelo de madera estaban tan cerca que esperaba sentir el aliento sobre la nuca en cualquier momento. Trató de darse la vuelta, de volver el arma, pero no tenía fuerza suficiente ni tiempo. Unas manos fuertes le agarraron del cuello de la camisa y tiraron de él hacia el recibidor. Sus piernas cedieron, y se desplomó. Mientras caía, la escopeta le resbaló de las manos. Hoffman golpeó el suelo con la cabeza y se retorció como un insecto boca arriba, incapaz de incorporarse.

En toda batalla había un vencedor y un vencido, y él había perdido.

—Cierra los ojos —dijo la voz masculina sobre él.

Hoffman no los cerró. Ni entonces ni nunca. Los cañones gemelos de su propia arma se hundieron en su frente, y permaneció con los ojos bien abiertos para contemplar el final cuando llegara.

El coche de Hilary olía a café recién molido. Se habían quedado sin existencias con la última cafetera de la mañana, y había decidido peregrinar a la pequeña tienda cerca del muelle antes de que Mark llegara. Mientras conducía de vuelta a casa, oyó sonar su teléfono. En lugar de responder a la llamada con el móvil pegado al hombro, salió de la carretera y aparcó.

—¿Es usted Hilary Bradley? —Era una voz de chica que no le resultaba familiar.

—Sí. ¿Quién es?

—Me llamo Katie Monroe. Creo que conoce a mi compañera de habitación, Amy Leigh.

Al oír el nombre de Amy, a Hilary le dio un vuelco el estómago.

—¿Ha pasado algo? ¿Está Amy bien? He intentado hablar con ella.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me llamó ayer por la noche y fue todo muy extraño. Desde entonces la he llamado varias veces, pero no contesta el teléfono. Estoy preocupada.

Hilary oyó la respiración de la chica en la línea.

—Ayer por la noche no volvió a la habitación.

—¿No es propio de ella?

—Algunas chicas pasan la noche fuera, pero Ames no.

Hilary se sacó las gafas y cerró los ojos mientras pensaba en la llamada de Amy.

—Escucha, Katie, Amy mencionó el nombre de su entrenador, Gary Jensen. ¿Eso te dice algo?

La chica hizo una pausa antes de exclamar:

—¡Hijo de puta!

—¿Amy te contó algo sobre él?

—Me dijo que ayer por la noche iba a hablar con Gary; habían quedado en su casa. Desde entonces no he podido hablar con ella.

—¿Has llamado a la policía?

—Llamé a la seguridad del campus, pero no me hicieron caso. Todos conocen a Gary, y me dijeron que estaba loca. Para ellos, que una chica del campus no vuelva en toda la noche no es un problema del que preocuparse.

—Deberías ir a la policía —insistió Hilary.

—¿Para contarles qué? ¿Que mi compañera no ha dormido en la habitación esta noche? Me darán una palmadita en la espalda y me dirán que vuelva mañana. No puedo hacer esto sola. —Katie hizo una breve pausa y luego habló de nuevo, muy rápido—: Oiga, usted vive cerca de Door County, ¿verdad? Por eso la he llamado. Si viene hasta aquí con el coche, podremos hablar juntas con la policía.

Hilary miró el reloj y frunció el ceño.

—Estoy en Washington Island y sólo queda un *ferry*. No estoy segura de que me dé tiempo.

—Por favor —insistió Katie—. Si lo hacemos juntas, nos tomarán en serio. Si no, no empezarán a repartir carteles hasta dentro de un par de días, y creo que Amy está en problemas ahora mismo.

Hilary vaciló. Sabía que no tenían nada de peso que contar a la policía. Tal vez era cierto que Gary Jensen daba grima, pero eso no era un crimen. Aun así, compartía el temor de Katie: algo no iba bien. Si Amy estaba en casa de Jensen cuando realizó esa extraña llamada, era posible que se encontrara en peligro, sobre todo si Gary

Jensen estaba relacionado de algún modo con Glory Fischer.

—De acuerdo —dijo Hilary—. Si consigo llegar al *ferry*, aún tardaré un par de horas más en llegar allí. No hagas nada mientras tanto, ¿de acuerdo? Sólo espérame.

—Llámeme cuando esté cerca —le pidió Katie.

Hilary colgó, contempló el cielo amenazador y se dio cuenta de que había estado conduciendo bajo un aguacero mientras se dirigía a Green Bay. Se acercaba una tormenta de órdago. Dio la vuelta con el coche y aceleró hacia el embarcadero del *ferry*; mientras, marcó el número de Mark. El teléfono ya había empezado a sonar cuando recordó el mensaje que él le había dejado en el contestador de casa.

Había perdido el móvil.

Estaba a punto de colgar cuando alguien contestó. Alguien que no era Mark.

Cab encontró la calle sin salida de la casa de Peter Hoffman y avanzó por el borde del camino de tierra hacia la entrada. Las ramas de los árboles le rozaban, y sus zapatos negros se hundieron en el suelo blando. Distinguió huellas de botas en el barro: alguien más había venido y se había ido hacía poco. La casa se encontraba en un claro ganado a los árboles, en medio de un campo cubierto por hojas, bellotas y ramas. Las vigas de madera del edificio estaban relucientes. El vapor de la caldera salía en forma de humo desde una cañería, a través de una rejilla blanca. Detrás de la casa, donde el bosque comenzaba de nuevo, Cab distinguió el brillo del agua azul más allá del acantilado.

También vio algo más. Desde los árboles de atrás, una segunda secuencia de huellas cruzaba el largo tramo de hierba en dirección a la puerta trasera.

Dos visitantes. Uno por delante, otro por detrás.

Cab se acercó al porche con cautela. Sobre el suelo había herramientas desparramadas y montoncitos de serrín. La puerta delantera estaba cerrada. Subió los escalones pero no pudo ver el interior, porque las cortinas estaban corridas en las ventanas.

Llamó al timbre. Al no recibir respuesta, golpeó con fuerza la puerta.

—¡Señor Hoffman! —llamó—. Soy Cab Bolton.

No hubo respuesta en el interior.

Cab empujó la puerta con el hombro. Al ver que no se abría, sacó un pañuelo del bolsillo y giró el pomo con cuidado. Estaba cerrada con llave. Se quedó de pie en el porche con las manos en los bolsillos e inspeccionó el jardín. A la derecha, junto a la casa, vio un garaje adosado. La puerta estaba abierta y había un coche aparcado dentro. Unos surcos profundos entraban y salían, pero no parecían recientes. Hoffman no había ido a ninguna parte en coche.

Una alarma se disparó en su cabeza. Metió la mano en el abrigo y sacó su Glock de servicio, que sostuvo en la mano. Bajó los escalones y se dirigió a la parte trasera de la casa, tomando nota de las huellas en la hierba, casi indistinguibles, sin marcas visibles de zapatos. La puerta de atrás estaba entornada. Sobre ella, el tejado se inclinaba hacia arriba y unos enormes ventanales se abrían sobre el agua. En el jardín, vio una solitaria tumbona bajo la sombra de un roble colosal, cerca de la pared que caía bruscamente hasta el agua. En la franja azul grisácea del horizonte, distinguió una mancha blanca allí donde el *ferry* cruzaba el paso en dirección a Washington Island.

Cab se acercó a la puerta abierta y volvió a llamar.

—¡Señor Hoffman!

La puerta daba al área de comedor de la cocina. Se quitó los mocasines y cruzó el

umbral en calcetines negros. Cerca de él, había una mesa de madera maciza frente a las ventanas; la cocina quedaba a la izquierda. La casa estaba caldeada, y en el espacio cerrado distinguió el olor metálico de la pólvora. Había algo más, algo fétido, un olor mortífero a excrementos y sangre.

Cab maldijo por lo bajo.

Siguió el pasillo en dirección a la parte delantera de la casa, pasando junto a las puertas de dos dormitorios a su derecha y unas escaleras que llevaban a un altillo. Al final del pasillo, la casa se abría en un gran salón de techos altos. En el suelo brillaban proyectiles para escopetas sin utilizar, y la sangre dibujaba una red sobre las baldosas del recibidor y había empapado la alfombra como si fuera una piscina. Peter Hoffman era un amasijo de extremidades torcidas. No tenía cara; era obvio que el cañón del arma debía de estar justo sobre su cráneo mientras él permanecía tendido en el suelo.

Cab cogió el teléfono y estaba a punto de llamar a Felix Reich cuando se detuvo.

Sabía lo que ocurriría cuando llegaran los miembros del departamento del *sheriff*: Reich le tomaría declaración y lo echaría de la casa, que era exactamente lo que haría Cab si estuviera en su propia jurisdicción. Antes de que lo desterraran, Cab quería saber si Hoffman había dejado alguna pista de lo que tenía intención de contarle. Fuera cual fuese la información de la que disponía el hombre, había sido suficiente para que le mataran.

Retrocedió hasta la cocina. Basándose en el bastón y la silla empujada hacia atrás, concluyó que Hoffman estaba sentado a la mesa de la cocina antes de dirigirse a la puerta de entrada y que le dispararan. Sobre ésta sólo había un boli y una botella abierta de Jameson. En la encimera de la cocina, vio el montón de llaves de Hoffman y un par de copas. Comprobó el dormitorio principal, que estaba impecable, y vio un ordenador y una impresora en una de las paredes. Al levantar la tapa de la impresora, no encontró nada sobre el cristal. La papelera que había junto a la mesa también estaba vacía. Abrió el cajón superior y encontró bolis, clips, grapas y un mapa de Door County doblado con esmero. Eso era todo.

Realizó un somero repaso en el archivador que había junto al escritorio, pero las carpetas contenían básicamente informes de impuestos y propiedades, que llevaría horas estudiar en detalle. Movié el ratón del ordenador con el nudillo del dedo, pero lo habían apagado.

Cab frunció el ceño. Nada.

Comprobó el reloj y se dio cuenta de que el tiempo apremiaba: tenía que llamar al *sheriff*. Regresó a la sala y contempló a Peter Hoffman.

—¿Qué querías decirme? —preguntó en voz alta al cuerpo que tenía a sus pies.

En ese momento, el cuerpo empezó a cantarle con la voz de Steven Tyler. Era una canción de Aerosmith, «Dude Looks Like a Lady».

Cab dio un respingo por la sorpresa, antes de caer en la cuenta de que la música provenía del bolsillo del hombre muerto. Era un teléfono. Cab se inclinó, metió dos dedos en el bolsillo derecho de Hoffman y deslizó el móvil en su mano.

—¿Sí? —contestó en tono neutro.

—¿Hola? ¿Mark? ¿Quién es?

—Usted primero —dijo Cab.

—Soy Hilary Bradley. No sé quién es usted, pero creo que tiene el móvil de mi marido.

Cab meneó la cabeza con tristeza y sin dar crédito. No iba a ser una llamada alegre.

—Soy Cab Bolton, señora Bradley.

—¿Detective? —Percibió que se quedaba paralizada por la sorpresa—. ¿Cómo demonios ha conseguido el móvil de Mark?

Cab no contestó la pregunta.

—¿Sabe cómo lo perdió?

—No, no lo sé.

—¿Dónde está su marido ahora?

—Por lo que yo sé, en el *ferry* de vuelta a la isla. ¿Qué ocurre? ¿Dónde ha encontrado el teléfono?

—Ahora mismo no puedo decírselo.

—¿Disculpe?

—No va a poder recuperarlo.

—¿Por qué no?

—Lo siento —dijo Cab—. Eso es todo cuanto puedo decirle.

—¿Algo va mal?

—Lo siento —repitió él—. Ahora tengo que colgar. Será mejor que no vuelva a llamar a este número.

Cortó la llamada antes de que ella pudiera decir nada más. Pronto se enteraría de lo que había pasado; el *sheriff* iba a salir en busca de sangre en cuanto encontrara el teléfono de Mark Bradley en el bolsillo de Peter Hoffman, que yacía muerto en su propia casa. Peter Hoffman, el amigo de toda la vida de Reich. Peter Hoffman, que juraba que tenía información que podía ayudar a meter a Mark Bradley entre rejas.

Se arrodilló junto al cuerpo y, mientras volvía a deslizar el móvil en el bolsillo, sus dedos palparon algo más. Un papel. Extrajo con las yemas una única hoja doblada y, al abrirla, encontró una ampliación de un mapa que mostraba una pequeña sección del condado en NorDoor, que se alargaba de oeste a este desde la población de Ellison Bay hasta el parque nacional de Newport. No había nada escrito.

Con curiosidad, Cab volvió a meter la mano en el bolsillo de Hoffman, hasta el fondo. Esta vez encontró algo metálico, lo sacó y lo sostuvo en la mano.

Era una llave.

Hilary vio la cara de Mark mientras éste bajaba del *ferry* con el coche y supo que algo terrible había ocurrido. Pasó junto a ella ajeno a todo lo que le rodeaba. Estaba pálido, con la mirada vacía y enajenada. Ella tocó el claxon para llamar su atención y él aparcó a un lado al ver el Taurus, bajó y se acercó. Se sentó en el asiento del acompañante, pero cuando ella lo abrazó permaneció inmóvil, sin reaccionar.

—¿Qué pasa? —preguntó Hilary—. ¿Algo va mal?

—Peter Hoffman está muerto —le contó Mark.

—Oh, Dios mío. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé, pero sí sé a quién le van a echar la culpa.

Hilary contempló el embarcadero del *ferry*. Iban con retraso, y sabía que se estarían apresurando para subir a bordo la media docena de coches.

—Un momento, un momento. ¿Qué demonios está ocurriendo?

Mark se pasó las manos por el pelo.

—Hoffman se enfrentó conmigo en el mercado y empezó a soltar tonterías de que yo había matado a Glory. Llegamos a las manos. Me dio un puñetazo que me alcanzó de lleno en la mandíbula.

Hilary cerró los ojos.

—¿Qué hiciste tú?

—Le empujé, y él se cayó. Todo el mundo lo vio.

—¿Quieres decir que se murió ahí mismo?

—No, no, pero todo el mundo sabe que hubo una pelea.

—Mark, lo que dices no tiene ningún sentido. ¿Qué pasó con tu teléfono?

—Cuando Hoffman me pegó, lo dejé caer al suelo. Al darme cuenta de que no lo llevaba, llamé a mi número y Hoffman me dijo que lo tenía él, así que cuando me dijeron que el *ferry* llegaba con retraso, cogí el coche y fui a su casa. Quería disculparme, recuperar mi móvil y salir pitando de allí. Pero estaba muerto; alguien le había volado la cabeza, y hacía tan poco tiempo que todavía podía olerlo. Debí de ocurrir en los quince minutos entre que hablamos y yo llegué allí.

—¿Qué hiciste?

—Me fui. Eché a correr. —Y añadió—: No lo maté, Hil. No fui yo.

Hilary se tapó la boca con las manos. La mente le iba a toda velocidad.

—Ya han encontrado tu teléfono —murmuró.

—¿Qué?

—Antes te he llamado; me había olvidado de tu mensaje. Me contestó Cab Bolton. Debía de estar en casa de Hoffman, lo que significa que ha encontrado el cuerpo y tu teléfono.

Mark meneó la cabeza.

—Van a crucificarme.

Hilary deseaba decirle que se equivocaba, pero no iba a engañar a ninguno de los dos con falsas esperanzas. Era el sospechoso más obvio. Las acusaciones, la pelea, las llamadas: todo jugaba en su contra, y todo podía ser probado con testigos y documentos. Ella misma se sentía intranquila, a pesar de lo mucho que se esforzaba en fingir que era inmune. Vacilaciones. Dudas. Cada vez que las acallaba, ocurría algo que volvía a empujarla hacia las sombras.

Él lo vio reflejado en su rostro.

—Hasta tú te preguntas si soy un asesino.

—No es cierto.

—Estás pensando: «Tiene mal genio. Hoffman le presionó demasiado y al final perdió los nervios y le mató».

—No hables así, Mark.

No quería que él conociera sus pensamientos. Sí, tenía mal genio, y sí, le habían presionado demasiado. Nada de eso importaba ya.

Mark estiró el brazo y le cubrió la mano.

—No estoy mintiendo. Yo no lo he hecho, nada de esto. Ni lo de Glory ni lo de Hoffman. —Se quedó mirándola y añadió—: Tampoco lo de Tresa.

—Cuéntame exactamente qué has hecho en casa de Hoffman.

—Apenas estuve un minuto allí, tal vez dos. Fui en coche desde el muelle, subí por el camino de entrada y vi que la puerta delantera estaba abierta. Llamé a Hoffman a gritos, pero no respondió y le encontré en el pasillo, tendido en el suelo.

—¿Qué hiciste luego?

—Me largué echando pestes. Cerré la puerta de golpe a mi espalda, corrí hacia el coche y regresé al embarcadero del *ferry*.

Hilary le miró las manos; Mark llevaba guantes de cuero.

—¿Tenías los guantes puestos cuando entraste en la casa?

—Sí.

—Entonces ¿no has dejado huellas dactilares?

—Supongo que no.

—¿Y huellas de los pies?

Mark asintió.

—Un montón.

—Deshazte de los zapatos —dijo ella.

—¿Qué?

—Conduce hasta una playa desierta antes de ir a casa. Lánzalos en el lago, tan lejos como puedas, y asegúrate de que nadie te ve.

—Eso es una locura. No voy a hacerlo.

—Mark, no podemos dejar que prueben que estuviste allí. Las huellas son lo

único que te sitúa en la casa. Mete la ropa en la lavadora, también; a lo mejor hay sangre.

—Hil, olvídale. Pedí prestado un teléfono en el muelle; llamé a mi número y salí de la fila del *ferry*. ¿Crees que la gente no lo va a recordar? Si trato de encubrirlo, sólo hará que parezca más culpable.

Tenía razón, pero Hilary no quería oírlo. Subió el tono mientras la ira y la desesperación se apoderaban de ella.

—No puedes darles una soga para que te la pongan al cuello. La verdad no les importa; lo único que quieren es meterte en la cárcel. Quieren apartarte de mí, y no voy a dejar que eso suceda.

Mark abrió los brazos y la abrazó. Ella tuvo la sensación de que se cogían sólo con la punta de los dedos y que perdían agarre. Para empeorarlo, ella estaba a punto de irse y dejarlo solo toda la noche.

—Llama a Gale —le dijo—, pero no menciones los zapatos. Un abogado no puede aconsejarte que destruyas pruebas. Sigo pensando que deberías deshacerte de ellos.

—Eso sería como admitir que lo he matado.

—¿Por qué discutes conmigo por esto?

—Porque esta vez creo que te equivocas, y si lo hago no habrá marcha atrás.

—¿Cuánto tardaste en volver a la cola del *ferry* después de ir a casa de Hoffman?
—preguntó ella.

Mark se encogió de hombros.

—Diez minutos. Quince, a lo mejor.

—No es mucho tiempo.

—Dirán que el suficiente para llegar a su casa, discutir, pelear y matarlo.

—Por el amor de Dios, Mark, ¿de parte de quién estás?

—De la nuestra —respondió él—, pero no voy a fingir. Me he metido en un lío y no saldré de él mintiendo y escondiéndome.

Hilary vio que la tripulación del *ferry* le hacía gestos con la mano. El resto de coches ya se había alejado y embarcado. Miró la hora: faltaban dos minutos para las cuatro. El barco estaba desatracando.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Adónde vas?

—Amy Leigh ha desaparecido; he recibido una llamada de su compañera de habitación en Green Bay. No ha visto a Amy desde ayer por la noche, y no responde al teléfono. Me voy a Green Bay; vamos a hablar con la policía.

Mark resopló, decepcionado.

—Precisamente esta noche, Hil. Te necesito a mi lado.

—Si le ocurre algo a Amy y yo no he hecho nada para evitarlo, nunca podré

perdonármelo. Ella me llamó, me buscó a mí. Tengo que hacerlo.

—Déjame ir contigo.

—No con esos zapatos. No con esa ropa. Ve a casa y llama a Archie Gale.

—Hil, déjalo. Voy a ir contigo.

Ella negó con la cabeza.

—Mírate, Mark. En este momento no estás en condiciones para hacer esto. Además, si estás ahí la policía se centrará en ti y no en Amy.

Él abrió la puerta del coche, y una ráfaga de aire se coló por el hueco.

—Muy bien, vete.

—Podría ser nuestra oportunidad de descubrir lo que le ocurrió en realidad a Glory —señaló ella—. De demostrar que no fuiste tú. El entrenador del que me habló Amy, ese tal Gary Jensen... Llamé a una amiga mía de la escuela donde trabajaba antes. Sospechaban que había mantenido relaciones sexuales con adolescentes.

Mark salió del coche y se inclinó por la puerta esbozando una sonrisa triste.

—De mí también lo sospechan.

—Maldita sea, Mark, no hables así.

—Lo siento, no puedo evitarlo. —Acercó su cara a la de ella y la besó. Tenía los labios fríos—. Te quiero. No lo olvides.

—Yo también te quiero.

Él cerró la puerta y se alejó. Tras unos instantes de vacilación, ella puso la primera y condujo el Taurus hacia el *ferry*. Una vez lo hubo aparcado, salió y subió las escaleras hacia la cubierta de pasajeros. Se quedó en el exterior, apoyada en la barandilla mientras el barco se alejaba de la isla. Más allá de la protección del muelle, ya en aguas abiertas, el viento se intensificó y el *ferry* osciló bajo sus pies. Aún distinguía el coche de Mark en el aparcamiento de la orilla. Saludó con la mano y vio que las luces largas del Explorer se encendían y se apagaban. Mark estaba dentro, contemplando cómo se marchaba.

Dentro de la cabina del puente, en la cubierta superior del *ferry*, un chico de diecinueve años llamado Keith Whelan observó a Hilary apoyada en la barandilla. Era tan flaco como un poste de teléfono, con el pelo negro y despeinado, y llevaba dos años trabajando en el *ferry*. El práctico que manejaba el timón apartó la vista del agua y siguió la mirada de Keith hasta la mujer de cubierta.

—No hay nada más sexy que una mujer en medio del viento —dijo el práctico—. Sobre todo ésa.

Bajo ellos, Hilary dio media vuelta, desapareció dentro del compartimento para pasajeros y la cubierta se quedó vacía. Apenas se distinguía NorDoor, a ocho kilómetros de distancia.

—Veo a esa mujer yendo y viniendo cada día —continuó el práctico—, y nunca

me canso de la vista.

—Lo que tú digas. —Keith se frotó la nariz y se tocó la entrepierna de los pantalones—. Tengo que mear.

—Claro, ve.

Keith abandonó el refugio del puente y bajó la escalera hasta la cubierta de debajo. El barco se balanceaba pero era una sensación que él ya no percibía, ni siquiera con el peor de los temporales. Asomó la cabeza por la puerta de la zona de pasajeros, donde media docena de conductores leían revistas y charlaban por el móvil mientras aún había cobertura. Hilary Bradley estaba de pie, sola, mirando por la ventana. Sus miradas no se cruzaron. Las gafas que llevaba la mujer le daban aspecto de estirada e inteligente; a Keith no le gustaban las mujeres que fingían ser más listas de lo que eran.

Se deslizó en el baño, del tamaño de una cabina de teléfono, sacó el móvil y marcó un número.

—Soy Keith —dijo—. Querías información, ¿no? Está en el *ferry* de las cuatro en dirección a la península. No hay manera de que coja el de las cinco para volver. Te lo digo, esta noche duerme en otra parte. Él estará solo en la casa. Si lo quieres, es tu oportunidad.

—Lo siento, *sheriff* —le dijo Cab a Felix Reich—. Es duro perder a un amigo de esta manera.

Reich estaba sentado en el asiento del conductor de su Chevy Tahoe, en el claro al final de Port des Morts Drive. Tenía las manos sobre el volante, mientras su mirada vacía contemplaba la carretera bordeada de árboles. Su pecho subía y bajaba con fiera precisión. Tras un largo silencio, Reich volvió la cabeza y Cab vio en él una furia tan profunda e implacable que le latían las venas en los ojos.

—Déjeme decirle algo, detective Bolton —gruñó el *sheriff*—. No me gusta hablar mal de un compañero, pero ¿sabe qué? Usted no me gusta. Se pasea en su Corvette por mi condado, con sus trajes caros y su pelo de punta y su pendiente, y lo siguiente que sé es que un amigo mío ha muerto. Usted tiene la culpa.

—Entiendo que esté dolido, *sheriff*, y lo respeto, pero vamos a dejar de lado todo eso de la culpa, ¿de acuerdo? No me hace ninguna falta.

Reich apretó los puños con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—Le voy a explicar cómo vamos a hacer esto, detective. Usted va a contarme todo lo que sepa como testigo del escenario del crimen, que al fin y al cabo es lo que es. Cuando termine, conducirá hasta su lujoso apartamento en Fish Creek y hará las maletas. Mañana, quiero que se largue de Door County.

—Las amenazas sólo me vuelven más tozudo —replicó Cab.

—Le he dado carta blanca en mi jurisdicción porque estaba investigando un asesinato. Ahora yo también investigo uno, y usted se ha interpuesto en mi camino. Váyase a casa.

—Si nuestros casos están relacionados, deberíamos trabajar juntos.

—Si nuestros casos están relacionados, es porque usted no me escuchó cuando le hablé de Mark Bradley. Ahora es mío. Va a tener que aguardar turno, y la espera se presume muy larga.

—¿Está convencido de que lo ha hecho Bradley? —preguntó Cab.

—He reunido más pruebas en una hora que usted desde que llegó. Cuando has vivido toda tu vida en un sitio, la gente confía en ti. Se convierten en tus ojos y tus oídos, te cuentan cosas. No sabía usted que Pete se había peleado hoy con Bradley cerca de Sister Bay, ¿verdad?

Cab arqueó una ceja.

—No.

—He recibido cuatro llamadas sobre el incidente. Pete juró frente a una docena de testigos que iba a asegurarse de que Bradley pagara por sus crímenes, y Bradley amenazó con matarlo. También vieron a Bradley en la cola del *ferry* en Northport, a las dos cuarenta y cinco. Pidió prestado un teléfono y realizó una llamada, y luego se

marchó cagando leches y regresó quince minutos después. Adivine a quién llamó: a su propio móvil. El que usted encontró en el bolsillo de Pete. Éste es el final del trayecto para ese hombre.

Cab no estaba tan convencido, aunque no lo dijo.

—Le deseo suerte, *sheriff*.

—Recuerde lo que le he dicho: quiero que se vaya a Florida por la mañana.

—No lo olvidaré, pero antes tengo una pregunta. ¿Qué sabía Pete Hoffman sobre Bradley?

—No le sigo.

—Hoffman dijo que se aseguraría que Bradley entendiera la que se le venía encima. Me dijo que podía ayudarme a demostrar que Bradley mató a Glory. Me gustaría saber cómo planeaba hacerlo.

—Si descubro algo al respecto, usted será el primero al que llame.

—Me preguntaba si sabía de qué podía tratarse.

—No tengo ni idea.

—En un pueblo pequeño no se pueden guardar secretos. Alguien sabía algo.

—Pete no hablaba con mucha gente.

—¿Qué hay de Delia Fischer? —insistió Cab—. Hoffman estaba unido a la familia Fischer; a lo mejor tenía información sobre Glory o sobre Tresa. Algo que relacionara a Bradley con una o con la dos.

—Deje a Delia al margen —le espetó Reich—. No quiero que la moleste, ¿está claro? Cualquier cosa relacionada con Pete Hoffman forma parte ahora de mi investigación, no de la suya. Apártese de mi camino.

—Lo que usted diga —replicó Cab.

Abrió la puerta del Tahoe, pero Reich se estiró sobre el asiento y le detuvo cogiéndolo con fuerza por el hombro.

—Antes de irse, busque a uno de los técnicos de pruebas y dele una muestra de sus huellas dactilares. De los zapatos también. Necesitamos descartar sus huellas de todo lo que encontremos dentro y fuera.

—Por supuesto.

—Hable con uno de los ayudantes y repase sus movimientos en detalle.

—Claro —dijo Cab.

—¿Qué vamos a encontrar? —preguntó Reich.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a lo que hizo antes de llamarme. Usted sabía que no tendría otra oportunidad de echar un vistazo en casa de Pete, así que doy por hecho que trató de averiguar lo que iba a contarle.

Cab sonrió. Reich no era tonto.

—Abrí unos cuantos cajones. Miré en el archivador. Eso es todo.

—¿Encontró algo? Si es así, será mejor que me lo cuente ahora.

Cab había esperado poder esconderse detrás de una vaga negativa, pero Reich no le dejaba opción. Lo más inteligente era entregar lo que había encontrado en el bolsillo de Hoffman. La sección ampliada del mapa de Door County. La llave. Si no lo hacía, estaba cometiendo un delito; si lo hacía, era la última vez que vería las pruebas, y aún no estaba preparado para apartarse del caso.

—No encontré nada —le dijo a Reich—. Nada en absoluto.

El gato atigrado se cruzó por delante de Delia mientras ella se sentaba en la mecedora del porche frontal. El animal se posó sobre las ancas junto a ella y la miró con sus serios ojos grises. Delia estiró las piernas y acarició el pelo corto del lomo del gato, que se puso de lado y le ofreció su estómago rechoncho en busca de atención. Se retorció y ronroneó cuando el pie descalzo de Delia le frotó el pelaje, y la mujer sólo se detuvo al darse cuenta de que las lágrimas surcaban sus mejillas. Una parte de ella quería al gato, porque no podía verlo sin pensar en Glory. Otra parte de ella lo odiaba por el mismo motivo.

Glory había decidido llamarlo *Smokey*, según aseguraba ella por los remolinos negros del pelaje del animal. Pero Delia sabía la verdad: el cachorro había olido a humo durante días después del incendio. Ahora, *Smokey* se había quedado huérfano y siempre rondaba cerca de Delia, en busca de mimos. El gato había dormido cada noche en brazos de Glory, y no entendía por qué se había ido la niña. Seguía mirando por ventanas y puertas con un anhelo confuso, como si esperase que ella volviera.

Delia se enjugó las lágrimas y continuó con su labor. Tenía una bandeja de madera sobre el regazo, donde elaboraba sus abalorios a mano. Había cortado latas de Dr. Pepper y Orange Crush en tiras finas, y tenía unos alicates en la bandeja para doblarlas y retorcerlas juntas y conseguir un pendiente de espiral bicolor. Llevaba una lupa acoplada a una diadema, para cubrirse el ojo con el trabajo más minucioso. Lo había hecho tantas veces que el proceso se había vuelto mecánico: hacer espirales de metal y limar los bordes con lana de acero. En eBay podía vender un par por diez dólares. Las tiendas de regalos del lugar cobraban más, pero Delia tenía que dar una parte a los propietarios del negocio. El año anterior había acumulado casi dos mil dólares, lo cual constituía una ayuda muy bienvenida para un presupuesto que nunca parecía alcanzar. Siempre había una factura de más.

Incluso con sus ingresos extra, nunca habría suficiente para la matrícula de Tresa; aunque fuera a una universidad pública, no podía permitírselo. Dios bendijera a Pete Hoffman. Él lo había pagado todo: matrícula, pensión completa en la residencia, libros, dinero para gastos... Le había dicho a Delia que haría lo mismo con Glory cuando le llegara el turno, pero ella nunca había creído que Glory fuera carne de universidad. Tresa era la seria, la introvertida, con la inteligencia suficiente para hacer algo con su vida. Glory no tenía paciencia para los estudios. De joven, Delia era igual. Tal vez por eso Glory había sido siempre su favorita, no sólo por lo que había sufrido, sino porque le recordaba a sí misma de un modo que Tresa nunca lo haría.

Tresa le recordaba otras cosas. Cosas malas.

Cuando la veía, aún pensaba en Harris Bone y se hacía preguntas. Le daba vueltas

al tema. Dudaba. Nunca había indagado la verdad, pues no quería saberla fuera cual fuese. Algunas cosas era mejor dejarlas como preguntas sin respuesta. Aun así, recordaba las veces que había observado a Tresa y Jen Bone juntas de adolescentes. Eran las mejores amigas, inseparables, casi como hermanas. Delia había intentado descubrir el parecido en sus rasgos.

Había intentado descifrar si Harris era el padre de las dos.

La aventura con Harris se había alargado durante años en encuentros intermitentes, pero cuando Delia se quedó embarazada de Tresa se acostaba con él con regularidad. Para Delia, el sexo con Harris nunca había constituido un engaño hacia su marido. Tras su propia violación, había dissociado el sexo de las emociones. Nunca había amado a su marido de un modo realmente romántico; él resultaba conveniente, el sostén de la familia, dulce y de fiar. Cuando hacían el amor, era para satisfacer las necesidades de él, no las de ella. Harris era distinto. Ella le entendía como hombre, o así lo había creído hasta el incendio. Harris había pasado toda su vida bajo el yugo de una mujer, primero su madre, Katherine, y luego una esposa igual de controladora. Delia era la única persona a la que había confiado sus frustraciones y ella había disfrutado siendo su confidente, sin darse cuenta de que sus secretos escondían hilos emocionales. Su relación se había desbordado —de compartir secretos a compartir cama— en muy poco tiempo, y durante años ambos se habían utilizado en las malas épocas para hallar mutuo consuelo físico y espiritual.

La gente se preguntaba cómo había sido capaz de perdonar a Harris por el accidente en el que había muerto su marido. La verdad era que su muerte había constituido una pérdida más económica que emocional. Había sentido pena, pero no desolación. Después de aquello, se había apoyado aún más en Harris para cubrir todas sus necesidades, y las niñas también. Glory y Tresa le querían, y él a ellas. Delia sabía de los sacrificios que él hacía a diario, obligado a pasarse el día en la carretera en un trabajo que odiaba, para luego regresar a casa para encontrarse con una mujer y unos hijos que lo despreciaban. Lo hacía sin quejarse, y acaso fue eso lo que hizo que el final resultara tan sorprendente. En todo el tiempo que habían pasado juntos, compartiendo secretos y haciendo el amor, él nunca le había dado una pista de lo que planeaba. Ella no se había dado cuenta de lo cerca que estaba de romperse.

Ahora odiaba a Harris, no sólo por lo que había hecho, sino por haberla dejado sola por el camino. Y también a Tresa y a Glory. Las había abandonado, igual que había abandonado a su propia hija. Lo único que Delia deseaba era olvidarlo. Nunca había dicho una palabra a nadie sobre su relación, nunca le había dado a Tresa una razón para preguntarse quién era en realidad su padre o temer que por sus venas corriera mala sangre.

Nadie tenía que saberlo, sobre todo Peter Hoffman. Si él se hubiera enterado, jamás habría sido tan generoso con ella y las niñas. Habría culpado a Delia y habría

sentido resentimiento hacia ella, en lugar de utilizarla para aliviar su culpa y su dolor.

Ahora, incluso esa fuente de seguridad le había sido arrebatada: Peter estaba muerto; le había firmado el último cheque. Se preguntó cómo le anunciaría a Tresa que ya no tenía dinero para que regresara a la universidad. Era un golpe más en toda una vida de decepciones y traiciones.

Delia se apartó la lupa del ojo al ver un viejo Grand Am girar por la curva hacia el camino lleno de baches de su casa. Troy Geier salió del interior como un payaso rechoncho y echó a correr hacia la casa. Los escalones de madera, que necesitaban alguna reparación, gimieron bajo su peso, y él resolló mientras intentaba tomar aire. Sólo con mirarlo, Delia dedujo que estaba asustado.

—¿Qué quieres? —le preguntó con impaciencia. No estaba de humor para lidiar con su ingenua cortesía.

Troy miró al interior de la casa a través de la mosquitera de la puerta.

—¿Está Tresa?

—No, ha ido a comprar comida. ¿Por qué?

—No quiero que nos oiga. Ya sabe cómo es con Bradley.

Delia entornó los ojos.

—¿Qué está pasando aquí?

El chico hizo un gesto hacia la casa.

—Será mejor que vayamos dentro.

Delia suspiró, tendió la bandeja con las joyas a Troy y se levantó de la mecedora. *Smokey* se enrolló entre sus piernas y se metió en la casa por la gatera.

—Quítate los zapatos —le dijo ella con brusquedad—. No quiero que dejes tierra en la alfombra.

Troy obedeció, se sacó los zapatos sobre el felpudo y siguió a Delia, que le llevó a la cocina. Tenía que empezar a preparar la cena. Abrió la nevera, cogió un huevo y una bandeja de carne picada que echó en un cuenco metálico, donde separó la carne con las manos. Luego cascó el huevo en el cuenco y añadió pan rallado.

—Y bien, ¿qué quieres? —volvió a preguntarle a Troy.

Él se sentó a la mesa, inquieto.

—¿Se ha enterado de lo de Peter Hoffman?

—Claro.

—Dicen que lo ha hecho Bradley.

—He oído lo de la pelea. ¿Y?

—Tenemos que hacer algo —dijo Troy.

Delia le dedicó una mirada de desdén. No estaba para falsas esperanzas.

—Troy, ¿de verdad te crees que eres un héroe o algo así? ¿Tú? Deja que los hombres se ocupen de esto.

—Puedo hacerlo —insistió Troy—. Alguien tiene que parar a Bradley.

—¿Y vas a ser tú?

—Sí.

—Vale, deja de hacerte ilusiones y vete a casa —dijo Delia.

Troy negó con la cabeza.

—Voy a hacerlo, y tiene que ser esta noche.

Delia dejó de amasar la carne.

—¿Qué has dicho?

—Mi amigo Keith me ha llamado. Ha visto a la mujer de Bradley marchándose de la isla en el *ferry* de las cuatro. Él estará solo.

Delia advirtió algo distinto en Troy. Se le veía más mayor. Decidido. Había dado por hecho que el chico se estaba haciendo el gallito con sus amenazas, pero ahora había pasado de las palabras a los hechos.

—Troy, no sabes lo que estás diciendo —vaciló Delia—. Esto no es un juego; se trata de algo muy serio.

Troy se metió la mano en el abrigo y dejó su pistola sobre la mesa. Era la misma que le había enseñado en el lago, un revólver plateado con una gruesa culata negra que debía de tener treinta años.

—Hablo en serio —dijo.

—Lo único que vas a conseguir es que te maten. Por el aspecto de esa pistola, es muy probable que te explote en la cara cuando aprietes el gatillo.

—Es vieja, pero funciona. Mire, sé dónde puedo robar un bote de una casa de veraneo para llegar a la isla. Pasaré la noche en casa de Keith y volveré por la mañana.

—¿Por qué me estás contando esto? ¿Quieres que te convenza de que no lo hagas?

—No, quiero que aleje a Tresa de aquí. Envíela a casa de una amiga durante unas horas, lo que sea; así podrá decir que yo estaba aquí con usted. Que estuvimos hablando de Glory, mirando fotos. Si alguien me señala con el dedo, usted me respaldará.

Delia tenía los dedos llenos de carne picada. Los sacó del cuenco y los puso debajo del chorro de agua caliente del fregadero. Una vez limpias las manos, se las secó con un trapo. Examinó a Troy con detenimiento, y éste a su vez la miraba fijamente con una expresión de hambre y maldad. Aún era un niño, pero también era lo bastante grande y fuerte para enfrentarse a un hombre. Le conocía desde que era un bebé, y sabía que su padre nunca había dejado de tratarle como si fuera un niño con pañales. Él siempre había buscado aprobación de forma desesperada, así que iba a hacerlo aunque ella dijera que no.

Vio a *Smokey* en su camita, sobre el suelo. Estaba hecho un ovillo, pero tenía los ojos abiertos, observándolos como si fuera su cómplice. Como si supiera y entendiera

lo que ocurría. Se traba de hacerle justicia a Glory; era lo que todos querían.

—De acuerdo, Troy —le dijo Delia en voz baja—. Si crees que puedes hacerlo, ve y hazlo. Atrapa a ese hijo de puta.

Tresa retrocedió por el pasillo en silencio y horrorizada. Sus ojos azules estaban abiertos como platos. Caminó procurando no hacer ruido, de modo que Troy y su madre no se percataran de su presencia, salió por la puerta mosquitera y la cerró silenciosamente tras ella. Luego se puso la capucha de la sudadera y bajó deprisa los escalones. El coche de su madre estaba junto al Grand Am de Troy, donde ella lo había aparcado hacía un momento. Se metió dentro, lanzó las bolsas de comida sobre el asiento del acompañante y dio media vuelta en dirección a la carretera.

Su corazón no dudaba: tenía que ir a ver a Mark ahora mismo. Tenía que prevenirle.

Aceleró por la carretera E, allí donde el puente cruzaba sobre Kangaroo Lane, y luego cogió la 57 en dirección al noroeste, a la zona superior del condado. El último *ferry* en dirección a la isla partía en menos de una hora, y no sabía si le daría tiempo a atravesar los pueblos norteños de NorDoor.

Agarró con fuerza el volante; tenía la sensación de que los neumáticos iban a salir volando.

—Estúpida, estúpida, estúpida —murmuró para sí misma.

No podía creer lo que Troy y su madre intentaban hacer. «Quieren matarle». No dejaría que se salieran con la suya; ella estaría allí para detenerles.

Las tierras de cultivo desoladas pasaban a toda velocidad por detrás de la ventanilla, iluminadas por la luz de la última hora de la tarde. Apenas había tráfico, pero Tresa comprobaba una y otra vez el reloj del salpicadero con nerviosa impaciencia a medida que los minutos pasaban y se acercaban las cinco. Al llegar a Sister Bay pasó junto al muelle, que quedaba a mano izquierda y donde un puñado de barcos de pesca madrugadores cabeceaban en el oleaje, y luego aceleró por la carretera vacía en dirección norte. Pasó junto a graneros en ruinas que se alzaban en medio de campos llenos de maleza, donde bandadas de pájaros echaban a volar al oír el ruido del coche. A su izquierda, vio las hileras de árboles que, como soldados, custodiaban los riscos sobre la bahía.

Aún le quedaban quince minutos de trayecto, y faltaban menos de diez para que el *ferry* abandonara el muelle.

Tresa continuó adentrándose en el campo, en el enorme zigzag que señalaba los últimos kilómetros que llevaban hacia el embarcadero. Vio brillar unos faros frente a ella y encogió el hombro derecho cuando un coche pasó junto a ella en dirección sur. Casi de inmediato apareció otro, y luego otro, y otro. Conocía el significado de ver tantos vehículos en rápida sucesión: el *ferry* había atracado y los coches habían

bajado a tierra. Ahora estarían cargando para realizar la última travesía del día. El tiempo corría en su contra.

Vio el último coche del desfile. Sus ojos atisbaron a ver de refilón al conductor por encima del brillo de los faros. Era Hilary. Frenó y tocó la bocina para llamar su atención, pero al mirar por el retrovisor vio que el coche había desaparecido en las sombras. Hilary se había ido. Redujo la velocidad mientras se preguntaba si debía dar media vuelta, pero si dedicaba el tiempo a perseguirla, perdería la oportunidad de llegar a la isla y Mark estaría solo.

Un kilómetro y medio más adelante, Tresa cogió el tramo de curvas que llevaba al muelle del *ferry*. Sus neumáticos chirriaban a medida que ella giraba el volante de un lado a otro, pero al final vio las aguas abiertas y el embarcadero frente a ella. El *ferry* seguía en el puerto, pero vio como la rampa del puente se retiraba una vez había entrado el último vehículo. Tocó el claxon una y otra vez, e hizo señas con las largas. Su coche derrapó hasta detenerse a cinco metros de la plataforma del *ferry*, mientras la parte trasera oscilaba sobre el cemento. Puso el freno, salió y empezó a hacer gestos con las manos.

Cerca del barco vio a Bobby Larch. Tresa había ido a la escuela con su hija Karen. El hombre fornido se acercó corriendo al coche con la cara enrojecida por el enfado; no estaba contento con ella.

—Tresa, ¿qué demonios crees que haces? —gritó Bobby—. ¿Te has vuelto loca? Vas a matar a alguien conduciendo así.

—Lo siento, señor Larch, lo siento mucho; por favor, tengo que subir a ese *ferry*. —Metió la mano en el bolso y sacó varios billetes arrugados—. Aquí tengo el dinero para el billete, pero esto no puede esperar, es una emergencia.

—Tresa, ya hemos cerrado. Coge el primero de la mañana.

—Lo sé, pero el barco está justo aquí, por favor. Sólo han subido dos coches, va casi vacío. *Por favor*.

Larch dejó escapar un exagerado suspiro a través de sus mejillas redondas, mientras hacía señas al puente moviendo el brazo hacia abajo. Tresa respiró aliviada al ver que la rampa descendía de nuevo, franqueándole el paso. Larch cogió su dinero y señaló un sitio para que aparcara en la zona de babor.

—La próxima vez, Tresa, no tendrás tanta suerte —le dijo—. Recuérdalo.

—Es usted el mejor, señor Larch. ¡Gracias!

Tresa metió el coche en el *ferry* con un sonoro ruido metálico. Luego salió y se tambaleó en la cubierta abierta del barco. Se abrazó en medio del frío, sintiéndose asustada, mareada y sola. Tenía el estómago revuelto. El barco se deslizó y luego hundió la proa en el agua mientras se agitaba más allá del rompeolas rumbo a Death's Door. Al comprobar el móvil, vio que ya no tenía cobertura. Ni siquiera podía llamar a Mark para avisarle, así que esperó llevarle una buena ventaja a Troy.

Sintió que el agua le salpicaba en las mejillas, alzó la vista y vio caer la lluvia en hilos de plata desde el cielo oscuro.

La tormenta que había estado amenazando todo el día estallaba al fin. A partir de ahora, sólo empeoraría.

El *ferry* había recorrido un buen tramo de canal cuando Cab llegó al muelle de Northport. Contempló cómo el barco desaparecía en la lechosa neblina y se quedó sentado en el puerto desierto. El motor al ralentí del Corvette sonaba como un gato enjaulado. Extrajo del bolsillo la sección del mapa de Door County, pero no sacó nada en claro. El papel mostraba una franja vacía de tierras septentrionales, poblada por un puñado de caminos sin salida con nombres variopintos. Lost Lane. Juice Mill Lane. Wilderness Lane. Timberline Road. En la hoja no había nada escrito que le diera una pista para desentrañar qué significado tenía esta parte del condado para Peter Hoffman.

Le pareció ver movimiento a través del retrovisor lateral. Un hombre gordo cuyo estómago asomaba de una sudadera de los Packers dio unos golpecitos en la puerta del Corvette. Cab bajó la ventana y la lluvia se coló en el coche. El hombre llevaba una tabilla con sujetapapeles y una chapa con el nombre y el logo del *ferry* de Washington Island. En la chapa se leía «Robert Larch».

—Bonito coche —comentó el hombre. El agua goteaba de la visera de su gorra de béisbol.

—Gracias.

—¿Necesita ayuda? —preguntó.

Cab negó con la cabeza.

—No. He venido por si el *ferry* salía con retraso, pero lo he perdido.

—Sí; el próximo es mañana a las ocho.

—Gracias.

En realidad, a Cab no le importaba haber perdido el *ferry*; sólo había querido ver a Mark Bradley esa noche para escudriñar su rostro cuando le enseñara la llave que había encontrado en el bolsillo de Hoffman. Para ver si mostraba alguna reacción o una señal de reconocimiento que no fuera capaz de disimular.

Alguien de Door County sabía qué abría esa llave y qué significaba.

—Es usted el poli de Florida, ¿verdad?

—Así es.

—Sí, ya he hablado con el *sheriff*. Mark Bradley estuvo aquí hace un par de horas. Me pidió prestado el teléfono.

—Eso he oído. ¿Le gustaría resguardarse un momento de la lluvia, señor Larch? Tengo un par de preguntas para usted.

—Le mojaré el asiento.

—El coche es de alquiler.

—Muy bien, vale.

Larch rodeó el Corvette y se metió dentro, trayendo consigo un olor a humedad a

moho, como un perro mojado. Pasó su mano con gesto de admiración por el salpicadero y la suave piel de los asientos.

—¿Cuánto cuesta uno de éstos?

—Mucho.

—Apuesto a que sí.

—¿Así que Mark Bradley usó su teléfono esta tarde? —preguntó Cab.

—Sí, por lo que parece tendré que dárselo a la poli. Ahora es una prueba, ¿no? Como en *CSI*. Supongo que me comprarán uno nuevo; han sido muy amables.

—¿Bradley abandonó la cola del *ferry* y luego regresó?

—Sí. Después de llamar con mi móvil se largó como si tuviera mucha prisa.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

Larch se rascó la barbilla.

—¿Diez minutos? A lo mejor menos, a lo mejor más. Pero bueno, Pete vive al final de la calle.

—Así que se ha enterado del asesinato de Peter Hoffman.

—Oh, claro. Aquí las noticias corren como la pólvora.

—¿Le conocía bien? —quiso saber Cab.

—¿A quién, a Pete? Bastante. Ha vivido aquí toda la vida. Un viejo duro. Es una mierda lo que le ha pasado a su familia.

—¿Alguna vez le vio con Bradley?

—¿Pete y Mark? No lo creo.

—Sólo me preguntó por qué lo mataría Bradley.

—Dicen que se pelearon.

—¿Por qué?

Larch se encogió de hombros.

—El poli es usted.

—¿Tiene alguna teoría?

—No logro entenderlo. No sé, crees que conoces a la gente y resulta que no. Creía que Mark era un tío legal. Era profe de mi hija Karen, y a ella le gustaba. Y entonces, el año pasado, estalló toda esa mierda de Tresa Fischer. Como le he dicho, la gente es sorprendente.

—Peter Hoffman debió de enfadarse bastante con las acusaciones a Bradley sobre Tresa. Estaba muy unido a Delia Fischer, ¿no?

—Oh, sí —convino Larch mientras asentía—. Pete era como un ángel de la guarda para Delia y las chicas. Va a ser duro para ella ahora que él ya no está. Espero que le dejara algo en el testamento...

—¿Qué hay de Glory? —preguntó Cab—. ¿Qué se decía sobre ella?

La frente de Larch se frunció en profundas arrugas.

—No estoy seguro de adónde quiere llegar.

—He oído que le gustaba traspasar los límites.

—Sí, Glory podía ser difícil. Costaba creer que Tresa y ella fueran hermanas, ¿sabe? Tresa es un ratón de biblioteca, y a Glory sólo le gustaba la fiesta. Eso no significa que buscara problemas.

—Claro que no —convino Cab, y añadió—: ¿Había algún rumor sobre Glory y Mark Bradley?

—¿Cree que estaba liado con las dos? Eso es nuevo para mí. Todo es posible, pero no lo había oído.

—¿Qué me dice de Peter Hoffman? ¿Es posible que él supiera si había algo entre ellos dos?

Larch negó con la cabeza.

—Si Pete se hubiera enterado de algo así, le habría cortado la cabeza a Bradley, y también se lo habría dicho a Delia y al *sheriff*. Todo el condado se habría enterado.

Cab asintió. Larch tenía razón.

—Le agradezco que haya hablado conmigo.

—Ningún problema. —Larch abrió la puerta del Corvette, y ambos oyeron el estruendo de la lluvia. Luego salió del coche y se inclinó para asomar la cabeza—: Oiga, ¿de veras necesita ir a la isla esta noche?

—¿Por qué, puede llevarme?

—Claro, me paso la vida haciendo excursiones de pesca privadas. Pero no le saldrá barato.

—¿Cuánto?

—Doscientos pavos. Puedo esperar para traerlo de vuelta, o dejarlo en la isla si quiere pasar la noche allí —le ofreció, y añadió—: O si lo prefiere, me deja dar una vuelta con el Corvette y no le cobraré nada.

Cab sonrió.

—En realidad no tengo que ir esta noche. Puedo esperar.

Larch se sacó del bolsillo un folleto del *ferry* y cogió un boli del sujetapapeles; luego garabateó algo y se lo tendió a Cab.

—Ése es mi número de teléfono; llámeme si cambia de opinión. Vivo en Gills Rock. Puedo llevarle en menos de una hora.

Cab miró el cielo.

—Pronto oscurecerá.

—La noche no me preocupa. Es cuando se pescan las mejores percas. —Larch le guiñó el ojo—. Mark Bradley se sorprendería bastante al verle en su casa esta noche.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, ahora ella es mayor de edad, o sea que la poli tampoco puede hacer nada. Aun así, te deja bien claro la clase de cabrón que es.

Cab entornó los ojos.

—Todavía no le sigo.

—Digamos que es probable que Mark tenga compañía en su cama esta noche —le explicó Larch—. Su mujer ha venido en el *ferry* de las cuatro; pasará la noche fuera. Así que, ¿quién llega conduciendo por el muelle como si fuera un piloto de la NAS CAR para coger el último *ferry*? Tresa Fischer.

—¿Me está diciendo que Tresa ha ido a la isla esta noche?

Larch asintió.

—Así es. Curioso, ¿no?

El agua aporreó a Troy. Estaba por todas partes.

La embarcación, de seis metros de eslora, se agarraba a las olas, pero más allá de la punta de la península se agitó como un juguete en el océano. El viento en contra golpeó la piel expuesta del chico, mientras el cielo descargaba agua como una cascada. Se mantuvo rumbo este, alejado de las peores corrientes del paso, pero incluso en la calma de Green Bay el oleaje golpeaba el bote con tanta fuerza, que la mandíbula se le cerró con un doloroso golpe cuando la proa chocó con el agua. Avanzaba a un ritmo exasperantemente lento. Al cabo de diez minutos, le parecía que llevaba una hora en la bahía.

Tenía el frío metido en los huesos. Llevaba ropa interior larga debajo de los tejanos y un grueso jersey de lana encima de otro más fino, e iba cubierto de pies a cabeza con un equipo de camuflaje impermeable que había cogido del armario de su padre. Nada de eso le ayudaba a entrar en calor. Los dedos de los pies se le habían quedado entumecidos dentro de las botas, y se agarraba al timón con tanta fuerza que no notaba los dedos de las manos. Las gotas de lluvia se colaban por el hueco del cuello y le bajaban por la espalda como dedos helados.

El cielo negro parecía tan opaco como la noche. Tenía que entrecerrar los ojos para ver la tierra que emergía en el horizonte frente a él, y que parecía tan lejana como cuando había zarpado. Hacia el nordeste, la luz del faro de Plum Island brilló en la oscuridad. A cada minuto que pasaba pensaba en dar media vuelta, pero si lo hacía, sólo demostraría lo que su padre siempre había dicho sobre él. Que era un inútil. Un cobarde. Si Glory le estaba mirando, allí en medio del agua, no quería que pensara que la había abandonado.

Troy avanzó entre las aguas revueltas del estrecho. Se esforzó por mantener la proa enfocada hacia la mole de la isla mientras la corriente la hacía rodar casi en círculos. Los golpes del bote al alzarse y caer producían un martilleo incesante que hacía vibrar su cuerpo. Le costaba incluso respirar, con la lluvia metiéndosele en la boca y la nariz. Tuvo que cubrirse la cara y respirar por la boca para no atragantarse. A pesar de lo terrible de la situación, apenas se dio cuenta cuando las aguas al fin se calmaron. El bote cogió velocidad y, al mirar hacia el este, se dio cuenta de que había

dejado atrás Plum Island. La masa de tierra de Detroit Island, que se extendía como un dedo por debajo de Washington Island, actuaba como un escollo que interrumpía la acometida del agua del lago.

Su flujo de adrenalina se estabilizó. Había sobrevivido a lo peor de la travesía. La isla iba aumentando de tamaño, a menos de tres kilómetros de él.

Al acercarse a tierra, Troy permaneció al este del embarcadero principal, allí donde los *ferrys* llegaban y partían. No quería que le vieran. Siguió hacia el norte la línea de la costa, que sobresalía de la isla como un dedo índice, y distinguió árboles, la pintura blanca de las casas construidas junto al agua y playas desiertas. Más adelante, cerca de la punta redondeada del índice, los verdes árboles llegaban casi hasta el borde del agua y la inmensa bahía ocupaba su lugar, a lo largo de cuarenta kilómetros hasta la costa de la península superior de Michigan.

Siguió avanzando junto a la costa, rodeó la punta y giró hacia el sur hasta llegar a una ensenada profunda conocida como Washington Harbor. Una larga playa blanca se extendía junto a la orilla. La parte inferior de la ensenada se conocía como Schoolhouse Beach, y la arena estaba formada de millones de piedras de marfil erosionadas y pulidas por las corrientes. Troy había ido allí muchas veces con Glory, en verano. Si se esforzaba lo suficiente podía imaginársela allí, con el biquini, tumbada sobre una toalla roja o bañándose desnuda en el agua fría una tarde cualquiera entre semana. Ahora, ya nada de eso importaba. Lo que importaba era que Mark Bradley vivía en la parte este de la playa, en una casa oculta entre los árboles.

Troy buscó un trozo de costa arbolado, fuera de la vista de las casas de primera línea de mar. De todos modos, la mayoría estaban desocupadas. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que las aguas eran muy poco profundas, así que apagó el motor y navegó a la deriva. Al acercarse a la playa, pasó por encima de la borda y saltó al agua, que le llegaba a las rodillas y le atravesó como un cuchillo de tan fría que estaba. Avanzó hacia las rocas arrastrando el bote tras él, hasta que lo alejó lo suficiente del agua para que quedara embarrancado. No estaba seguro de si volvería a por él o si se colaría en el primer *ferry* de la mañana con ayuda de Keith.

Con suerte, para entonces nadie habría descubierto el cuerpo de Mark Bradley y él sería libre de escapar a la península.

Troy subió por la playa hasta el borde del bosque y siguió la curva de la costa hacia el este. La pesada lluvia seguía golpeando el agua de la bahía en forma de media luna, dibujando círculos concéntricos. Las rocas mojadas se le clavaban en los pies. Estaba empapado y helado, pero también decidido. Tocó el revólver plateado, que llevaba debajo de la chaqueta. Le pesaba en la mano. Lo había encontrado un año antes en uno de los graneros abandonados que Keith y él exploraban durante la temporada baja. Había algo en el hecho de llevar un arma que le hacía sentirse fuerte. Había limpiado el revólver lo mejor que había podido, lo había engrasado y probado.

Alguna vez, Glory y él se habían colado en terrenos abandonados y habían disparado a latas alineadas sobre una valla. A ella también le gustaba el poder de las armas; decía que le ponía.

Troy alcanzó el camino de la playa, que llevaba desde la arena hasta el cementerio. Allí había un parque, siempre abarrotado de excursionistas durante el verano. Ahora, en medio de la lluvia y mientras caía la noche, estaba desierto. Escogió un banco y se sentó a esperar. Estaba a sólo unos cientos de metros de casa de Mark Bradley, y podía seguir la playa y llegar a través de los árboles. Nadie le vería. Se acercaría a la casa sin hacer ruido, buscaría un lugar desde donde tener un buen ángulo de tiro y apretaría el gatillo. No se necesitaba nada más. Una fracción de segundo para hacer justicia.

Más allá de los árboles, en la playa, la lluvia caía y caía. En unos minutos anochecería. Una vez al abrigo de la noche, se movería.

Cuarta parte

POLVO AL POLVO

Hilary conducía por la carretera 57, cerca de Green Bay, cuando Katie la llamó.

—Quería asegurarme de que al final venía —explicó la chica—. ¿Tardará mucho?

Hilary trató de leer las señales a través del parabrisas. La carretera estaba resbaladiza, y la visibilidad era escasa en medio de la lluvia. Casi había chocado con un arce que había cruzado la calzada.

—Estoy a unos ocho kilómetros de la universidad. ¿Dónde quedamos?

Hubo una larga pausa.

—De hecho, ahora mismo no estoy en el campus —confesó Katie.

—¿Dónde estás?

—Aparcada frente a la casa de Gary Jensen.

Hilary se puso tensa y casi dejó caer el teléfono.

—¿Qué demonios haces ahí?

—Lo siento. Tenía que hacer algo, así que le seguí. Se lo explicaré cuando la vea.

—Quédate ahí; ahora voy. ¿Dónde está la casa?

—Si le falta poco para la salida de la universidad, no puede estar lejos. Coja la salida hacia la derecha, en dirección al parque de Wequiock Falls. Allí es donde estoy, en diagonal a la casa de Jensen.

—Llegaré enseguida.

Vio una señal que indicaba la dirección al parque; faltaban tres kilómetros; frenó en seco y giró abruptamente a la derecha. A una manzana larga de la autopista, cinco carreteras se unían en una intersección como una supernova gigante. Los cables del teléfono se cruzaban por encima de su cabeza. Estaba en campo abierto, en la cima llana de una colina sobre la bahía. A su izquierda había un maizal, y un camino que moría en el parque a su derecha. En el lado opuesto del cruce, vio una casa de dos pisos de ladrillo rojo, rodeada de árboles gigantes.

La casa de Jensen.

Hilary giró hacia el parque y distinguió un sedán rojo aparcado en la hierba, al abrigo de un robredal. Se detuvo detrás y, al salir, miró por la ventanilla del conductor surcada por la lluvia y no vio nada dentro. El corazón le dio un vuelco.

—Eh.

Hilary oyó que la llamaban con un susurro. Cerca del cruce, guarecida bajo uno de los árboles que lo bordeaban, vio a una chica que le hacía gestos con los brazos. Antes de que Hilary pudiera moverse, la joven echó a correr por la hierba mojada y se reunió con ella junto a los coches.

—¿Katie?

Ella asintió. Tenía el corto pelo moreno pegado a la cara y las gafas salpicadas de lluvia. Era de mediana estatura y delgada, con un tic nervioso en las piernas. Llevaba

una chaqueta negra con la cremallera subida hasta el cuello y tejanos negros. Olía a tabaco.

—Estás empapada —dijo Hilary—. Entremos en el coche.

Se subieron al Taurus; dentro se estaba caliente. Hilary dio media vuelta en dirección a la carretera 57 y, al ver otro claro entre los árboles de la cuneta del camino del parque, se apartó a la izquierda y aparcó. El coche quedaba prácticamente oculto por los árboles, pero desde su posición podían ver en diagonal la casa de ladrillos al otro lado del cruce.

Junto a ella, la chica movía los dedos con un ritmo nervioso.

—¿Le importa si fumo? Estoy muy enganchada.

—Baja la ventanilla —le pidió Hilary.

Katie lo hizo; luego sacó un paquete de cigarrillos húmedo del bolsillo de su chaqueta, se encendió uno y expulsó el aire por la ventana. A medida que inhalaba se fue calmando, y cerró los ojos por un momento.

—Me alegro de que haya venido —dijo.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué estás aquí?

Katie tiró la ceniza fuera del coche.

—No podía quedarme sentada en la residencia sin hacer nada. Ya sabe, soy reportera, así que decidí seguir la historia. Fui al departamento de deportes para ver si Gary había ido a trabajar hoy.

—¿Y?

La chica negó con la cabeza.

—Ha llamado para decir que se encontraba mal.

—¿Y tú aún no has sabido nada de Amy?

—No. La he llamado y le he mandado mensajes, pero nada. Creo que la tiene él, ese cabrón. Dios, qué estúpida fui.

—¿Cómo se metió Amy en esto?

—Estábamos en Florida con el equipo de baile. En el autobús, Amy se enteró de que habían matado a una chica y me dijo que había visto a Glory y a Gary juntos, y que él había vuelto muy tarde a su habitación la noche que la mataron. En el pueblo también corren muchos rumores sobre la muerte de su mujer. Murió en un accidente, pero hay personas que no creen que lo fuera. En cualquier caso, a Amy se le metió en la cabeza que Gary podía estar relacionado con la muerte de Glory.

Hilary asintió.

—¿Tú estabas en Florida con Amy?

—Sí; me apunté al viaje, pero no vi nada raro. Me mezclé con las bailarinas durante el torneo para escribir un artículo para el periódico.

Hilary observó la casa que se alzaba entre los árboles y no vio luces dentro.

—Has dicho que sabías que Gary estaba dentro —dijo—. ¿Le has visto?

—Sí, le he dicho que lo he comprobado en su departamento, ¿no? ¿Que se encontraba mal? Bueno, cuando regresaba a la residencia, le he visto salir por la puerta principal de Downham, nuestro edificio. Y no parecía enfermo.

—¿Has hablado con él?

—Claro. Me he hecho la tonta, porque no estoy segura de que sepa que soy la compañera de habitación de Amy. El caso es que yo le conozco a él y él me conoce a mí por el trabajo en el periódico, pero eso es todo. Al menos he sido capaz de preguntarle por qué estaba en la residencia.

—¿Y qué ha contestado?

—Tenía una buena excusa, como si se la hubiera preparado. Ha dicho que Amy fue a su casa para hablar de temas de danza, pero que había dicho que no se encontraba bien y se había ido justo después de llegar. Así que había venido para interesarse por su estado.

—Tal vez haya dicho la verdad —observó Hilary.

—Ya, o tal vez se estaba proporcionando una coartada.

—¿Has visto el coche de Amy?

—No. He dado una vuelta para comprobarlo y no está aquí. Él podría haberlo dejado en una cuneta, o tal vez está en su garaje.

Hilary frunció el ceño.

—Vamos a hablar con la policía, aunque no estoy segura de que vayan a hacer algo. No todavía.

—El tiempo corre en nuestra contra —le dijo Katie agarrándole del brazo mientras Hilary cogía el volante—. Si Amy está viva, tenemos que hacer algo ya.

—¿Qué quieres decir?

La chica lanzó el cigarrillo por la ventana al suelo mojado, inspiró hondo y enterró la boca en la manga para toser.

—Después de ver a Gary en la residencia, le he seguido. Hizo una parada, y luego vino aquí. Eso fue hace una hora. Si no hubiera llegado usted, habría entrado yo sola.

—No digas tonterías —dijo Hilary, que miró la cara de Katie y añadió—: ¿Dónde se paró? ¿Qué hizo?

—Fue a una ferretería —le contó la chica—. Compró un rollo grande de film de plástico y una pala.

Delia se puso nerviosa al ver que Tresa no volvía a casa.

Había llamado a su móvil, pero no lo cogía. También había llamado a la tienda de Egg Harbor adonde había mandado a Tresa a comprar comida, y el encargado le había dicho que hacía más de una hora que se había marchado. A estas alturas, hacía rato que debería haber regresado. No era propio de ella llegar tarde sin avisar.

De pie en el porche, Delia miraba el camino vacío que llevaba a su casa y la

llovía que caía sobre el patio descuidado. Se estremeció con una terrible sensación de angustia. Parte de ella se debía a su dolor por Glory, que era el detonante de un miedo irracional e inmediato cuando Tresa se retrasaba. Otra parte lo atribuía a la culpa, al preguntarse qué espantosa cadena de acontecimientos había puesto en marcha debido a Troy.

La venganza era tan seductora. Estaba harta de que todo el mundo hablara de ella y no le ofreciera nada a cambio. Mark Bradley no merecía compasión alguna, no después de lo que le había hecho a ella y a su familia. Si Troy le mataba, sería un modo de equilibrar la balanza. Por fin un hombre recibiría su merecido por todos los que habían escapado.

Parecía sencillo, y sin embargo Delia sabía que no lo era en absoluto. Le costaba respirar. Por su cabeza caían en cascada todas las cosas que podían ir mal antes de que aquello terminara. Troy era un lerdo. Le cogerían antes o después de que disparara su arma, e iría a la cárcel durante años. O si no, le matarían en el intento. No quería cargar con la vida del chico sobre su conciencia; ya había muerto demasiada gente.

Delia tomó una decisión y marcó el número de Troy. Dondequiera que estuviese, ya fuera en el bote o en la isla, tenía que comunicarle un mensaje: «Detente. No lo hagas». Debía acabar con esta locura antes de que empezara, pero su llamada no sirvió de nada. O bien Troy había apagado el móvil o bien no tenía cobertura. Era demasiado tarde; el engranaje había empezado a girar y ella no podía detenerlo. Además, ahora estaba metida de lleno, pues había dejado una huella electrónica que la ataba a Troy.

Su teléfono sonó.

—Gracias a Dios —murmuró Delia, dando por hecho que era Troy. O Tresa. En cualquier caso, la invadió un rayo de esperanza: quizá pudiera volver a meter los demonios en la caja.

—Sí, hola, ¿quién es?

—Oh, hola, ¿eres Delia? ¿Delia Fischer?

La voz le resultaba familiar, pero no la reconoció.

—Sí. Soy yo.

—Delia, hola, soy Bobby Larch. ¿Me situas, en Ellison Bay? Nuestras hijas iban juntas a la escuela.

Delia suspiró con impaciencia. La gente siempre estaba llamando para sus actividades comunitarias. Reuniones escolares. Eventos para recaudar fondos. En aquel momento, no quería tener nada que ver con nadie.

—No es muy buen momento, Bobby.

—Siento molestarte, pero no dejo de darle vueltas. Soy padre como tú, y supongo que si mi hija hiciera algo así me gustaría saberlo. No importa lo mayores que sean,

¿verdad? Siguen siendo nuestras niñas.

Delia estaba distraída y le costaba seguir su razonamiento, pero entonces una luz se encendió en su cerebro. Tresa.

—¿Qué ocurre, Bobby? ¿Qué estás diciendo?

—Trabajo en el muelle del *ferry* en Northport. El caso es que justo cuando el *ferry* de las cinco estaba a punto de irse, tu hija Tresa ha aparecido a toda velocidad, diciendo que era una emergencia y tenía que coger el barco. Supongo que si lo hubiera pensado bien le habría dicho que no, pero la dejé subir. A lo mejor no es nada importante, pero también sé que la mujer de Mark Bradley había abandonado la isla en el *ferry* anterior, así que cuanto más pensaba en ello más consciente era de que debía contártelo, después de todo lo que ocurrió el año pasado. Sé que quieres que esté a salvo.

Delia se esforzó por recuperar la voz.

—Sí. Sí, te agradezco mucho la llamada, Bobby. Gracias.

Colgó sin dejarle decir nada más. Sentía una opresión en el pecho, como si un puño le estrujara los pulmones. Debería haberlo adivinado antes: Tresa había visto la furgoneta de Troy; luego debía de haberse escurrido dentro de la casa, había oído su conversación y ahora estaba allí, en la isla. Con Mark Bradley. En la línea de fuego cuando Troy llegara a la casa. «Tresa, Tresa, ¿en qué estabas pensando?».

Delia se tiró del pelo presa del pánico. Se golpeó la frente con los puños mientras trataba de decidir qué hacer. Agarró el teléfono y volvió a llamar a Tresa, y luego a Troy, pero en ambas ocasiones lo único que obtuvo fue el exasperante bucle del buzón de voz. Estaba incomunicada, y se sintió impotente.

Igual que Harris, había prendido un fuego y ahora éste estaba fuera de control.

Sólo había una opción, un modo de detener aquello: tenía que conseguir ayuda. Delia marcó otro número y esta vez sintió un gran alivio cuando el *sheriff* contestó al instante.

—¿Felix? Oh, Dios, Felix, soy Delia. ¿Ya estás en la isla?

—Sí, acabo de llegar a casa. ¿Por qué?

—Tienes que ayudarme. He cometido un terrible error.

La mayoría de las carreteras secundarias del extremo norte de la península morían en los bosques a la orilla del lago. Cab condujo arriba y abajo por caminos estrechos con nombres como Europe Bay, Lost Lane, Timberline, Juice Mill y Wilderness, y sus ojos siempre le ofrecían el mismo paisaje, invariable: granjas, verjas cerradas, rampas para barcas y pistas de senderismo, todas ellas desiertas. Nada de aquello tenía sentido para él, y mientras tanto la noche lo envolvía. Entre los árboles ya estaba oscuro. La lluvia incesante repiqueteaba sobre el coche.

Aparcó en el camino hacia el parque nacional y apagó el motor. Sabía que estaba perdiendo el tiempo y que no hacía sino dar vueltas en círculos mientras permanecía a ciegas.

Echó un vistazo al móvil y vio que sólo tenía una barra de cobertura. No sabía cuánto duraría; allí la cobertura iba y venía con el viento. Rápidamente, antes de que las corrientes de aire cambiaran de dirección, llamó a casa en Florida. Era extraño que su cerebro hubiera usado esa palabra. Casa.

—Lala, soy Cab —dijo cuando ella contestó.

—Bien, bien —respondió ella—. El desconocido alto y rubio.

Pudo imaginarse su cara al oír su voz. Su piel oscura. Sus ojos salvajes. El cabello de ébano. La última vez que habían hablado él estaba bebido, y en esta ocasión era ella la que parecía achispada, con una voz meliflua, suavemente sensual. Le hizo pensar en la única vez que habían hecho el amor y en lo extrañamente vulnerable que se había mostrado ella en la cama, en lugar de salvaje y desinhibida cómo él esperaba. Recordaba su cuerpo desnudo y los pequeñas defectos: las pecas, la cicatriz en la rodilla, el leve pliegue en el estómago, que la hacían imperfecta pero aún más hermosa. Habían bailado alrededor de esa noche desde entonces, mientras Cab hacía lo que mejor se le daba: el loco.

—¿Dónde estás? —preguntó él.

—Estoy en tu piso —le informó ella—. Espero que no te importe.

Cab se sorprendió agradablemente.

—Para nada. Fui yo quien te lo ofreció.

—Mi aire acondicionado sigue estropeado. Me sentía como si aún estuviera en La Habana; tenía que hacer algo.

—No hay problema.

—Me estoy bebiendo tu vino.

—Bien.

—Es un vino muy, muy bueno.

—Lo sé.

—He tomado mucho.

—Para eso está ahí.

—Supongo que quieres hablar sobre el «caso» —dijo ella, soltando la palabra con un resoplido.

Eso era lo que Cab quería, pero al mismo tiempo no. Necesitaba su ayuda, y no sabía en qué momento la cobertura se evaporaría en el cielo. Aun así, le gustaba oír su voz allí, en medio de la nada.

—¿De qué otra cosa quieres hablar? —preguntó.

—He hecho algo malo —le contó ella.

—Lo dudo.

—No, no, es verdad. He mirado el cajón de tu mesita de noche. Me he dicho a mí misma que buscaba una goma para el pelo, pero sólo estaba cotilleando.

—¿Qué has encontrado?

—Una foto.

Cab sabía a cuál se refería.

—Vale.

—Es guapa.

—Era.

—Era. Lo siento.

—Se llamaba Vivian —dijo él.

—¿Quieres hablarme de ella?

Cab se tomó un buen rato antes de contestar, y Lala lo liberó del anzuelo.

—No importa; no tienes por qué contarme la historia de tu vida. Me gusta la idea de que una mujer consiguiera acercarse a ti. Está claro que yo no fui capaz.

—No es cierto —replicó él.

Esta vez fue Lala la que se demoró en la respuesta.

—¿Acaso te rompió el corazón, Coge-un-Cab?

—Algo así.

—Y ahora el resto de nosotras tenemos que pagar por ello, ¿no?

—Algo así —repitió él.

—Eso es una putada.

—Ya.

—Estoy diciendo cosas que no debería —continuó ella—. Lo siento, es el vino. Será mejor que me calle.

—No lo hagas.

Lala vaciló de todos modos.

—Hay algo que nunca te he contado.

—¿Qué?

—Mierda, ¿qué estoy haciendo? —murmuró ella.

—Cuéntamelo.

—Yo no tengo rollos —dijo ella.

Cab se puso tenso.

—No te entiendo.

—No los tengo. Algunas mujeres sí, yo no.

—Sigo sin...

—¿No te diste cuenta? —le interrumpió ella—. He hecho el amor con tres hombres en diez años. Con uno estaba prometida. De otro pensaba que estaba enamorada. Y luego estás tú.

Ella tenía razón. Cab no estaba preparado para esto.

—Lala.

—No tienes que decir nada.

Eso era mentira; quería que dijera algo. Y él necesitaba decir algo. Seguía buscando una puerta, una llave. Resultaba irónico, porque tenía una en el bolsillo y necesitaba una cerradura que encajara con ella. «Di algo». Pero no lo hizo, y esperó demasiado.

—Voy a darle al botón del *reset* de esta conversación —dijo Lala, en un tono más serio y triste—. ¿Vale? *Reset*. Pip. Hola, aquí Mosqueda. ¿Es el detective Bolton? ¿Qué puedo hacer por usted, detective Bolton?

—Lala —repitió él sin convicción.

—¿Un informe? ¿Quiere un informe? Porque tengo novedades para usted.

Cab suspiró y le siguió el juego.

—¿Qué has descubierto?

—Lo suficiente para pensar que hay algo que no cuadra. Lo suficiente para pensar que tenemos un problema.

—Continúa. Explícamelo.

—Empecé a pensar en Glory el viernes por la noche —prosiguió Lala—, cuando topó con nuestro amigo el camarero, Ronnie Trask. Intenté determinar la hora exacta en que sucedió. Trask dijo que había hecho su pausa de descanso antes de ir al restaurante del hotel para abastecerse de vino para el bar. Después se dirigió directo a su casi-choque con Glory, en el bar de la piscina. Cree que sirvió una bebida al cabo de dos o tres minutos de volver. Tras comprobar las facturas, pude deducir la que estimo fue su primera venta. Basándome en eso, tengo una horquilla de unos cinco minutos en los que Glory se marchó corriendo del centro de eventos.

—Buen trabajo, pero no estoy seguro de adónde quieres llegar con esto.

—Espera un poco. Llamé a la mujer que coordinaba el torneo de danza y le pedí que comprobara la hora en los horarios de las actuaciones. Lo que descubrí fue que Tresa Fischer estaba en la alineación del equipo que actuó justo antes de esa horquilla.

Tiene sentido, ¿no? Glory habría estado mirando el número de su hermana.

—Claro. Mark Bradley también estaba allí, así que Glory podría haberse encontrado con él durante la pausa.

—Sí, pero la siguiente actuación programada después de la de Tresa era la del equipo de Green Bay, así que en el centro de eventos había mucha gente con vínculos en Wisconsin. Empecé a llamar a las personas de Green Bay que se habían alojado en el hotel para ver si alguien recordaba haber visto a Glory perder el control. Hablé con la madre de una de las bailarinas, y maldita sea si no me contó que recordaba a una chica que había perdido los nervios fuera del centro de eventos y había echado a correr.

—¿Sabía por qué?

—No. Dijo que Glory estaba de pie frente a una de las ventanas del pasillo y de repente soltó un grito y salió disparada.

—¿Qué hay al otro lado de la ventana?

—Un patio.

—Supongo que no tenemos ni idea de quién había en el patio.

—De hecho, sí. La hija de esta mujer estaba ahí, junto con todo el equipo de Green Bay. Estaban recibiendo una arenga de su entrenador, que no es otro que Gary Jensen. ¿Te suena de algo?

—Oh, mierda —dijo Cab—. ¿Nuestro testigo?

—El mismo. Llámame cínica, pero no me gusta la coincidencia.

A Cab tampoco le gustaba.

—¿Estás investigando el pasado de Jensen?

—Justo ahora.

—¿Podría haber alguna relación entre Jensen y Glory? —preguntó Cab.

—Ésa es la pregunta del millón de dólares.

—¿Podría ser Gary Jensen ese fugitivo desaparecido de Door County, Harris Bone?

—Eso fue lo primero que pensé yo también —dijo Lala—, pero no. A menos que Bone haya conseguido una suplantación de identidad sofisticada del carajo, la pista documental de Jensen puede seguirse hasta muchos años atrás. Por supuesto, podría haber otra relación entre Harris y él que aún no hayamos descubierto.

—Sigue con ello —dijo Cab—, y mantenme informado. Gran trabajo.

—Gracias.

—Te has ganado el vino.

—Eso he pensado.

—Oye, sobre lo que has dicho —empezó él—. Antes.

—Olvidalo.

—Lala, me has cogido por sorpresa. No es que yo no...

—Olvidalo —insistió ella, y añadió—: ¿Para qué llamabas, Cab? Está claro que

querías algo.

«Quería hablar contigo. Quería oír tu voz». No le dijo eso; en su lugar, le explicó dónde se encontraba y lo que estaba haciendo. El mapa. La llave. Las carreteras que no llevaban a ninguna parte. Lo que no le contó era que estaba cansado y se sentía solo, y que se había quedado sin ideas.

—Está oscuro —dijo al final—. No tiene sentido hacer nada más esta noche; me vuelvo al apartamento. Te llamaré mañana por la mañana.

Lala no le dejó colgar. Él se preguntó si ella también quería oír su voz.

—¿Has comprobado los registros de propiedad de la zona?

Cab contempló las zonas verdes; no había casas a la vista. De hecho, apenas había viviendas en las carreteras por las que había pasado. No había pensado en los propietarios de las tierras, porque no parecía haber nada que poseer.

—No, no tengo el portátil aquí.

—Puedo hacer algunas búsquedas por ti. Dame un segundo. —Cab oyó el clin del cristal cuando Lala dejó la copa de vino y, unos segundos después, sus dedos sobre el teclado—. Vale, espera un segundo. Ahí vamos, registros de bienes raíces de Door County. Todo ordenado y en línea. ¿Me das el nombre de alguna calle?

—Europe Bay Road —dijo Cab.

—Suenan rústico. Me salen una docena de parcelas y propietarios. ¿Quieres nombres? Dos parcelas de Waters, y luego Petschel, Clark, Moore, Barrick, Sawyer, Lenius, Haines, Mikel, Knoll, Heinz. ¿Alguno te dice algo?

—No.

—Otro nombre.

—Wilderness Lane.

—Estás de broma.

—No.

—Wilderness. Muchas parcelas, un solo propietario. Royston.

—Lost Lane.

—¿Dónde demonios estás, Cab?

—Perdido.

Lala se quedó callada y, al final, la oyó teclear.

—En ésa no hay parcelas.

—Juice Mill.

—La Asociación de Conservación de la Naturaleza es propietaria de una allí, y luego hay otros titulares individuales: Gunn, Kolberg, Dane y Hoffman.

Cab, que había cerrado los ojos, los abrió de par en par, se irguió en el asiento del coche y se golpeó la cabeza con el techo.

—¿Has dicho Hoffman?

—Sí.

—Peter Hoffman.

—Ése es. La parcela está en el número 11105 de Juice Mill Lane.

—¿Sale algo sobre la propiedad?

—Puedo decirte lo que paga de impuestos, el valor de la tierra y el de las reformas.

—¿Reformas? —repitió Cab—. ¿Hay una casa?

—Hay algo, pero el precio de las reformas no alcanza los diez mil dólares. La tierra que la rodea vale mucho más.

—Muy bien, veré qué puedo encontrar. Gracias, Lala.

—Llámame mañana y te diré qué más he averiguado sobre Gary Jensen.

—Bien —dijo él, y añadió—: Eh, ¿quieres saber algo?

Lala no respondió, y él se tomó el silencio como una invitación.

—Te echo de menos —declaró.

Ella siguió sin responder. No se oía nada en la línea. Cab se preguntó si se habría pasado o si, simplemente, ella no sabía si tomárselo en serio. Al ver que el silencio se prolongaba, miró el móvil y se dio cuenta de que el viento había cambiado y su cobertura se había desvanecido en el gélido aire. Lala ya no estaba.

Mark siguió la luz de sus faros por el camino de entrada y enseguida se dio cuenta de que algo iba mal. Antes de salir de casa había encendido una lámpara en el salón, pero ahora no brillaba ninguna luz detrás de las cortinas. La casa estaba a oscuras.

Salió del Explorer y esperó junto al vehículo. No veía nada. La lluvia se escurría entre las ramas de los árboles, salpicando la tierra y ahogando el resto de ruidos del bosque. Pasó la mano por el metal mojado del chasis buscando la manecilla de la puerta trasera y, al encontrarla, la abrió, se inclinó dentro y tanteó el suelo. Sus dedos se cerraron sobre la cabeza bífida de un martillo. Agarró la herramienta por el mango de madera y cerró la puerta sin hacer ruido.

Se sentía como si tuviera una venda en los ojos. Bajo el manto de árboles, la noche era oscura en la isla, y las densas nubes habían dejado el cielo huérfano de luna y estrellas. Avanzó a tientas en dirección a la casa, mientras notaba bajo los pies las baldosas que señalaban el camino. Al tocar la puerta con los dedos estirados, giró el pomo, que cedió con facilidad. La puerta estaba abierta. La empujó hacia dentro, agarró el martillo con firmeza y entró agachado en el recibidor de su casa.

Dejó las luces apagadas, ya que la luz lo habría convertido en un blanco fácil. Forzó la vista por la pared que llevaba a la sala y distinguió el contorno de los muebles. Las paredes aún olían a pintura fresca. La habitación estaba vacía. Avanzó de lado por el pasillo, con las rodillas flexionadas, y pasó junto a la puerta abierta de su dormitorio, a la izquierda. Se quedó un momento quieto, mirando y escuchando, antes de seguir avanzando hacia la cocina y luego hasta el estudio. Se metió en el porche y comprobó la puerta que daba al exterior, pero estaba cerrada con llave y pestillo. Empezó a relajarse, pero entonces un ruido lo sobresaltó. Sonaba como si las ruedas de su cama rascaran el suelo de madera, del modo en que lo hacían cuando él golpeaba la estructura con la rodilla.

Mark retrocedió hacia la habitación, pero permaneció en el pasillo. Al resplandor del reloj de su mesita de noche, vio que la puerta de su armario estaba entreabierta, y él no la había dejado así. Aferró el martillo, tomó impulso con las rodillas y cargó. Se lanzó a través del corto espacio y de la puerta del diminuto armario. Se dio un golpe en el hombro contra la pared, amortiguado por los vestidos de Hilary.

Oyó unos pasos que corrían y se dio la vuelta a tiempo de ver a alguien que rodaba sobre la cama, huyendo del baño en dirección a la puerta del dormitorio. Dio un salto y ambos chocaron y aterrizaron juntos en el suelo. Un objeto metálico se deslizó por el suelo hasta la pared. Mark esperaba una pelea, pero no hubo ninguna. La persona que estaba entre sus brazos era delgada y frágil, y olía a perfume femenino. La sujetó contra el suelo por los hombros, y ella gimoteó aplastada por su peso.

—No me hagas daño, no me hagas daño. Jesús, Troy, soy yo, Tresa.

Mark no podía ver su rostro, pero reconoció la forma de su cuerpo y su familiar melena larga.

—¿Tresa? ¿Qué demonios haces aquí?

Ella pareció contener la respiración y tardó un momento en hablar.

—¿Mark? ¿Eres tú?

—Claro que soy yo.

Tresa le lanzó los brazos al cuello.

—Oh, gracias a Dios que estás bien. Llevo una eternidad esperando. ¿Dónde estabas?

—He salido a cenar —respondió él—. Tresa, ¿qué está ocurriendo?

Ella respiró entrecortadamente, todavía abrazada a él. Cuando Mark le apartó los brazos, ella le tocó la cara en la oscuridad con las yemas de los dedos. Su perfume inundó su nariz cuando ella se inclinó y puso sus labios sobre los de él.

—Tresa, para —le pidió Mark.

Ella se apartó.

—Lo siento. Es sólo que me alegro tanto de que seas tú...

—Voy a encender una luz.

Tresa le agarró del hombro.

—No. No lo hagas. Déjalo a oscuras.

—¿Por qué?

—Podría estar ahí fuera. No debemos dejar que nos vea.

—¿Quién? —Mark pensó en lo que había dicho cuando él aterrizó sobre ella—. ¿Por qué creías que era Troy?

Tresa se apoyó en la cama con la mano de él entre las suyas, que estaban húmedas.

—He oído a Troy hablando con mi madre. Ese estúpido capullo tiene un arma. Sabía que Hilary no estaba esta noche y ha dicho que iba a navegar hasta aquí para matarte.

Mark masculló mentalmente.

—¿Has visto el arma? ¿Estás segura de que tiene una?

—La he visto.

—¿Sabes cuándo planeaba venir aquí?

—No, pero a estas alturas ya debe de haber llegado. Debe de andar cerca. Si te ha visto venir a casa...

—Tranquilízate, Tresa —le dijo Mark—. No estoy seguro de que Troy tenga lo que hace falta para llevar esto adelante. Una cosa es creer que puedes disparar a alguien, pero apretar el gatillo es otra muy distinta.

—Lo hará, Mark. Deberías haber visto su cara.

—Lo entiendo, pero no tendrías que haber venido aquí. Tendrías que haberme llamado para contármelo.

—Lo sé, pero he pensado... quería... no sé, me imaginaba que a lo mejor Troy me escucharía.

Mark percibió la culpa y la vergüenza en su voz. No era sólo que tuviera miedo de lo que Troy hiciese, o que creyera que podía convencerle de que desistiera en su intento: Mark se dio cuenta de que quería ser ella la que le salvase. Quería rescatarlo. Eso es lo que uno hacía por alguien a quien amaba.

—¿Cómo has llegado aquí? —quiso saber.

—Con el coche de mi madre: lo he aparcado en la carretera. He pensado que no te gustaría que nadie lo viera en el camino de entrada a tu casa... ya sabes, por el qué dirá la gente. Quiero decir que Hilary no está en casa, y aquí estoy yo.

Él sabía que ella lo creía de verdad. «¿Ves? Estoy intentando protegerte». Aun así, el timbre de su voz era jadeante, y Mark era muy consciente de la calidez de su cuerpo apretado contra el suyo.

—¿Conoces a alguien más en la isla? —preguntó.

—No.

—Te llevaré a uno de los moteles. Puedes pasar la noche allí, estarás a salvo.

Tresa se agarró a él con fiereza.

—Ni hablar. No voy a dejarte solo.

—Estaré bien.

—No, Mark. Me quedaré aquí.

Su determinación era infantil. Una parte de él se preguntaba si la historia sobre Troy era realmente cierta o si se la había inventado para que estuvieran juntos. No sabía lo lejos que podía llegar Tresa. Había cogido el *ferry* para estar ahí la noche que Hilary se había ido, y la había encontrado escondida en su dormitorio. No pudo evitar preguntarse si se trataba de una fantasía, como los encuentros sexuales que detallaba en su diario. Un cuento de hadas. Empezaba con él en peligro, y acaba con ella seduciéndolo.

¿O a lo mejor le estaba contando la verdad?

—¿Has llamado a la policía? —preguntó.

—No podía hacerlo. No quiero que mi madre se meta en problemas.

No había llamado a la policía. Mark se preguntó si realmente quería proteger a Delia, o si pretendía protegerse a sí misma de otra mentira. Esta chica y sus deseos ya le habían engañado antes. Le gustaba, le daba lástima, pero debía seguir recordando que casi había destruido su vida para siempre.

—Vámonos, Tresa —decidió.

—¡Espera! ¿Has oído eso?

Mark escuchó y sólo oyó el sonido de la lluvia golpeando contra el tejado.

—No hay nadie fuera —le aseguró, pero tenía la misma sensación de antes. Algo no iba bien.

Paseó la mirada por la habitación mientras trataba de descubrir la causa de su inquietud, y se dio cuenta de que el despertador de la mesita estaba en negro. Un momento antes, brillaba con número blancos.

—Quédate aquí —le ordenó a Tresa.

Se levantó del suelo pero, a pesar de su advertencia, ella se puso en pie con él y se colgó a su costado, con el brazo alrededor de la cintura. Mark percibió su respiración acelerada en el torso, que subía y bajaba como si fuera un animal asustado. No estaba actuando; aquello era real.

Mark buscó a tientas el interruptor de la luz en la pared y, al encontrarlo, lo subió y lo bajó varias veces. No pasó nada.

—No hay corriente.

—Oh, mierda —murmuró Tresa—. Está aquí.

Cab encontró una vieja verja de acero al final de Juice Mill Lane, en el límite de la zona oeste del parque nacional, y la examinó en la oscuridad con el rayo de luz de una Mag-Lite. Dos señales maltrechas colgaban del borde superior, atadas con alambre oxidado. En una se leía «No pasar», y en la otra había un número grabado como en una matrícula con números blancos desvaídos: 11105.

Era el terreno de Peter Hoffman.

Examinó el camino que, más allá de la valla, se internaba en el bosque. El suelo era una mezcla embarrada de tierra y hojas. No vio huellas, de lo cual dedujo que nadie había ido allí en las lluviosas horas transcurridas desde la muerte de Hoffman. Buena señal. Si Hoffman tenía un secreto que había hecho que le mataran, Cab no quería esperar hasta la mañana siguiente y darle a otra persona la oportunidad de visitar la parcela por la noche.

La lluvia seguía cayendo como música china, con un rítmico pling-pling sobre las copas de los árboles. Rodeó la valla. La tierra olía a humedad y lombrices. Vio un gusano gordo a la luz de la linterna, estirado como un caramelo rosa entre las hojas caídas. Avanzó por el sendero, donde las señales de «Propiedad privada» con letras reflectoras brillaban entre los árboles mojados y relucientes. Lejos de la vieja valla, distinguió unas enredaderas sobre una estrecha pista, allí donde un fresno había caído y bloqueaba el camino con su tronco lleno de musgo. Pasó por encima del árbol y siguió el sendero, mientras barría el suelo con el haz de luz de su linterna. Unos cincuenta metros más adelante, distinguió un destello de cristal sobre el suelo. Al inclinarse vio que se trataba de una botella abierta y vacía de Jameson. El cristal estaba limpio; no llevaba allí mucho tiempo. Era la misma marca de *whisky* que había encontrado sobre la mesa de la cocina en casa de Peter Hoffman.

Hoffman había estado allí hacía poco.

Cab levantó la linterna y vio los restos de una cabaña frente a él.

La naturaleza estaba tomando posesión de la ruinoso estructura, que desaparecía debajo de ella. La lluvia y la nieve habían derrumbado partes del techo, dejando enormes huecos. Las paredes se abombaban hacia dentro, moteadas con restos de pintura roja. En las vigas había hileras de clavos salidos y oxidados, como dientes rotos. La puerta colgaba podrida de la bisagra superior, y las ventanas estaban rotas en fragmentos afilados. Unas cortinas amarillas hechas jirones ondeaban en la lluvia y las malas hierbas alcanzaban la altura del canalón.

Cab fue hacia la puerta, iluminó el interior de las ruinas con la linterna y distinguió los ojos rojos de algún ratón. Vio una vieja estufa de leña con la puerta abierta y una rejilla oxidada en el interior. Dos sillas de madera yacían hechas pedazos en el suelo, y los ladrillos de la chimenea se habían derrumbado y cubrían el

suelo de escombros. La lluvia salpicaba en los charcos a través del techo abierto, y vio montoncitos de excrementos negros. Las telarañas colgaban como cintas de las ventanas. Aparte de la presencia animal, la cabaña llevaba muchas temporadas desocupada, abandonada hasta desplomarse por sí misma en una batalla perdida con los elementos.

Peter Hoffman planeaba enviar a Cab a aquel lugar con la sección del mapa en el bolsillo. Cab estaba seguro de eso.

Pero ¿por qué?

Avanzó junto a las paredes en ruinas. Una vez recorrido todo el perímetro, dio un paso cauteloso hacia el interior. Desde el agujero del techo cayeron algunos restos. Su pie se hundió entre dos vigas, dejando el tobillo atrapado entre clavos puntiagudos hasta que se arrodilló y apartó la madera astillada para liberarse. Dirigió el haz de luz hacia las vigas del techo y vio un nido de pájaro vacío y colmenas de avispas.

Cab salió de la cabaña y examinó detenidamente la pista, que se desvanecía en un denso pinar. A la luz de la linterna volvió a ver la botella de Jameson y se dirigió hacia allí para situarse en el mismo lugar que había elegido Hoffman. Cerca de la botella distinguió un pequeño cuadrado de tierra donde no crecía nada, casi invisible entre los altos hierbajos. Avanzó sobre la hierba hasta llegar allí y, al golpear el barro con el pie, descubrió que de hecho, el suelo era metálico. Se agachó y apartó la tierra hasta que sus dedos ahora ennegrecidos encontraron una trampilla de metal corrugado de medio metro por medio metro, encajada en la tierra dentro de un recuadro de cemento. Era un refugio para tornados.

Unas gruesas bisagras sujetaban la puerta a los cimientos. En el lado opuesto, vio un pesado candado que mantenía cerrado el pestillo de la trampilla de acero.

Hacía falta una llave para abrirlo.

Cab se metió la mano en el bolsillo, sacó la llave que le había cogido a Hoffman y se puso a cuatro patas. No le importaba que las rodillas del pantalón del traje se ensuciaran y se mojaran. Dirigió el haz de luz hacia abajo, cogió el candado y usó el pulgar para limpiar la cerradura cubierta de mugre. Al ver la abertura, insertó la llave y la hizo girar.

El candado se abrió.

—Que me aspen —dijo en voz alta.

Cab se quedó allí agachado, jadeando, sin atreverse a moverse. El pelo mojado se le pegaba a la frente. Giró el candado, lo sacó del pestillo y lo dejó sobre el suelo. Con la punta de los dedos trató de abrir el cierre, pero con los años el óxido lo había sellado. Cab hizo una mueca y tiró con más fuerza; al ver que se resistía, sacó sus propias llaves, metió una de ellas por debajo y volvió a hacer palanca. Esta vez el pestillo se abrió de golpe y le pilló los dedos, que empezaron a sangrar.

Introdujo las uñas por el borde de la puerta metálica y la levantó, pero pesaba más

de lo que esperaba y volvió a cerrarse tras resbalarle de los dedos. Lo intentó de nuevo pero las bisagras, que no se habían movido en años, chirriaron y se negaron a girar. Metió la palma por el estrecho hueco y empujó hacia arriba, ganando unos centímetros. Esta vez usó ambas manos, abriéndose paso entre el óxido acumulado que mantenía pegado el acero y forzando la tapa hacia arriba. La trampilla se abrió hacia el otro lado de golpe, Cab dio un traspié y casi se cayó en el refugio.

Se irguió y miró hacia la oscuridad de la abertura cuadrada, por donde desaparecía una escalera metálica. Un olor acumulado a moho y decadencia emergía del agujero. Al dirigir el haz de luz hacia abajo, vio un suelo de cemento sucio a unos tres metros, allí donde el hueco se abría a un espacio más grande. No veía nada más allá del túnel que llevaba al sótano.

Cab dejó la linterna en el suelo, se agarró a la escalera de metal y comprobó si aguantaba su peso. Las abrazaderas que la sujetaban a la pared de cemento temblaron pero resistieron. Parecía segura. Apagó la linterna y se la metió en el bolsillo, así que al poner el pie en el siguiente escalón no veía nada. La oscuridad le envolvía por completo.

Descendió hacia el vientre donde Peter Hoffman guardaba sus secretos.

Suponía que todo el mundo tenía un lugar así, real o imaginario, una cueva oscura donde enterrabas las cosas que querías olvidar.

Sus pies alcanzaron el suelo de cemento del refugio para tornados. Las telas de arañas adherían sus pegajosos dedos por la piel y el pelo, y Cab escupió algunos filamentos que se le habían metido en la boca. Notó la humedad de la tierra en las paredes porosas y la lluvia que caía a través del agujero en un charco a sus pies. La abertura en lo alto del refugio se veía pequeña allí abajo.

Encendió la linterna.

El espacio era angosto; poco más de tres metros lo separaban de la pared opuesta. Mientras movía el haz de luz vio estanterías metálicas con latas de conserva cubiertas de una gruesa capa de polvo y envases de agua. También había botellas de cerveza, turbia y rancia. El moho cubría las paredes como huevos quemados. Vio docenas de lombrices, la mayoría muertas sobre el suelo. Había más telarañas que colgaban del techo y se cernían sobre los cuerpos de los bichos como si fueran un tesoro.

Una solitaria silla de madera se erguía en medio de la habitación, como si alguien fuera a venir sólo para sentarse y pensar en su vida. Trató de imaginarse lo que haría Peter Hoffman allí.

Cab desplazó el haz de la linterna e iluminó la última esquina oscura del refugio.
—Hijo de puta —exclamó.

—Tenemos que hacer algo ahora —insistió Katie.

Al respirar, el aliento le apestaba a nicotina. Su ventanilla estaba medio bajada, y la lluvia le caía sobre el brazo.

—Hay alguien a quien puedo llamar —dijo Hilary.

—¿Quién?

—Se llama Cab Bolton. Es un policía de Florida que investiga la muerte de Glory. La policía local le escuchará. Enviarán un coche aquí, y podremos hablar con ellos.

Katie secó el vapor del cristal con el codo.

—Cuando llamen a la puerta de Gary él les soltará un rollo, como ha hecho conmigo en la residencia. Amy nos necesita ahora. Ha dicho que me ayudaría.

—No podemos hacerlo solas. Cab es listo; se dará cuenta de que esto es importante.

Hilary sacó el teléfono y buscó en su bolso la tarjeta con el número de Cab Bolton. Antes de que pudiera marcarlo, Katie cubrió el móvil con la mano y la detuvo.

—Tengo una idea mejor.

—¿Cuál?

—Démosle a la policía una razón para entrar en la casa.

—No lo entiendo —dijo Hilary.

Katie abrió la puerta del Taurus y se metió bajo la lluvia. Hilary se estiró por encima del asiento y la agarró del brazo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Voy a casa de Gary.

—Ni hablar. Vuelve dentro.

Katie se desasió. El agua le goteaba por la cara y el pelo.

—Si la policía llama ahora a la puerta de Gary, él puede cerrársela en las narices y ellos no podrán hacer nada. Pero a mí me dejará entrar. No tiene razón para pensar que yo sé algo.

—¿Qué esperas conseguir? —preguntó Hilary.

—Voy a forzar su reacción.

—¿Cómo?

—Le contaré la verdad, que Amy creía que es un asesino. Le diré que voy a ir a la policía.

—No vas a hacer eso —insistió Hilary—. Si de verdad tiene a Amy, lo único que lograrás será ponerte en peligro.

Katie ladeó la cabeza y las gafas le resbalaron por la nariz.

—Si me coge, perfecto. No sabe que usted está aquí fuera. Si en diez minutos no

he vuelto, llame a emergencias, y ya tendrá una excusa para que la policía entre en la casa. De otro modo no tienen nada y las dos lo sabemos.

—Mientras tanto podría matarte.

—No me hará nada tan rápido.

—No puedes arriesgarte.

—Demasiado tarde —dijo Katie—. Deme diez minutos.

La chica cerró la portezuela y echó a correr sobre la hierba mojada del parque. Hilary salió del Taurus para seguirla, pero Katie ya estaba demasiado lejos, corriendo bajo el aguacero. Sintió deseos de gritarle, pero se mordió el labio y se abstuvo de hacerlo. Mientras se agarraba a la puerta y la miraba, la chica cruzó la intersección vacía bajo el brillo de las farolas y desapareció tras los imponentes arcos que custodiaban la parte delantera de la casa de Gary Jensen.

Mark oyó el sonido ahogado de la madera al partirse cuando alguien forzó la puerta del porche trasero, y le tapó la boca con la mano a Tresa para evitar que gritara.

—Está en la parte de atrás —le susurró al oído—. Vamos a salir por delante. No hagas ni un solo ruido.

Tiró de Tresa hacia el pasillo y, cubriendo el cuerpo de ella con el suyo, avanzaron hacia la puerta delantera, que se hallaba a cinco metros. La distancia parecía muy larga, y él constituía un blanco perfecto si alguien se arriesgaba a dispararle por detrás. Mantuvo sus manos agarradas con firmeza a los hombros de Tresa, que estaba temblando. Mark esperaba que no le entrara el pánico y echara a correr, revelando así su ubicación.

La puerta estaba entreabierta. Cuando el viento soplaba, Mark notaba la lluvia en la boca. Hizo una mueca cuando la puerta se movió un centímetro y las bisagras emitieron un agudo chirrido. Delante de él, Tresa se quedó paralizada y contuvo el aliento. Él se agachó un poco, y rozó con la cara su pelo pelirrojo.

—Sigue avanzando.

Se escurrieron por el estrecho hueco. Seguían sin ver nada, pero el aire de la noche sabía a libertad. Mark los guió hacia su coche, recorriendo de memoria el camino hasta el final de la pared de la sala, que estaba justo al otro lado de la puerta delantera. Al llegar al camino de entrada, soltó la mano de Tresa y se detuvo para coger las llaves del bolsillo con el puño cerrado. Luego extendió de nuevo la mano para cogerla del brazo.

Tresa no estaba allí.

Extendió ambos brazos. La chica había desaparecido.

—¿Tresa? —siseó tan alto como se atrevió.

Mark escuchó el sonido de sus pasos corriendo sobre el barro, se dio la vuelta y ambos chocaron con fuerza. Ella rebotó contra su pecho, trastabilló y se cayó hacia

atrás. Él se agachó para ayudarla, pero ella saltó al mismo tiempo y esta vez se colgó de su brazo. Las llaves se escurrieron entre los dedos de Mark, así como el martillo.

A unos seis metros, la alarma del Explorer se disparó y las luces empezaron a encenderse y apagarse como una sirena, y la bocina soltó un aviso estridente. El resplandor de la luz los cegó y los dejó expuestos y vulnerables. Mark escudriñó el suelo en busca de las llaves y no las vio, pero no tenía tiempo de buscar entre la tierra. Agarró a Tresa y tiró de ella hacia el extremo más alejado de la casa.

—Ven, iremos hacia la playa.

Más allá de la fachada, protegida por la casa, la noche volvía a ser oscura como boca de lobo. La alarma seguía sonando tras ellos, pero a Mark no le preocupaba el ruido que pudieran hacer. Se lanzó a través de los árboles, avanzando a trompicones sobre las rocas y las raíces, y protegiéndose la cara con una mano extendida mientras las ramas se le clavaban en la piel. Tenía a Tresa cogida de la mano y la arrastraba tras de sí. Delante de ellos, podía distinguir la palidez allí donde el bosque terminaba en la playa de piedras, cerca de la bahía en forma de media luna. Aceleró entre los árboles mientras Tresa le pisaba los talones. Al final se encontraron con la lluvia y el viento. El agua salpicaba en la orilla.

Correr sobre las rocas era arduo y difícil. Mark giró hacia el oeste y ambos avanzaron por la playa siguiendo el borde de los árboles, y utilizando las frondosas ramas de las coníferas para esconderse. Él se torció el tobillo al colocar mal el pie izquierdo, pero no redujo el ritmo. Latigazos de dolor le subían por la pierna mientras corrían, y al final alcanzaron el camino de tierra que llevaba desde la playa hasta la zona de acampada y luego al cementerio.

—Sé dónde escondernos —le explicó Mark.

Siguió el camino y se metió en la zona de acampada. En aquella planicie, los árboles eran altos, sus troncos estrechos y rectos bloqueaban el paso como soldados. Los guiaron a través de la oscuridad y él casi chocó con el muro de bloques de hormigón antes de verlo. Era una de las casetas para cambiarse construidas para los bañistas veraniegos, como una pequeña casita incrustada entre los árboles y los bancos de *picnic*. Palpó la puerta de madera y rezó para que no estuviera cerrada con llave. Al girar el pomo mojado, se abrió silenciosamente. Tresa y él se arrastraron al interior y él cerró la puerta tras ellos. Incluso en invierno, el frío y húmedo lugar olía a aguas residuales. Se agachó en el suelo de cemento y tanteó hasta tocar con los dedos la pared de metal de un lavabo cerrado. Metió a Tresa dentro y no pasó el pestillo de la puerta.

El interior estaba frío y húmedo, y la chica temblaba de manera incesante. Mark se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros. Oía el agua gotear tanto dentro como fuera.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tresa.

—Ahora esperaremos —contestó Mark.

Tras pasarse media hora en el agua negra y picada, las luces del muelle de Washington Island constituyeron una salvación. Cab estaba verde del mareo, pero Bobby Larch permanecía indiferente mientras apagaba el motor de su embarcación de pesca y navegaba a la deriva en la calma del abrigo del rompeolas. Cab vio el contorno de los ferris amarrados durante la noche. Al acercarse a la orilla, oyó algo extraño y fuera de lugar. Música de jazz. En algún restaurante del puerto, una banda levantó aplausos entre la multitud de lugareños.

Cab no recordaba haber sido más feliz que cuando el bote golpeó suavemente contra el muelle. Larch pudo verlo en su cara.

—Eh, le dije que le traería —señaló.

Cab salió de la embarcación y subió al muelle, con las rodillas temblorosas mientras el suelo ya había dejado de oscilar bajo sus pies. Tenía la piel helada y mojada, y el traje y el abrigo cubiertos de suciedad.

—Ya.

—¿Cómo es que cambió de opinión respecto a venir aquí esta noche?

—Es una larga historia —contestó Cab.

Una larga historia enterrada en un agujero.

Se trataba de una historia de venganza y justicia. Sabía por qué había muerto Peter Hoffman. Sabía que lo más probable era que Mark Bradley estuviera muerto por la mañana, si no hacía nada por evitarlo. Sabía cosas que desearía no haber sabido.

—Necesito un coche —dijo—. ¿Sabe dónde puedo conseguir uno?

—¿Tiene cien pavos?

—Sí.

—Entonces sí.

Cab se sacó un billete del bolsillo interior, Larch lo agarró con una sonrisa y se alejó por el muelle. Cab le siguió hasta el aparcamiento y le vio desaparecer en el restaurante del puerto, mientras la música aumentaba de volumen cuando se abrió la puerta. Larch estuvo dentro dos minutos y, al salir, le lanzó un juego de llaves por el aire. Cab lo cogió.

—Aquí lo tiene. Es un Nissan negro, está aparcado a la vuelta de la esquina, en la parte de atrás. Lo traerá aquí por la mañana, ¿verdad?

—Sí —confirmó Cab, y añadió—: ¿Cuánto le ha dado a su amigo?

—Cincuenta.

—Sabe usted hacer negocios, Bobby.

Larch le guiñó un ojo.

—Buena suerte, detective.

A Cab no le costó encontrar el Sentra. Era viejo, con barro incrustado, y olía a pino gracias a un ambientador con forma de árbol de Navidad que colgaba del retrovisor. Echó hacia atrás hasta el tope el asiento del conductor y enfiló la carretera del puerto, donde puso las largas para iluminar el estrecho camino entre los árboles.

No vio ni un alma en el pueblo. El puñado de residentes se encontraba abajo, en el puerto, escuchando jazz o trasegando cerveza en el Bitters Pub. Aceleró en dirección norte alejándose de las tiendas y adentrándose en la solitaria tierra. Casi se pasó el cementerio, donde giró hacia el agua y luego volvió a torcer en el camino de tierra que llevaba a casa de Mark Bradley. Redujo la velocidad y escrutó el bosque en busca del camino de entrada.

Al encontrarlo, aparcó de través bloqueando la salida.

Cab cogió la linterna y salió del coche. Mientras se acercaba a la casa, iluminó el Ford Explorer aparcado en diagonal al borde del claro y el suelo a su alrededor. La luz se reflejó en algo brillante, y vio un juego de llaves caído en el barro. Las recogió, sacudió la suciedad y se las metió en el bolsillo. También vio un enjambre de huellas que entraban y salían de la casa. Al volver el haz de luz hacia la puerta delantera, se dio cuenta de que estaba abierta.

—Mierda —murmuró Cab.

Había llegado tarde. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y deslizó la Glock en su mano.

Probó suerte con un grito.

—¡Bradley!

Luego, un momento después, llamó:

—¡Tresa!

Escuchó, pero nadie respondió. El agua goteaba entre los árboles y el viento silbaba entre las ramas. Barrió de nuevo con la linterna la superficie del bosque. Sabía lo que estaba buscando en la tierra empapada. Cuerpos. Se sintió aliviado al no encontrar ninguno.

—¡Bradley! —volvió a llamar.

Recorrió el perímetro de la casa y siguió unas huellas de pasos a lo largo del muro oriental. Llegó al porche con mosquitera de la parte trasera y, a través de la rejilla, en la otra pared, vio otra puerta abierta y las esquirlas dentadas donde habían arrancado la cerradura. Rodeó el porche y entró a través de la puerta rota. El aire de la noche soplaba por el espacio abierto, y la casa estaba fría. No detectó olor a sangre fresca. Comprobó la cocina y luego iluminó el pasillo con el cono de luz.

Vio la puerta abierta de un dormitorio y aferró su arma mientras entraba. Al abrir el armario encontró montones de ropa apilados en el suelo. La cama estaba hecha, pero el edredón se había arrugado. Junto a la pared, medio oculto bajo la cama, encontró un móvil y abrió la tapa para mirar dentro. El fondo de escritorio mostraba a

una chica en medio de un vendaval, con la melena pelirroja sobre los ojos y una expresión triste y pensativa.

Tresa.

Tresa había estado allí. En el dormitorio. Casi esperaba percibir el olor dulzón a sexo en el aire, y se dio cuenta de que la relación entre ellos seguía siendo un misterio. No sabía si la aventura había sido real o producto de la imaginación erótica de una adolescente, todo cuanto sabía era que ella había ido a la isla tan pronto se había enterado de que Hilary iba a pasar la noche fuera.

Ahora Tresa y Mark Bradley habían desaparecido.

También se preguntó por primera vez dónde estaba Hilary. ¿Por qué no se encontraba allí?

Cab deslizó el teléfono en su bolsillo y se puso en pie.

Al darse la vuelta, el viento se arremolinó alrededor de su cabeza debido a un movimiento. Se encogió instintivamente; sabía lo que se avecinaba. Algo sólido como una roca le golpeó en la base del cráneo, donde el hueso se unía con el músculo. La oscuridad de la noche se volvió caliente y naranja tras sus ojos. Tuvo un momento de pánico y luego cayó, pero perdió la conciencia antes de que el peso de su cuerpo se derrumbara sobre el suelo.

Al cabo de diez minutos, Katie aún no había vuelto.

Hilary bajó del Taurus y echó a andar sobre la blanda hierba hacia los árboles que quedaban cerca de la carretera. Se escondió y observó la casa oscura al otro lado de la calle. No vio ni oyó nada. Se agitó, impaciente e indecisa. Al comprobar la hora, se dio cuenta de que el tiempo seguía consumiéndose.

Katie podía estar dentro, en peligro. O a lo mejor, como la chica lista y manipuladora que Hilary sospechaba que era, Katie nunca había entrado en la casa. Quizás estaba escondida en el exterior, esperando a que ella llamara a la policía.

Hilary cruzó la calle. La luz de la farola dibujaba un círculo amarillo en el asfalto que convirtió su sombra en un gigante negro. Pasó rápidamente junto a la luz y en la esquina, bajo los cables telefónicos colgantes, escudriñó la casa de ladrillos, que resultaba casi invisible tras los árboles. Se protegió debajo de las ramas más bajas. En la fachada principal, una tenue luz brillaba tras las cortinas de los dos pisos.

—Katie —susurró.

Si la chica estaba cerca, era silenciosa. Hilary tocó el móvil.

Avanzó sigilosamente hacia la parte de atrás. Detrás de los brazos frondosos de una enorme tuya, encontró un camino de grava y se metió en él, a unos pasos de las ventanas inferiores. Aquí las cortinas también estaban corridas, y no pudo ver el interior. Distinguió el garaje un poco más allá, con la puerta cerrada. El camino de entrada estaba iluminado por un débil fluorescente, y Hilary se sentía expuesta allí de

pie. Si alguien miraba hacia fuera, la vería.

Se deslizó por la pared lateral del garaje. En la pared de ladrillos había una sola ventana, alta y estrecha; acercó la cara al cristal y miró dentro. Mientras permanecía allí, enmarcada por la ventana, el garaje se inundó de luz.

Con un grito ahogado, se lanzó al suelo, desde donde oyó el chirrido de la puerta del garaje y el ruido de la puerta de un coche al abrirse y cerrarse. Luego se encendió un motor. Mantuvo el pecho apretado contra el suelo mojado y vio un Honda Civic salir marcha atrás del garaje hacia la calle. Sus brillantes faros pasaron por encima de su cabeza. El coche giró y mientras se dirigía hacia el este en dirección a la carretera 57, oyó el ruido de la puerta del garaje al cerrarse.

Actuó por instinto, antes de que su cerebro pudiera detenerla. Se levantó de un salto y corrió hacia la esquina de la casa. Sólo dos metros separaban la parte baja de la puerta y el suelo de cemento. Se puso de rodillas y rodó por debajo, rascándose las manos con las piedras sueltas. La vieja puerta no tenía mecanismo de seguridad. Al cerrarse casi le pilló la pierna, que consiguió meter bajo el borde metálico en el último momento.

Hilary estaba sola en el garaje vacío.

Se apresuró hacia la puerta que daba al interior de la casa y giró el picaporte sin hacer ruido. Al empujarla, notó el aire cálido y vio la cocina a oscuras. Escuchó; no sabía si la casa estaba vacía. No oyó voces ni el sonido de un televisor; sólo el zumbido de los electrodomésticos. La cocina olía a salsa de tomate quemada.

Hilary se deslizó en el interior mientras una voz martilleaba en su cabeza: «¿Qué demonios estás haciendo?».

Se tragó el miedo. Se había dado una oportunidad para ver si Amy estaba en la casa. Katie tenía razón: eso era algo que la policía no podía hacer.

¿Dónde estaba Katie?

A Hilary se le revolvió el estómago al considerar la posibilidad de que Katie estuviera en el maletero del Civic que acababa de marcharse. Atada. O muerta. Había sido una imbécil al no detenerla. Cuando caía una ficha de dominó, el resto caía en cadena, y no podías hacer nada para evitar que se derrumbaran.

Salió de la cocina por las puertas batientes y siguió el pasillo hasta el salón. La chimenea olía a un fuego reciente. El televisor estaba encendido, lo que la dejó paralizada, pero el sonido estaba silenciado y la habitación, vacía. Se le ocurrió que Jensen no iba a tardar mucho.

Comprobó a toda prisa las habitaciones de la planta baja. El comedor. El baño. La biblioteca. La despensa. Era una casa grande con rincones extraños y espacios Victorianos. Estaba llena de huecos y recovecos donde esconder cosas. Allí donde iba, las cortinas estaban corridas. La casa parecía gótica. Encantada. Aun así, las habitaciones estaban vacías en su inocencia, como si Hilary hubiera cometido un

error.

Encontró la puerta del sótano y bajó las escaleras de madera con el corazón en un puño. Allí, bajo tierra, se sintió lo bastante segura para encender la luz. El extenso espacio era un revoltijo, con paredes de bloques de cemento, cañerías y conductos enclavados sobre el aislamiento rosa, y esquinas y giros con el mismo diseño de la planta de la casa. Prácticamente se echó a correr, consciente del tiempo que avanzaba inexorablemente, de los minutos que se consumían antes de que Jensen regresara. El sótano era como un laberinto y tuvo que abrir puertas de acero y mirar detrás de montones de cajas y en espacios muy pequeños para asegurarse de que no había construido un zulo en medio del frío y la humedad.

Nada.

Hilary regresó con cautela a la planta baja y jadeó mientras subía corriendo la escalera de caracol hacia el primer piso. Había un pasillo que se curvaba en Z en distintas direcciones, y las puertas estaban todas cerradas. Demasiadas puertas. Lo único que podía hacer era comprobarlas una por una. Empezó por la derecha y las fue abriendo y cerrando. Baño. Armario para la ropa blanca. Habitación de los niños. Dormitorio principal.

Empezó a pensar que aquello era una misión imposible. Un malentendido. Tenía que salir de allí.

Deshizo el camino y examinó rápidamente la otra parte de la casa. Habitación. Baño. Habitación. Todos ellos vacíos y sin utilizar. Encontró un zaguán que llevaba a una habitación que daba a la parte de atrás de la casa, y mientras se dirigía hacia la puerta cerrada, escuchó un sonido escalofriante.

El chirrido de la puerta del garaje. Gary Jensen había vuelto.

—Oh, no —murmuró al tiempo que se quedaba paralizada.

En aquel momento, casi abandonó. Casi no abrió la puerta, para poder correr escaleras abajo y salir por la puerta delantera antes de que Jensen entrara en la cocina. En lugar de eso, hizo girar el pomo y se metió en la última habitación, y enseguida se dio cuenta de que era diferente.

Olía a una mezcla penetrante de sudor, orina y perfume. A lo que cabía añadir el miedo. Había alguien allí, en la oscuridad.

Hilary encendió la luz y se llevó las manos a la boca. Ella estaba allí. Con las piernas abiertas y atada a la cama. Amordazada. Con los ojos abiertos. Suplicantes. Despierta. Viva.

Amy.

En el oscuro refugio, Mark sólo oía la respiración siseante de Tresa y el roce de su ropa cuando se movía. Ambos estaban mojados y congelados. Un dolor agudo le ascendía desde el tobillo hasta la pantorrilla cuanto más rato pasaba de pie, y cuando ya fue incapaz de seguir aguantándose en la pared, Tresa se levantó y le obligó a sentarse. Ella hizo lo propio, sobre sus rodillas, le rodeó el cuello con los brazos y enterró la cabeza en su pecho. Mark no la veía; resultaba invisible en la oscuridad. Sólo la notaba acurrucada contra él, con los dedos agarrados con fuerza a su piel, el pelo húmedo debajo de su barbilla.

—Lo siento —susurró ella—. Esto es culpa mía.

—No digas eso.

Mark no creía que nadie pudiera oír sus murmullos a través de las gruesas paredes. Estaban en una crisálida oscura, sólo ellos dos.

Tresa se quedó callada y luego dijo:

—Todavía pienso en ello, ¿sabes? Tú y yo. En la playa.

Mark sabía exactamente de qué hablaba. Semanas antes de que Delia Fischer encontrara el diario de su hija, antes de que su vida empezara a derrumbarse, había habido un beso. Ocurrió no lejos de allí. Estaban en la playa detrás de la casa, bajo la luz de luna, calentándose con las llamas de una hoguera. Hilary los había dejado allí al caer la noche y se había ido a dormir. Había confiado en él, como siempre hacía, más de lo que él confiaba en sí mismo. Tresa y él hablaron durante más de dos horas, hasta bien pasada la medianoche, aunque la que más habló fue ella. Le explicó sus sueños, sus fantasías, su vida, sus culpas, sus esperanzas y miedos, su soledad. Entonces, mientras se levantaban y él echaba arena sobre el fuego, ella se puso de puntillas y le besó, no un beso de niña, no un beso inocente, sino un beso con todo el erotismo que una adolescente podía ponerle.

Luego le había dicho lo que quería: «¿Me harás el amor?».

Ahora, mientras la sujetaba, volvía a sentir su excitación, el calor a través de la ropa. Para ella era una situación romántica, no un asunto de vida o muerte. Ella le rescataba, él la rescataba a ella. Notó como Tresa se elevaba en su regazo y, aunque no podía ver a un centímetro de su cara, supo que los fríos labios de la chica estaban a punto de encontrarse con los suyos con la misma urgencia, la misma pasión, con la que lo habían hecho un año antes. Quería que él la tocara, que la desnudara. Quería ser la heroína de la novela.

Él la detuvo con una gentil presión sobre la mejilla.

—No podemos.

Tresa se puso tensa y Mark percibió su decepción. Se separó de él y se levantó en el estrecho espacio.

—He intentado no quererte —murmuró—, pero no puedo evitarlo.

—Tresa, no lo hagas.

—No soy una niña, y esto no es un capricho. Sé que no puedo tenerte y sé que soy idiota, ¿vale? Nunca fue mi intención haceros daño a ti ni a Hilary; era lo último que quería, de verdad. Si no fuera porque aquí estoy otra vez, haciendo lo mismo.

Mark no dijo nada.

—Por lo menos dime que te sentiste tentado —continuó ella—. ¿Un poco?

—Tresa, de ningún modo habría dejado que algo sucediera entre nosotros. No es sólo que ame a mi mujer, y no es que tú no seas una chica dulce, guapa e increíble. Es porque me importas demasiado. Que una chica como tú se enamore de su profesor es absolutamente inocente. Un profesor que pervierte ese amor para sus propios fines es repugnante. Yo no te haría eso.

—Oh, mierda, crees que soy una niña —murmuró Tresa en un tono que delataba su decepción, como si fuera la peor cosa que le pudiera haber dicho.

—Eso no es lo que quiero decir.

—Te equivocas —le dijo ella—. No soy inocente. ¿Crees que no sé exactamente lo que quería en la playa contigo?

Alzó la voz y él se preocupó por si les oían desde fuera.

—Leíste lo que escribí en mi diario —continuó ella—. Conozco las posturas, ¿vale? Sé dónde se colocan las cosas. Sé que te estaba pidiendo que engañaras a tu mujer. Aún lo hago, y me odio por eso. No me importa, me desnudaré para ti ahora mismo y me pondré de rodillas. Así de inocente soy, Mark.

Él se dio cuenta de que estaba volviendo a cometer el mismo error con Tresa: tratarla como una niña con ropa de mujer, cuando en realidad era al revés. Podía ser ingenua y seductora al mismo tiempo. Igual que Glory.

—Muy bien, sí, claro que tuve tentaciones —le dijo Mark—. Soy humano, pero no iba a arruinar la vida de los dos, ¿vale?

—Di que sí ahora.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—No tiene por qué ser nada más que ahora mismo. Una noche.

—Tresa, no.

Sintió la amargura y la desilusión que emanaban de la oscuridad. Cuando ella habló, lo hizo con una voz teñida de resentimiento.

—¿Fuiste humano con Glory?

—¿Qué?

—¿A ella le dijiste que sí?

Mark oyó el eco de las palabras que le había susurrado Glory en la playa. «Nadie lo sabrá nunca».

—No ocurrió nada entre ella y yo.

—Aun así, estabas ahí fuera con ella, ¿no? Como dijo todo el mundo. Glory y tú, juntos.

—No fue así.

—Sé sincero conmigo.

—Sí, la vi en la playa —admitió él—. Eso es todo.

—¿Habías quedado con ella?

—No, fue por casualidad. Salí a dar un paseo y la encontré allí.

—¿Trató de seducirte? —preguntó Tresa en voz baja.

Mark vaciló.

—Sí.

—Esa zorra. Lo sabía.

—Estaba borracha y disgustada. No fue deliberado.

—¿Qué te hizo?

—No importa.

—¿Te besó? ¿Te la chupó? ¿Qué?

—No, nada parecido.

Mark podía notar el temblor en la voz de Tresa mientras luchaba entre el enfado y las lágrimas.

—¿Sabes qué, Mark? ¿Sabes lo que pienso de verdad? Creo que te la follaste y no quieres reconocerlo.

—Eso es una locura.

—Estás mintiendo, ¿verdad? —preguntó ella sin aliento—. Glory conseguía todo lo que quería. Es verdad, ¿no es sí? Todo el mundo tiene razón: te acostaste con ella y luego la mataste para encubrirlo.

—No.

—No sé qué es peor, la idea de que mataras a mi hermana o la idea de que quisieras acostarte con ella y conmigo no.

—Tresa, escúchame. Detente y escúchame. Te equivocas; no me acosté con Glory, y no la maté.

—Entonces ¿qué le pasó?

—No lo sé.

—¿Crees que la maté yo? ¿Estás intentando protegerme?

—Tú no la mataste.

—Si os hubiera visto acostándoos, te juro que la habría estrangulado.

—Te conozco, Tresa —insistió Mark—. Sé que tú no lo hiciste.

Tresa sollozó en silencio, arrastró los pies, se puso de rodillas y le rodeó el torso con sus delgados brazos.

—Lo siento. Soy una completa idiota; estoy diciendo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Tresa, tienes que creerme. Yo no maté a Glory.

—Lo sé. Soy tan mala como el resto. Se supone que confío en ti, y estaba a punto de acusarte también.

—Me encontraba en el sitio equivocado en el momento inoportuno —explicó Mark—. Eso me convierte en el único sospechoso, al menos hasta que Hilary vuelva de Green Bay.

Tresa se puso rígida y se apartó. Era como si no le hubiera escuchado.

—¿Qué acabas de decir? ¿Por qué está Hilary en Green Bay?

—Hay un hombre allí que también se hallaba en Florida la semana pasada. Por lo visto tiene un historial de relaciones con adolescentes, y puede estar involucrado en la desaparición de una chica. Hilary cree que la policía debería investigarlo.

—¿Él está en Green Bay?

—Eso es.

Tresa bajó de su regazo y dio unos pasos de una pared a otra en el exiguo espacio.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Supongo que sólo es una coincidencia espeluznante.

—¿Cuál?

Tresa se detuvo, se puso en cuclillas frente a él y se cogió a sus rodillas. Él se dio cuenta de que le temblaba todo el cuerpo.

—¿Ha desaparecido una chica allí? ¿Cómo se llama? ¿Quién es?

—Amy Leigh. Hilary era su entrenadora en el instituto, en Chicago.

—Amy Leig —repitió Tresa, alargando el nombre como si rastreara en su memoria y no encontrara nada.

—¿La conoces?

—No, nunca he oído hablar de ella.

—Tresa, dime qué es lo que va mal.

—Nada. Es sólo que no puedo creer...

—¿Qué?

Tresa se echó atrás con tanto ímpetu que se golpeó contra la puerta metálica.

—Espera un momento, ¿has dicho que Hilary era su entrenadora? ¿La chica es bailarina?

—Así es.

—¿Estaba en Florida?

—Sí, pertenece al equipo de Green Bay.

Oyó como Tresa respiraba con la boca abierta.

—Oh, mierda —murmuró—. Tiene que ser ella.

—¿De qué estás hablando?

Tresa le ignoró.

—¿Cómo se mezcló Hilary en esto? Por favor, dime lo que ha pasado.

—Amy llamó a Hilary ayer; por lo visto pensaba que su entrenador podía tener algo que ver con la muerte de Glory. Ahora Amy ha desaparecido, así que Hilary ha bajado hasta allí en coche para hablar con la policía. Está preocupada por si ese tío se la ha llevado.

—Este tipo del que hablas, ¿es el entrenador del equipo de Green Bay?

—Creo que sí, ¿por qué?

—¿Cómo se llama? ¿Lo sabes? ¿Jerry algo?

—Gary Jensen.

—Oh, mierda, es él, es él. Se me había olvidado por completo. ¡Soy tan estúpida! Peter Hoffman me dijo que tenía que hablar con él, porque era bailarina. ¡Mierda!

—Tresa, no entiendo nada.

La voz de ella era apremiante.

—Mark, tenemos que salir de aquí. Por favor, tenemos que irnos. Hay que avisar a Hilary.

Mark sintió como se le disparaban la adrenalina y el miedo al oír el nombre de Hilary.

—¿Avisarla de qué?

—Tiene que mantenerse alejada de allí —gimió Tresa, y luego perdió el control y se derrumbó.

—Tresa, Hilary no va a acercarse a Gary Jensen.

—¡No! No, no; no lo entiendes. ¿Qué he hecho?

Tresa abrió la puerta metálica y salió disparada del retrete. Sus gimoteos de pánico resonaron entre las paredes de cemento mientras avanzaba a trompicones buscando la salida. Al encontrarla, abrió de par en par la puerta exterior y dejó que se cerrara tras ella. Mark la siguió a ciegas por el bosque, donde la lluvia y el viento ahogaban los ruidos.

—¡Tresa, detente! —siseó—. No es seguro.

Por un momento, en algún lugar cercano, oyó sus pasos corriendo y el jadeo entrecortado de sus llantos, pero no podía ver nada en la oscuridad y el ruido se apagó enseguida.

—Tresa —volvió a llamar, tan alto como se atrevió.

Se había ido.

Cuando Cab se despertó, la sangre le goteaba desde la cara hasta el suelo, donde se convertía en un charco alrededor de las yemas de sus dedos. El dolor le atravesaba la cabeza, como si un clavo le entrara por la parte de atrás del cráneo y le saliera entre los ojos. Al apoyarse en los antebrazos e impulsarse hacia arriba, una oleada de mareo y náuseas casi le hizo vomitar y desplomarse. Se quedó apoyado en las manos y las rodillas hasta que se le aclaró la mente, y luego se puso en pie lentamente,

apoyándose en la pared del dormitorio. Se tocó con cuidado la parte de atrás de la cabeza e hizo una mueca al notar el chichón, que estaba mojado de sangre. No tenía ni idea de si llevaba inconsciente un minuto o una hora, pero su linterna seguía encendida, dibujando un túnel de luz hacia la cama. Se agachó con cuidado y la recuperó.

Al escuchar el silencio de la fría casa a su alrededor, concluyó que el asaltante se había marchado. Y su Glock también; había desaparecido.

Se tambaleó hacia el baño y abrió el grifo del lavamanos. Cogió una toalla del toallero, la mojó bajo el chorro de agua y se la pasó por el cráneo para lavarse la sangre. Abrió el armario de debajo de la pila y utilizó la linterna para encontrar una caja con gasas y esparadrapo. Se colocó una sobre la base del cráneo y añadió esparadrapo hasta que la tela se mantuvo en su sitio, bien adherida a la piel y el pelo. Era un trabajo chapucero, pero no tenía tiempo que perder.

Antes de salir del baño, abrió un bote de Advil y se tomó cinco comprimidos para combatir el monstruoso dolor de cabeza.

Cab salió de casa de Mark Bradley y recorrió el camino embarrado hasta su Explorer negro, que seguía aparcado donde lo había dejado. Se apoyó en el coche mientras dejaba que las oleadas de dolor de su cabeza remitieran. Quienquiera que le hubiera asaltado no podía estar lejos. Tampoco Mark Bradley y Tresa Fischer. Lo único que no sabía era dónde encontrarlos. Podían estar en cualquier parte, escondidos en la noche.

Abrió la puerta del coche.

Fue entonces cuando lo oyó. Un crujido seco crepitó entre el ruido de la lluvia. El eco resonó a su alrededor, pero el origen del sonido estaba en la playa.

Un disparo.

El mundo empezó a dar vueltas mientras Cab corría hacia el agua.

Hilary se apresuró hacia la cama donde estaba Amy.

Entonces su teléfono empezó a sonar, y la música se elevó estridentemente en el silencio de la casa de Gary Jensen. Se peleó con las teclas para contestar la llamada antes de que el entrenador le oyera desde abajo.

—Soy Katie —susurró la compañera de habitación de Amy mientras Hilary se apretaba el teléfono contra la oreja—. ¡Gary ha vuelto! ¿Dónde está? ¿Ha entrado?

—Llama a emergencias —siseó Hilary—. He encontrado a Amy. Haz que venga la policía enseguida.

Cerró la tapa del teléfono antes de que Katie dijera una palabra más. No tenía tiempo que perder.

Al llegar a la cama, le acarició la mejilla y luego metió las uñas por el borde de la cinta que ataba las muñecas de Amy. Había varias capas de adhesivo, muy prietas, y a Hilary le costó despegar la cinta de su piel mientras escarbaba y estiraba. Detrás de la mordaza, Amy gimoteó, en parte por el dolor y en parte de alivio, pero Hilary la acalló colocándole con suavidad una mano sobre la boca.

—Shhhh.

Hilary consiguió liberar la muñeca derecha, y la chica le rodeó el cuello con el brazo y la acercó a ella. La emoción la superaba. Hilary se desasía del abrazo y se puso a trabajar de inmediato en la otra muñeca. Esta vez procedió con mayor rapidez, y en menos de un minuto Amy tenía ambos brazos sueltos. De inmediato, la chica se sacó la cinta de la boca con un sonido ahogado, así como el trapo que tenía metido dentro y que la asfixiaba. Tenía la cara enrojecida y llena de ampollas.

Amy se sentó y volvió a abrazar a Hilary con tanta fuerza que casi le cortó la respiración.

—Gracias a Dios, gracias a Dios, oh, Hilary, gracias —murmuró en un torrente de palabras.

Hilary apartó con firmeza los brazos de la chica.

—Lo sé, mi niña, pero baja la voz; él está abajo. Tenemos que darnos prisa. La ayuda está en camino.

Hilary agarró las llaves del coche del bolsillo y serró la cinta aislante de la pierna izquierda de Amy con el borde de una. Los filamentos se rompieron y Hilary la despegó de un tirón, haciendo sangrar la piel de la chica. Amy se estremeció y flexionó la pierna para activar a circulación.

Hilary liberó rápidamente la otra.

—Vámonos —susurró—. Larguémonos de aquí.

Amy dejó colgar las piernas por el borde de la cama, pero al ponerse en pie sus rodillas cedieron y se derrumbó entre los brazos de Hilary.

—Estoy mareada —dijo.

—Lo sé. Inténtalo de nuevo.

Hilary deslizó un brazo alrededor de la cintura de Amy, y ella rodeó los hombros de Hilary con su brazo izquierdo. Amy se tambaleó cuando ambas dieron un paso juntas, pero no se cayó.

—No hagas ruido —susurró Hilary—. La puerta delantera está justo al final de las escaleras. Bajaremos y saldremos, ¿de acuerdo?

—Demonios, sí.

La chica iba recuperando la fuerza con cada paso. Su joven cuerpo ignoraba los efectos de la droga y del largo tiempo que había permanecido tendida en la cama. Se soltó de Hilary y apoyó una mano en la pared del pasillo. Ambas llegaron a las escaleras que conducían a la planta baja y Hilary bajó delante, con Amy siguiéndoles los talones. Sentía la libertad muy cerca; casi podía oler la lluvia y los pinos del exterior. La escalera se enrollaba como un sacacorchos, y mientras seguían el pasamanos curvado de acero, la puerta de entrada se ofreció ante ellas sobre el suelo embaldosado en mármol del recibidor.

Hilary sintió deseos de correr; en diez segundos habrían cruzado la puerta y estarían a salvo. Estiró el brazo hacia atrás y cogió a Amy de la mano.

Luego volvió la cabeza y sus ojos se encontraron. Le dedicó a Amy una sonrisa alentadora, y la cara de la chica brilló con confianza al devolvérsela. Entonces, mientras Hilary la miraba, la sonrisa se desvaneció y fue sustituida por una expresión de terror. Hilary bajó la vista y entendió por qué.

Gary Jensen estaba al pie de las escaleras, esperándolas. Los ojos de Hilary recorrieron su brazo desde el hombro hasta la mano, donde sujetaba una pistola.

Amy chilló presa del pánico, tiró de Hilary y las arrastró a ambas escaleras arriba. La velocidad de reacción de la chica tomó a Jensen por sorpresa, pero sólo estaban a un puñado de escalones de él cuando se lanzó en su persecución. En lo alto de la escalera, Amy voló hacia la izquierda a través de la puerta abierta del dormitorio principal, Hilary despejó el umbral tras ella, cerró de un portazo y pasó el pestillo en el preciso instante en que el hombro de Jensen colisionaba con la pesada puerta.

Hilary esperaba el sonido de las sirenas, pero no oyó nada en el exterior. Sacó el teléfono y marcó el número de emergencias en el teclado. Al otro lado de la puerta, Jensen la emprendía a puñetazos y patadas. El pestillo vibraba bajo los impactos, y los tornillos se iban aflojando. El tono de llamada sonó una, dos, tres veces, con una lentitud exasperante.

Jensen dio otra patada.

—Emergencias —contestó al fin la operadora.

—¡Envíe a la policía. Un hombre intenta matarnos!

Su pánico no alteró a la operadora.

—Está llamando desde un teléfono móvil, señora, registrado en una dirección de Washington Island, Wisconsin. ¿Cuál es su ubicación actual?

Jensen dio una patada más, y esta vez el pestillo salió despedido de la puerta, que giró sobre sus goznes y golpeó contra la pared. Apareció por el marco con el arma extendida y el dedo sobre el gatillo. El cañón apuntaba a la cabeza de Hilary.

—¿Señora, cuál es su ubicación? —repitió la operadora.

—Cuelga —susurró Jensen.

Hilary vaciló, mientras oía la voz apremiante de la operadora en su oído.

—¿Señora? ¿Está bien? ¿Sigue ahí? Señora, ¿cuál es su ubicación?

Jensen movió la pistola y apuntó a la cabeza de Amy, a menos de medio metro.

—¡Cuelga!

Hilary cerró el teléfono y lo dejó caer al suelo.

—No seas estúpido —le dijo a Jensen—. La policía está en camino. Será mejor que nos dejes marchar.

Observó sus ojos, que alternaban su mirada de una a otra, mientras se agarraba a la pistola que le resbalaba entre los dedos sudados. Se dio cuenta de que estaba paralizado. No sabía qué hacer.

—Ríndete —le instó ella—. Si nos haces daño, sólo conseguirás empeorarlo todo.

El móvil de Hilary empezó a sonar a sus pies.

—¿Lo ves? —dijo—. Saben que estamos aquí. Ya están rastreando la llamada. No tardarán mucho.

Jensen se agachó y cogió el móvil. Abrió la tapa sin apartar los ojos de ellas dos y lo apagó.

—Poneos de rodillas —ordenó—. Las dos.

Amy miró a Hilary, que asintió. Ambas se arrodillaron sobre el suelo de la habitación, muy juntas. Jensen se alzaba sobre ellas, moviendo el arma de la cara de una a la de la otra.

—Tú mataste a Glory, ¿verdad? —preguntó Hilary para ganar tiempo, mientras rezaba por que la policía se diera prisa—. De eso va todo este asunto.

Jensen se rió, pero fue una risa maníaca y estrangulada, como la de un hombre que se ríe de cosas que no puede ver en la oscuridad. Cosas que le asustan. Apuntó con el arma a la cabeza de Hilary.

—Por favor, no lo hagas —suplicó ella.

La pistola tembló en la mano de Jensen. Su dedo se movió hacia el gatillo, y ella supo que tenía que lanzarse sobre el arma. Si saltaba, si se tiraba sobre su cara, le daría a Amy una oportunidad de sobrevivir.

Hilary pensó en Mark. Vio su cara y sintió su contacto, tan real como si estuviera allí con ella. Pensó en las caras de los hijos que nunca tendrían. Pensó en cómo se puede pasar de la vida a la muerte en un instante.

Se preparó para saltar, pero antes de que lo hiciera vislumbró un destello de movimiento en el pasillo, detrás de Gary Jensen. No se atrevió a apartar los ojos de él, pero a la tenue luz del pasillo se dio cuenta de que alguien se acercaba por el pasillo hacia ellos. Una chica se colocó a la espalda de Jensen con un dedo sobre los labios en señal de silencio.

Era Katie.

El sonido del disparo se expandió a gran velocidad entre las copas de los árboles.

Troy se maldijo mentalmente. Había oído la voz de Bradley en el bosque, por encima de la playa, pero había apuntado a ciegas. Sus nervios le volvían descuidado. Ahora, con aquel tiro estúpido, había ahuyentado a Bradley.

Subió por el camino de tierra que se alejaba de la playa. Esperaba que el repiqueteo de la lluvia ahogara el lento crujido de sus pisadas. Tenía la incómoda sensación de que alguien le observaba, pero no distinguía nada en la oscuridad y confiaba en que nadie podría verle. Aun así, no se sentía solo. El bosque parecía vivo. Se dijo que era su imaginación la que creaba monstruos en su cabeza, pero cada vez que el viento soplaba y una rama le rozaba, pegaba un respingo debido al miedo.

Quería abandonar. Quería subir hasta la carretera principal y llamar a su amigo Keith, que le recogería y le colaría en el *ferry* de la mañana. Podían pasar la noche en el sótano de Keith, bebiendo cerveza, jugando a billar y viendo porno por internet. Quería olvidarse de Mark Bradley, y del arma que sostenía en la mano.

«Glory se está riendo de mí», pensó.

A lo mejor era ella quien le observaba, el espíritu que sentía. Su fantasma. Si escuchaba, podía oír su voz: «No haces nada bien».

Estaba enfadado con Glory. Y consigo mismo. Toda esa ira seguía teniendo un objetivo que le hacía quedarse donde estaba, con los pies pegados a la tierra. Mark Bradley. Troy no iba a abandonar mientras Bradley siguiera vivo.

—¿Dónde estás, pedazo de cabrón? —murmuró en voz alta.

Como en respuesta a una oración, Bradley reveló su situación. A unos doscientos metros, Troy vio brillar un haz de luz entre los árboles. Estaba en lo profundo del bosque, en la zona de acampada entre la playa y el cementerio. Él permaneció en el camino y fue reduciendo el espacio que los separaba. Basándose en la dirección de la luz, Bradley se dirigía al cementerio, y Troy se dio cuenta de que podría llegar antes que él y estar esperándole cuando él apareciera en campo abierto.

Metió los pies en los enormes charcos del camino mientras esprintaba hacia el sur. Medio kilómetro más allá, emergió de los árboles y se encontró en el extenso camposanto. A cielo abierto, había luz suficiente para distinguir las hileras de lápidas que sobresalían de la tierra. Se agachó y avanzó lentamente de tumba en tumba mientras observaba el bosque. El haz de luz iba y venía, brillando y desvaneciéndose, y Troy estaba justo en su camino. Mark Bradley se dirigía directo a él.

Se detuvo detrás de una tumba con una lápida de mármol negro, a sólo quince metros de los matorrales donde terminaba el bosque. Estaba resbaladiza por la lluvia, y notó el suelo empapado al agacharse cerca de la tumba. Miró hacia los árboles, buscando la sombra de un hombre que llegara a la larga alfombra de lápidas. El

corazón le latía tan rápido que creía que moriría antes de levantarse y apretar el gatillo.

Troy respiró hondo y alzó el arma.

Mark no encontraba a Tresa; la noche se la había tragado. Después de que el estallido del disparo se elevara por encima de la lluvia, supo que Troy estaba ahí fuera, disparando a ciegas a todo lo que se moviera. El chico era una amenaza y, si no le detenía, mataría a alguien. Mark avanzó por el bosque, rompiendo ramas, sin importarle el ruido que hiciera. Si Troy estaba allí, quería que le oyera y le siguiera. Quería alejarlo de Tresa.

El tobillo torcido se había hinchado. Cada vez que apoyaba el talón sobre el suelo irregular, una mueca de dolor se dibujaba en su rostro. Se dirigió hacia el sur, pero resultaba casi imposible mantener la orientación entre los árboles. Deseó tener una linterna para encontrar el camino. Al llegar al límite del bosque, tenía planeado atajar por el cementerio hacia la carretera principal. Albergaba pocas esperanzas de parar un coche en una noche desierta, pero podía seguir la carretera hacia el centro del pueblo hasta que llegara a casa de uno de los residentes, donde por fin podría usar un teléfono.

Llamar a la policía. Llamar a Hilary.

A su izquierda, vislumbró un rayo de luz entre el laberinto de árboles. Iba y venía, como si alguien se desplazara por el bosque. Tenía que ser Troy. Seguían caminos paralelos, y ambos se dirigían al cementerio.

Mark aceleró a través de los árboles del borde del camposanto y, un momento después, se liberó de la densa y asfixiante garra del bosque. El cielo se abrió sobre su cabeza. La lluvia caía en cortinas, y se secó los ojos con la manga para poder ver. La tierra estaba salpicada de abetos triangulares y robles esqueléticos. Buscó la luz que había visto antes, pero el bosque estaba a oscuras. Escrutó los árboles y las tumbas en busca de una silueta que se moviera, pero hasta donde alcanzó a ver, estaba solo.

—¡Troy! —gritó.

Su voz luchó con la tormenta.

—Troy. Soy Mark Bradley. Sé que estás aquí. Quiero hablar contigo.

Se adentró más en el cementerio y bajó la vista, pero no veía los nombres de las lápidas.

—Troy, escúchame. Tresa también está aquí. Ninguno de los dos quiere que salga herida.

A poco más de treinta metros, no lejos del bosque, Mark vio una lápida que dibujaba una gran sombra, como si un fantasma emergiera de la tierra. La silueta se apartó de la tumba y caminó hacia él. Mark reconoció el perfil voluminoso de Troy Geier, y vio que el chico tenía el brazo extendido y sujetaba una pistola.

Troy se acercó hasta que quedó a menos de diez metros. El arma apuntaba al corazón de Mark.

—Aquí estoy —dijo Troy.

—Yo también —replicó Mark.

—¿Dónde está Tresa?

—No lo sé, echó a correr. No quería que le dispararas accidentalmente.

—Nunca le haría daño. Esto es entre tú y yo.

—Entiendo.

Troy se quedó callado y Mark vio cómo le temblaba el brazo que sostenía el arma.

—Escucha, Troy —continuó—. Tresa sabe que estás aquí. Si me matas, irás a la cárcel y tirarás tu vida a la basura.

—No me importa.

—Sé que crees que haces esto por Glory.

—Así es. Lo hago por ella, y por la señora Fischer, y por Peter Hoffman y por Tresa, también. Vas a recibir tu merecido. No dejaré que te salgas con la tuya después de todo lo que has hecho.

—¿Qué he hecho? —preguntó Mark.

—Mataste a Glory.

—No.

—Mataste a Peter Hoffman.

—No.

—¿Piensas que te creo? —preguntó Troy alzando el tono de voz—. Sólo eres un mentiroso que intenta salvar el pellejo.

—Troy, escúchame. Yo no he hecho nada de lo que me acusas.

—Gilipollecés. Todo el mundo sabe que fuiste tú.

Mark abrió los brazos. Si Troy quería ser un hombre, le trataría como tal.

—Muy bien, será mejor que me dis pares. Si de verdad los maté, soy un monstruo y alguien tiene que pararme los pies.

Troy vaciló.

—Crees que no puedo hacerlo, ¿eh? —preguntó en tono bravucón pero nervioso.

—Sé que puedes —le dijo Mark—. Si realmente piensas que yo he sido capaz de hacer esas cosas, de estrangular a tu novia en una playa de Florida y volarle los sesos con una escopeta a un anciano, entonces debes dispararme ahora mismo.

Mark apenas podía ver el rostro del chico en la oscuridad; no sabía si sus palabras le estaban afectando. Miró el arma, que seguía apuntando a su pecho casi a bocajarro. Un latido, un movimiento del dedo de Troy, y la bala atravesaría el cuerpo de Mark.

—No... no lo sé —murmuró el chico.

—Eso es lo que hacen los hombres, Troy. Hacemos lo correcto. Asumimos

responsabilidades. Tienes que mirarme a los ojos y decirme que sabes a ciencia cierta que soy culpable. Después de eso, es fácil. No tendrás ninguna duda.

—La señora Fischer dijo que...

—No quiero saber lo que piensa Delia Fischer —le cortó Mark con firmeza—. Esto es entre tú y yo. ¿Qué crees tú?

—Tiene que ser usted. Tiene que serlo.

—Si eso es cierto, aprieta el gatillo.

Los brazos de Troy se agitaron, como si no pudiera mantener el equilibrio por el viento. Dio un paso más hacia Mark.

—Voy a hacerlo.

—Lo sé.

Mark no podía apartar los ojos del cañón de la pistola. Se preguntó si vería el fogonazo u oiría la explosión, o si todo ocurriría en silencio y oscuridad antes de que su cerebro pudiera procesar el disparo. Sencillamente estaría allí de pie y, al cabo de un instante, tendido de espaldas, incapaz de tomar aire, sintiendo la sangre cálida sobre su pecho.

Troy estaba llorando. Mark podía ver cómo respiraba agitadamente.

—Tengo que hacerlo —dijo Troy.

—No voy a detenerte.

Ninguna de las alternativas era atractiva. Si Mark se movía, moría. Si se quedaba donde estaba, moría. Troy agarró con más fuerza la culata resbaladiza del arma. Mientras vacilaba, listo para disparar, un rayo de luz atravesó la noche y su resplandor los iluminó como si fueran ciervos en la carretera. Mark se cubrió los ojos con la mano instintivamente. Troy se volvió, sorprendido, girando el arma consigo.

—Troy, baja esa pistola ahora mismo —ordenó un hombre a gritos.

Como un niño, Troy obedeció y dejó caer el brazo, con el arma apuntando hacia el suelo.

Mark reconoció la voz y vio los hombros redondeados del hombre y sus piernas pequeñas y recias a la luz que rebotaba en el suelo.

El *sheriff* Reich avanzó hacia ellos desde el borde del bosque.

Tresa permanecía acurrucada entre los árboles que había sobre Schoolhouse Beach. Se estremeció abrazada a sus rodillas. Tenía el pelo pegado a la cara y apenas sentía los dedos de las manos y los pies. Lo que estaba ocurriendo la había dejado paralizada. El disparo. Todo lo que Mark le había dicho. El miedo a lo que estaba a punto de suceder.

El pasado.

Había guardado el secreto durante demasiados años. Lo había apartado de su mente como si nunca hubiera sucedido. Se había dicho a sí misma que se equivocaba,

pero ahora Glory estaba muerta y Mark y Hilary, en peligro, y todo porque ella había fingido no saber nada. Había dejado que todos los que la rodeaban creyeran una mentira.

Debería haber sabido lo que había ocurrido realmente en Florida. Debería haber sospechado la verdad.

Tresa miró el agua, una sábana negra que se fundía con las rocas blancas. Una parte de ella quería caminar hacia su frío abrazo y seguir andando hasta que las olas la cubrieran y la adormecieran. La culpa que sentía la abrumaba, y deseaba ahogarse en ella. Sus ojos se perdieron en la superficie llena de hoyuelos de la bahía y se quedó hipnotizada con las gotas de lluvia. Sólo la silueta de un hombre que subía por la playa la despertó de su trance. Venía desde el este, cerca de la casa de Mark, iba pegado a los árboles y se encontraba a unos cinco metros de donde Tresa se ocultaba. Al principio, lo único que vio fue que era absurdamente alto y delgado, pero entonces, mientras se acercaba, reconoció a Cab Bolton.

Hizo acopio de todo su valor y salió de un salto de su escondite.

—¡Detective!

Él no pareció sorprenderse al verla.

—Tresa, ¿estás bien?

—Sí. —Vio regueros de sangre en cuello del detective—. Está herido.

—Estoy bien —dijo él, pero tenía la cara cenicienta—. ¿Dónde está Mark Bradley?

—En la zona de acampada. Estábamos ocultándonos de Troy.

—¿Qué demonios hace Troy aquí?

Tresa vaciló, pero estaba harta de mentir y disimular.

—Vino aquí a matar a Mark. Intenté detenerlo, pero lo he estropeado todo. No sé qué hacer.

Cab le rodeó los hombros con el brazo.

—Vamos; ven conmigo. Tenemos que encontrarlos. En este momento, Troy no es nuestro único problema.

Tiró de ella hacia la franja de la playa, pero Tresa se paró y le sujetó por el brazo.

—Espere.

—¿Qué pasa?

Tresa trató de coger aire. Trató de pronunciar las palabras.

—Sé quién mató a Glory —declaró al final.

—¡Troy, idiota! —gritó Reich—. ¿Qué coño crees que estás haciendo?

Troy se encogió como una flor marchita frente al *sheriff*, abrió la mano, y el arma cayó en el suelo empapado del cementerio. Por lo que a él respectaba, podría haber estado en llamas.

—Yo sólo... Creí que podría compensar a Glory, ¿entiende?

—¿Tú?

—Sí, pensé que si nadie más podía parar a Bradley, lo haría yo.

El *sheriff* se acercó tanto al chico que prácticamente quedaron cara a cara.

—Entonces hazlo ya —le dijo Reich.

Troy ladeó la cabeza, confundido.

—¿Qué?

—Dispara a este cabrón.

Mark no estaba seguro de haber oído las palabras que habían salido de la boca de Reich. No estaba bromeando; hablaba muy en serio. Troy se quedó paralizado por la incredulidad, así que Reich se agachó, recuperó la pistola y se la metió en la mano al chico. Como si fuera un robot que obedecía órdenes, Troy se volvió hacia Mark, pero apenas podía mantener firme la culata del arma. Todo su cuerpo temblaba a causa del pánico y el miedo.

—Hazlo —le ordenó Reich—. Haz una cosa bien por una vez en tu vida, gallina. Nos desharemos del bote, luego puedes esconderte en mi sótano y ya decidiremos qué hacer contigo. Vas a tener que desaparecer de la faz de la tierra.

—*Sheriff*, ¿qué hace? —preguntó Mark.

—Cállese, Bradley. Estoy esperando, Troy. Aprieta el gatillo. Ahora.

—Creo que... creo que no puedo —murmuró Troy con la voz rota.

Reich dio un paso impaciente hacia él y le arrebató el arma de las manos.

—Ya me imaginaba que no tendrías pelotas. Dios, menudo inútil.

—Lo siento.

—Lárgate cagando leches —le ordenó Reich.

—¿Adónde voy? —preguntó Troy en tono lastimero.

—Mi furgoneta está aparcada en la cuneta de la carretera, a unos cien metros hacia el este. Métete dentro y procura que nadie te vea, y quédate allí hasta que yo vuelva. ¿Lo has entendido? No te muevas.

Troy obedeció, echó a correr y atravesó el cementerio trastabillando como un payaso, sin darse la vuelta. Reich le siguió con la mirada hasta que el chico desapareció de su vista, y luego apuntó al pecho de Bradley con el arma de Troy. Al contrario que éste, agarraba el revólver con fuerza y seguridad, y con el brazo rígido.

—Ahora estamos solos tú y yo, Bradley —dijo Reich.

—*Sheriff*, ¿se ha vuelto loco?

—¿Dónde está Tresa? —preguntó Reich.

—No lo sé, echó a correr. *Sheriff*, si se trata de una broma, no tiene gracia.

—No es ninguna broma.

Mark sabía que era cierto. Las intenciones de Reich eran mortíferas.

—¿Por qué está haciendo esto? —quiso saber Mark.

—Porque mientras estés vivo, la gente va a seguir desenterrando fantasmas. Una vez que desaparezcas, podremos echarte la culpa de todo. Si hubieras muerto en ese accidente de coche como estaba planeado, el caso ya estaría cerrado.

—No puedo creer que haya matado a un hombre inocente —dijo Mark.

—He matado a montones. Ellos eran inocentes; tú no. No te molestes en suplicar por tu vida. No me queda compasión.

—Yo no maté a Glory.

—Ahora estás haciendo que me enfade —gruñó Reich.

—No me importa. Yo no lo hice.

—Pete sabía que eras un mentiroso.

—Tampoco maté a Peter Hoffman.

Reich asintió con gravedad.

—Ésa es la primera verdad que has dicho, Bradley, pero tanto da. Yo maté a Pete. No me dejaste otra opción.

Mark se quedó sin aire. Ahora veía con terrible claridad que no había ninguna esperanza, ninguna posibilidad de que aquello acabara bien, de que saliera de allí vivo y en libertad. Reich no era un chaval inmaduro como Troy, al que todo aquello le quedaba grande. Cuando el *sheriff* hubiera escupido toda su bilis, el arma que sujetaba en la mano dispararía una bala al corazón de Mark.

—Era su mejor amigo —observó Mark.

—Así es; he matado a mi mejor amigo por ti.

—¿Por mí?

—Porque eres un mentiroso. Porque tuviste que esconderte detrás de un fantasma para encubrir tu propio crimen. Pete estaba dispuesto a renunciar a todo para asegurarse de que pagabas por ello. No podía dejar que lo hiciera, pero voy a asegurarme de que recibas tu merecido; es lo que querría Pete. Por eso puedo vivir con lo que he hecho.

Mark meneó la cabeza y levantó poco a poco las manos.

—*Sheriff*, le juro que no sé de qué demonios está hablando.

—Está hablando de Harris Bone —dijo Cab Bolton.

Reich desvió su linterna hacia la voz procedente de las tumbas del cementerio, aunque no apartó los ojos de Mark ni bajó el arma un solo milímetro. Mark vio a Bolton a tres metros de distancia, junto a la torre gris de una lápida en forma de

campana. Tresa estaba arrimada a su lado, su cara enrojecida por la rabia y el llanto.

—Bolton —siseó Reich.

—¿Y ahora qué, *sheriff*? —preguntó Cab—. ¿Va a matarme a mí también? ¿Primero a Hoffman, luego a Bradley y ahora a mí?

Reich clavó una mirada de furia en Cab y luego en Mark. Era un hombre en busca de una salida y no encontraba ninguna.

—¿Y a la chica también? —continuó Cab—. ¿Podría dispararle? ¿A cuánta gente está dispuesto a matar para guardar el secreto?

—Lárguese de aquí —le ordenó Reich—, y llévese a Tresa. No tiene ni idea de qué va esto.

—Harris Bone —repitió Cab—. De eso va todo esto. Peter Hoffman ya no podía soportar la culpa, ¿verdad? Pensó que Bradley se escondía detrás de Harris para salir inmune de su asesinato, y decidió contar la verdad. No iba a permitir que no se le hiciera justicia a Delia Fischer, ni que un abogado defensor usara a Harris para conseguir la absolución. Sabía que Glory no había visto a Harris Bone en Florida, que era mentira. Eso es lo que quería contarme.

—Maldito sea, Bolton —exclamó Reich—. No podía dejarlo correr, ¿no? ¿Qué coño ha hecho?

—Le he encontrado, *sheriff* —replicó Mark—. Le he encontrado en ese agujero en el que los dos lo dejaron para que se pudriera. Harris Bone no escapó nunca. No huyó. Usted y Peter Hoffman le mataron.

En los kilómetros recorridos desde que habían abandonado los juzgados del condado en Sturgeon Bay, Harris Bone no había dicho una sola palabra. Permanecía sentado en silencio en el asiento de atrás del coche patrulla, con la cabeza gacha y las manos y los tobillos esposados. El uniforme de la cárcel le quedaba holgado. Harris nunca había sido un tipo muy fornido, pero en los meses transcurridos desde el incendio se había encogido dentro de su piel hasta quedarse en los huesos.

Reich contempló la luz de sus faros, que atravesaba la noche. Se encontraban al sur de Kewanee, en medio de tierras de cultivo llanas y estériles. Estaban en enero, en una de las épocas más gélidas del invierno, con temperaturas que descendían a los diez bajo cero en cuanto el sol se ponía. Casi no había nevado durante la estación y el suelo estaba yermo y duro, barrido por el frío viento.

Observó por el retrovisor con una mirada dura.

—Deberías mirar por la ventana, Harris. No volverás a ver el campo abierto en toda tu vida. Sólo veinticinco metros cuadrados de cemento, veinticuatro horas al día.

Harris no le hizo caso.

—Si yo fuera tú, me guardaría las espaldas —continuó Reich—. A los asesinos de

las bandas no les gustan los tipos que queman a su mujer y su familia.

Harris alzó finalmente la vista, con los ojos hundidos.

—Cierra la boca, Felix.

—Oh, no empieces a hacerte el gallito. No es una buena idea. Si te pones chulo allí dentro, es probable que te pasen cosas malas.

—Gracias por el consejo.

Reich percibió el sarcasmo y no le importó.

—Mucha gente cree que te has librado con mucha facilidad. Vas a pasarte los próximos cuarenta años ahí sentado a costa de los impuestos de los contribuyentes. No parece muy justo.

—¿Ah, no? ¿Tú qué crees, Felix?

—Si estuviera en mis manos, reuniríamos voluntarios y te lapidaríamos.

—Qué pena que no esté en tus manos.

Reich asintió y estudió la carretera vacía.

—Sí. Es una pena.

Detrás de él, Harris cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Siempre sentí lástima por ti, Harris —le dijo Reich—. Nettie era una zorra, aunque es un juicio que nunca he compartido con Pete. Pero hay algunas líneas que un hombre no debe cruzar, por mucho que odie a su mujer. Hay algunas cosas que si las haces, dejas de ser humano.

Harris se inclinó hacia delante y apretó el rostro sobre la rejilla metálica.

—¿En qué te conviertes eso, Felix? ¿Cuántos bebés mataste durante la guerra?

Reich agarró el volante con fiereza y su gesto se torció.

—¿Estás sugiriendo que soy como tú? ¿De verdad estás diciendo eso?

—Estoy diciendo que puedes ahorrarte el rollo moral. No me hace ninguna falta.

Harris volvió a hundirse en el asiento y fingió que dormía. Reich observó el rostro del hombre y vio que las lágrimas surcaban sus mejillas. No importaba; no sentía nada por él. Era lo que había dicho: había líneas que un hombre no debía cruzar. También había cosas que un hombre tenía que hacer cuando la justicia así lo pedía.

Estaba cerca del punto de encuentro. A la luz de los faros distinguió el cruce de la carretera del condado y comprobó el cuentakilómetros para calcular 2,7 kilómetros. Felix y él habían inspeccionado el terreno semanas antes, mientras lo planeaban todo.

Dónde encontrarse. Dónde representar la huida.

Reich divisó el camino que llevaba a la granja, a kilómetros de distancia de cualquier otra cosa, redujo la velocidad con brusquedad y giró. En el asiento de atrás, Harris abrió los ojos al notar el cambio de dirección.

—¿Qué pasa?

Reich no dijo nada. Se metió entre los surcos del campo de maíz que bordeaba la casa y avanzó por la parte trasera del garaje aislado, donde aparcó el coche patrulla con la puerta derecha hacia la pared. Desde la carretera, resultaba invisible. Pasarían días antes de que alguien lo encontrara.

—¿Qué demonios haces, Felix?

Reich pudo detectarlo en la voz de Harris. Los primeros temblores de miedo. El primer atisbo de horror de lo que estaba a punto de ocurrirle.

Justicia.

Reich salió del coche. Soplaban un vendaval, y el frío atravesó su abrigo como un caníbal. Abrió la puerta trasera y arrastró a Harris Bone fuera del coche por el cuello de la camisa. Harris, vestido únicamente con el mono de la cárcel, chilló cuando el viento gélido le rasgó la piel como un cuchillo y se encorvó, esposado. Reich se sacó la porra del cinturón y le cruzó el cráneo. Harris se derrumbó de rodillas. Reich le puso una bota sobre la espalda y le aplastó sobre la tierra dura como la roca, donde Harris se retorció por el frío y el dolor. Trató de arrastrarse, pero Reich se lo impidió.

—Hola, Felix —saludó Peter Hoffman, que les esperaba junto al garaje.

—Esta noche no hay piedad —respondió Felix.

—Ninguna.

La casa y el terreno pertenecían a una pareja jubilada que estaba disfrutando del sol de Mesa y no volvería a Wisconsin hasta después de Pascua. Reich había inspeccionado la vivienda y el garaje tres semanas antes, y había encontrado el Accord de la pareja aparcado en el garaje y las llaves colgadas en un tablero junto a la puerta. Le encantaban los habitantes del Medio Oeste.

—Acabemos con esto —dijo Pete.

Reich se dirigió a la puerta lateral del garaje. No notaba el frío, aparte de unos pinchazos como de cristales de hielo en la nariz al respirar. Flexionó la pierna y la rompió con una patada de la bota, expeditivo. Una vez dentro, apartó las telarañas y oyó corretear las ratas en las vigas. Volvió a buscar a Harris, que seguía en el suelo hecho un ovillo, lo levantó por la fuerza con ambas manos y lo lanzó hacia la puerta del garaje. Harris trastabilló con los grilletes y cayó emitiendo un gemido. Pete pasó por encima de él, se metió en el garaje, encendió el motor del Accord y abrió el maletero. Reich agarró a Harris, lo puso en pie y lo metió dentro.

Luego cerró el maletero.

—Vamos —dijo Reich.

Se sacó del bolsillo las llaves del coche patrulla y las tiró al suelo. Luego le tendió las esposas y los grilletes a Pete, que permanecía de pie junto a la puerta del conductor con las manos en los bolsillos.

—¿Te lo has pensado mejor? —preguntó Reich.

—Me conoces demasiado para decir eso, Felix —respondió Pete, y cogió las llaves.

Reich miró la cara de su amigo entre las sombras durante un buen rato.

—Muy bien. Entonces, vamos.

Pete condujo. Se dirigieron al norte a través de carreteras vacías, de vuelta a Door County. A quince kilómetros de la granja, pasaron junto a un bar con un puñado de furgonetas estacionadas en el exterior. Pete avanzó medio kilómetro más, allí donde nadie que se aventurara en el aire invernal pudiera verlos, y aparcó en la cuneta. Ambos hombres salieron del coche.

El viento golpeó sus cuerpos con una furia implacable. Pete hundió la barbilla en el cuello y se caló el gorro de lana. Reich se limitó a bajar por la cuneta y adentrarse en el campo. Ni siquiera llevaba un gorro para cubrirse la mata de pelo. Tenía la piel entumecida y blanca, pero no le importaba.

Pete le siguió.

—¿Estás seguro de esto, Felix?

—Hagámoslo y ya está.

Reich se agachó y encontró un montón de tierra del tamaño de un puño que se había congelado y tenía los bordes serrados.

—Aquí.

—Ojalá hubiera otra manera —dijo Pete.

—Golpéame. Con fuerza. Sólo tienes una oportunidad.

Pete cogió la roca, echó hacia atrás la mano enguantada y golpeó a su amigo en la frente. Las puntas congeladas penetraron en la piel de Reich y la sangre empezó a brotar. Reich se tambaleó hacia atrás por la fuerza del impacto y casi se cayó. Mientras trataba de recuperar el equilibrio, Pete lanzó la piedra y se acercó a su amigo, que le apartó.

—Lárgate ahora mismo.

—¿Podrás llegar al bar?

Reich se tocó la mejilla, donde la sangre caliente ya se estaba congelando. Se dio cuenta de que balbuceaba al intentar hablar, y notó el sabor a cobre en los labios.

—Vete. Me reuniré contigo en cuanto pueda y acabaremos con esto. Es por Nettie y los chicos, ¿recuerdas?

Reich se quedó donde estaba, sangrando en el campo, mientras Pete subía por la cuneta y se alejaba con el coche. Al final éste desapareció, sus luces traseras se desvanecieron y Reich se quedó solo. Perdía mucha sangre. Dio dos pasos vacilantes hacia el bar, que parecía demasiado lejano. Por un momento se preguntó si sería mejor tenderse entre los tallos de maíz partidos y entregarse al invierno. Podía ver su futuro y no era agradable. Esa noche había sido él quien había cruzado la línea, y no había marcha atrás.

Aun así, acalló sus dudas y fue a buscar ayuda como un soldado herido.

—He visto lo que quedaba de él, *sheriff* —dijo Cab—. No le mataron: le torturaron.

—Morir quemado es una tortura —replicó Reich—. He visto cómo le ocurría a gente que consideraba mis enemigos, y ni siquiera a ellos se lo deseé.

—He visto los huesos rotos. Los agujeros de bala.

Reich se encogió de hombros.

—No me arrepiento de lo que hice. A veces tienes que tomarte la justicia por tu mano.

—Pero Peter Hoffman sí se arrepentía, ¿verdad?

—Pete se ablandó —dijo Reich—. Se hizo viejo y se dio a la bebida.

—O quizás al final se dio cuenta de que los dos se habían convertido en los monstruos que trataban de destruir.

—Hicimos lo que teníamos que hacer —replicó Reich.

—Si está seguro de eso, ¿por qué matar a Hoffman para encubrirlo? ¿Por qué no lo grita a los cuatro vientos?

—La gente como usted no lo entiende —le espetó—. No aprecian las difíciles decisiones que otros toman por ellos.

Tresa se apartó de Cab y echó a andar hacia Reich sobre el suelo mojado, mientras se apartaba el pelo de la cara.

—Hijo de puta —siseó.

—Tresa, no te metas en esto —la advirtió Reich.

—Todo este tiempo he pensado que Harris estaba vivo, y me parecía bien. Y ahora descubro que lo matasteis. ¡Pedazo de cabrón!

—Esto no tiene nada que ver contigo.

—¿Quién más lo sabía? —preguntó ella—. ¿Mi madre?

—Nadie lo sabía. Mira, Tresa, tú eras una niña. Tu padre había muerto y Harris estuvo allí para ti. Eso no cambia lo que hizo.

Tresa se acercó lo suficiente para escupir a Reich en la cara.

—Siempre tiene razón, ¿verdad? Usted lo sabe todo. Tampoco me creyó con lo de Mark, no me escuchó cuando le dije que no había pasado nada entre nosotros. En lugar de eso, tenía que dedicarse a destrozarse su vida.

Reich se enjugó la cara con la mano libre.

—Siento que te hayas enterado de lo de Harris, pero si algo bueno puede salir de todo esto, al menos sabrás la clase de hombre que es Mark Bradley en realidad. —Le señaló con el dedo a través del oscuro espacio entre las tumbas—. Quería que pensaras que Harris Bone había matado a tu hermana, ¿a que sí? Ahora ya sabes que es mentira. Era él quien estaba en la playa con ella. Fue él quien mató a Glory.

Tresa meneó la cabeza.

—Malditos estúpidos machotes. Todos. Usted. Troy. Peter Hoffman. Todo el mundo.

Tresa se dirigió hacia Mark. Reich le gritó que se parara y Mark levantó las manos para detenerla, pero ella se colocó justo entre ambos, en la trayectoria del arma, y abrió los brazos de par en par.

—Si quiere matarlo, tendrá que matarme antes a mí.

A Reich le latió la cara de ira y frustración.

—Es tan malvado como Harris, Tresa. No te engañes.

—Usted es el malvado —replicó ella—. Fue usted quien asesinó a un hombre inocente.

—¿De qué demonios hablas? —gruñó Reich.

—¿No lo pillas? —le chilló Tresa—. Harris Bone no mató a su familia. No fue él. Él no prendió el fuego.

Gary Jensen oyó a Katie en el pasillo.

Volvió los hombros y apartó la mirada. Era la oportunidad de Hilary, que se impulsó con las rodillas y saltó sobre Jensen, empujándolo hacia la pared. Le clavó la rodilla en la ingle y Jensen se dobló en dos. Hilary bajó la mano con rapidez para agarrarle la muñeca, pero Jensen le golpeó la barbilla con la culata de la pistola. El impacto del metal sobre el hueso le rebotó en el cerebro. Hilary retrocedió hacia la cama y cayó cuando la rodilla izquierda le falló.

Jensen, aún encorvado, apuntó el cañón hacia su pecho. Hilary, aún mareada, vio como el dedo de su agresor se deslizaba sobre el gatillo. Cuando iba a disparar, Hilary oyó un grito y distinguió algo que se movía. Amy se abalanzó sobre el cuerpo de Jensen y, cuando chocaron, el arma se disparó con una explosión ensordecedora. La bala se incrustó en la pared, sobre la cama, atravesando el pladur y levantando una nube de polvo blanco. Amy y Jensen cayeron al suelo y rodaron hasta la puerta, donde Amy agarró el arma de Jensen con ambas manos y la sujetó hacia abajo. Jensen le hundió un puño en los riñones y a Amy, que aún estaba débil, se le escapó el arma. Hilary se puso en pie cuando Jensen se liberó y se apartó hacia un lado justo cuando una segunda bala le rozaba la oreja. Sintió un calor abrasador en el pelo.

Jensen trató de ponerse en pie, pero Amy lanzó su pierna de bailarina hacia atrás y le golpeó la muñeca con el talón. Jensen perdió sensibilidad en los dedos y el arma le resbaló de la mano y salió disparada dando vueltas por el suelo del pasillo. Terminó frente a Katie, que la recogió. El entrenador rodeó el cuello de Amy con el brazo y apretó a la chica contra su pecho para dejarla sin aire.

—¡Para! —gritó Katie frente a ellos, con el arma en la mano.

Jensen aflojó la presión. Amy se alejó a gatas, tosiendo, y se incorporó. Jensen intentó hacer lo mismo y cayó pesadamente contra la pared de la habitación. Se le veía hecho polvo y derrotado.

Amy avanzó renqueando hacia Katie, le lanzó los brazos al cuello y estrechó a su compañera de habitación con una sonrisa de alivio. Luego se volvió hacia Hilary.

—Las dos me habéis sal... —empezó, pero no pudo terminar.

Katie levantó la pistola y golpeó el cráneo de Amy desde atrás. Ésta, confundida e incrédula, dio dos pasos vacilantes, cayó de rodillas y luego de bruces, inconsciente.

—¡Katie! —gritó Hilary.

La chica apuntó rápidamente el arma hacia ella.

—No te muevas. Quédate donde estás.

Katie rodeó la cintura de Gary Jensen con un brazo, mientras él estiraba los músculos doloridos y giraba el cuello. Katie le dio un beso rápido y apasionado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí.

—Katie, no seas tonta —la advirtió Hilary—. No puedes confiar en este hombre. No sé lo que te ha contado, pero es peligroso.

La chica le dedicó una sonrisa tranquila.

—Te equivocas con Gary.

—Te está utilizando.

—No, me está protegiendo —replicó ella.

—¿Protegiéndote de qué?

Katie miró a Amy tendida en el suelo y la sonrisa se le borró de la cara.

—De lo que yo era.

Jensen miró el reloj y apretó el brazo de Katie.

—La policía llegará pronto —dijo—. Deberíamos irnos.

—Antes tenemos que hacer algo.

Katie se puso tensa. Se la veía inquieta, y Hilary intentó leer en su rostro. Se dio cuenta por primera vez de que se había equivocado. No era Jensen quien estaba al mando; él sólo obedecía a la chica. Eran los ojos de Katie los que revelaban una terrible indiferencia. Era Katie la que parecía un jarrón de porcelana china, lleno de grietas y a punto de romperse.

—Katie, no tenemos que hacer esto —dijo Jensen—. No ahora.

—No tenemos elección.

—Sí que la tenemos. Olvídate de ellas; podemos huir.

Los labios de la chica se tensaron en una línea de enfado.

—Llevo toda mi vida huyendo. Estoy harta.

—Dame esa pistola. Puedo protegernos.

—No, no puedes. —Katie volvió a besarle y le empujó hacia la puerta de la habitación—. No pierdas los nervios ahora. Hemos ido demasiado lejos. Baja y coge todas las botellas de alcohol que puedas.

—Katie, para.

—Ya sabes todas las cosas que hemos superado. Ésta es sólo la última. Después, todo habrá terminado y seremos libres.

Hilary vio algo en los ojos de Jensen. Conciencia de sí mismo. Odio a sí mismo. Era incapaz de decirle que no a aquella chica. El hombre que había destruido su primer matrimonio seduciendo a adolescentes había acabado siendo seducido y manipulado a su vez.

—Date prisa —le instó Katie.

Jensen desapareció en dirección a las escaleras sin protestar más, mientras Amy seguía inmóvil tendida en el suelo. Hilary estaba a solas con Katie. La chica sujetaba un tanto relajadamente el arma en una mano mientras se mordía una uña de la otra. Las gafas le resbalaron por la nariz y contempló a Hilary a través de los cristales

mojados por la lluvia.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Hilary.

Katie se encogió de hombros.

—Glory me vio en Florida.

—¿Glory te vio a ti?

La chica ladeó la cabeza.

—Empezó a recordarlo todo. Yo sabía que no lo dejaría correr y que acabaría por contárselo a alguien. Gary no quería que lo hiciera, pero no podía arriesgarme. Tenía que detenerla.

—¿Tú mataste a Glory? ¿Katie, por qué?

Ella tenía la mirada perdida.

—Entonces todo el mundo me llamaba Jen, pero mi padre siempre me llamaba Katie. Era el nombre de mi abuela. Jennifer Katherine. Es lo único que me queda de esa época.

A Hilary se le secó la garganta.

—Eres Jen Bone. La hija de Harris.

—Lo era. Dejé de serlo aquella noche en Door County. Creía que nunca tendría que volver a ser ella, de verdad. Estaba muerta y enterrada. Pero entonces Glory me vio y lo recordó todo. Recordó haber estado en el garaje esa noche. Ella me vio prender el fuego.

—Nunca quise creerlo —explicó Tresa—. Me convencí a mí misma de que me equivocaba. Todo el mundo decía que Harris lo había hecho y él confesó. El caso es que yo sabía que él habría hecho cualquier cosa por Jen; debía de saber que ella era la responsable, pero cargó con la culpa. Para protegerla.

Cab se acercó a los tres, muy consciente del arma en la mano de Reich. No sabía hasta dónde podía llegar el *sheriff* para salvarse. Al examinar su rostro en las sombras, vio a un hombre que contemplaba las fauces de un agujero negro, igual que había hecho Cab en el refugio para tornados. Se preguntó qué rostros vería Reich emerger de la oscuridad. Harris Bone, chillando de agonía para que no le mataran. O Peter Hoffman, mirando a los ojos de su amigo mientras él le disparaba.

—*Sheriff*, baje el arma —dijo Cab.

Reich le ignoró.

—No me creo nada de esta mierda. Harris Bone estaba allí, lo admitió. Ésta es otra de tus fantasías, Tresa.

—Jen estaba conmigo esa noche —continuó ella—. Nos quedamos despiertas hasta tarde escribiendo nuestras historias. Estaba realmente nerviosa; nunca la había visto tan descontrolada. Cuando me desperté en plena noche, me di cuenta de que se había ido. No sé, me imaginé que no podía dormir. Luego la oí volver. Iba desnuda; se había duchado y tenía el pelo mojado, pero aun así se notaba el olor.

—¿Qué olor? —preguntó Reich.

—A humo.

Reich bajó los brazos lentamente, como si le pesaran mucho, y el arma resbaló al suelo. Se pasó la mano por el pelo cortado a cepillo, con los ojos muy abiertos.

—Jesús —susurró.

—No se lo conté a nadie. Por la mañana incluso me pregunté si lo había soñado; todo el mundo decía que el señor Harris era el culpable. Quería equivocarme, ¿entiende? Hice lo mismo que el señor Bone: protegí a Jen. Incluso después de lo que Glory me contó.

—¿Glory? —le preguntó Bradley—. ¿Qué pasa con ella?

Tresa se acurrucó contra él.

—Glory y yo estábamos en el hospital y me explicó lo que había visto a través de la ventana del garaje: vio a Jen encendiendo un cigarrillo. Era lo único que recordaba. Y yo supe que la había visto, que había visto a Jen prendiendo el fuego. —La chica agachó la cabeza y se miró los pies—. Convencí a Glory de que se lo había imaginado todo y nunca volvimos a hablar de ello. Nunca. Glory jamás hablaba sobre el incendio, ni le contó a nadie lo que había visto. No sé, era como si no hubiera ocurrido.

—¿Qué pasó en Florida? —preguntó Cab.

—Jen debía de estar allí —contestó Tresa—. Nunca pensé que fuera posible; ella no es bailarina. Jamás imaginé que pudiera hacer algo así y sigo sin entenderlo.

«Vio a alguien a quien conocía», pensó Cab.

Jen Bone. A través de la ventana del hotel. Los recuerdos debían de haber regresado en torrente, arrasando a Glory como un tsunami. Sintió lástima por la chica, al encontrarse frente a frente con todo lo que, durante seis años, había tratado de eludir. Al recordar lo que realmente había ocurrido en casa de los Bone.

—Cuando Mark dijo que Hilary estaba en Green Bay, lo supe —murmuró Tresa—. Simplemente lo supe. Jen va a Green Bay. Ese hombre, Gary Jensen... Jen escribió un artículo sobre él en el periódico de la universidad el año pasado. Peter Hoffman me lo envió; pensó que me interesaría porque iba sobre danza. Me contó que la compañera de habitación de Jen era bailarina como yo. Debe de ser esta chica, Amy. La que has dicho que había desaparecido.

Bradley cogió a Tresa por los hombros y la apartó de él, protegiéndola con su cuerpo. Estaba a centímetros de Reich.

—¿Va a dispararme, *sheriff*? Si es así, será mejor que lo haga ahora, porque si no voy a marcharme. Tengo que llamar a la policía para que encuentre a mi mujer.

Reich le contempló con la mirada perdida y no movió ni levantó el arma. Cab le indicó con un gesto a Bradley que se largara de allí, y éste se alejó cojeando por el cementerio en busca de un teléfono. Cab le hizo un gesto a Tresa, la cogió de la mano y extendió el brazo hacia Felix Reich.

—Bradley tiene razón —dijo—. Hay que llamar enseguida a la policía de Green Bay. No tenemos mucho tiempo. Vamos, *sheriff*.

Reich no dijo nada y Cab volvió a hacerle gestos con la mano.

—¿*Sheriff*? Vamos, se ha terminado. Es usted un hombre demasiado honorable para aceptar más violencia. Es hora de rendirse.

—Coja a la chica y váyase —murmuró Reich.

—¿Qué?

Reich alzó la vista, con la cara sombría y espantosa de un cadáver. Sus miradas se cruzaron y Cab se dio cuenta de que el *sheriff* ya no miraba el agujero: estaba dentro de él, consumido por el moho, la humedad, las lombrices y la fetidez de la tumba bajo tierra. Reich se sacó del bolsillo la pistola de Cab, que había robado al asaltarle en casa de Bradley, y la lanzó a sus pies.

—Llévese a Tresa, detective —repitió.

Cab pugnó con su conciencia. Quedarse o irse.

—¿*Sheriff*? —murmuró en tono interrogativo y al mismo tiempo de advertencia.

—Los vivos son más importantes que los muertos —le dijo Reich.

Cab recuperó su arma mientras Reich depositaba su linterna sobre el borde

superior de la lápida que había junto a él. Sin mediar palabra, les dio la espalda a Cab y a Tresa y se alejó hacia la densa cortina del bosque. Aún llevaba el arma de Troy en la mano. La noche lo engulló en unos segundos, y junto con él se desvaneció el sonido de sus botas sobre la hierba mojada. Cab le apretó la mano a Tresa.

—Tenemos que apresurarnos —dijo mientras tiraba de ella hacia la carretera.

—¿Va a dejar que se vaya? —preguntó Tresa—. Se escapará.

—Nadie escapa —replicó Cab.

Reich tenía razón: lo importante ahora eran los vivos. Hilary Bradley. Cab esperaba que no fuera demasiado tarde. Agarró la linterna y echó a correr, lidiando contra las oleadas de dolor de su cabeza, y Tresa corrió a su lado con su joven cuerpo, rápido y grácil. Ella, más que él, era quien guiaba sus pasos y le apremiaba cuando él reducía el ritmo. Chapotearon por encima de los charcos en dirección a la bahía. Una vez vieron la playa frente a ellos, siguieron las huellas de Mark Bradley en el camino de tierra que llevaba a su casa.

Fue entonces cuando Cab oyó un único disparo tras ellos.

Lo había estado esperando. El chasquido sonó muy alto y se extendió por el bosque, desvaneciéndose con cada eco. Tresa se estremeció y miró en la dirección del disparo, pero siguió avanzando. Las ondas sonoras tardaron unos segundos en acallarse por completo, mucho después de que una bala hubiera atravesado el cerebro de Felix Reich y el *sheriff* se hubiera desplomado, cual viejo soldado caído en el bosque.

—Necesitaba un cigarrillo —explicó Katie—. Estaba en el patio con el equipo de Green Bay, mientras Gary daba una de sus charlas para animadoras. Me acerqué a la ventana del hotel, encendí el mechero y oí gritar a una chica dentro. Como una posesa. Yo sabía que Tresa se encontraba en el hotel y la había estado evitando, pero nunca pensé que Glory también estuviera allí. El hecho de verme debió de activar algo. El cerebro tiene su punto divertido.

Hilary contempló a aquella chica joven y guapa que hablaba con cinismo de sus crímenes, como si los hubiera cometido otro.

—Nunca pretendí que ocurriera todo esto —continuó—. Ahora soy Katie Monroe. Me he pasado seis años intentando olvidar que era Jen Bone e incluso que había vivido en esa casa.

—Asesinaste a tu madre y tus hermanos —dijo Hilary—. Los quemaste vivos.

Los ojos de Katie relampaguearon.

—¿Vivías allí? ¿Sabes lo que era? ¿Tienes la más remota idea de lo que me hacían? Quería borrarlos a ellos y a la casa y todo lo que había dentro. Quería que fuese como si nada de ello hubiera existido nunca. No me sentí culpable entonces y aún sigo sin sentirme culpable ahora.

—Pero dejaste que tu padre cargara con la culpa.

El rostro de Katie se nubló. Era la primera emoción real que Katie había visto en ella.

—Papá volvió a casa mientras yo veía arder la casa. Reaccionó como si lo sintiera, ¿puedes creerlo? Nos estaba haciendo un favor a los dos. Cuando hubieran desaparecido por fin estaríamos solos, pero papá no lo entendió así. Me envió de vuelta a casa de Tresa y él se quedó allí a esperar al *sheriff*.

—¿Se ha puesto en contacto contigo?

Katie negó con la cabeza.

—Está muerto. Si no lo estuviera, habría sabido algo de él. Mi tía siempre me decía que no tenía que estar asustada en caso de que mi padre volviera. Como si supiera algo, como si fuera un secreto que yo debía guardar.

Hilary quería que la chica siguiera hablando; quería ganar tiempo para que la policía las encontrara.

—¿Se supone entonces que Gary Jensen ocupa el lugar de tu padre?

—¿Qué significa eso? —replicó Katie—. ¿Crees que dormía con mi padre? ¿Crees que abusaba de mí? ¿Es eso lo que crees?

—No tengo ni idea.

—Tú eres la que está casada con un acosador de adolescentes.

—Eso es mentira.

—Oh, ¿eso crees? Eres como todas las esposas, leal y estúpida. La de Gary era igual, hasta que encontró fotos mías en su móvil. Él la convenció de que me había dado la patada, pero en lugar de eso se la dio él. En un precipicio.

—Mark no es Gary.

—¿No? Seguí a Glory a la playa esa noche, pero tu marido se cruzó en el camino. Dieron un espectáculo del copón.

—No intentes engañarme —le espetó Hilary.

—Glory se sacó la parte superior del biquini y luego se arrodilló. ¿Quieres que te lo deletree?

—Cállate.

Katie se encogió de hombros.

—Sabes que digo la verdad.

Hilary vio reaparecer a Gary Jensen detrás de Katie. Llevaba botellas de ginebra, tequila y vodka entre los brazos, pero tenía la mandíbula prieta, como si estuviera contrariado. Se detuvo en la puerta, con el ánimo poco dispuesto a entrar en la habitación. Katie le hizo un gesto y su rostro delató una agitación y una impaciencia crecientes. Estaba perdiendo el control.

—Echa el alcohol por la habitación —le dijo a Gary—. Rápido.

Gary no se movió.

—No tenemos por qué hacer esto.

Katie extendió el brazo y le acarició la mejilla.

—Ya no hay marcha atrás: es demasiado tarde. Si te hubieras deshecho de Amy rápido, como te dije, todo habría ido bien. Pero dejaste salir al pajarito, cariño. Podríamos haber reducido los daños si sólo fuera Amy, pero ya no. Para cuando la policía se abra paso entre las cenizas, estaremos en Canadá.

Jensen abrió la boca, pero no dijo nada. Se agachó y dejó dos botellas a sus pies. Desenroscó el tapón de una medio vacía de Stolichnaya y vaciló sobre el cuerpo de la chica, tendido de bruces sobre el suelo.

—Empapa a Amy —le ordenó ella—. Hazlo.

Tras dedicarle una larga mirada a Katie, Jensen volcó la botella y dejó que el líquido saliera a chorros, cubriendo a Amy de un intenso olor a alcohol. El pelo. La camisa. Los brazos. Los tejanos. Los pies. Cuando los vapores penetraron en su nariz, Amy se revolvió. Hilary la oyó gemir, aunque sus ojos estaban cerrados.

Gary vació la botella.

—Y ahora el resto —le instruyó Katie—. Toda la habitación. Las cortinas, la alfombra, y no te olvides de Hilary.

Jensen abrió mucho los ojos.

—Dios, ¿cómo ha ocurrido esto?

—Date prisa. Ya no tenemos mucho tiempo.

—Mi mujer, esa chica en Florida... ¿y ahora tenemos que matar a dos personas más?

Katie cogió una botella de Cuervo y se la metió en la mano.

—Es la única manera.

Jensen giró lentamente el tapón, lo sacó, lo lanzó sobre el suelo y lo contempló rebotar y rodar. Dio un paso dubitativo hacia Hilary y luego se detuvo y meneó la cabeza.

—No.

Katie cerró el puño.

—Gary, por favor.

—No voy a hacerlo.

—Te lo he dicho, es la última vez. Cuando hayamos terminado, seremos libres.

—Dijiste lo mismo con mi mujer. Y con Glory.

—Lo sé. Nunca quise que ocurriera nada de esto.

—Larguémonos de aquí —le pidió él—. Tú y yo. Ahora.

Katie le besó en la mejilla y soltó un suspiro largo y afligido.

—Muy bien. Tú ganas.

—¿De verdad?

—Lo que tú quieras, Gary. Sabes que te quiero.

Katie le quitó con delicadeza la botella de las manos, se la llevó a los labios y bebió un trago largo y ardiente. Al terminar, se secó la boca, apuntó a Gary Jensen con el arma y le disparó en medio de la frente.

Hilary gritó. La explosión resonó como una bomba e hizo vibrar su cabeza. La sangre y la materia gris salieron disparadas del cráneo de Jensen en un grueso chorro y rociaron la pared. Su cuerpo se desplomó como un edificio con los pilares rotos y quedó hecho un amasijo en el suelo. A Hilary, el olor a metal chamuscado le recordaba al sulfuro.

Katie se mordió el labio, descontenta, mientras contemplaba el cuerpo sin vida de Jensen. Parpadeó rápidamente, como si incluso ella estuviera sorprendida por lo que acababa de hacer. Como si fuera un impulso que no hubiera podido reprimir, igual que rascarse una costra. El eco del disparo se desvaneció y, en el terrible silencio, oyeron un gemido rítmico que se elevaba por encima del viento. En la distancia, el ruido de las sirenas subía de volumen a medida que se acercaban.

Múltiples sirenas que se solapaban, de vehículos que se acercaban a ellas a toda velocidad.

—Se ha terminado, Katie —dijo Hilary en voz baja.

Katie escuchó el agudo sonido de las sirenas con un gesto de indecisión.

—Se ha terminado —repitió Hilary—. Es demasiado tarde.

Apoyó las manos en la cama y trató de levantarse sin alarmar a la chica. Katie

movió el arma, que aún humeaba, y apuntó a la cara de Hilary.

—Le juré a mi madre que iba a quemar toda la casa —dijo—. Se rió. No me creyó.

—No lo hagas.

Katie la ignoró. Había tomado una decisión. Golpeó contra el marco de la puerta la botella de vodka, que se rompió en afiladas esquirlas que cayeron sobre el suelo. Agitó el cuello roto y dentado de la botella hacia Hilary y dejó que el alcohol le salpicara la cara y empapara la blusa.

Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó un encendedor.

—No te preocupes —le dijo la chica—. Ya lo he hecho antes.

Desde el suelo, Amy extendió rápidamente la mano.

Antes de que Katie pudiera reaccionar, Amy aferró con sus dedos el tobillo de su compañera de habitación y levantó su pierna por los aires. Katie cayó hacia atrás de espaldas, sobre las botellas y los cristales rotos. Los afilados fragmentos atravesaron la ropa y se clavaron en su piel como flechas.

Amy saltó por encima del cadáver de Jensen y se lanzó sobre Katie, aterrizando sobre su pecho. Le vació los pulmones de aire mientras Katie trataba de inspirar debajo de ella. Los dedos rígidos de Katie abrieron la tapa del encendedor. Luego se apoyó en el codo y lo presionó contra la ropa empapada en alcohol de Amy. Hilary gritó para advertirla, pero antes de que Amy pudiera reaccionar, el pulgar de Katie rodó sobre la piedra.

Amy empujó a Katie hacia abajo con un grito, los ojos fijos en el cilindro de plástico lila que sujetaba Katie. Esperó a que una llama cubriera su cuerpo cuando el fogonazo prendiera el alcohol, pero Katie intentaba frenéticamente encender el mechero sin conseguir que saliera ni una chispa. El mecanismo estaba mojado y no funcionaba.

Katie abrió los dedos y lo dejó caer, pero en el mismo instante alargó la mano y agarró la culata de la pistola con la mano. Amy sujetó el brazo de su compañera de habitación y ambas rodaron sobre los cristales, mezclando el alcohol con la sangre. Hilary vio el arma atrapada entre ambas y se lanzó con fuerza hacia la pared al ver que el cañón apuntaba a su barriga. El arma no se disparó. En lugar de eso, mientras Katie se retorció y apuntaba a sus rodillas, Amy le cogió el índice antes de que pudiera deslizarlo en el gatillo y se lo tiró hacia atrás, rompiéndole el hueso. Katie soltó un grito. La pistola cayó como una piedra y, mientras las dos chicas forcejeaban, Amy le dio una patada y el arma se deslizó sobre el suelo y se estampó contra la pared.

Hilary rodó por encima de la cama y la recogió, apuntó hacia el techo y gritó a las dos chicas, que estaban entrelazadas en el suelo.

—¡Detente! ¡Detente ahora mismo!

Amy se puso en pie con dificultad y levantó a Katie con ella. Luego la lanzó contra la pared, donde aterrizó con un gemido, las manos sobre la cara y llorando de dolor. Amy retrocedió hacia Hilary, que dirigió el cañón hacia Katie mientras la chica se apoyaba en las rodillas y las manos, y trataba de recuperar el aliento.

En el exterior, las sirenas sonaban cada vez más cerca y parecían proceder de todas las direcciones. Los coches patrulla se apresuraban hacia ellas para converger en la casa.

—Se acabó, Katie —le dijo Hilary—. Punto final.

Amy le pasó un brazo por la cintura y se apoyó en ella, débil y exhausta. Aún le quedaron fuerzas para mirar a su amiga y la destrucción que la rodeaba. Las botellas rotas. Los cristales manchados de sangre. El cuerpo de Gary Tensen tendido de espaldas, con los ojos abiertos y un agujero rojo en la frente.

—¿Cómo has podido hacer esto? —susurró.

El aire resollaba al entrar y salir de los pulmones de Katie, que se agachó a recoger una botella de ginebra entera y sin abrir, caída a sus pies. Hilary le hizo un gesto con la pistola.

—Quieta.

Katie agarró la botella y se encogió de hombros.

—Adelante, dispara. Una pequeña chispa y nos convertiremos en *fish boil*^[8].

—Deja la botella en el suelo —insistió Hilary.

Katie descansó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Regueros de sangre surcaban su rostro. Su ropa estaba rasgada. Desenroscó el tapón de la botella, rompiendo el sello de protección, y bebió sin preocuparse de que la ginebra le cayera por ambos lados de la boca. Cuando terminó, cogió la botella por el cuello y la balanceó en un costado.

—Les oí gritar —dijo—. Cuando el fuego les alcanzó. Es algo que no se olvida.

—Date la vuelta, Katie. Empieza a caminar. Vamos a salir de la casa.

—Papá dijo que debería haberle matado a él también —continuó Katie—. Entonces no lo entendí; ahora sí.

Katie se salpicó de ginebra los pies, los pantalones y los brazos desnudos cubiertos de sangre. Luego se la vertió en la cabeza y empapó la alfombra, que ya lo estaba. Los vapores se elevaban en nubes invisibles a su alrededor, que flotaban en la habitación cerrada. El mero olor bastaba para que a Hilary le diera vueltas la cabeza.

La chica metió la mano en el bolsillo y sacó otro mechero.

—Siempre tengo uno de repuesto.

—Katie, no lo hagas —le pidió Amy.

La cara de Katie estaba vacía de expresión, como una hoja de papel en blanco. Ni siquiera parecía estar en la misma habitación que ellas; se hallaba en otra casa, con su familia muerta. Extendió el brazo, con el pulgar sobre la rueda del encendedor. Hilary la apuntó con la pistola, aunque no podía arriesgarse a apretar el gatillo. Katie flexionó el pulgar sin mirarla ni verla. Con una sonrisa triste, hizo girar la rueda y abrió el flujo de butano con un solo chasquido mortal.

Una diminuta llama apareció en la punta del mechero. Durante un instante no hubo nada en la habitación aparte de ese insignificante fuego, no mayor que la luz de una vela. Entonces la llama entró en contacto con los envolventes vapores y se encendió la primera llamarada, tenue y gaseosa, que se consumió a sí misma con un resplandor naranja. Hilary y Amy dieron un salto hacia atrás. Katie sujetó el mechero

recto, aún encendido, e inclinó el cuello de la botella de ginebra. El líquido se derramó por el borde del cristal y se convirtió en una cascada plateada que salpicaba la llama.

—¡Abajo! —gritó Hilary al tiempo que se echaba al suelo en el instante en que el alcohol alcanzaba el mechero.

La llama desafió la ley de la gravedad y se elevó hacia arriba en un estallido de luz que cubrió la botella y la convirtió en una bomba. El cristal salió disparado en una explosión letal de añicos afilados como agujas, y la cara y el torso de Katie quedaron destrozados. El fuego lamió el combustible de su ropa y su piel, y la convirtió en una columna de llamas. Ella dio vueltas como una bailarina, mientras su piel se chamuscaba y su cuerpo se consumía. Aulló como un animal agonizante, pero sólo hasta que el fuego se coló por su garganta y empezó a devorarla desde dentro, ahogando su voz mientras sus pulmones se derretían.

Hilary arrastró a Amy hacia las ventanas del extremo opuesto de la habitación. Tiró con fuerza de las cortinas, la barra cedió y el pesado tejido cayó al suelo. Fuera, a través del cristal, el mundo brillaba con las rojas luces giratorias de los coches patrulla que avanzaban por el terreno circundante a la casa. Dentro, la puerta que llevaba al pasillo había sido engullida por el fuego y resultaba infranqueable, mientras el cuerpo moribundo de Katie se convertía en una pira. Las chispas volaban hacia la cama y ardían sobre las sábanas.

Hilary trató de abrir la ventana, pero la pintura se había pegado y no se movió. Echó un vistazo por la habitación y vio una lámpara de latón antigua en la mesilla de noche más cercana. La agarró con ambas manos, tiró hasta desenchufarla y la balanceó como si fuera un bate de béisbol.

—¡Agáchate! —le gritó a Amy.

La chica se dejó caer al suelo, Hilary lanzó la lámpara contra la ventana y el cristal reventó con gran estrépito. La lámpara desapareció en dirección al suelo, dejando tras de sí fragmentos afilados colgando del marco de madera. El aire sopló y alimentó el fuego, que se acercó a ellas, en un avance imparable, mientras cubría la cama y trepaba por las paredes. Un calor abrasador les quemaba la cara, y las chispas explotaban como fuegos artificiales hacia el techo y caían a pocos centímetros de sus pies.

Hilary se envolvió las manos con las cortinas caídas y golpeó los fragmentos de la ventana para que se desprendieran. Miró a través el cuadrado abierto; distinguió luces y vehículos que se acercaban, sintió como el aire frío y la lluvia atenuaban el calor del fuego y vio la rama de un arce haciéndoles señas, como si quisiera rescatarla. El suelo estaba muy lejos.

Empujó a Amy hacia la ventana.

—¡Salta! ¡Salta hacia el árbol!

—¿Y tú? —gritó Amy mientras introducía el cuerpo por la abertura.

—¡Salta!

Amy saltó hacia delante con los brazos extendidos y desapareció en el aire. Hilary miró por encima de su hombro a tiempo de ver como la habitación entera estallaba en una gran bola roja que se acercaba a ella en oleadas. Metió el torso a la fuerza por la abertura de la ventana y colocó los pies en la base del marco. Sintió un calor abrasador en la espalda y supo que estaba ardiendo. No miró hacia abajo.

Hilary saltó.

Las ramas del árbol se clavaron en su cuerpo al tiempo que la recibían entre sus brazos. Los dedos de Hilary se cerraron como garras y se encontró con una rama gruesa en la mano, pero la gravedad se la arrebató mientras caía. Se colgó de otra durante una milésima de segundo antes de que su peso la doblara y la partiera con un chasquido. Otra rama la paró con un golpe tremendo en la espalda, y Hilary rebotó hacia delante y siguió cayendo, con la ropa rasgada y la piel cubierta de arañazos y pinchazos.

Aterrizó de lado y rodó por el barro, hasta quedar tendida de espaldas, contemplando la telaraña de ramas que la había salvado. El fuego chisporroteaba por la ventana abierta, como la lengua de un demonio. La lluvia que caía suavemente a través de la luz la refrescó y le limpió la sangre, y el barro y los charcos sofocaron las llamas que le habían lamido la espalda. Trató de levantarse, de alejarse a una distancia prudencial, pero sus machacados músculos se negaron a obedecer. Lo único que podía hacer era estirarse en la hierba y esperar.

Sintió una mano sobre la mejilla. Al volver la cabeza, vio a Amy inclinada sobre ella, con el codo apoyado en la rodilla. Tenía la cara sucia, pero los ojos estaban brillantes y vidriosos por las lágrimas que se mezclaban con la lluvia sobre su piel.

—¿Estás bien?

Hilary esbozó una leve sonrisa.

—Sí. ¿Y tú?

—También.

Amy hundió la cabeza en el hombro de Hilary, la rodeó con un brazo protector y la abrazó con fuerza. Luego cerró los ojos, al igual que Hilary. Sus pechos se elevaron y descendieron en un movimiento sincronizado mientras respiraban. Hilary oyó el chapoteo de unas botas que se acercaban y los tranquilizadores gritos de los hombres. Hablaban con ella como los ángeles de los cuadros de Mark, pero fue incapaz de responder, ni siquiera cuando unos brazos la alzaron y se la llevaron. Lo único que pudo hacer fue abandonarse al sueño.

A medida que el *ferry* se acercaba a la península, las aguas turbulentas se transformaban en una marejada. La persistente lluvia que empapaba la península había cesado, después de haber virado hacia el este a través del lago, dejando a su estela cielos azules y temperaturas suaves. La magia del paisaje hizo entender por fin a Cab por qué alguien podía elegir vivir en aquella tierra remota y hermosa y no en cualquier otro lugar.

El teléfono de Cab sonó en su cinturón. Era Lala, llamando desde Florida. Apenas había hablado con ella desde que le había guiado hasta el cuerpo enterrado en la propiedad de Peter Hoffman; sólo habían tenido tiempo para conversaciones breves mientras la policía local concluía sus investigaciones en Green Bay y Washington Island.

—¿Qué pasa, Cab? —preguntó ella—. ¿Se han atado todos los cabos sueltos?

—La mayoría.

—¿No más cadáveres?

—Hoy no.

—Me alegro. Intenta que siga así, ¿vale? El teniente se está poniendo nervioso.

Cab sonrió.

—Lo haré.

—He leído tu informe. Supongo que encontraste lo que buscabas. Con la llave. En el fondo de ese agujero.

—Sí, así es. Lo encontré —confirmó Cab, que añadió—: Es horripilante lo que la gente esconde bajo tierra.

—Lo es.

Él percibió en su voz todas las preguntas no planteadas. «¿Y tú qué, Cab? ¿Qué escondes?».

—¿Y adónde irás ahora? —continuó Lala en un tono pretendidamente casual—. ¿He ganado la apuesta?

—¿Qué apuesta? —preguntó él, aunque sabía a lo que se refería.

—La porra, ¿recuerdas? Me imaginaba que ésta sería la semana en que Coge-un-Cab se marchara en busca de nuevos horizontes. He invertido mucho dinero en ti.

—¿Cuánto?

—Diez pavos enteritos.

—Debes de estar bastante segura.

—No, soy bastante cínica. De hecho empiezo a sentirme mal por ello.

—No lo hagas.

—Tengo entendido que en Door County necesitan un *sheriff* —le recordó Lala—. ¿Te interesa el trabajo?

Cab se rió.

—Aquí hace demasiado frío para mí. ¿Qué tiempo hace por ahí abajo?

—¿Qué va a hacer? Calor y humedad.

—Lo cierto es que suena bien —admitió Cab—. Estaré de vuelta esta noche.

Supongo que te debo diez pavos.

—Guárdatelos —contestó Lala—. Tienes una sorpresa esperándote aquí.

—¿Qué es?

—Esta mañana salía de tu ducha y adivina quién me esperaba en el salón de tu apartamento. Tu madre.

—¿Mi madre está en Florida?

—Tarla Bolton en carne y hueso. De hecho, yo era la que iba en carne y hueso.

Ambas nos quedamos bastante sorprendidas al vernos.

Cab volvió a reírse. Le sentaba bien.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que su hijo tenía buen gusto.

—Bueno, eso es verdad.

—También ha traído suficiente equipaje para llenar tu habitación de invitados.

—¿Se va a quedar?

—Eso parece. Dijo algo respecto a que la montaña iría a Mahoma.

—Supongo que será mejor que me dé prisa —concluyó Cab.

—Supongo. Sacaré todas mis cosas de tu dormitorio y enjuagaré tu cepillo de dientes.

—Eres muy graciosa. No hay ninguna prisa, ¿sabes, Lala? ¿Has arreglado el aire acondicionado?

—No.

—Pues quédate unos días. Cógete unas vacaciones, yo también las necesito. Además, mi madre es demasiado para mí solo.

—Me lo pensaré —respondió ella.

—Oye, hazme un favor, ¿vale? —preguntó él.

—¿Qué?

—Coge algo de dinero de mi mesita de noche y compra una botella de vino muy, muy cara. Esta noche, tú, mi madre y yo vamos a bebérsela en la playa.

—¿Cuántas veces recibe una chica una propuesta tan romántica como ésta?

—Me gustaría contaros una historia a las dos.

—¿Qué clase de historia?

—Va sobre una chica llamada Vivian —dijo Cab.

Lala permaneció un buen rato en silencio al otro lado de la línea.

—Compraré el vino —dijo al final.

—Gracias.

—Ten cuidado, Cab.

—Adiós, Lala.

Colgó el teléfono y sintió una extraña pesadumbre en el corazón.

Se le ocurrió que nunca había antes sabido lo que era echar de menos a alguien, o algún lugar. Se agitó inquieto mientras el barco se arrimaba contra el muelle en Northport, bajó corriendo los escalones hacia la cubierta inferior, subió al coche y tamborileó con los dedos sobre el volante hasta que el asistente de cubierta le hizo señas para que descendiera. Era el primero de la fila. Su Corvette brillaba de impaciencia.

Mientras bajaba con un traqueteo a tierra firme, vio una larga cola de coches para el trayecto de vuelta, que aguardaban para regresar a Washington Island por el agua azul y bajo el cielo azul.

Así eran siempre las cosas aquí. Gente que iba y venía en sentidos opuestos. El primer coche de la fila rumbo a la isla, rumbo a casa, pertenecía a Hilary Bradley. Ambos se reconocieron y ella le saludó con la mano, como si fuera un amigo.

Cab aparcó a un lado del muelle y dejó que los demás coches formaran un convoy que se alejaba del *ferry*. Al ver un hueco entre dos de ellos, echó a correr con sus piernas de cigüeña hacia el coche aparcado frente a la rampa de subida al bote.

Hilary bajó la ventanilla y se inclinó hacia fuera. El cálido viento le despeinó el pelo rubio.

—Hola, detective.

—Señora Bradley, ¿cómo está?

—Mejor —respondió ella—. Mucho mejor. Y Amy Leigh también.

—Me alegro.

—La policía de Green Bay nos trató muy bien.

—Mi teniente y yo hicimos algunas llamadas para asegurarnos de que así fuera.

Ella se sacó las gafas y le dedicó una sonrisa. A pesar de los cortes y los morados que aún tenía en la cara, seguía siendo guapa. Su humor estaba en sintonía con la luminosidad del tiempo.

—¿Vuelve a Florida? —preguntó ella.

—Sí.

—Me alegro de haber tenido la oportunidad de verle antes de que se marchara. Quería darle las gracias por lo que hizo. Por haber ido a la isla esa noche. Sin usted, es muy probable que hubiera perdido a Mark.

—Tendría que ser yo el que le diera las gracias —respondió él—. Me siento culpable de que hayan hecho falta una profesora y una universitaria para descubrir lo que realmente ocurrió en esa playa en Naples. Me habría sentido peor si cualquiera de las dos hubiera resultado seriamente herida.

—No fue culpa suya.

—Seguramente también me merezca algún «Ya se lo decía» por haber sospechado de su marido. Lo siento; cometí un error.

—Usted no lo conoce como yo —le recordó Hilary.

—Bueno, ya le dije que esperaba que tuviera razón... y la tenía.

—Me he equivocado muchas veces, pero nunca con Mark. Confiar en alguien no te convierte necesariamente en estúpido, detective.

—Trataré de recordarlo —dijo Cab.

Oyó un silbido y vio que la cubierta del *ferry* estaba vacía. Había terminado una travesía; la próxima esperaba. Hilary Bradley puso en marcha el motor de su coche y Cab distinguió en su cara la misma impaciencia que sentía él. Por que el trayecto terminara. Por estar en casa, adonde pertenecías, con aquellos a quienes amabas. La envidió por tener cosas en su vida que él apenas empezaba a encontrar.

—Tengo que irme —dijo ella tendiéndole la mano a través de la ventanilla.

Él se la estrechó. Su apretón era firme, pero su piel, suave.

—Buena suerte en todo, señora Bradley.

—Gracias, detective. Le deseo lo mismo.

Subió al *ferry* con el coche y Cab regresó a su Corvette. Puso el motor en marcha y se dirigió hacia el sur sin volver la vista atrás, al agua y la isla. Le quedaba un largo trayecto por delante a través de los pequeños pueblos de Door County, pero era un día perfecto para conducir de vuelta a la realidad. Podía ir tan rápido o tan despacio como quisiera por las carreteras vacías. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que nadie le perseguía.

Aun así, tenía un sitio al que ir y estaba deseando llegar.

Hilary atajó por los árboles hasta Schoolhouse Beach, detrás de su casa. Mark la estaba esperando y también Tresa, sentada junto a él y con la melena pelirroja recogida en una coleta. La luz del sol se derramaba por la superficie de la bahía en forma de herradura, moteándola de oro. Aún era demasiado pronto para que llegaran los turistas así que tenían toda la franja de costa para ellos.

Cuando ambos la vieron en lo alto de la pendiente, Tresa echó a correr. Mark se quedó en el banco y dejó que la chica se adelantara. Tresa recibió a Hilary con una enorme sonrisa y la abrazó con una fuerza inconcebible para sus delgados brazos.

—Me alegro tanto de que estés a salvo —suspiró.

—Yo también.

—Mark me dijo que llegabas hoy a casa. Tenía muchas ganas de quedarme y verte.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

Tresa se inclinó hacia delante y la abrazó con tanta fuerza como antes. Cuando la soltó, hundió la cabeza en su cuello.

—Siento mucho lo de Jen. Katie, quiero decir. Debería haber hecho algo, debería

haberle contado a alguien lo del incendio.

—Eras un niña entonces, Tresa —la tranquilizó Hilary.

—Aún me siento como una niña.

—No lo eres.

—Mark cree que sí.

Hilary no contestó y Tresa se mordió el labio y se metió los pulgares en los bolsillos de los tejanos.

—Bueno, os dejo solos.

La chica se escurrió por su lado, pero Hilary la detuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Tresa, espera. Hay algo más.

—¿El qué?

—Fuiste muy valiente al venir a la isla; pusiste tu propia vida en peligro. Gracias.

—No podía permitir que le pasara nada a Mark —respondió ella.

—Lo sé, y te estoy agradecida —declaró Hilary, y continuó—: pero también tengo que decirte algo. De mujer a mujer.

Tresa vaciló.

—De acuerdo.

—No puedes volver a quedarte a solas con mi marido —le dijo Hilary.

Tresa abrió mucho los ojos.

—¿Qué? Quiero decir que sí, lo... lo entiendo. Lo siento. Te ha contado lo que pasó, ¿no?

—Por supuesto que sí.

—Lo siento de verdad.

—Los enamoramientos infantiles no me preocupan, Tresa, pero tú ya no eres una niña.

Ella asintió.

—Claro. Tienes razón.

—Eso no quiere decir que no queramos verte nunca más.

—No, ya lo pillo. —Tresa miró largamente a Mark por encima de su hombro—. Gracias —añadió.

—¿Por qué?

—Por decir que yo podría constituir una amenaza. Es guay.

Hilary sonrió.

—Cuídate, Tresa.

—Tú también. Tienes suerte, ¿lo sabes?

—Lo sé.

La miró desaparecer entre los árboles y entonces se volvió con una extraña sensación de ansiedad y alivio hacia Mark, esforzándose por no correr. Él se levantó

del banco mientras ella se acercaba. Sus caras lo decían todo; no hacía falta hablar. Los brazos de él la rodearon y ella le agarró con fuerza, y se besaron con un arrebató de amor y deseo que obligó a Hilary a reprimir las lágrimas. Era como si toda su vida hubiera estado a un suspiro de desaparecer y luego, repentina y milagrosamente, lo hubiera recuperado todo. Se quedaron allí de pie en silencio durante unos minutos, aferrados el uno al otro, como si tuvieran miedo de que pudieran separarles. Cuando al final sus cuerpos se retiraron, regresaron al banco cogidos de la mano y se sentaron sin decir aún una palabra, escuchando el rítmico batir del agua sobre las rocas.

—Creía que nunca... —empezó Mark, pero ella le interrumpió con firmeza poniéndole la mano sobre los labios.

—No. No lo digas.

Él asintió y lo dejó correr. Ella no quería hablar de miedos ni pesadillas, no quería hablar de lo que podría haber pasado o de lo cerca que habían estado ambos del borde del precipicio. Lo único que le importaba era que aún estaban aquí, y que ambos estaban juntos.

—He recibido una llamada del director del instituto —le contó Hilary.

—¿Ah, sí?

—Por lo visto, los últimos días han hecho que mucha gente reflexionara acerca de lo que ocurrió el año pasado. O a lo mejor se han puesto nerviosos y han llamado a sus abogados. Creo que te van a ofrecer que te reincorpores a tu puesto.

Mark ladeó la cabeza, sorprendido.

—¿En serio?

—Eso es lo que parece. ¿Te interesa?

—¿Después de todo lo que ha pasado?

Él vaciló y ella dio por hecho que estaba a punto de decir que no. Nunca; otra vez no. La sorprendió.

—De hecho, sí —continuó él—. Todo lo que siempre he querido es la vida que teníamos antes.

Hilary sonrió a su marido. Él era el idealista de los dos. Creía que las cosas podían volver a ser como eran, como si los horrores nunca hubieran ocurrido, como si las injusticias nunca se hubieran perpetrado. Ella no era tan ciegamente optimista. La vida no daba marcha atrás. Rezó por que un día pudiera mirar en el espejo y ver a las mismas dos personas que habían ido a aquel lugar para escapar, por poder vivir en paz entre los vecinos que habían sido injustos con ellos, por encontrar un modo de sanar las heridas de su alma.

Le habían quitado algo y no sabía cómo recuperarlo. Nunca lo admitiría ante él ni cualquier otra persona, pero cuando estaba sola aún podía oír la voz de Katie burlándose de ella: «Eres como todas las esposas, leal y estúpida. ¿Quieres que te lo deletree?».

Vio a Mark y a Glory. En la playa. «Nadie lo sabrá nunca».

Se dijo por milésima vez que no había sucedido nada entre ellos. Mark era un hombre honrado y Katie, una psicópata que jugaba con su mente. Aun así, le daba vueltas. Era humana. Se trataba de una semilla de duda que no regaría, con la esperanza de que se marchitara y muriera; no podía hacer nada más. Uno ignora sus miedos y espera que no haya un monstruo acechando tras ellos. Uno vive su vida. Confía. Tiene fe.

—Entonces ¿quieres quedarte aquí? —preguntó ella.

—Sí —dijo Mark—. ¿Y tú?

Hilary asintió. Valía la pena luchar por lo que tenían, por lo que deseaban.

—No querría estar en ningún otro sitio —dijo.

Agradecimientos

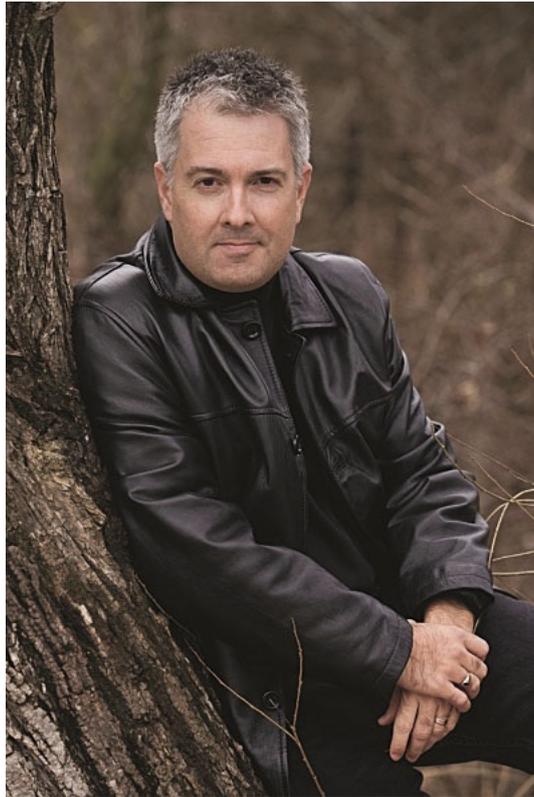
Mientras escribía este libro perdí a una querida amiga. Gail Foster me envió mi primera carta de una fan en 2005, antes de la publicación de mi ópera prima, *Inmoral*. A medida que nos fuimos conociendo, se convirtió en consejera y lectora previa de mis manuscritos, y siempre esperaba con ansiedad sus respuestas y reflexiones sobre mi trabajo. Marcia y yo tuvimos la fortuna de encontrarnos varias veces con Gail y convertimos en amigos de ella y su familia. La echamos enormemente de menos.

Este libro está en tus manos gracias al esfuerzo de mucha gente en todo el mundo. Estoy agradecido a todos los que en la industria editorial han apoyado mi carrera durante los seis libros anteriores, con especial mención a mis agentes, Ali Gunn, Deborah Schneider y Diana Mackay, y a los agentes de muchos países que trabajan con ellas.

Por supuesto, estoy especialmente agradecido a mis lectores. Yo me crié disfrutando de un montón de maravillosos autores, y para mí es un honor representar el mismo papel para los lectores de todo el mundo. Continúad escribiéndome y compartiendo vuestras historias; me hace mucha ilusión recibirlas.

Sin el apoyo de la familia y los amigos, éste sería un negocio solitario. Mi propia familia, en California, me ha acompañado a lo largo de todo el camino, incluso cuando estamos separados por grandes distancias. También he sido bendecido con maravillosos amigos cerca de casa, en todo el país y todo el mundo. Muchas gracias a gente como Barb y Jerry, Matt y Paula, y Keith y Katie, por todas las formas en que enriquecéis nuestra vida.

Todos mis libros están dedicados a mi esposa, Marcia. Aquellos de vosotros que la conocéis, sabéis que es (tal como la describió un librero) «el glaseado del pastel» en las presentaciones de libros. En realidad, eso no es del todo cierto: ¡Marcia también es el pastel! Siempre que vuelven a invitarme a una librería o biblioteca, cuento con que me hagan la misma pregunta: «Su mujer también vendrá, ¿verdad?». Así que vaya mi mayor agradecimiento para Marcia por veintiséis años de matrimonio y por acompañarme en esta montaña rusa.



BRIAN FREEMAN. Nació en Chicago en 1963 y creció en San Mateo, California, antes de mudarse a Minnesota. Empezó a escribir su primera novela cuando estaba en sexto curso, y todavía recuerda esa primera incursión en la literatura. Como fuentes, cita dos un tanto insólitas: su abuela y una profesora de secundaria. Cursó estudios en Lengua Inglesa, lo que le facilitó el acceso a la colaboración en revistas literarias como *Mystic Fiction*, *Mind in Motion* y *Green's Magazine*. Su trabajo como director de marketing y relaciones públicas en la firma de abogados Faegre & Benson le acercó a los dramas de quienes se ven involucrados en asuntos criminales, experiencia que le ha sido de inestimable ayuda a la hora de crear sus argumentos.

El lanzamiento mundial de su carrera editorial a los cuarenta y un años supone para él la culminación de treinta años de fascinación por el *thriller*. *Inmoral* representa su debut en la escena literaria y ha suscitado un gran revuelo, ya que es la carta de presentación de un autor llamado a renovar el género del misterio y la intriga. Los detectives Jonathan Stride y Serena Dial también protagonizan su segunda novela, *Stripped*. Sus libros están a la venta en cuarenta y seis países y han sido traducidos a dieciséis idiomas.

Para más información sobre Brian Freeman: www.bfreemanbooks.com.

Notas

[1] Equipo profesional de fútbol americano radicado en Green Bay. (*N. de la T.*) <<

[2] Juego de palabras intraducible; *cab*, en inglés, significa «taxi». (*N. de la T.*) <<

[3] «Puerta» en inglés. (*N. de la T.*) <<

[4] Operador estadounidense de telefonía móvil, una de cuyas imágenes publicitarias corresponde a un hombre joven con gafas. (*N. de la T.*) <<

[5] Véase nota número 2 (*N. de la T.*) <<

[6] Compuesto que inicialmente consumían algunos levantadores de pesas y cuyo uso se ha extendido en los últimos años entre los jóvenes. Produce efectos parecidos al éxtasis, y se ha vinculado a casos de violación. (*N. de la T.*) <<

[7] Equipo de béisbol de las Grandes Ligas estadounidenses radicado en Milwaukee.
(*N. de la T.*) <<

[8] Plato típico de la zona de Wisconsin, con especial presencia en Door County, que consiste en pescado blanco de los Grandes Lagos hervido con patatas rojas y cebollas. (*N. de la T.*) <<